

CAITLIN MORAN

Cómo ser mujer



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

PORTADA

PRÓLOGO: EL PEOR CUMPLEAÑOS DE MI VIDA

1. ¡TENGO LA REGLA!

2. ¡ME VUELVO PELUDA!

3. ¡NO SÉ CÓMO LLAMAR A MIS PECHOS!

4. ¡SOY FEMINISTA!

5. ¡NECESITO UN SUJETADOR!

6. ¡SOY GORDA!

7. ¡TROPIEZO CON ALGO DE MACHISMO!

8. ¡ESTOY ENAMORADA!

9. ¡VOY A UN STRIPTEASE!

10. ¡ME CASO!

11. DESCUBRO LA MODA

12. POR QUÉ DEBERÍAS TENER HIJOS

13. POR QUÉ NO DEBERÍAS TENER HIJOS

14. MODELOS A SEGUIR Y LO QUE HACEMOS

15. ABORTO

16. INTERVENCIÓN

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

PRÓLOGO: EL PEOR CUMPLEAÑOS DE MI VIDA

WOLVERHAMPTON, 5 DE ABRIL, 1988

Aquí estoy, el día en que cumpla trece años. Corriendo. Huyendo de los Vándalos.

—¡Eh, tío!

—¡Desgraciado!

—¡Tío!

Estoy huyendo de los Vándalos en el parque que hay al lado de casa. Es el típico parque de la Inglaterra de finales de la década de 1980. Nada de pavimentos de seguridad, ni diseños ergonómicos ni, menos aún, listones de madera en los bancos. Todo está hecho con cemento, botellas de cerveza rotas y malas hierbas.

Mientras huyo, estoy completamente sola. Siento con horror su aliento en el cuello, alcanzándome. He visto documentales parecidos. Sé lo que está pasando. Es evidente que hago el papel de «débil antílope separado de la manada». Los Vándalos son «los leones». Y sé que esto nunca acaba bien para el antílope. Pronto desempeñaré un nuevo papel: el de «la comida».

—¡Ja, ja, ja! ¡Quinqui!

Llevo botas de agua, gafas de la Seguridad Social con las que me parezco a Alan Bennett, y el largo abrigo militar de mi padre. Reconozco que mi aspecto no es muy femenino. Diana, la princesa de Gales, es femenina. Kylie Minogue es femenina. Yo soy... no-femenina. Así que comprendo la equivocación de los Vándalos. No tienen pinta de haberse interesado mucho ni por a) la iconografía de la contracultura, ni por b) la imagería inspiradora de los travestis radicales. Supongo que se sentirían igual de desconcertados con Annie Lennox o con Boy George cuando aparecieron en *Top of the Pops*.

Si no estuvieran tan ocupados dándome caza, probablemente les explicaría algunas cosas. Les contaría quizá que he leído *El pozo de la soledad* de Radclyffe Hall, la famosa escritora lesbiana que siempre llevaba pantalones, y les hablaría de la necesidad de abrir la mente a otras alternativas en el modo de vestir. Es probable que también les dijera algo de Chrissie Hynde. Ella lleva trajes sastre masculinos. Como Caryn Franklin en *The Clothes Show*... ¡y está guapísima!

—¡Ja, ja, ja! ¡Quinqui!

Los Vándalos se detienen un momento y parecen hablar entre ellos. Yo aminoro mi trote, me apoyo en un árbol e hiperventilo frenéticamente. Estoy reventada. Con algo más de ochenta kilos, lo cierto es que no estoy hecha para cacerías trepidantes. Me parezco más a Elmer Fudd que a Zola Budd.¹ Mientras recupero el aliento, medito sobre mi situación.

Sería increíble, pienso, tener un perro. Un pastor alemán bien adiestrado que atacara a esos chicos, casi despiadadamente. Un animal en completa armonía con el miedo y la aprensión de su dueña.

Observo a Saffron, mi pastor alemán, a unos doscientos metros. Se revuelca con regocijo en una caca de zorro, agitando alegremente las patas en el aire. Parece tan feliz. Hoy está teniendo mucha suerte. El paseo es mucho más largo, y más rápido, de lo habitual.

Aunque es obvio que hoy no es mi día, no dejo de sorprenderme cuando los Vándalos, después de su *tête-à-tête*, hacen una pequeña pausa y luego empiezan a tirarme piedras. Se están pasando, me digo. Y echo a correr de nuevo.

¡No es necesario que os molestéis tanto!, pienso indignada. ¡Ya me teníais machacada! Sinceramente, bastaba con llamarme «quinqui».

Sólo unas pocas piedras logran alcanzarme, y es evidente que no me hacen daño: este abrigo ha pasado una guerra, seguramente dos. Los guijarros no son nada para él. Está fabricado a prueba de granadas.

Pero la intención es lo que cuenta. ¡Mira que perder todo este tiempo conmigo cuando podrían dedicarse a cosas más provechosas, como esnifar disolventes o toquetear chicas que se visten realmente de chicas!

Como si me leyeran el pensamiento, al cabo de un minuto más o menos los Vándalos empiezan a cansarse de mí. Es como si yo fuera el antílope de ayer. Sigo corriendo, pero ellos se han parado, arrojando de vez en cuando una piedra en mi dirección, con la mayor tranquilidad, hasta que estoy fuera de su alcance. Los insultos continúan, sin embargo.

–¡Eh, tío! –grita el más fornido de los Vándalos como un mensaje de despedida a mi espalda que se aleja–. ¡Tú..., marica!

Llego a casa, y lloro en los escalones de entrada. Mi casa está demasiado abarrotada para llorar dentro. Lo he intentado otras veces: empiezas a explicar entre sollozos por qué lloras a una persona y, en mitad de la historia, llega otra que quiere saberlo todo desde el principio; y cuando te das cuenta, has repetido seis veces la parte peor, y estás tan histérica que no se te quita el hipo en toda la tarde.

Cuando vives en una casa pequeña con cinco hermanos menores es mucho más sensato, y mucho más rápido, llorar a solas.

Miro a la perra.

Si fueras un sabueso bueno y leal, me secarías las lágrimas a lametones, pienso.

En vez de eso, Saffron se lame ruidosamente sus partes.

Saffron es nuestra perra nueva: «la estúpida perra nueva». Y también una «perro que no es de fiar»; mi padre la «consiguió» en uno de esos negocios que realiza periódicamente en el pub Hollybush, y que implican que nosotros le esperemos dos horas en la furgoneta, mientras él nos trae de vez en cuando una bolsa de patatas fritas o una Coca-Cola. De pronto sale a toda velocidad con algo tan absurdo como una bolsa de grava o la estatua de un zorro de cemento sin cabeza.

–Ahí dentro se están poniendo las cosas feas –dice antes de pisar a tope el acelerador, cabreado.

En una de esas ocasiones, la cosa absurda que llevaba en brazos era Saffron, un pastor alemán de un año.

–Era un perro policía –dijo orgulloso, metiéndola con nosotros en la parte trasera de la furgoneta, que enseguida puso pérdida de caca.

Ciertas pesquisas posteriores revelaron que, aunque había sido un perro policía, sus entrenadores no habían tardado ni una semana en descubrir que sufría un profundo trastorno psicológico, y tenía pavor a:

- 1) los ruidos fuertes,
- 2) la oscuridad,
- 3) la gente,
- 4) los otros perros,
- 5) y sufría incontinencia por estrés.

Con todo, es mi perra y, en teoría, la única amiga que tengo que no es de mi familia.

–¡Quédate a mi lado, vieja amiga! –le digo, limpiándome los mocos en la manga, dispuesta a

animarme de nuevo—. ¡Va a ser un día estupendo!

Dejo de llorar y salto la valla lateral para entrar por la puerta trasera. Mamá está en la cocina, «preparando la fiesta».

—¡Vete al salón! —me dice—. ¡No te muevas de allí! ¡Y NO MIRES LA TARTA! ¡Es una sorpresa!

El salón está abarrotado. Mis hermanos han salido de todos los rincones de la casa. En 1988 somos seis, al cambiar de década seremos ocho. Mi madre es como una cadena de montaje de la casa Ford, y cada dos años fabrica, con la precisión de un reloj, un bebé pequeño y gritón, con lo que nuestra casa está hasta los topes.

Caz (dos años menor que yo, pelirroja, nihilista) está tumbada en el sofá. Ni se mueve cuando entro. No tengo otro lugar donde sentarme.

—¡EJEM! —exclamo, señalando la insignia que llevo en la solapa. En ella se lee: «¡¡¡¡¡Hoy es mi CUMPLEAÑOS!!!!» Olvido mis penas. He conseguido dejarlas atrás.

—Dentro de seis horas habrá terminado —me contesta, tajante, inmóvil—. ¿Por qué no acabamos ya con esta farsa?

—¡Sólo nos quedan seis horas de DIVERSIÓN! —digo—. Seis horas de FIESTA DE CUMPLEAÑOS. ¿Quién SABE lo que puede pasar? Después de todo, ¡ésta es una CASA DE LOCOS!

Mi optimismo, por lo general, no tiene límites. Poseo todo el entusiasmo de una idiota. Ayer anoté en mi diario: «He cambiado la freidora de encimera, ¡y queda GENIAL!»

En mi lugar favorito del mundo, la playa sur de Aberystwyth, desemboca un caudal de aguas residuales.

Estoy absolutamente convencida de que la estúpida perra nueva es la reencarnación de nuestro perro anterior, aunque ella naciera dos años antes de que muriese él.

—¡Son los ojos de Sparky! —insisto, mirando a nuestra estúpida perra nueva—. ¡Sparky NUNCA NOS DEJÓ!

Poniendo los ojos en blanco con desdén, Caz me da su felicitación. Es una fotografía mía en la que ha dibujado una nariz que ocupa aproximadamente tres cuartas partes de la cabeza.

«Recuerda: prometiste marcharte de casa al cumplir dieciocho años para que yo pueda quedarme con tu cuarto», ha escrito en su interior. «¡Sólo quedan cinco años! ¡A no ser que te mueras antes! Besos, Caz.»

Weena tiene nueve años. En su felicitación también habla del día en que me vaya y le ceda mi cuarto: sólo que en su caso lo dicen unos robots, y eso lo hace menos «personal».

El espacio está muy solicitado en nuestra casa, como prueba el hecho de que yo siga sin encontrar dónde sentarme. Estoy a punto de hacerlo sobre mi hermano Eddie cuando aparece mamá con un plato lleno de velas encendidas.

—¡Cumpleaños feliz! —me cantan todos—. Fui al ZOO. Vi un MONO GORDO y ¡creí que eras TÚ!¹

Mamá se agacha hasta el suelo, donde estoy sentada, y sujeta el plato delante de mí.

—¡Sopla las velas y pide un deseo! —exclama alegremente.

—No es una tarta —digo—. Es una *baguette*.

—Rellena de queso Philadelphia —responde mamá, divertida.

—Es una *baguette* —repito—. Y sólo tiene siete velas.

—Eres demasiado mayor para una tarta —dice mamá, y sopla ella las velas—. ¡Y cada vela cuenta por dos!

—Eso sumaría catorce.

—¡No seas tan quisquillosa!

Me como mi *baguette* de cumpleaños. Está deliciosa. Me encanta el queso Philadelphia. ¡Qué rico! ¡Tan bueno! ¡Tan cremoso!

Esa noche, en la cama que comparto con Prinnie, mi hermana de tres años, escribo en mi diario: «¡¡¡¡¡Cumpló trece años!!!! Desayuno gachas, como salchichas con patatas fritas, ceno una *baguette*. Consigo veinte libras en total. Cuatro tarjetas y dos cartas de felicitación. ¡¡¡¡¡Mañana me darán el carné verde (para adolescentes) de la biblioteca!!!! El vecino nos ha preguntado si queríamos unas sillas que iba a tirar. ¡¡¡¡¡Le hemos dicho que SÍ!!!!!»

Miro un momento lo que he escrito. Debería ponerlo todo, pienso. No puedo omitir las cosas malas.

«Unos chicos me gritaron palabrotas en el parque», escribo, muy despacio. «Es porque les está creciendo el pito.»

He leído lo suficiente sobre la pubertad para saber que los incipientes deseos sexuales a menudo empujan a los adolescentes a mostrarse crueles con las chicas.

También sé que, en este caso, no fue el deseo reprimido lo que les llevó a tirarme piedras mientras yo corría cuesta arriba, pero tampoco quiero que mi diario sienta lástima de mí. Soy yo quien decide lo que escribir en él. Y este diario es sólo para la gloria.

Miro lo que he anotado el día que cumpló trece años. Tengo un momento de lucidez de lo más desagradable. Aquí estoy, pienso, compartiendo la cama con una niña pequeña y llevando de pijama la ropa interior térmica que ya no se pone mi padre. Tengo trece años, peso más de ochenta kilos, no tengo dinero, ni amigos, y los chicos me tiran piedras cuando me ven. Es mi cumpleaños y me he acostado a las siete y cuarto de la tarde.

Voy a la última página de mi diario. Es allí donde están mis proyectos «a largo plazo». Por ejemplo, «Mis puntos negativos».

Mis puntos negativos

- 1) Como demasiado.
- 2) No hago ejercicio.
- 3) Tengo ataques de rabia.
- 4) Lo pierdo todo.

Escribí «Mis puntos negativos» la noche de fin de año. Un mes después, el informe de mis progresos decía:

- 1) Ya no como galletas de jengibre.
- 2) Saco a pasear a la perra todos los días.
- 3) Intento mejorar.
- 4) Intento mejorar.

Debajo de esto, dibujé una línea e hice una lista nueva:

Cuando tenga 18 años

- 1) Perder peso.
- 2) Tener ropa buena.
- 3) Tener amigos.
- 4) Un perro bien adiestrado.
- 5) ¿Agujeros en las orejas?

Oh, Dios. No tengo ni idea. No tengo ni idea de cómo podré llegar a ser mujer.

Cuando Simone de Beauvoir dijo que «una mujer no nace, se hace», no sabía hasta qué punto esto era cierto.

En los veintidós años que han pasado desde que cumplí trece años, mi visión sobre el hecho de ser mujer se ha vuelto mucho más positiva. Para ser sincera, todo mejoró bastante cuando me hice con un DNI falso, un portátil y una blusa bonita, pero, por muchas razones, no hay regalo más cruel o menos indicado para una niña que los estrógenos y un par de tetas grandes. Si alguien me hubiera preguntado antes de mi cumpleaños, creo que hubiera pedido en su lugar un cheque-regalo para comprar libros o un vale de C&A.

En esa época, como podéis ver, yo estaba demasiado ocupada peleándome con mis hermanos, amaestrando a mi perra y viendo los viejos musicales de la Metro Goldwyn Mayer para hacer un hueco en mi calendario y convertirme en mujer, hasta que, finalmente, me obligó mi glándula pituitaria.

Hacerse mujer es un poco como hacerse famosa. Pues después de ser amablemente ignorada, como casi todos los niños, una adolescente se vuelve de pronto fascinante para los demás, que empiezan a bombardearla con preguntas: ¿Qué talla tienes? ¿Lo has hecho ya? ¿Quieres practicar el sexo conmigo? ¿Tienes carné de identidad? ¿Quieres una calada de esto? ¿Sales con alguien? ¿Usas algún método anticonceptivo? ¿Cómo es tu firma? ¿Sabes andar con tacones? ¿Quiénes son tus héroes? ¿Te vas a hacer una depilación brasileña? ¿Qué clase de pornografía te gusta? ¿Quieres casarte? ¿Cuándo vas a tener hijos? ¿Eres feminista? ¿Sólo estabas coqueteando con ese hombre? ¿Qué quieres hacer? ¿QUIÉN ERES?

Todas preguntas ridículas para una niña de trece años sólo porque ya necesita sujetador. Habría dado lo mismo que se lo preguntaran a mi perra. Yo no tenía ni idea.

Pero, al igual que un soldado arrojado en medio del combate, tienes que aprender, y a toda velocidad. Necesitas reconocer el terreno. Tienes que establecer un plan. Tienes que señalarte unos objetivos, y después avanzar en esa dirección. Porque en cuanto las hormonas se despiertan, no hay manera de pararlas. Como descubrí enseguida, te conviertes en un mono atado dentro de un cohete; un elemento de una bomba de relojería. No existe ningún plan de escape. No puedes interrumpir el proceso, por mucho que lo desees. Esta mierda ocurrirá, te guste o no.

Hay quienes intentan detenerlo, por supuesto: las adolescentes que tratan de ganar tiempo volviendo agresivamente a los cinco años, y obsesionándose con cosas infantiles, y con el color rosa. Llenan sus camas de ositos de peluche para dejar claro que no hay espacio para el sexo. Hablan como bebés para que nadie les haga preguntas de adulto. En el colegio, veía cómo algunas de mis compañeras optaban por no ser mujeres activas –capaces de trazar solas su destino sino princesas que se limitaban a esperar que alguien las «encontrara» y se casara con ellas. Aunque, como es natural, en aquel tiempo yo no lo analizara así. Sólo me daba cuenta de que Katie Parkes se pasaba la clase de matemáticas dibujándose con un boli corazones en los nudillos y enseñándoselos a David Morley, que, en justicia, tendría que haber experimentado sus primeros indicios de excitación sexual al ver mis largas y ejemplares divisiones.

En el extremo más disfuncional están, por supuesto, las chicas kamikaze que libran una guerra contra su pituitaria intentando matarla de hambre o empujarla a la derrota con la anorexia o la bulimia.

Pero el problema de luchar contra uno mismo es que, aun cuando ganes, acabas perdiendo. En algún momento –exhausta y llena de cicatrices– o aceptas que tienes que convertirte en mujer –que eres mujer– o te mueres. Esa es la verdad brutal que subyace en la adolescencia, que es a menudo una campaña larga y dolorosa de desgaste. Esas chicas que se autolesionan, con una celosía de

cortes de cuchilla en brazos y muslos, sólo se recuerdan a sí mismas que el cuerpo es un campo de batalla. Si no tienes ganas de cuchillas, un tatuaje servirá; o incluso perforar el lóbulo de la oreja con la pequeña pistola de Claire's Accessories. Ahí. Ya está. Has dejado una marca en tu cuerpo para reivindicarte, para recordar dónde estás: dentro de ti. En algún lugar. En algún lugar de tu interior.

Y, como ocurre con ganar la lotería o hacerse famoso, no hay ningún manual para llegar a ser mujer, a pesar de lo mucho que está en juego. Bien sabe Dios que, a los trece años, intenté encontrar uno. Podemos leer sobre las experiencias ajenas (como si intentarás, de antemano, copiar para un examen), pero esta opción me pareció, de por sí, problemática. Pues a lo largo de los siglos, se pueden leer historias de mujeres que, contra todo pronóstico, llegaron a ser mujeres de verdad, pero que acabaron transigiendo, siendo infelices, viendo coartada su libertad o simplemente destruidas porque a su alrededor la sociedad seguía equivocada. Si muestras a cualquier joven una de nuestras heroicas pioneras –Sylvia Plath, Dorothy Parker, Frida Kahlo, Cleopatra, Boudicca, Juana de Arco–, le estarás mostrando casi siempre a una mujer que acabó aplastada. Los triunfos ganados con mucho esfuerzo pueden verse invalidados si vives en un ambiente donde tus victorias se consideran una amenaza, un error, algo de mal gusto o –lo más crucial para una adolescente– que sencillamente no está en la onda. Pocas chicas elegirán hacer lo que está bien –lo que está bien en el fondo de su ser inteligente y luminoso– a costa de quedarse solas.

Así que, aunque *Cómo ser mujer* sea la historia de todas las veces que yo –desinformada, sin preparación, creyendo errónea y funestamente que sabía ponerme un poncho con cierta gracia– no supe ser mujer, en el siglo XXI, limitarse a contar las experiencias ya no parece suficiente. Sí, la vieja «concienciación» feminista continúa teniendo un valor enorme. Cuando se tratan temas como el aborto, las operaciones de estética, los partos, la maternidad, el sexo, el amor, el trabajo, la misoginia, el miedo, o cómo se siente una dentro de su propia piel, las mujeres siguen sin contarse muchas veces la verdad, excepto cuando están muy, muy borrachas. Es posible que el número cada vez mayor de mujeres que, según los estudios, beben compulsivamente, no sea más que un intento de la mujer moderna de mejorar la comunicación entre ellas. O quizá se deba a lo delicioso que está el Sancerre. A decir verdad, yo apostaría por cualquiera de las dos cosas.

Sin embargo, aunque sea vital aportar nuestro grano de arena a lo que realmente es (y no a lo que fingimos que es) ser mujer, seguimos necesitando también un poco de análisis, de polémica y del rollo de «esto tiene que cambiar». Ya sabes. Feminismo.

Y es aquí donde aparece el segundo problema. El feminismo, pensarás, abarcará todo eso. Pero el feminismo..., bueno, es lo que es. Y ha llegado a un punto muerto. En los últimos años he buscado una y otra vez respuestas en el feminismo actual, hasta comprender que lo que una vez fue la revolución más emocionante, incendiaria y eficaz de todos los tiempos parece haberse reducido, no sé por qué, a un par de argumentos cada vez más débiles, que defienden dos docenas de feministas eruditas en unos libros que únicamente leen ellas, y de los que se habla a las once de la noche en la BBC4. He aquí mis motivos de queja:

- 1) El feminismo es demasiado importante para dejarlo sólo en manos de eruditos. Y más pertinentemente:
- 2) No soy una feminista erudita, pero, por el amor de Dios, el feminismo es algo tan serio, urgente y trascendental que ha llegado el momento de que lo defienda una desenfadada columnista de periódico de gran formato, amén de crítica de televisión a tiempo parcial, con una ortografía horrible. Cuando un asunto es emocionante y divertido quiero participar en él, no quedarme mirando desde fuera. ¡Yo también tengo algo que decir! ¡Camille Plagia está

COMPLETAMENTE EQUIVOCADA con Lady Gaga! ¡La organización feminista Object pierde los papeles cuando habla de pornografía! ¡Germaine Greer, mi heroína, está mal de la cabeza cuando opina sobre la transexualidad! Y nadie habla de la revista *OK!*, los bolsos de seiscientas libras, las bragas enanas, las depilaciones brasileñas, las noches de juega sólo para mujeres o Katie Price.

Y son los temas que hay que abordar. Y hay que hacerlo como si fuera un partido de rugby, con el rostro hundido en el barro y muchos gritos alrededor.

El feminismo tradicional dirá que estos temas no son los importantes, que debemos centrarnos en lo fundamental: la desigualdad salarial, la ablación femenina en el Tercer Mundo y la violencia de género. Y es obvio que éstos son asuntos urgentes, vergonzosos e injustos, y que el mundo no podrá ir con la frente alta hasta que se solucionen.

Pero todos esos otros problemas más pequeños, estúpidos y cotidianos son, en muchos sentidos, igual de nocivos para la tranquilidad espiritual de las mujeres. Es la filosofía de la «Ventana Rota» aplicada a la desigualdad femenina. En la teoría de la «Ventana Rota», basta dejar una ventana rota sin reparar en un edificio vacío para que los más vándalos empiecen a romper las demás. Al final se colarán en el edificio, y encenderán fogatas o se convertirán en okupas.

De la misma manera, si vivimos en un ambiente donde se considera desagradable el vello púbico femenino, o se ridiculiza constantemente a las mujeres famosas o poderosas por estar demasiado gordas o demasiado flacas, o por ir mal vestidas, la gente empezará a colarse en el interior de las mujeres y encenderá fogatas allí. Las mujeres tendrán okupas. Francamente, no es una situación nada agradable. No me gustaría despertarme una mañana y encontrar a un montón de oportunistas en mi vestíbulo.

Cuando Rudy Giuliani fue nombrado alcalde de Nueva York en 1993, su fe en la teoría de la «Ventana Rota» le llevó a poner en práctica la política de «Tolerancia Cero». El crimen descendió de manera espectacular, significativamente, y continuó haciéndolo diez años.

Personalmente, creo que ha llegado el momento de que las mujeres inicien su propia política de Tolerancia Cero con las Ventanas Rotas de su vida. Quiero una política de Tolerancia Cero con «Toda Esa Mierda Del Patriarcado». Y lo mejor de una política de Tolerancia Cero con Esa Mierda De Ventanas Rotas del Patriarcado es que, en el siglo XXI, no tenemos que manifestarnos contra los modelos de talla cero, la hilarante pornografía, los clubs de bailes eróticos o el bótox. No tenemos que amotinarnos, ni que empezar una huelga de hambre. No hay necesidad de que nos arrojemos a los pies de un caballo, ni siquiera de un burro. Sólo tenemos que mirar las cosas de frente, directamente, y luego echarnos a reír. Parecemos más apasionadas cuando nos reímos. La gente nos desea cuando nuestra risa es natural y relajada.

Es posible que no les parezcamos tan atractivas cuando golpeamos las mesas con el puño gruñendo «¡ARRG! ¡ARRG! ¡Sí, esto ES lo que hay! ¡JÓDETE, patriarcado!», antes de atragantarnos con un puñado de patatas fritas.

No sé si podemos seguir hablando de «olas» dentro del movimiento feminista. Según mis cálculos, la próxima sería la quinta; y sospecho que es más o menos en la quinta ola cuando uno deja de referirse a olas individuales para decir sencillamente que la marea sube.

Pero si tiene que haber una quinta ola de feminismo, espero que se distinga de todas las anteriores por que las mujeres se enfrenten a las dificultades, la desconexión y las tonterías de ser una mujer moderna no dando gritos, interiorizándolas o peleando, sino señalándolas y diciendo «¡AJÁ!».

De modo que sí. Si hay una quinta ola, ésta es mi contribución. Mi cubo lleno. Un relato bastante exhaustivo de todas las ocasiones en que tuve muy poca, o en muchos casos, ninguna

idea... de cómo ser mujer.

1. ¡TENGO LA REGLA!

Creía que era algo opcional. Sé que las mujeres tienen la regla todos los meses, pero nunca pensé que pudiera ocurrirme a mí. Había supuesto que podría librarme, quizá porque no me hace ninguna gracia. La verdad es que no me parece ni útil ni divertido, y no hay manera de que encaje en mis planes.

¡No debes preocuparte!, me digo alegremente, mientras hago los diez abdominales de la noche. ¡El capitán Moran no va a pasar por eso!

Me estoy tomando muy en serio la lista de «Cuando tenga 18 años». He activado la campaña «pérdida de peso»: no sólo sigo sin comer galletas de jengibre, sino que además hago cada noche diez abdominales y diez flexiones. En casa no tenemos espejos de cuerpo entero, así que no tengo ni idea de cómo voy, pero imagino que, con este régimen de campamento militar, en Navidad estaré tan esbelta como Winona Ryder.

Hacía sólo cuatro meses que sabía que iba a tener la regla. Mi madre jamás nos había hablado del tema. «Pensé que os enterarías viendo *Luz de luna*», me contestó, distraídamente, años después cuando se lo pregunté. Y si descubrí lo de la menstruación, fue gracias a un prospecto de tampones que alguna colegiala había metido en nuestro seto al pasar por delante de casa.

—No quiero hablar de eso —dice Caz cuando entro en la habitación con el prospecto, e intento enseñárselo.

—Pero ¿has visto? —le pregunto, sentándome en un lado de su cama.

Ella se va al otro extremo. A Caz no le gusta la «proximidad». Se vuelve muy irascible. En una casa de protección oficial con tres dormitorios y donde viven siete personas, ella está casi siempre furiosa.

—Mira..., aquí está el útero, y aquí la vagina, y el tampón se extiende a lo largo y a lo ancho para rellenar el... agujero —le digo.

Sólo he leído el prospecto por encima. La verdad es que me ha impresionado mucho. El corte transversal del sistema reproductivo femenino parece muy complicado, y nada práctico, como una de esas jaulas carísimas para hámsters de la marca Rotastak, llenas de túneles por todas partes. Y, bueno, no estoy nada segura de querer todas esas cosas dentro. Creo que pensaba que sólo estaba hecha de carne compacta, desde la pelvis hasta la nuca, con los riñones embutidos en algún lugar. Como una salchicha. No sé. La anatomía no es mi punto fuerte. Me gustan las novelas románticas del siglo XIX, donde las heroínas se desmayan bajo la lluvia, y las memorias de guerra de Spike Milligan. No se habla mucho de la menstruación en ellas. Todo esto me parece un poco... innecesario.

—Y pasa todos los meses —le digo a Caz, que se ha metido debajo del edredón completamente vestida y con las botas de agua puestas.

—Quiero que te vayas —dice bajo el edredón—. Estoy haciendo como si estuvieras muerta. Lo último que quiero es hablar de la menstruación contigo.

Mi voz se desvanece.

Nil desperandum! —pienso—. ¡Siempre encontraré a alguien que me escuche y con quien compartir una alegre charla!

La estúpida perra nueva está debajo de la cama. Se ha quedado preñada de Oscar, un perro enano que vive al otro lado de la calle. No entendemos cómo ha podido ocurrir, ya que Oscar es uno de esos perrillos falderos, apenas un poco más grande que una lata de judías de tamaño

familiar, y la estúpida perra nueva un pastor alemán adulto.

–Ha tenido que excavar un hoyo en el suelo para acucillarse dentro –dice Caz, horrorizada–. Debía de morir por hacerlo. Tu perra es una puta.

–Dentro de poco seré mujer, perra –le digo.

Ella se lame sus partes. Me doy cuenta de que lo hace siempre que le hablo. Todavía no sé qué pensar, pero creo que me entristece un poco.

–He encontrado un prospecto, y dice que pronto tendré mi primera regla –continúa–. Si te soy sincera, perra, estoy un poco preocupada. Creo que me va a doler.

La miro a los ojos. Tiene el cerebro de una mosca. Un vacío infinito es lo que se ve en su mirada.

Me levanto.

–Voy a hablar con mamá –le explico.

La perra sigue debajo de la cama, con pinta, como siempre, de estar terriblemente nerviosa por ser un perro.

Sigo las huellas de mamá hasta que la encuentro en el baño. Está embarazada de ocho meses y lleva en brazos a Cheryl, que tiene un año y está dormida, mientras intenta hacer pis.

Me siento en el borde de la bañera.

–Mami –digo.

No sé por qué, tengo la impresión de que sólo puedo hacer una pregunta sobre el tema. Una única oportunidad para hablar del «ciclo menstrual».

–¿Sí? –contesta.

Aunque está haciendo pis y sujeta a un bebé dormido, se las arregla para separar la ropa blanca del cesto de la ropa sucia.

–Bueno..., mi período –susurro.

–¿Sí? –dice.

–¿Me dolerá? –pregunto.

Lo piensa unos instantes.

–Sí –responde, finalmente–. Pero no pasa nada.

Entonces el bebé comienza a llorar, así que nunca me explica por qué «no pasa nada». Y aún no lo sé.

Tengo mi primer período tres semanas más tarde. Lo vivo con gran desolación. Me viene cuando estoy en el coche, camino de la Biblioteca Central, y me obliga a caminar media hora por la sección de «no ficción», esperando desesperadamente que no se me note antes de que papá vuelva a llevarnos a casa.

«Tengo mi primera regla: ¡puaj!», escribo en el diario.

–No creo que Judy Garland tuviera nunca el período –comento apesadumbrada a la perra aquella misma noche. Estoy contemplando mis lágrimas en un pequeño espejito de mano–. Ni Cyd Charisse. Ni Gene Kelly.

La bolsa de compresas Pennywise que mi madre guarda detrás de la puerta del baño ha pasado a ser asunto mío. Siento pesar y envidia de mis hermanas pequeñas, que aún no tienen nada que ver con ella. Las compresas son gruesas, y baratas; se me pegan a las bragas, como si llevara un colchón entre las piernas.

–Es como si llevara un colchón entre las piernas –le cuento a Caz.

Estamos jugando con nuestras muñecas Sindy. Bonnie, la de mi hermana, lleva cuatro horas asesinando en secreto a todos los pasajeros de un lujoso crucero. La mía, Layla, intenta resolver el misterio. Bernard, el Action Man de una sola pierna, sale con las dos al mismo tiempo. Nos

peleamos continuamente por la propiedad de Bernard, aunque su verdadero dueño es Eddie. Ninguna de las dos quiere que su Sindy se quede soltera.

–Un colchón horrible y muy grueso –continúo–. Como el de *La princesa del guisante*.

–¿Son muy largas? –me pregunta Caz.

Diez minutos después hay diez compresas Pennywise en el suelo, como si fuera un dormitorio, y varias Sindys duermen sobre ellas.

–¡Qué suerte! –exclamo–. Es como cuando descubrimos que las coles de Bruselas eran exactamente iguales que un repollo Sindy. ¿Ves, Caz?, ¡éste es el lado positivo de la menstruación!

Como las compresas son baratas, se me desmenuzan entre los muslos cuando ando, y entonces no sirven de nada porque calan. Dejo de salir a pasear mientras tengo la regla. Mi primera regla dura tres meses. Pienso que es algo completamente normal. Me desmayo a menudo. Estoy tan anémica que las uñas de las manos y los pies se me vuelven de un color azul muy pálido. No se lo digo a mamá, porque ya le hice mi pregunta sobre la regla. Ahora sólo tengo que acostumbrarme.

La sangre en las sábanas es deprimente: no es roja y dramática como en un asesinato, sino marrón y anodina como en un accidente. Es como si yo estuviera oxidada por dentro y ahora me estuviese rompiendo. Para no tener que lavar a mano las manchas por la mañana, me meto un montón de papel higiénico en las bragas junto con la inútil compresa, y procuro estar muy quieta, muy quieta toda la noche. A veces encuentro coágulos enormes de sangre que me recuerdan a trozos de hígado crudo. Supongo que es la envoltura de mi útero cayendo en capas de un centímetro de grosor, y que es así como funciona la menstruación. Todo esto aumenta la penosa sensación de que algo funciona terriblemente mal, pero va contra las reglas del juego mencionarlo siquiera. Pienso a menudo en todas las mujeres que, a lo largo de la historia, han tenido que enfrentarse a esta invención absurda y espantosa sólo con trapos y agua fría.

No me sorprende que las mujeres hayamos estado tanto tiempo oprimidas por los hombres, pienso restregando mis bragas con un cepillo de uñas y un jabón de brea en el cuarto de baño. Quitar la sangre seca del algodón es un coñazo. Estábamos tan ocupadas frotando y frotando que no pudimos hacer campaña a favor del voto femenino hasta que aparecieron las primeras lavadoras.

Aunque Caz es dos años menor que yo, tiene su primera regla seis meses después, justo cuando empieza mi segunda menstruación. Entra llorando en mi cuarto, mientras todos duermen, y me dice al oído la frase terrible: «Me ha venido la regla.»

Le enseño la bolsa de compresas que hay detrás de la puerta del baño y le explico lo que debe hacer.

–Métete una en las bragas, y no andes los tres próximos meses –le digo–. Es muy sencillo.

–¿Duele? –pregunta, con los ojos muy abiertos.

–Sí –contesto, como si fuera una autoridad en la materia–. Pero no pasa nada.

–¿Por qué no pasa nada? –quiere saber.

–No sé –respondo.

–Entonces, ¿por qué lo dices? –pregunta.

–No sé.

–¡Dios! ¿Por qué te molestas en hablar? ¡Dices unas tonterías!

Caz tiene unos retortijones horribles. Pasa las reglas metida en su habitación con las cortinas cerradas y una bolsa de agua caliente, y grita «vete a la mierda» a todo el que intenta entrar en el cuarto. Como parte de su filosofía hippie, mi madre no «cree» en los analgésicos y nos anima a buscar remedio en las plantas medicinales. Leemos que en teoría la salvia ayuda y, sentadas en la cama, nos atiborramos de salvia y de cebolla, llorando. Nos cuesta creer que tengamos que

convivir con eso los próximos treinta años.

–De todos modos, no quiero tener hijos –dice Caz–. Así que no voy a sacar nada de esto. Quiero que me quiten todo el sistema reproductivo, y lo sustituyan por otro juego de pulmones, para cuando empiece a fumar. Quiero esa alternativa. Esto no tiene sentido.

Llegados a este punto, no parece haber nada recomendable en el hecho de ser mujer. Las hormonas sexuales son un coñazo que ha convertido a una niña risueña como yo en una lavandera que sangra, llora y se desmaya. No me hacen sentirme femenina: por las noches me acuesto sintiéndome muy desgraciada, y el bulto de la compresa en mis bragas parece una polla.

Me desvisto, muy abatida, mientras saco el camisón del armario. Cuando me doy la vuelta, la perra ha salido sigilosamente de debajo de la cama y ha empezado a comerse mi compresa ensangrentada. Hay trozos de algodón rojo por todo el suelo, y mis bragas cuelgan de su hocico. Me mira, angustiada.

–¡Oh, Dios!, tu perra es una vampira lesbiana –dice Caz desde su cama, dándose la vuelta para dormir.

Voy a rescatar mis bragas y me desmayo.

En medio de esta penumbra hormonal, sin embargo, acaba apareciendo la caballería, sobre la colina, con el ruido metálico de sus espuelas y el brillo del sol en sus charreteras: mi carné verde de la biblioteca. Ahora que tengo trece años, puedo sacar libros de adulto de la biblioteca sin tener que pedir el carné a mis padres. Y eso significa que puedo sacar libros prohibidos. Libros sucios. Libros con sexo.

–He tenido unos sueños... –le cuento a la perra mientras vamos andando a la biblioteca.

La biblioteca está al otro lado del parque público, una extensión de hierba enorme y desierta, donde uno tiene que estar siempre al acecho de los Vándalos. No merece la pena armarse de valor y cruzarlo por el centro, es demasiado arriesgado. Hay que pegarse a los bordes exteriores, cerca de las casas, para que, en caso de ataque, los vecinos puedan ver bien cómo te patean la cabeza sin tener que coger sus prismáticos.

–Unos sueños con... hombres –prosigo.

Miro a la perra. La perra me mira. Creo que la perra tiene derecho a saber la verdad sobre lo que está pasando. Le debo eso, al menos.

–Estoy enamorada de Chevy Chase –le confieso, en un arranque súbito y feliz–. Lo vi en «Call Me Al», el vídeo de Paul Simon del disco *Graceland* de 1986, con la Warner Bros., y no puedo dejar de pensar en él. He soñado que me besaba, y su boca era muy excitante. Voy a pedirle a papá que alquilemos *Tres amigos* el viernes cuando vayamos al videoclub.

Sacar *Tres amigos* no va a ser fácil; el próximo vídeo que tenemos reservado es *Howard: un nuevo héroe*. Tendré que hacer verdaderas filigranas para conseguirlo, pero merecerá la pena. Lo que no le he contado a la perra aún es que la idea de besar a Chevy Chase me excita tanto que ayer escuché dieciséis veces seguidas «Call Me Al», imaginando que él me acariciaba la cara, mientras Paul Simon tocaba el solo de bajo. Chevy me pone tan cachonda. Incluso he pensado en las primeras palabras que le diría..., las que conquistarían su corazón.

«¿Chevy Chase?», le preguntaría en una fiesta muy parecida a las que he visto en *Dinastía*. «¿Tiene algo que ver con Cannock Chase?»

Cannock Chase está justo al lado de la A5 en dirección a Stafford. Chevy Chase, el actor de cine y cómico de Los Ángeles, entenderá mi broma, y le encantará.

Por supuesto, me he enamorado antes. Bueno, una vez. Y no acabó demasiado bien. Cuando tenía siete años, vi un episodio de *Buck Rogers* y me volví loca por ese estúpido vaquero norteamericano del espacio, tan claramente inspirado en Han Solo que podrían haberlo llamado

San Holo y haberlo sacado a pasear en el Fillennium Malcon, con Bewchacca.

Mientras las nuevas sustancias químicas del amor (el Bucknesio y la Rogertonina) me recorren el cuerpo, yo descubro qué es el amor, y me doy cuenta de que sólo es sentirse muy... interesada. Más interesada de lo que había estado jamás por nada.

Me interesaba absolutamente todo lo que tuviera que ver con Buck. Sólo mirar su cara era interesante. Cómo se paraba cerca de una puerta = interesante. Cómo sujetaba la pistola láser de plástico como si pesara una barbaridad = interesante. La música de la película está tan cargada de deseo y de Buck Rogers que, veintiocho años después, todavía me estremezco cuando la oigo.

Obviamente, aquellos sentimientos tan intensos no eran fáciles de manejar, así que hice lo que hacíamos siempre que pasaba algo importante. Agarré a Caz, que tenía entonces cinco años, y la metí conmigo en el armario de la caldera. Como hacían las hermanas Mitford, aunque probablemente el suyo fuera mucho más grande y no oliera ni a detergente Bold, ni a cagarrutas de ratón ni a pedo.

–Caz –le dije, cerrando la puerta todo lo que pude, con una expresión maravillada–. Tengo algo increíble que contarte.

Hice una pausa, mirándola fijamente.

–Estoy... ENAMORADA de Buck Rogers. No se lo cuentes a mamá.

Caz asintió con la cabeza.

Liberada por fin de mi carga, abrí la puerta de nuevo e hice un gesto a Caz para que saliera. La vi recorrer el pasillo y bajar la escalera. Escuché cómo abría la puerta del salón.

–Mamá, Cate está enamorada de Buck Rogers –dijo.

Y entonces, en ese preciso instante, mientras la humillación me quema como ceniza encendida, aprendo que el amor es sufrimiento, que debe mantenerse siempre en secreto, y que Caz es una cobarde hija de puta de la que no me puedo fiar.

Todo esto me fue muy útil posteriormente. Aprendí mucho en el armario de la caldera aquel día. Veinte minutos después, estaba rellenando de guisantes congelados la funda de la almohada de Caz mientras murmuraba furiosa: «Empieza la guerra.»

Pero aunque hubiera aplastado mis sentimientos amorosos durante mucho tiempo, la avalancha hormonal de la adolescencia hacía imposible que siguiera ignorándolos. La niña con trenzas de trece años que rodea el parque y habla con su perra preñada está, de hecho, loca de deseo.

–Voy a sacar el libro de *Fletch* –le explico a la perra. *Fletch* es una película muy mediocre del momento, con Chevy Chase como actor principal–. Seguro que trae una foto de Chevy en la cubierta; voy a mirar la foto de Chevy y luego la copiaré en mi «Libro del Amor».

El «Libro del Amor» es un invento reciente. En la tapa pone «Libro de Inspiración», pero en realidad es el «Libro del Amor». De momento, tengo en él nueve fotografías de la Duquesa de York y otra muy pequeña de la rana Gustavo, que recorté de la revista *Radio Times*. Adoro a la Duquesa de York. En 1988 está muy gorda, pero casada con un príncipe. Me hace tener esperanzas en el futuro.

He planeado exactamente lo que voy a hacer con el libro de *Fletch*. Cuando llegue a casa, lo envolveré en una camiseta y lo esconderé en el fondo del cajón de mis bragas para que papá y mamá no lo vean. Es muy importante que mis padres no se enteren de que empiezo a enamorarme de la gente, porque entonces puede que se den cuenta de que me estoy haciendo mayor; y estoy intentando más o menos guardarlo en secreto. Creo que eso desencadenaría algún tipo de incidente.

En la biblioteca, encuentro sin problemas el libro de *Fletch*. Tiene una fotografía de Chevy tan grande como yo quería en la tapa; gastaré una mina entera copiando esa cara tan dulce.

Casi en el último momento, dejo sobre el mostrador *Jinetes*, de Jilly Cooper, para llevármelo a casa. En la portada aparece un caballo. Me gustan los caballos. Oigo lloriquear a la perra fuera. La he atado a un árbol, pero muchas veces se mueve tanto que acaba ahorcándose casi con la correa. Creo que ha llegado el momento de soltarla antes de que deje de respirar.

Tres horas después no doy crédito a lo que estoy leyendo. Es el primer día que saco libros de adulto y he encontrado una mina de indecencias. Una auténtica mina de indecencias. *Jinetes*, de Jilly Cooper, es mejor de lo que podría haber soñado jamás: hay pollas, tetas y sexo por doquier. Coños cayendo del cielo. Anos de más de medio metro de profundidad. Un huracán de pezones, mamadas y felaciones.

Hay cosas muy confusas: Cooper no hace más que referirse a la «maleza»¹ de una heroína, y, hasta que llego a la página 130, soy incapaz de jurar si está hablando o no de vegetación. Y no tengo ni idea de lo que es cunnilingus; no creo que nadie que yo conozca en Wolverhampton pueda permitírselo. Apuesto a que ni siquiera lo tienen en Birmingham. Debe de ser algo típico de Londres.

Pero, aparte de esto, el libro es sin duda una Biblia de la lascivia, la piedra Rosetta de la indecencia: el texto clave que transformará «los sentimientos nuevos y desconocidos» que me acosaban en la «masturbación furiosa y compulsiva de los siguientes cuatro años».

La primera vez que intento masturbarme –en mitad del capítulo 5–, tardo veinte minutos en correrme. No sé muy bien lo que estoy haciendo. En el libro, la gente «hurga» entre «la maleza húmeda» hasta que ocurre algo asombroso. Pierdo el tiempo toqueteándome –con los dientes apretados por la concentración–, decidida a intentarlo todo en esa zona completamente desconocida que tengo desde hace trece años.

Cuando finalmente llego al orgasmo, me recuesto húmeda, exhausta, con la mano dolorida y loca de excitación. Me siento increíble. Me siento como debe de sentirse Fonz² cuando entra en una habitación y dice «Heeeey», o como la Duquesa de York cuando la besa Andrew. Me siento limpia, y ligera, y feliz. Me siento –en medio de esa explosión de estrellas y de cerezos en flor, con un zumbido en los oídos y la respiración entrecortada– un poco..., bueno, hermosa.

No puedo escribir en mi diario lo que ha ocurrido. Caz y yo mantenemos desde hace años una pelea a muerte por la lectura de nuestros diarios. A veces ella escribe comentarios en el margen –«¡Eres tan patética!»– cuando alguna anotación le da asco o le cabrea especialmente.

Pero el entusiasmo con que describo los demás sucesos del día traiciona la desmesura de mis sentimientos.

«¡Mamá ha comprado un pincel de repostería! ¡QUÉ ÚTIL!», escribo. «Bocatas de queso en el té: son taaaaaan ricos. Papá dice que podemos alquilar *Tres amigos*. ¡¡¡SÍIIIIIIII!!!»

Durante las siguientes semanas, me convierto en la reina de la masturbación. El tiempo y esfuerzo que empleo en el proyecto son extraordinarios. Me cortejo a mí misma en los lugares más variopintos: en el cuarto de estar, en la cocina, en la parte trasera del jardín. De pie, sentada en una silla, tendida boca abajo, y con la mano izquierda. Quiero que esto siga siendo una novedad. Soy una amante de mí misma atenta e imaginativa.

Algunas tardes me encierro con llave en el dormitorio, y me pasó horas y horas y horas masturbándome hasta que las yemas de los dedos están tan arrugadas como si hubiera estado en la bañera. Este nuevo hobby es sorprendente. No cuesta nada, no tengo que salir de casa y no engorda. Me pregunto si todo el mundo lo conoce. ¡Quizá hubiera una revolución de ser así! Me muero por contárselo a todo el mundo, aunque nunca se lo contaré a nadie porque es el mayor

secreto que ha existido jamás. Mayor incluso que la menstruación, o que tengo granos en el culo.

Se lo cuento a mi perra, por supuesto, y ella, como de costumbre, se lame sus partes; lo que parece muy indicado, pero también insuficiente. Necesito divulgarlo un poco. Tengo que hacer lo de siempre.

–Si vas a intentar contarme lo mucho que disfrutas haciéndote una paja –dice Caz, con una mirada parecida a la de Zod cuando, en *Superman II*, lanza rayos láser por los ojos–, pediré a Dios con todas mis fuerzas que te mueras en los próximos cuatro segundos. No quiero saber nada de eso jamás.

Me doy media vuelta, regreso a mi habitación y abro de nuevo la página 113 de *Jinetes*. El lomo del libro se ha despegado, así que ahora se abre solo por esa página. Billy lleva a Janey al bosque de Bluebell, donde las ortigas pican y están húmedas, bajo el sopor de agosto..., y yo comienzo a flotar de nuevo.

Debajo de la cama, la perra gime.

Durante los años siguientes, la masturbación se convierte en un hobby que me quita mucho tiempo, pero me resulta muy satisfactorio. Aunque unas semanas después me entero de que se llama «masturbación», yo nunca lo llamo así. «Masturbación» se parece demasiado a «perturbación», y ésta, por lo general, es una actividad muy poco perturbadora. En cuanto a «hacerse una paja», tampoco me gusta. Suena a otra cosa.

Lo que yo hago, por el contrario, es como una ensoñación, algo muy suave y delicado, excepto cuando tengo las uñas demasiado largas y me hago tanto daño que tengo que rechazar mis propios avances durante unos días. Pienso en eso como «eso», y pronto «eso» me pide algo más que *Jinetes*, por mucho que este libro haya revolucionado mi vida.

Empiezo a hacer lo mismo que todo el mundo de mi generación, la última generación antes de que la pornografía comenzara a distribuirse gratuitamente por internet con la misma generosidad con que el gobierno laborista de posguerra repartía gafas y leche. Leo *Radio Times* para averiguar dónde están los programas guarros de televisión.

Como millones de adolescentes de finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, no tardo en descubrir que «las pelis clásicas y los dramas de la BBC2» y los «programas juveniles» de madrugada en el Channel 4 son, indistintamente, las mejores fuentes para encontrarlos. Hay palabras clave en la búsqueda. La principal es «Jenny Agutter». Agutter es el heraldo infalible de las obscenidades. *La fuga de Logan*, *Un hombre lobo americano en Londres*, *Walkabout* (que también podría haberse titulado «*Wankabout*»):¹ siempre que Agutter aparece, habrá pechos, besuqueos en el cuello, manos en los muslos, acompañados de una banda sonora de jadeos. Incluso en *Los niños del tren*, una película tan encantadora, familiar y simpática, ella termina agitando su ropa interior, ante los sorprendidos caballeros victorianos del tren, cuando salen del túnel en medio de una nube de vapor y del chirrido de los frenos. Es como si ella se empeñara en hacer esta clase de cosas.

Veo *Un hombre lobo americano en Londres* a altas horas de la noche, con el volumen muy bajito. Mientras miro cómo Jenny Agutter muerde lenta y ávidamente el hombro de David Naughton en la ducha, pienso en cómo me gustaría a mí también tener a alguien a quien morder; aun cuando al final resultara ser un hombre lobo y le pegaran un tiro delante de mí como si fuera un perro rabioso. Voy aceptando los altibajos del amor. Sé que no será fácil. Muchos de los temas de *Graceland* también me han enseñado esto. A altas horas de la noche, estoy en una alcantarilla¹ mirando a Agutter.

Pero no sólo hay que buscar Agutter en la programación. «Una oscura historia de traición

sexual» augura siempre grandes cosas. *A Sense of Guilt* y *Blackeyes*² están llenos de momentos en los que tengo que lanzarme sobre el televisor y apagarlo a toda prisa para que mi madre no me pesque viendo cosas poco recomendables. Son muy poco recomendables. Hay manos que se meten en ligeros negros; *Blackeyes*, la protagonista, quieren que muera ahogada... El sexo parece algo increíblemente complicado y angustioso, pero al menos consigo ver algunos besos y algunas tetas. Cuando veo que Trevor Eve seduce a la adolescente pelirroja en *A Sense of Guilt*, quiero contárselo corriendo a Caz, que también es pelirroja; por fin he encontrado otro modelo para ella que no sea el Pájaro Loco y Annie, en *Annie*. Pero la semana anterior nos habíamos cruzado estas palabras:

YO: ¿Sabes lo que pasó ayer?

CAZ: Ya sé lo que quiero por mi cumpleaños: que no me hables.

Sólo en una ocasión el sexo deja de ser culpable u obsceno para convertirse en algo maravilloso. En *The Camomile Lawn*, el personaje de Jennifer Ehle lleva una intensa vida social, increíblemente frívola y placentera, en un Londres en guerra, entre fiestas, champán, alegre libertinaje y mucho sexo. Hay una escena que me parece la máxima aspiración de un adulto: medio recostada en una bañera de zinc, Ehle organiza su vida social con un teléfono de baquelita negra.

«¡Londres es único!», gorjea con su acento de clase alta, el pelo mojado pegado a la nuca y los ojos brillantes de champán. «¡Hay TANTAS fiestas!»

Sus pechos flotan como un archipiélago de nata cuajada, con una simetría perfecta. Los pezones son rosas como el hocico de un ratón. Más tarde estarán vestidos con una seda del mismo color, y saldrán al balcón para fumar un cigarrillo con algún apuesto joven que suspira por tocarlos. Las tetas de Jennifer Ehle en *Camomile* hacen que tener tetas parezca lo más divertido del mundo. Yo las contemplo, sentada en el salón, sola, en la oscuridad. Mis pechos parecen otra cosa cuando estoy en la bañera. No tengo ni idea de lo que pueden parecer, siempre me los tapo con una toallita, por si entra alguien de sopetón y me los ve. Sigue sin haber llave en la puerta del baño.

«Alguno de los niños podría quedarse encerrado y ahogarse», dice mi precavida madre, mientras me meto en la bañera con las bragas puestas.

Y entonces, en 1990, Channel 4 emite *Si estuvieras aquí*, la biografía de la joven Cynthia Payne, que se convierte en una gran revelación para mí. ¡Oh, Emily Lloyd en *Si estuvieras aquí*! ¡Mis Beatles de la pornografía! ¡Mi Dickens del sexo! Es el primer personaje que veo de mi edad y estrato social (adolescente, clase trabajadora) que no trata el sexo como algo oscuro que te lleva a la perdición, sino como algo ridículo y divertido, que ha de tomarse tan en serio como fumar un cigarrillo (cosa que no he hecho aún, pero pienso hacer) o montar en bicicleta (que intenté una vez, pero me caí, ¡qué rabia!).

Sola en el salón, envuelta en un edredón y mordisqueando nuestro tentempié favorito del momento, la piruleta de queso: un trozo de queso pinchado en un tenedor, contemplo con los ojos como platos la escena que será clave para mi futura personalidad sexual. El tío de Cynthia, que es un perverso, la lleva a un cobertizo donde, tras las palabras y los gestos provocativos de ella, empieza a follársela contra una pared. Ella va con un vestido veraniego de la década de 1950, primorosamente entallado, raya en los ojos y calcetines cortos. Cuando él se aparta resoplando, ella murmura mascando su chicle: «Eres un viejo verde. Y un cabrón.»

Diez minutos más tarde, está frente al mar, remetiéndose el vestido en las bragas y gritando «¡Que os den!» a los transeúntes mientras se ríe como una loca.

Estas escenas, unidas a las tonterías pansexuales y frikis de *Eurotrash*¹ –Lolo Ferrari, la mujer con los pechos más grandes del mundo, saltando en un trampolín; *drag queens* con vibradores y

consoladores; cojos con arneses, pisos de aburridas amas de casa holandesas pasando la aspiradora—, son todo el sexo que veo hasta que cumpla dieciocho años. Quizá diez minutos en total: una sucesión de imágenes pseudoartísticas, frikis, incluso brutales, que voy enlazando y convierto en la base de mis fantasías sexuales.

Junto con un par de sueños recurrentes con Han Solo y con Aslan (de mi cosecha, no tienen que dármele todo hecho), éste es el primer sensor que capta de un modo burdo pero real que somos adultos: el sexo. El deseo. Querer correrte. Algo que me llevará en la buena dirección. Algo que al final, de algún modo, no sé cómo, y sólo si pongo los cinco sentidos en ello, me ayudará a vestirme correctamente y a decir lo que hay que decir, y me dará el empujón para salir de casa y encontrar lo que me esté esperando ahí fuera.

En aquella época, echo en falta ver más sexo. Quiero más porno del que puedo fantasear mientras me hago un bocadillo. Con el tiempo, sin embargo, he llegado a comprender que aquella no fue una educación sexual tan mala, después de todo. La pornografía gratis y explícita del siglo XXI ataca la imaginación sexual de los hombres y las mujeres como si fuera un antibiótico, y acaba con todo el misterio, la incertidumbre y la duda, buenos y malos.

Pero, entretanto, yo había descubierto eso. Había encontrado la única ventaja, hasta ese momento, de ser mujer; y sólo era el principio.

Veintidós años después, en una noche ociosa, navego por internet en busca de porno. Sé lo que quiero —un trío, rugidos, gigantescos leones míticos de *Crónicas de Narnia* que no será difícil encontrarlo si insisto un poco. Cualquier cosa que se te ocurra, de carácter sexual, la encontrarás casi con seguridad en internet si buscas bien en Google y te sobran diez minutos.

Pero hay una cosa..., sólo una, obvia, increíble, que no está disponible en internet. Algo ostensiblemente ausente entre tanto MILFS y DILFS y BDSM y A2A.¹ Algo que no puedo encontrar por muchos sitios web que visite, y por muchas veces que introduzca los detalles de mi tarjeta de crédito. Algo que me enfurece de la pornografía, y sobre lo que volveré más tarde.

Por otra parte, hay algo que sí está por todos lados, algo que está a punto de desbordar tu YouPorn, tu RedTube y tu Jode.net. Internet está hasta los topes de ello, página tras página, enlace tras enlace, y nunca dura más de seis minutos: el tiempo medio que tarda un hombre en correrse. Es la pornografía heterosexual del siglo XXI:

Érase una vez una niña con las uñas largas y muy mal vestida sentada en un sofá, intentando parecer sexy, pero con cara de haber recordado esa fastidiosa multa de tráfico que aún no ha pagado. Puede que también bizquee un poco por lo apretado que lleva el sujetador.

Un hombre entra en la habitación, un hombre que camina de una manera extraña, como si llevara una silla de jardín invisible delante de él. Esto se debe a que tiene un pene inútilmente largo, en erección, que parece escanear la habitación en busca del objeto sexualmente menos interesante.

Tras rechazar la ventana y un jarrón, la polla finalmente localiza a la chica del sofá.

Mientras ella se pasa la lengua por los labios con gesto indiferente, el hombre se inclina hacia ella e, inexplicablemente, sopesa su pecho izquierdo con la mano. Esto parece ser el cruce de alguna clase de Rubicón sexual ya que, 30 segundos después, él se la folla por delante en una postura muy incómoda, y luego por detrás mientras ella pone cara de dolor. Todo esto suele ir acompañado de unos azotes en el culo por aquí o unos tirones de pelo por allá, cualquier variación que se pueda introducir en una sencilla filmación a dos cámaras en menos de cinco minutos. El final llega cuando él eyacula sobre la cara de la chica, descuidadamente, como si estuviera glaseando caprichosamente un pastelillo en uno de los desafíos de The

Generation Game.¹

Fin.

Hay, como es natural, variaciones sobre el tema: a veces la mujer es doblemente penetrada por dos tipos, o tiene una amiga tan mal vestida como ella, con uñas como dagas, con la que finge tener sexo oral con desgana; y hay, por supuesto, escenas sin fin de pollas y tetas.

Esencialmente, internet vende un monocultivo de pornografía, una East Anglia sexual. Sin setos ni accidentes geográficos, y plantada, hasta donde alcanza la mirada, con las aburridas y monótonas especies sexuales que he descrito antes. Éste es el joder de Tesco; el follar de Microsoft Windows; eliminando cualquier otro tipo de sexo del mercado.

Este sexo único, sin imaginación, repetido hasta la saciedad, es lo que consideramos normalmente «cultura porno», posiblemente la mayor infiltración cultural desde la revolución contracultural de la década de 1960; sin duda más dominante que sus rivales contemporáneos: la cultura gay, el multiculturalismo o el feminismo, entre otros.

Está tan incorporada que la mitad de las veces no nos damos cuenta de que la tenemos delante. Depilación brasileña. Depilación Hollywood. Pechos de plástico grandes y redondos. Uñas acrílicas que te impiden atar la hebilla de un zapato o escribir a máquina. La MTV llena de entrepiernas y tetas. *Nuts* y *Zoo*,¹ con páginas y páginas de pechos de lectoras, ofrecidos voluntariamente, de buen grado, como un rito de paso. Sexo anal asumido como una parte del repertorio sexual de cualquier mujer. Pósters de productos de belleza o shows de televisión con mujeres de ojos vidriosos, con la boca abierta, preparadas para una eyaculación en plena cara. Bragas reemplazadas por tangas. Tacones altos, muy altos, que en realidad no están hechos para andar, sólo para tumbarse y que te follen. El calendario de «chicas» de *Hollyoaks*, la foto «sexy» de Lindsay Lohan antes de la cárcel. Si un doce por ciento de internet es pornografía (4,2 millones de sitios web, 28.000 personas mirando porno cada segundo), eso significa que un doce por ciento de las imágenes de mujeres en internet están a gatas, o embutidas en algún PVC altamente antihigiénico, o rodeadas de enormes genitales masculinos, como si sus diferentes aberturas fueran algún tipo de vendaje tubular compresivo.

Sólo una breve comparación: esto es claramente tan desafortunado y dañino para la paz espiritual del colectivo femenino como lo sería el que en un doce por ciento de las imágenes masculinas de internet aparecieran hombres a los que unas armas láser extraterrestres destrozan la cabeza, o que se ven arrojados, gritando, a un pozo lleno de tiburones nazis. Después de la fugaz promesa de que la revolución sexual liberaría el léxico sexual de las mujeres, éste se ha visto reducido de nuevo a una serie de caricaturas estrechas de miras, enojosas y explotadoras. Es... muy poco agradable. Nada educado. Nos cabrea muchísimo.

El problema aquí no es la pornografía en sí. La pornografía es tan antigua como la humanidad. Prácticamente lo primero que hizo el Neandertal –el día feliz en que evolucionó del primer huevo de mono– fue un dibujo en la pared de una cueva en el que se veía a un hombre con un pito enorme. Aunque quizá fuera obra de una mujer. Después de todo, nosotras estamos más interesadas en a) las pollas y b) la decoración.

Por eso los museos son tan maravillosos: al recorrerlos, observando el paseo alocado de la humanidad desde el barro hasta el WiFi, ves esculturas de hierro increíbles, cerámica inspiradora, pergaminos fabulosos y pinturas exquisitas, y, a través de estas disciplinas, toneladas de sexo histórico picante. Hombres follando con hombres, hombres follando con mujeres, hombres chupándose a mujeres, mujeres masturbándose: todo está ahí. Cualquier manifestación imaginable de la sexualidad humana en arcilla, piedra, ocre y oro.

La idea de que la pornografía es intrínsecamente explotadora y machista es absurda: la pornografía no es más que «follar», al fin y al cabo. Practicar el sexo no es un acto machista, así que la pornografía tampoco puede ser, en sí misma, intrínsecamente misógina.

Así que no. La pornografía no es el problema. Las feministas exaltadas no tienen nada en contra de la pornografía. El problema es la industria pornográfica. Todo en ella es tan ofensivo, esclerótico, deprimente, emocionalmente empobrecedor y contradictorio como cabría esperar en una industria que no está regulada, y cuyo valor, calculando muy por lo bajo, sería de unos treinta mil millones de dólares. Ninguna industria ha ganado jamás esa cantidad de dinero sin ser excepcionalmente ramplona y grosera.

Pero las cosas no se prohíben por ser vulgares y deprimentes. De ser así, lo primero que habría que prohibir son los rollos de salchicha gigantes de Gregg's;¹ y tendríamos una revolución encima.

No. Lo que tenemos que hacer es incrementar en un cien por cien la variedad de la pornografía disponible. Admitámoslo: casi todo el porno existente es tan uniforme y mecánico como congeladores saliendo de una cadena de producción.

Y esto es malo para todos, hombres y mujeres, por diferentes razones. En primer lugar, en el siglo XXI, los niños y los adolescentes adquieren la mayor parte de su educación sexual en internet. Mucho antes de que el colegio o los padres hablen del tema, es muy probable que hayan visto un montón de cosas en la red.

Pero no es sólo su educación sexual (una serie de hechos y detalles prácticos, y la información básica de dónde va cada cosa, o dónde podría ir si uno pone el suficiente empeño) lo que los niños están sacando de la red. Es también lo más recóndito de su sexualidad. Algo que alimenta su imaginación, al tiempo que incide en los aspectos prácticos.

Por ese motivo, por muy limitada, fragmentaria, o centrada en Trevor Eve, que fuera la pornografía de mi adolescencia, había, al menos, cierto equilibrio entre el material que yo iba encontrando, cierta variedad. Tuve enaguas y espías y bosques y monjas y tríos en tumbonas al sol, y vampiros y cobertizos y chicles y faunos y asientos traseros de Ford Capris; y, casi siempre, incluso cuando leía algo del siglo XIX, las chicas lo pasaban bien. Las mujeres tenían orgasmos. Sus deseos se complacían. En realidad, éstos eran los deseos de las mujeres.

Y esto era importante, porque la imaginación sexual de la adolescencia es la más intensa que tendremos jamás. Dicta los deseos para el resto de nuestra vida. El destello de un beso en la tripa equivale en ese momento a un millón de escenas de pornografía dura y *fisting* a los treinta años.

Uno de los primeros investigadores del sexo, Wilhelm Stekel, describía las fantasías de la masturbación como una especie de trance o estado alterado de la conciencia, «una especie de intoxicación o éxtasis, en el que el momento actual desaparece y la fantasía prohibida es la reina suprema».

Y necesitas estar seguro de que, pienses lo que pienses en ese estado, no falte en él un elemento de... alborozo.

El año pasado di una charla en una reunión organizada por un grupo de presión feminista llamado Object. En un debate sobre pornografía —en el que todo el mundo pareció dar por hecho que debía prohibirse—, la conversación derivó en lo perturbador que podría ser para las niñas pequeñas ver de manera fortuita pornografía dura.

—Y para los niños —dije, suavemente—. Pienso que a un niño de ocho años le perturbaría igual que a una niña pinchar un enlace y ver una escena de sexo anal duro.

—¡NO! ¡NO! —gritó una mujer muy enfadada.

Lamento decir que parecía el típico cliché de una feminista post-Dworkin.¹ Llevaba uno de esos gorros de terciopelo cubiertos de bordados y espejitos.

–Un NIÑO no se sentiría nada perturbado, pues ve que el HOMBRE tiene el CONTROL.

Y yo recordé a todos los niños de ocho años que conozco, Tom, y Harris, y Ryan, que aún se ponen un poco nerviosos cuando ven los esqueletos de los piratas en *Piratas del Caribe*. Y pensé que no les entusiasmaría ver a un hombre con el control. Creo que les asustaría ver a una especie de Burt Reynolds cabreado dando por culo a alguien en un rellano. Y estoy casi segura de que, cuando les contaran a sus madres lo que les he enseñado, me borrarían del café matinal más de seis meses.

Y fue entonces cuando empecé a pensar que necesitábamos más pornografía, no menos. Se supone que los niños de ocho años no ven pornografía dura, así que, por supuesto, no tiene la menor importancia cómo reaccionen ante ella. Sería lo mismo que pedirles su opinión sobre el whisky o el IVA.

Pero cuando lleguen a esa edad en que deseen ver imágenes sexuales, quiero que Harris y Ryan y Tom tengan la posibilidad de ver una pornografía, a falta de una expresión mejor, criada en libertad. Algo que muestre el sexo como una cosa que hacen dos personas juntas, más que algo que sólo le ocurre a una mujer cuando tiene que ganarse un sueldo. Algo, en pocas palabras, en lo que el mundo tiene orgasmos. En un género donde no esperas ni una sofisticada tecnología de imágenes, ni unos monólogos inmortales, y que trata única y exclusivamente de follar, eso tiene que ser un requisito básico. Cachondeo universal.

Y por eso tenemos que empezar a hacernos con nuestro propio material. No ese producto anodino que, al parecer, es pornografía pensada para mujeres: princesas mal filmadas y jefas dominadoras que obligan a jóvenes oficinistas a enviar unos cuantos faxes extracurriculares.

No. Sospecho que la pornografía femenina, cuando empiece realmente a andar, será algo muy distinto: cálido, humano, divertido, peligroso, psicodélico, con parámetros completamente diferentes a la pornografía masculina.

No hay más que leer *Mi jardín secreto*, de Nancy Friday, una antología de las fantasías masturbatorias femeninas, para poder generalizar con alegría que, mientras las fantasías masculinas son breves, potentes y directas, un poco como «My Sharona» de The Knack, las femeninas son como una pieza sinfónica cambiante de Alice Coltrane. En sus fantasías, las mujeres crecen y se encogen, cambian de forma, de edad, color y emplazamiento. Se manifiestan como vapor, luz y sonido, emiten destellos luminosos entre personalidades contradictorias (enfermeras, robots, madres, vírgenes, chicos, lobos) y un zodiaco de posiciones mientras, como sospechas, se siguen imaginando con un estupendo peinado. NINGUNA mujer se ha corrido nunca pensando que está mal peinada.

Pero esto es sólo el principio. Imagina que la pornografía no fuese únicamente ese follar absurdo, mecánico, como salido de una granja de cría intensiva: algo desapasionado, meros ejercicios de aeróbic, interesado sólo por las penetraciones ultrarrápidas y las eyaculaciones aparatosas. Imagina que hablara del deseo.

Porque lo único que no pude encontrar aquella noche mientras navegaba por internet fue deseo. Personas que realmente quisieran follar entre ellas. Tenían que follar. Imagina lo que sería ver a dos personas echando un polvo en esa primera y candente fase de atracción, cuando las pupilas se te dilatan sólo con mirar al otro, y necesitas hasta tal punto fundirte con él que prácticamente le arrancas la ropa en cuanto se cierra la puerta. No puedo ser la única que haya tenido alguna vez un polvo tan espectacular, compenetrado, cinematográfico e intenso; de esos que, al acabar, te tumbas y piensas, con los oídos zumbando aún: a la CNN le habría encantado filmar esto. REALMENTE esto tendría que haberse transmitido por teletipo.

En un mundo donde puedes conseguir un riñón de repuesto, un Picasso en el mercado negro o un

billete para viajar al espacio, ¿por qué no puedo ver verdadero sexo? Gente follando porque lo desea. Alguna chica con un vestido medio respetable que lo esté pasando en grande. Tengo DINERO. Quiero PAGAR por esto. SOY UNA MUJER DE TREINTA Y CINCO AÑOS Y SÓLO QUIERO UNA INDUSTRIA PORNOGRÁFICA MULTIBILLONARIA DONDE PUEDA VER A UNA MUJER CORRERSE.

Sólo quiero ver cómo la gente pasa un buen rato.

2. ¡ME VUELVO PELUDA!

Es una casa fría, una casa fría y pequeña. Cuando sales del baño, te envuelves en una toalla – todavía húmeda por el último que la ha utilizado– y corres al piso de abajo para secarte delante del fuego.

Es sábado por la noche, así que ponen *Bergerac*.¹ En el sofá hay seis personas, de diferente tamaño, todas apelotonadas, en distintos ángulos. Algunas de ellas están directamente sobre las otras: «en» el sofá sólo en sentido figurado. Eddie está tumbado a lo largo del respaldo del sofá como un tapete fabricado con un niño de siete años. Recuerda un poco el senado galáctico de la *Guerra de los clones*..., si en el senado galáctico comieran galletas, Branston² y queso.

Entro en la habitación, con la toalla a modo de capa, y me pongo en cuclillas delante del fuego. Todavía llevo el gorro de baño, una de las mejores cosas de nuestra casa. Es una de nuestras prendas más femeninas. Cuando lo llevo, siento que me favorece. No tanto como cuando me pongo unos leotardos de lana en la cabeza, como si fuera una larga cabellera de princesa. Con todo, estoy bastante adorable.

Mientras Charlie Hungerford grita «¡Jim, sólo ha sido un malentendido!», empiezo a ponerme el camisón.

–¡Oooooooh! –exclama una voz, de repente, desde el atestado sofá. Es mi madre–. ¿Es VELLO PÚBLICO eso que veo? ¡VELLO PÚBLICO, Cate!

El sofá se pone al instante en estado de alerta. Todo el mundo deja de mirar al ladrón de diamantes de *Bergerac* y empieza a mirar mi vello púbico, excepto papá, que parece completamente al margen de lo que ocurre y sigue comiendo galletas con queso mientras ve la televisión. Es obvio que una parte de su cerebro ha evolucionado para ser así, a fin de sobrevivir al horror de la pubertad de su hija.

No puedo mirarme el vello púbico, tengo que mostrarme indiferente, aunque, con franqueza, todo esto sea una novedad para mí. El contenido de mis bragas es un poco como mi subconsciente, o como el parque que hay al lado de casa. Desde mi horrible cumpleaños, he procurado no aventurarme en ninguno de ellos.

–¡Mira! –dice mi madre, señalando con el dedo. Todo el sofá se estira para mirar–. ¡CLARO que es vello púbico! ¡Y las piernecitas se te están volviendo peludas! ¡Estás creciendo! ¡Te estás convirtiendo en una señorita!

Mi madre tiene un modo de decirlo que me hace sentir no sólo que es lo peor que le puede pasar a una niña de trece años sino también que, de alguna manera, es culpa mía.

–¡Mirad! –digo, bajándome con firmeza el camisón y señalando la televisión–. ¡Mirad! ¡Liza Goddard!

Al día siguiente decido solucionar todo este asunto antes de que se me vaya de las manos. Sencillamente voy a quitarme todo el pelo para que *Bergerac* vuelva a ser lo más interesante del salón, y todo vuelva a la normalidad.

–Voy a cometer un delito –le digo a la perra.

Está debajo de mi cama, nerviosa, con una mirada torva brillando en la oscuridad. Desde el incidente de mi cumpleaños, he conseguido olvidarme del mal rato, pero la perra se ha vuelto aún más nerviosa. La semana pasada se comió el pueblo de plastilina que había hecho Caz. Al día siguiente, vimos la cabecita de la mujer que llevaba la oficina de correos entre sus heces.

–Voy a robar una de las cuchillas de afeitarse de papá para ponerme guapa –continúo.

Hasta contárselo a la perra me pone nerviosa. Robar una cuchilla para solucionar el problema de mi vello púbico es sin duda lo más transgresor y rebelde que he hecho jamás. Un poco mejor que robar una pistola, a fin de ahuyentar la regla. Y está a años luz de mi peor delito anterior: comerme más de medio paquete de gelatina cruda de fresa, asegurando después que no se solidificaría porque hacía «demasiado calor».

Como mi madre no cree en la medicina («Haz caca y date un baño caliente, vete a la cama y estarás bien por la mañana») ni en los «tratamientos de belleza» («El desodorante da cáncer. Y tú no quieres eso»), sólo hay cuatro cosas en el armarito del baño: un lavajos de cristal azul oscuro estilo 1920, una botella de loción de calamina del color de la vaca Ermintrude en *El tiovivo mágico*, ginebra de bebé (para los cólicos) y las cuchillas de afeitarse de papá. Protegida por el ruido del agua de la bañera, cojo la cuchilla del estante. Estoy tan nerviosa que puedo sentir los latidos de mi corazón en la planta del pie, en el linóleo del suelo.

Como mi madre tampoco cree en las cerraduras de las puertas («Dan cáncer»), me atrincheré en el cuarto de baño con la cesta de la ropa sucia, me meto en la bañera, me enjabono y me depilo los pelos del pubis. Los coloco en el borde de la bañera, al lado del jabón. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de rizarse. Fueron eliminados nada más nacer.

Luego me depilo también las piernas; sin entender realmente en que dirección debería ir la cuchilla, haciéndome cortes en las rodillas y en los muslos. Tengo la sensación de tardar nueve horas. Me sorprende lo grandes que son mis pantorrillas. En cuanto termino una zona, descubro otro montón de pelusa, como una mancha de barrón en una duna. Me gustaría que hubieran inventado una especie de «cortacésped para piernas», a fin de hacerlo todo de una sola pasada. A menudo pienso que no deberían permitir que las chicas de trece años utilizaran hojas de afeitarse. Es peligroso. ¡Uauu! ¡Estoy sangrando una barbaridad!

Pero, finalmente, termino de depilarme. He zanjado el problema. Vuelvo a la normalidad.

«Me siento limpia y sedosa», escribo en mi diario esa noche, mientras pego trocitos de kleenex en las heridas. «¡Mañana podría hacerme las axilas!»

Apago la luz. Tengo que descansar para estar fresca mañana y volver a robar.

El pelo es una de las primeras grandes preocupaciones de la mujer. Aparece, inesperadamente, y tienes que tomar decisiones sobre él; decisiones que te indican, a ti y al resto del mundo, quién eres. Así como los años de adolescencia son el inicio de la difícil e interminable tarea de empezar a entender esto, el pelo es la primera salva en décadas de gritarte en silencio «¿QUIÉN SOY?», frente a una batería de productos en Boots, con una cesta vacía en la mano.

Y es el pelo lo que más dinero y atención exige. Pelo en el lugar «equivocado»: piernas, axilas, labio superior, barbilla, brazos, pezones, mejillas y en diferentes zonas alrededor de la pelvis. Contra ese pelo se libran guerras de desgaste que duran toda la vida. Influyen en los altibajos cotidianos, en la programación de los acontecimientos. A veces, en el curso entero de la vida de una mujer.

Un hombre piensa: tengo una fiesta dentro de una semana. Será mejor que me pase una toallita por la cara antes de presentarme allí.

Una mujer, por el contrario, revisará mentalmente su agenda, como en las pantallas flotantes de *Minority Report*, y empezará una planificación furiosa centrada en la gestión del pelo.

Aquí estamos mi mejor amiga, Rachel, y yo un domingo por la noche, hablando de nuestra próxima fiesta.

–La fiesta es el viernes –dice Rachel, suspirando–. El viernes. Eso significa que tenemos que depilarnos las piernas mañana como muy tarde, para ponernos la crema autobronceadora el

martes. No podemos hacerlo el lunes, los folículos seguirán abiertos por la cera.

Las dos nos hemos puesto la crema autobronceadora con los folículos abiertos por la cera. La crema se incrusta en cada uno de los diminutos poros. Las piernas acaban pareciéndose al niño pelirrojo y pecoso de la portada de la revista *Mad*.

–Voy a pedir hora para depilarnos mañana –dice Rachel, descolgando el teléfono–. Pero deberíamos reservar el jueves para el bigote y las cejas. Quiero un crecimiento mínimo. Creo que va Andrew.

–¿Te lo vas a tirar? –pregunto–. ¿Qué vas a hacer con el pubis? –me preocupo por Rachel. Mira dentro de las bragas, y hace sus cálculos.

–Parece la barbilla de Desperate Dan,¹ así que sólo si está oscuro y hemos bebido mucho – dice, finalmente–. No estoy en condiciones de hacerlo en un cuarto bien iluminado. Lo más probable es que, si nos acostamos, sea borrachos y a oscuras. El primer polvo es siempre así. No tengo por qué preocuparme.

–Pero ¿y a la mañana siguiente? –pregunto. Me preocupo de veras por Rachel–. Si pasas la noche con él, puede que tengas un segundo polvo sobrio y bien iluminado antes del desayuno. ¿Estarás preparada?

–¡Oh, Dios! –exclama Rachel volviendo a mirar dentro de sus bragas–. No había pensado en eso. Mierda. Pero son veinte libras, y estoy sin blanca. No quiero tirar el dinero del taxi en hacerme la cera si no va a haber un polvo antes del desayuno. –Se mira apesadumbrada sus partes–. No quiero estar pelona... y coger el autobús nocturno, joder.

–Si te vas a hacer las ingles, que sea el miércoles, para que te desaparezca el horrible sarpullido –le digo. Sigo tratando de ayudar lo que puedo.

Nos miramos. Rachel está empezando a enfadarse.

–Mierda, ¿por qué no puede llamarme ya y decirme: Rachel, te apetece un polvo el sábado antes del desayuno? No puedo administrar bien mis finanzas con todos estos «factores aleatorios de sexo» en la semana. No me extraña que las chicas sean tan putas en estos tiempos. Aunque no te guste nadie en una fiesta, quieres sacar algún rendimiento a tu depilación. Odio mi pelo.

Y todo este trabajo no es para parecer increíblemente sexy, o hermosa, o poder rodar una escena desnuda en la playa. No es para parecer una modelo. No es para ser Pamela Anderson. Sólo es para parecer normal. Para tener unas piernas normales, una cara normal y una entrepierna con la que puedas sentirte segura. Para no estar toda agitada en el aseo con un rollo de celo, retocándote el bigote y gimiendo: «En cuanto encendieron la luz, ¡me di cuenta de que parecía un poco Hitler! ¡De veras, no quiero anexionarme Renania! ¡Sólo quiero un Breezer¹ y sentir algo!

Y de todos estos dilemas con el pelo, de las decisiones que tomas con tus folículos, sobre quién eres o qué quieres decir de ti misma, el vello púbico es ahora el que tiene mayor carga política. Este triángulo del tamaño de la palma de la mano ha llegado a tener un significado psicosexual mayor que la combinación de estado civil e ingresos económicos. Con los años, el vello púbico ha dejado de ser la última de las preocupaciones de la mujer (a mis diecisiete años, en la época del britpop,² la idea de depilarte el pubis era extravagante, marginal y sólo para modelos porno) para convertirse en una rutina más del «cuidado» femenino. El vello púbico debe limitarse a una zona muy pequeña o, de forma progresiva, desaparecer totalmente. Las tomas de la entrepierna de las chicas en los vídeos musicales estándar lo dejan muy, muy claro: ahí no debe haber nada. Tiene que ser suave. Una superficie lisa. No puede haber ningún pelo. Descubrir un solo pelo rizado asomando por un lado, sería tener a todo el mundo diciendo: ¿Es un PELO PÚBLICO eso que veo? ¿Un PELO PÚBLICO, Lady Gaga?

Aunque algunos utilizan el eufemismo «brasileña» para describir el resultado, yo prefiero

llamarlo como lo que realmente es: «un pubis infantil, de aspecto frío, que pica y es muy caro de mantener».

De hecho, en los últimos años me he hecho cada vez más didáctica respecto al vello púbico, hasta el punto de que ahora creo que sólo hay cuatro cosas que una mujer adulta, moderna, deba tener: un par de zapatos amarillos (es sorprendente, pero combinan con todo), un amigo que aparezca y pague una fianza a las cuatro de la mañana, una receta infalible de pastel y un buen felpudo. Un gran sexo peludo. Un estupendo pubis velludo que, cuando esté sentada, desnuda, parezca un pequeño titi en su regazo. Un titi domesticado que pueda mandar a birlar cosas cuando lo necesite: como el mono amaestrado de *Indiana Jones en busca del arca perdida*.

Sé que mis ideas sobre la depilación van en contra de lo que se estila en nuestros días. En cuanto al vello púbico, soy como alguien sentado en un pub, recordando con lágrimas en los ojos lo emocionante que fue entrar en Woolworths y comprar el nuevo single de Adam Ant en vinilo de siete pulgadas. Soy una «retro vaginal».

—Me acuerdo de cuando era toda peluda por aquí —diré, con tristeza, en el vestuario del gimnasio Virgin Active, rodeada de genitales suaves y rosados—. Pelos hasta donde alcanzaba la vista. Salvajes e indomables. Un refugio frondoso de la naturaleza. Lugar de juegos de mi juventud. Solía pasar horas en él. Ahora..., ahora está todo depilado y desierto. La vida salvaje ha desaparecido. Los bulldozers han entrado en él. Van a construir un nuevo Morrisons¹ aquí, en las vaginas.

Ahora se asume que las mujeres van a depilarse. Nunca tuvimos un debate sobre el tema. Simplemente ocurrió, y ni se nos pasó por la cabeza discutirlo.

Aunque sabía que vivíamos en un momento de rechazo al vello púbico, me quedé hace poco horrorizada al leer una carta dirigida a Suzi Godson, la columnista de temas sexuales de *The Times*, de una divorciada de treinta y ocho años preocupada por su pubis peludo y anticuado. Decía que su novio, de veintinueve años, estaba «horrorizado» por «mi falta de aseo personal». Pensé, con cierta inocencia, que la columnista de temas sexuales —una chica de aspecto guerrero y con el pelo teñido de una descarada telefonista de la década de 1950— mandaría al novio de la remitente al infierno.

En vez de eso, adoptó un lamentable tono censor. «Las cosas han cambiado mucho en el terreno de la higiene genital», empezaba, explicando que «cualquier mujer que se atreve a ser menos rigurosa con su estilo, como has visto, corre el riesgo de ser tachada de bucólica, antihigiénica o, posiblemente, francesa. Si tu novio espera encontrar una pulcra brasileña, es normal que cualquier otra cosa le resulte muy desagradable.»

Godson decía con firmeza a la remitente que se fuera a depilar, y luego le describía lo doloroso que era: «imagina una cinta adhesiva abrasadora y... ahora triplica el dolor»; concluía con una de las «buenas noticias» más indignantes que he oído en la vida.

«Afortunadamente», decía, «la locura por la depilación brasileña está disminuyendo. Empieza a estar de moda la siciliana. Es como la brasileña, pero dejando un pequeño triángulo en forma de Sicilia, lo que significa, al menos, que aún pareces una mujer. ¡Buena suerte!»

¿Sicilia? ¿La buena noticia es que puedo hacer que mi pubis se parezca a Sicilia? ¿El hogar de la mafia? ¿Eso es mi vagina ahora? ¿Tiene al Padrino dentro? ¡Ja, ja, ja! ¿Te imaginas si pidiéramos a los hombres que soportaran toda esa mierda? No nos dejarían ni terminar la primera frase.

No puedo creer que hayamos llegado a un punto en el que nos cuesta dinero tener un coño. Nos están obligando a pagar por el cuidado y mantenimiento de nuestra entrepierna como si se tratara de un jardín de la comunidad. Es un impuesto oculto. El IVA del coño. Es un dinero que

deberíamos gastarnos en la FACTURA DE LA ELECTRICIDAD, en QUESO y en BOINAS. En vez de eso, lo estamos gastando en hacer que nuestros chihuahuas parezcan una repulsiva pechuga de pollo del Lidl. MALDITAS seáis, costumbrespornográficas-que-habéis-conseguido-meteros-en-mis-bragas. ¡MALDITAS SEÁIS!

Y, por supuesto, es la pornografía la que nos está costando todo ese dinero, tiempo y dolor de folículos. Si preguntas «¿Por qué las mujeres del siglo XXI creen que deben quitarse el vello púbico?», la respuesta será «Porque todo el mundo lo hace en el porno». La depilación Hollywood es ahora estándar en el sector. Si te fijas en cualquier imagen porno posterior a, digamos, 1988, no hay vello ahí abajo: los primeros planos son como ver a uno de los hermanos Mitchell, sin ojos, comiéndose una salchicha larga y escurridiza.

Y al verlo por primera vez –hablamos de pornografía dura–, sientes un ligero escalofrío. ¿Ni un solo pelo? Oooh, es asqueroso. Como los tacones de plexiglás, los tríos sexuales de dos hombres y una mujer, y el sexo anal, el aspecto extremo y escabroso –«¡Caray!, esto no es sexo cotidiano, ¿verdad?»– es muy excitante. Siempre que el casting no haya salido de una guardería ni de un zoo, cualquier cosa vale, realmente.

Pero la ausencia de vello púbico no es para provocar excitación. No es, por desgracia, para satisfacer el morbo. Si fuera así, me pasaría años defendiéndolo. No; tengo la sensación de que el verdadero motivo por el que se depilan las estrellas del porno es porque, al quitar todo el vello, se pueden ver mejor las tomas de la penetración. Sólo eso. La gigantesca obsesión de Occidente por la depilación brasileña o Hollywood, con un coste superior a mil millones de dólares, en torno a la que millones de mujeres normales deben programar sus actividades, soportar dolores y molestias (y además, lamento decirlo, señoras, hace los muslos más gordos), tiene su origen en unos tecnicismos cinematográficos. Es sólo un tema de iluminación. El día a día de tu entrepierna está dirigido por el Miyagawa del coño o por el Charles B. Lang del pene.

Dado que es sólo un «tema de la industria», el hecho de que se haya extendido de tal modo es tan ridículo como si todo el mundo, en los primeros tiempos de la televisión en blanco y negro, hubiera salido a la calle con la gruesa capa de maquillaje y el pintalabios negro que utilizaban los presentadores. ¡Es lo mismo, señoras! ¡Toda esta mierda no tiene nada que ver con nosotras! ¡Nadie nos paga por ello! ¡No necesitamos preocuparnos! ¡Dejad que crezca vuestro pequeño felpudo de nuevo! ¡Que vuelva el pelo!

Pero, como he dicho ya, claro que nos afecta: porque la pornografía dura es ahora la principal fuente de educación sexual de Occidente. Es donde los chicos y las chicas adolescentes «aprenden» lo que deben hacer, y lo que deben esperar cuando se desnudan el uno al otro.

En consecuencia, corremos el riesgo de caer en una situación en la que cada chico espere desvestirse a una chica y encontrar un minucioso trabajo de depilación, y en la que cada chica, horrorizada ante la idea de verse rechazada o de parecer anormal, se depile para ellos. Mi esteticista me contó que niñas de doce o trece años iban a hacerse depilaciones brasileñas, quitándose los primeros signos de la edad adulta, en una combinación –con sus connotaciones de infantilización, y el ímpetu de la pornografía dura–, se mire como se mire, bastante escalofriante.

Hemos llegado a un punto en el que, si escuchas las conversaciones de la última fila del autobús, oyes que a los chicos de catorce años les horroriza descubrir, cuando meten mano a una chica de trece, que ésta tiene vello púbico. En pleno siglo XXI, a los chicos modernos acostumbrados a ver porno duro les da tanto miedo el vello púbico como a John Ruskin, el crítico victoriano de arte, que en 1848, al parecer, se sintió tan asustado al ver el vello púbico de su mujer que nunca consumó el matrimonio. Maldita sea. Aparte de todos los efectos secundarios

imaginables y dolorosos, de carácter psicosexual, me entristece que las niñas de trece años se gasten el poco dinero que tienen en depilarse la entrepierna. Tendrían que gastárselo en cosas realmente importantes: teñirse el pelo, comprarse medias, los libros de bolsillo de Jilly Cooper, el catálogo de Guns N'Roses, los poemas de Larkin, KitKats, Thunderbird 22, pendientes que les infecten las orejas y billetes de tren que las lleven lo más lejos de casa posible. LLÉVATE TU COÑO PELUDO A DUBLÍN, es mi recomendación.

Porque un buen felpudo puede procurar muchísimo placer, a diferencia de esas versiones Hollywood, que sólo parecen querer un chorrito de limpiador, y que les saquen brillo con un paño de microfibra.

Estar tirada en una hamaca, peinando delicadamente con los dedos tu coño peludo mientras miras al cielo, es uno de los grandes placeres de la edad adulta. Después de lavotearte, tu chochito a lo afro debería estar sedoso y abombado; la palma de la mano puede dar botes, suavemente, sobre él como si fuera un minúsculo trampolín de pelo.

Cuando paseas por una habitación, desnuda, ante unos ojos que saben apreciarlo, el espejo refleja lo correcto: un mechón oscuro entre las piernas, algo que te niegas a dañar. Mitad animal, mitad secreto: algo a lo que acercarse con cierta reverencia, no que deba tumbarse por ahí para que cualquier polla lo tome por asalto como si fuera el penúltimo juego de *It's a Knockout*.¹

Y en los auténticos días de spa, puedes ponerte un poco de acondicionador y disfrutar de la consabida suavidad de cachemira, con la seguridad de que no sólo has reivindicado una parte del feminismo que había desaparecido bajo el turbulento Mar de las Gilipolleces, sino que, además, a lo largo de la vida, vas a ahorrarte tanto dinero en depilaciones como para poder largarte a Finlandia, y contemplar la aurora boreal desde un hotel de 5 estrellas mientras te emborrachas con un brandy excelente.

Así que sí. Tenlo recortado, tenlo limpio, pero tenlo como lo que se supone que es: un auténtico felpudo de mujer adulta, caliente, con solera y nacido para reinar.

«Pero ¿qué pasa con el vello de las axilas?», preguntará la gente, normalmente hombres de cuarenta y tantos años, que parecen incómodos cuando utilizas frases como «un bonito coño peludo como un oso», y que se escandalizan si hablas de pornografía.

—Si no crees en brasileñas, ¿te depilas las axilas? ¿Te depilas las piernas? ¿Y las cejas? A mí me parece que te las depilas. ¿Y qué pasa con el bigote?

Y luego vuelven a sentarse, con cierta petulancia, como si acabaran de poner una salchicha en el fondo de una trampa y estuvieran convencidos de que vas a intentar agarrarla y ser capturada.

Pero la entrepierna, el bigote y las axilas están a kilómetros de distancia..., bueno, a cuarenta y tres centímetros más o menos. Lo que les ocurra, y por qué, es completamente diferente; en primer lugar, porque las axilas no están íntimamente asociadas a la madurez sexual ni, de hecho, a ninguna clase de sexualidad, a no ser que estés en un sitio web altamente especializado.

Así que lo que hagas con tus axilas es sólo una cuestión de estética, y no tiene nada que ver con La Lucha. Teniendo en cuenta esto, he probado a lo largo de los años diferentes estilos de axila. Hay días en que una axila depilada resulta un poco... aburrida. Si llevo vaqueros y una camiseta de tirantes, y estoy dando una vuelta con mis amigotes, está muy bien ir un poco como George Michael: un poco «Faith», con la típica barba de cuatro días. Hay algo placentero en esa sensación tan corporal, como si hubieras estado demasiado ocupada viviendo un sueño bohemio y acelerando tu bólido para hacer algo tan tonto como afeitarte. En otras ocasiones, me lo he dejado bien largo: una hondonada de rizados húmedos, como si fuera de nuevo el año 1969 y mi vida estuviera hecha de túnicas, música de sitar y hachís.

En un festival de Glastonbury, cuando tenía una melena hasta la cintura de color rojo cereza, decidí teñirme también las axilas y el pubis para que hicieran juego, y abrí un bote de Crazy Colours.¹ ¡Tendré rojo hasta el coño!, pensé, alegremente, mientras me ponía la crema de cualquier modo.

¡Ay! A las dos horas ésta se había derretido y había empapado mi camiseta, como si yo tuviera un eczema horrible y supurante en las axilas. La verdad es que ese año me fui de Glastonbury con un tinte mucho más suave. Caz se tiñó sus cejas pelirrojas de negro y, bajo aquel sol abrasador, se volvieron color berenjena. Cuando divisó a Thom York de Radiohead en el Green Field y corrió hasta él para decirle lo mucho que le amaba, el recibimiento fue «un poco frío».

«¡Nadie quiere escuchar un “te amo” de alguien con las cejas moradas!», se lamentó después.

Cuando se trata de vello –piernas, bigote, cejas, barbilla, tetas o pubis–, el resultado deseable sería una ampliación del vocabulario estético: como cuando Eddie Izzard explica su travestismo como la «igualdad de derechos en el vestir». No quiere ponerse un vestido todos los días, puede que no se ponga tacones de aguja en un año. Pero cuando un hombre tenga ganas de llevar un vestido, o una mujer quiera ir peluda, no hay ningún motivo para rechazarlo. Hay mujeres que estarán mejor con bigote: es estadística. Hay un montón de axilas que quedarán mejor con un sedoso pelo rizado que depiladas con cera o con unas pinzas, depende de la ropa que se lleve. Un entrecejo velludo puede ser espléndido: mi hija de seis años, criada entre pinturas de Frida Kahlo, lo defiende a capa y espada: «Me encanta porque no se acaba nunca.»

El día en que tenían que disfrazarse de un personaje histórico en el colegio, se vistió como Kahlo, y se puso rímel en el entrecejo «para mejorarlo incluso».

Es mucho más sana que yo a su edad.

Después de afeitar mi primer, asustado y solitario pubis a los trece años, continué depilándome tres meses más, y luego lo dejé. Hay varias razones:

- 1) Como los pelos son cada vez son más numerosos, quitarlos de la cuchilla de afeitar de papá, para devolverla a su estante sin que nadie lo note, se hace cada vez más difícil. Tengo las yemas de los dedos llenas de minúsculas cicatrices entrecruzadas, como si hubiera decidido reemplazar mis huellas dactilares por algo más anguloso, o estuviera intentado la sesión de autolesionado menos efectiva del mundo. Limpiar una cuchilla es peligroso. Alguien de trece años no debería hacerlo.
- 2) Pica. Pica una barbaridad. Los pelos nuevos parecen tener tres partes de amianto y una de mohair, y su crecimiento me exaspera. A las tres semanas estoy rascándome como si tuviera la viruela, lo cual es irónico, ya que la razón principal para dejar de afeitarme es:
- 3) Darme cuenta de que nadie va a ver lo que pasa ahí durante años. AÑOS. Desde el terrible día de *Bergerac*, me visto, temblando de frío, en el dormitorio. Se acabó lo de ponerse el camisón delante de toda la familia. Delante de nadie. Como mi amigo Bad Paul dirá años después: «¿Qué aspecto tienes desnuda? Eso es algo de lo que apenas tienes que preocuparte, querida.» La idea de una virgen de trece años afeitándose el pubis es tan ridícula como la de Neil Armstrong poniéndose loción para después del afeitado antes de pisar la Luna: cualquier audiencia para este acto es completamente imaginaria. Lo dejo crecer de nuevo, en paz, y coloco la cuchilla de mi padre al lado del lavaojos y de la loción. Y paso al siguiente episodio de la agenda de la pubertad.

La siguiente vez que alguien me ve desnuda tengo diecisiete años y estoy perdiendo mi virginidad en un estudio de Stockwell, en el sur de Londres, con un hombre con la mirada fija al

que claramente le da igual lo que haga con mi vello púbico, y que sólo quiere quitarme el vestido verde y acostarse conmigo.

3. ¿NO SÉ CÓMO LLAMAR A MIS PECHOS!

Por supuesto, sé que la adolescencia es, en teoría, una increíble... eclosión. He pasado mucho tiempo en la biblioteca. He leído la *Anatomía de Gray*, intentando encontrar las partes más escabrosas. Puedo repetir textualmente lo que dice sobre el desarrollo neural adolescente, sobre cómo el cerebro adolescente explota, básicamente, cuando las hormonas del sexo se activan. La sustancia blanca (fibras como alambres) establece autopistas de razonamiento. El cerebro se ilumina como la Costa Este de Estados Unidos al anochecer: luces que se encienden y se apagan formando ondas; estallidos de estrellas; espirales; olas. A los catorce años, soy un experimento. Por dentro, me están resucitando. Estoy inmersa en una especie de vorágine de perspectivas que, en años posteriores, trataré de emular pagando mucho dinero en discotecas y en fiestas, en cuartos de baño –contando billetes de diez libras para pastillas con las que sentir una décima parte de esa falta de remordimientos, entusiasta y generalizada.

Leo las biografías de contemporáneos de mi edad y me quedo pasmada. Bobby Fisher fue gran maestro de ajedrez a los quince años. Picasso exponía su obra a los quince años. Kate Bush compone *The Man With The Child In His Eyes*¹ a los catorce años; tan joven que el niño en sus ojos podría haber sido en realidad su propio reflejo. Tengo, como cualquier otro adolescente, el potencial de ocupar un lugar en el mundo, igual o mejor que el de cualquier adulto. Podría ser un jodido genio.

Ésa es la teoría, al menos. Y la verdad es que soy consciente: mi diario registra cómo utilizo esa expansión sin precedentes de mi capacidad intelectual para tomar en consideración algunas de las cuestiones y conceptos más trascendentales: «Ojalá pudiera llorar constantemente. Me desahogaría tanto.» «¿Soy una de esas personas fallidas?» «Algunos días tengo la sensación de que puedo hacer ¡CUALQUIER COSA! Sé que estoy aquí, en cierto modo, ¡para salvar el MUNDO!» «Si llevara un sombrero, ¿parecería más delgada? ¿En serio?» Y el 14 de marzo de 1990: «He encontrado el sentido de la vida: Squeeze. ¡Cool for Cats!² ¡BRILLANTE!»

Pero, para ser sincera, suelo estar demasiado ocupada apagando los fuegos de mi aspecto físico para prestar mucha atención a mi cerebro, o a mi potencial de genio prodigioso. Tío, es para volverse loca. Te estalla esa mierda por todas partes. La menstruación y la masturbación son lo de menos. Mi cuerpo deja de ser algo que sólo hace caca y rompecabezas para convertirse en unos grandes almacenes mágicos que algún día venderán bebés, y eso ocupa casi todo mi tiempo y mis quebraderos de cabeza.

Una mañana descubro al despertarme que tengo el cuerpo lleno de pequeñas marcas de un rojo amoratado, como si mi estómago, muslos, pechos, axilas y pantorrillas fueran un helado de vainilla con vetas de frambuesa. Al principio creo que es un sarpullido, y me paso dos días embadurnada de Sudocrem, una pomada para culitos escocidos de bebé, con la esperanza de que esto las mejore. Cuando mi madre advierte que se le están agotando las reservas, acusa a Cheryl, que tiene dos años, de habérsela comido de nuevo, y yo, con gran nobleza, no la corrijo.

Pero cuando me examino las marcas más detenidamente, con la puerta cerrada con llave y una lámpara Anglepoise,¹ escuchando *Cool for Cats* a todo volumen para darme ánimos, me doy cuenta de que no se trata de una irritación sino de pequeñas melladuras. Mi piel se ha desgarrado al crecer: son estrías que cubren casi todas las partes suaves de mi cuerpo. La pubertad es como un león que me ha arañado con sus garras mientras intento huir de ella. O como le explico a Caz esa noche: «Tendré que llevar medias y cuello alto el RESTO de mi VIDA. Incluso en verano.

Tendré que fingir siempre que estoy helada. Será algo que todo el mundo sabrá de mí. Que soy una friolera.»

Caz y yo vivimos un extraño momento de paz en nuestra relación. Dos días antes nos abrazamos espontáneamente. Mi madre se quedó tan asombrada y alarmada que nos hizo una foto para celebrar la ocasión. Todavía la tengo: las dos con la misma bata, descalzas, con las caras juntas y una expresión que refleja un noventa y ocho por ciento de buenas intenciones y un dos por ciento de agresividad enconada. Nuestra madre cree que por fin hemos establecido un vínculo –unidas por la responsabilidad de ser las dos hermanas mayores en una familia de siete hijos– que nos permitirá zanjar nuestras diferencias como las adultas en que nos estamos convirtiendo rápidamente.

Si nos abrazamos en realidad es porque acabamos de tener una conversación de dos horas sobre cómo llamar a nuestra vagina.

–Soy incapaz de pronunciarlo –le digo a Caz.

Estamos en el dormitorio, yo en la cama, ella en el suelo. Es la novena vez que escuchamos *Cool for Cats* esa mañana. La cinta está cada vez más desgastada, y la voz de Chris Difford tiembla un poco cuando los indios mandan señales desde las rocas, en lo alto del desfiladero. Caz está tejiendo un jersey para tener algo que ponerse.

–Creo que prefiero hacer como que no tengo antes que llamarla «vagina» –continúo–. Como algún día resulte herida y me lleven a un hospital muy serio, donde la jerga esté prohibida y me pregunten «¿Dónde le duele?», creo que, antes que decir «En la vagina», les contestaré «¡A ver si lo adivinan!», y luego me desmayaré. Odio la palabra vagina.

–El año pasado era mucho más fácil –asiente Caz, con tristeza.

Hasta el año pasado, todos los niños Moran vivimos bajo la ilusión de que la palabra «ombligo» no se refería al hoyo arrugado en el centro de la tripa, sino a los genitales femeninos. Cuando nos hacíamos daño en esa zona gritábamos: «¡Me he dado un golpe en el ombligo!», y todos lo entendíamos. Por eso nos parecía tan divertido lo de «oficial naval».¹ Cuando el Príncipe Andrés se casó con Sarah Ferguson y, en la retransmisión de la ceremonia de la BBC1, Jonathan Dimbleby se refirió a él como «oficial naval», nos dio tal ataque de risa que tuvimos que tumbarnos boca abajo en la escalera para que la sangre nos volviera a la cabeza.

Además, durante un breve período, en 1987, nuestra hermana pequeña Weena pronunció «china» en vez de «vagina», y los demás utilizamos ese término por algún tiempo. Ese mismo otoño, T’Pau sacó el single del número uno «China In Your Hand»,¹ y tuvimos que volver a tumbarnos boca abajo en la escalera para que nuestra circulación sanguínea volviera a la normalidad. Entrar en una tienda donde sonaba el tema era un grave riesgo. Teníamos que salir corriendo, con las capuchas puestas, muertos de risa.

Así que ahora, en 1989, no tenemos ninguna palabra para «vagina», y con todo lo que está ocurriendo allí abajo, sentimos que necesitamos una. Guardamos silencio, pensativas, un momento.

–Podemos llamarlas Rolfs –dice Caz, finalmente–. Cómo Rolf Harris... Me recuerdan a su barba.

Nos miramos. Las dos sabemos que Rolf Harris no es la respuesta que buscamos.

El problema con la palabra «vagina» es que las vaginas siempre parecen traer problemas. Sólo una masoquista querría una, porque sólo les pasan cosas horribles. Las vaginas se desgarran. Las vaginas se «examinan». Se encuentran pruebas en ellas. Los asesinos en serie dejan cosas en ellas, como señales de un código morse; son como la repisa de la entrada, donde dejas las llaves y las monedas pequeñas. Nadie quiere una.

No. Aclaremos esto desde el principio: en realidad, yo no tengo vagina. Nunca la he tenido. La verdad es que conozco muy pocas mujeres que la hayan tenido. La reina Victoria, evidentemente. Barbara Castle. Margaret Thatcher.

Con el vello púbico peinado, por supuesto, como si fuera una réplica de su cabeza.

Pero todas las demás mujeres..., no. Porque no creo que yo sea la única. Nadie que conozco llamaría «vagina» a la vagina. Tiene nombres en argot, apelativos cariñosos, nombres inventados, nombres acuñados en el salón familiar que luego han pasado de generación en generación. Cuando pregunté en Twitter los apelativos que le había dado la gente en su infancia, recibí más de 500 respuestas en 20 minutos; un gran porcentaje de ellos completamente irracionales. Fue como abrir la Caja de Pandora de la Entrepiera. El primero que llegó marcó el tono: la madre de mi mejor amiga de la infancia llamaba a la vagina «el patito», y al período «la enfermedad del patito».

Ésta es, con claridad, una línea de pensamiento que no se ha visto interrumpida –puede que en generaciones– por ninguna influencia exterior. Es una endogamia léxica.

La variedad de nombres era inmensa. Algunos eran bastante bonitos y divertidos: tu flor, tu monedero, rajita, chichi, pepita, María, conejito, chirla, almejita, papaya, cascabel, pizquita, osito, ninfa, patatilla, higo, bollito, magdalena y bolsillo.

Era evidente que otros tenían su origen en alguna broma familiar: Valeria, tita Elena, ñoqui, fandango, pudín de Yorkshire (ella gritaría: «¡Tengo arena en mi Yorkshire!»), bajo el menhir y el centro de Birmingham.

Y luego estaban los muy estrambóticos y/o inquietantes: tu diferencia, tu secreto, tu problema, dulce Fanny Adams (el apodo de una niña victoriana asesinada; en resumidas cuentas, un mal día para el imaginario de la vagina) y cloaca. Supongo que «cloaca»¹ salió de una familia que criaba serpientes y utilizaba la misma palabra con todas las especies para ahorrar tiempo.

Entre los nombres que me llegaron, fue interesante encontrar *la-la*, *tinky* y *po*: casi todos los Teletubbies parecían estar basados en apelativos familiares de vagina. Imagino que en algún lado hay que buscar la inspiración.

Yo, personalmente, tengo un coño. A veces es un «chocho» o una «vulva», pero casi siempre es mi coño. Coño es una palabra correcta, antigua, histórica y fuerte. Me encanta que mi escalera de incendios sea, con mucho, la palabrota más utilizada en la lengua inglesa. Sí. Así de poderosa es, chicos. Si os cuento lo que tengo ahí abajo, puede que las damas ancianas y los clérigos se desmayen. Me encanta cómo se escandaliza la gente cuando dices «coño». Es como tener una bomba atómica en las bragas, o un tigre enloquecido, o un arma.

Comparado con esto, la mayor palabrota que tienen los hombres de sus partes íntimas, «polla», resulta francamente insípida, y estoy segura de que te dejan utilizarla hasta en *Blue Peter*¹ si algo va mal. En una cultura donde casi todo lo femenino se sigue viendo como algo remilgado y/o débil –la menstruación, la menopausia, el mero hecho de llamar a alguien «niña»–, me encanta que «coño» se mantenga ahí, por sí sola, como la palabra suprema e invencible. Tiene casi una resonancia mística. Es un coño –todos sabemos qué es un coño–, pero no podemos llamarlo coño. No podemos pronunciar la palabra. Es demasiado poderosa. De igual modo que los judíos no pueden pronunciar nunca Tetragrámaton, y deben decir «Jehová» en su lugar.

Por supuesto, comprendí que todas mis teorías sobre llamar coño a mi coño no servían para nada cuando tuve dos hijas. No tiene el menor sentido hablarles de «las resonancias místicas de Jehová» y esas cosas cuando en la guardería les persigue un profesor con una escoba, enfurecido porque ellas han dicho tan tranquilas la peor palabrota de la lengua inglesa, justo antes del refrigerio de media mañana.

Cuando Lizzie tenía sólo unos días –más o menos cuando se me pasó el efecto del primer kilo de morfina y pude volver a concentrarme en las cosas, aunque, para ser sincera, me faltaran más de dos semanas para sentarme de nuevo sin gritar «¡VIRGEN SANTÍSIMA..., CREO QUE ESTÁ ROTO!»–, mi marido y yo mirábamos a nuestra preciosa niña. Con sus ojos azules, su boquita de piñón y tan suave como un ratón de terciopelo, acababa de hacerse una caca tan enorme que se había metido hasta el último rincón de la parte inferior de su cuerpo.

Mi marido se acercó a sus partes bajas, indeciso, con una toallita limpiadora y luego se desplomó en una silla, con aire derrotado.

–No sólo tengo que quitar todo... esto –dijo, como si fuera a darle un ataque–, sino que ni siquiera sé lo que estoy limpiando. ¿Cómo vamos a llamarlo? No podemos decir «coño».

–¡Su NOMBRE es Lizzie! –contesté, desconcertada.

–Ya sabes a qué me refiero –suspiró mi marido–. No voy a utilizar esa palabra. Eso es lo que tú tienes. Un coño. Pero no lo que tiene ella. Tú tienes... a Scooby. Ella, a Scrappy Doo.¹ Es completamente diferente. Oh, Dios..., se ha puesto la espalda perdida, se ha manchado hasta el gorro.

Estoy quitando caca de un gorro. No estoy seguro de que me guste esto de la paternidad. ¿CÓMO VAMOS A LLAMAR A SU VAGINA?

Nos pasamos las siguientes semanas aportando ideas como dos ejecutivos que diseñaran la campaña publicitaria de un nuevo yogur con sabor a jamón.

–Parece una mariquita –dijo mi marido en un momento especialmente imaginativo–. Podemos llamarla ¡su mariquita!

–Sí, pero si nos ponemos así, también se parece al escarabajo de Volkswagen –señalé–. Podríamos llamarla Herbie. Y cuando llegue a la adolescencia y se vuelva loca por los chicos, podremos repetirnos el uno al otro «*Herbie se va a por plátanos*»,¹ mientras tú construyes un torreón sin puertas donde encerrarla.

Otra semana, a mi marido se le ocurrió *Baby-Gap* –«¡Es su *baby gap!*!»– que, además, de ser muy ingenioso, suponía que, al ponerle una camiseta o un jersey con el logo de *Baby Gap*,² nos partiríamos unos minutos de risa.

El caso es que ese nombre vivió deprisa y murió joven; lo utilizamos tanto que dejó de ser gracioso. Las palabras empezaron a parecer viejas y trilladas, como un chicle mascado demasiado tiempo.

Sabíamos que necesitábamos algo menos artificioso, pero hasta que Lizzie no comenzó a hablar, hacia los doce meses, la palabra no me vino a la cabeza.

Ella se había caído y se había hecho daño en el *baby-gap*. Al sentarla en mis rodillas y explicarle en voz alta lo que le había pasado –como se hace cuando se enseña a hablar a un niño– me sumergí en la oscuridad de mi subconsciente y regresé con:

–Bot-bot. Te has hecho daño en el bot-bot –dije, secándole las lágrimas.

Bot-bot, así es como mi madre llamaba a nuestros genitales antes de que llegáramos a la adolescencia: «bot» la parte de atrás, y «bot-bot» la de delante. Una palabra que sirve para todo. Éramos demasiado pobres para algo más... especializado.

Y aquí estaba ahora, de nuevo en funcionamiento para otra generación. Un nombre redondo, pulcro, contundente y pequeño para un bot-bot redondo, pulcro, contundente y pequeño.

Por supuesto, cuando crezca, Lizzie estará igual que Caz y yo en 1989. Cuando eres adolescente, necesitas encontrar algo un poco más... roquero. No puedes seguir llamando bot-bot a un lugar que va a ser el epicentro de la mayoría de tus decisiones y pensamientos durante los

próximos cuarenta años. Scarlett O'Hara no correteaba por Atlanta detrás de Ashley y luego de Rhett por culpa de su bot-bot. No hay ningún bot-bot en las pinturas de Georgia O'Keeffe. Madonna no enseña su bot-bot en *Sex*.

A menudo, después de caminar hasta un claro del bosque y fumar una pipa ceremonial con los nativos, he pensado que idear un nombre para los genitales es un rito iniciático tradicional para las chicas. Tan importante como la primera regla, o decidir si puedes llevar o no pantalones de peto. Cuando empiezan los «toqueteos» en el colegio –creo que hoy en día hacia los doce años; parece la versión un poco más madura del deseo incontenible de los niños pequeños de meter el dedo en los reproductores de DVD–, es importante que una niña empiece a pensar exactamente dónde le toquetean. Aunque «dentro de mí» es un buen punto de partida, es, básicamente, una dirección o una orden, no un nombre.

En la actualidad, en un mundo en el que los adolescentes reciben toda la educación sexual de la pornografía, es posible que Adán diera nombre a los animales, pero Ron Jeremy¹ se lo da a las vaginas. Como era de esperar, si se deja la elección de las palabras a los actores porno que improvisan el diálogo en una escena de doble penetración, no hay mucha reflexión, ni delicadeza, ni estética en ellas.

En consecuencia, está creciendo una generación entera de chicas que llaman a sus genitales «*pussy*».² Personalmente, no me gusta «*pussy*». He escuchado demasiadas veces ese término para aludir al tercer personaje de una película porno para que pueda parecerme alegre o divertido.

«Eso le gusta a tu *pussy*, ¿verdad?» «¿Le doy esto a tu *pussy*?»

Tiene esa desagradable desconexión física –las mujeres separadas de sus vaginas– que me resulta tan antierótica en la mala pornografía; ADEMÁS de dar siempre la incómoda sensación de que el caballero quizá esté hablando del gato de la mujer, sentado justo detrás de la cámara con una mirada torva.

Algún día, pienso ociosamente, todos esos gatos que ven cómo se ruedan escenas porno se sublevarán, asqueados por la zafiedad de unos diálogos que con tanto descaro los señalan a ellos, se dirigirán al plató y vomitarán ostentadamente una bola de pelo en mitad de una felación.

Pero, seamos sinceros, «*pussy*» es lo de menos. Hay una colección de palabras de argot que, de un modo u otro, son tan horribles como «vagina». ¡Hablemos de ellas!

- Tu sexo: suena como un intento preventivo de excusarse.
- Agujero: algo malo que puede pasarle a las medias o a las mallas. Mi Johnnylulu¹ es algo BUENO que les pasa a las medias o a las mallas.
- Tarro de miel: sugiere la llegada inminente de abejas.
- Potorro: una mezcla muy desagradable de boñigas, estupidez y puñetazos. No.
- *Bush*:² la banda de rock con ese nombre es un coñazo. La vegetación está llena de arañas. No.
- Vag: parece el nombre de una mujer prepotente y agresiva como Barb y Val.³ Sugiere también un fumador compulsivo de Rothmans, y una adicción límite al bingo. No.

Por otro lado, las que sí me gustan:

- Chumino: suena un poco a gato ligeramente explotado.
- Chichi: divertido.
- Chocho: un caniche francés mimado y algo ridículo.
- El pozo de Saarlac:¹ eco infinito, entre otras cosas porque, por mucho que quiera a Han

Solo en su interior, jamás lo consigue.

La verdad es que, una vez que empiezas a poner nombres estúpidos a tu vestíbulo principal, no hay ningún motivo para parar.

«Se está yendo todo por el West Midlands Safari Park y Zoo», diré, tristemente, sentada en el váter en pleno ataque de cistitis. «El árbol fue alcanzado por un rayo en el jardín de medianoche de Tom.»²

Y otros días más felices una puede comentar: está entrando la niebla en el promontorio de Kintyre.³

Pero ¿qué pasa con tu delantera? Después de todo, no parece que sea más fácil encontrar un nombre para los pechos. Están sobre la caja torácica desde que tienes trece años, y apenas existe una palabra para referirse a ellos que no vaya a resultar embarazosa para ti, o para otra persona.

Hace un par de años, Scarlett Johansson, la vampiresa de moda de voluminosos labios, reveló que llamaba a sus pechos «mis niñas».

«Me gustan mi cuerpo y mi cara», dijo, haciéndose eco del pensamiento de todos, excepto los ciegos, «y me encantan mis pechos: los llamo “mis niñas”.»

No era la primera vez en su carrera* que Johansson sacaba un tema controvertido. ¿Cómo, exactamente, puede llamar una mujer adulta de manera sensata e ingeniosa a sus tetas? Ella tiene la respuesta perfecta: «mis niñas» es divertido, posesivo y femenino; pero nadie más puede llamarlas así, porque todo el mundo pensaría que hablas de las tetas de Scarlett Johansson, no de las tuyas.

–No sé..., ¿no quedan raras mis niñas con este top? –podrías decir.

–Bueno, «mis niñas» quedarían fantásticas con ese top, porque Scarlett Johansson tiene una delantera capaz de traer la paz al mundo –respondería una amiga–. Pero las tuyas parecen deformes, y tus pezones andan por todos lados. Para ser sincera, me recuerdan a los ojos de Marty Feldman.

En el mundo de los tabloides, por supuesto, las cosas son fáciles. La palabra es melones. O, más bien, ¡MELONES! «Keeley, la chica de la tercera página, tiene unos ¡MELONES fantásticos!», dice Shayne Ward. «¡Cheryl tiene los mejores ¡MELONES de *Girls Aloud!*!»¹ Incluso cuando alguien utiliza otro término al hablar con un periodista del *Sun*, su magnífico corrector ortográfico lo transforma siempre en «melones». Una vez me entrevistaron en la época en que llamaba a mis tetas «cántaros»² (era el momento cumbre del britpop; sólo pensé que el grupo Blur lo aprobaría) y, como era de esperar, el artículo se publicó al día siguiente con un «“Me encantan mis MELONES”, dice Caitlin Moran».

Personalmente, no tengo melones. Ni uno. Me pareció tan extraño como leer: «“Me encanta mi COLA PRENSIL A RAYAS DE LÉMUR”, dice Caitlin Moran.»

«Melones» suena demasiado a Benny Hill. Los melones son redondos, rebotan, hacen gracia; es como si hablaras de «tus payasos rosas del pecho», imitando –wah wah wah waaaaaaah– el sonido de un trombón, y zanjaras así el asunto.

Los melones son, por lo general, blancos y de clase obrera. En realidad, no hay melones de Bangladesh ni de Bahréin. No hay «melones de Lady Antonia Fraser». Melones es lo que tienen Jordan, Pamela Anderson y también Barbara Windsor, excepto cuando Barbara tiene un cáncer de mama en el guión de *EastEnders*, y éstos pasan a ser rápidamente «pechos». Los «melones» no pueden, por supuesto, tener cáncer, o dar de mamar, o ser objeto de las sutiles artes eróticas del Tao. Los melones existen únicamente para moverse arriba y abajo en el pecho de las mujeres entre

doce y treinta y dos años, después están demasiado caídos, y entonces supongo que desaparecen de la faz de la tierra, rumbo al espacio; es posible que acaben formando parte de los anillos gigantes de Saturno.

Exactamente por todo lo contrario, «pechos» tampoco sirve. Nunca escuchas la palabra «pechos» en un contexto positivo. Pechos son malas noticias. Como le pasa a la vagina, los pechos están para que los médicos los examinen y para tener cáncer; y, además, es la palabra que eligen tipos que van a hacer cosas retorcidas contigo («¿Puedo tocarte el pecho derecho con el dedo?») o viejos perversos («Sus magníficos pechos se vieron liberados del fino tejido, y parecieron bailar hacia Hengist»).¹

«Pechugas» es una alusión terrorífica a pollos descuartizados y cocinados al vino blanco. «Busto» recuerda un poco a Les Dawson.¹ «Escote» tampoco sirve, es evidente: «me duele el escote»; ni tampoco «*embonpoint*», que suena a puntillas y bordados, así que dejaría de existir en cuanto te quitaras el sujetador. «Tetas» resulta agradablemente realista en la vida cotidiana: «dame un KitKat, me he dado un golpetazo en la teta con la puerta», pero no acaba de funcionar su paso a la vida nocturna, donde parece un poco brusco. Personalmente, me gusta bastante la idea de «los muchachos», pero también llamo así a mis siete hermanos, y como ese potencial de confusión podría aumentar aún más la incidencia de nuestros trastornos mentales, será mejor que lo olvide.

Pasé por una época en que les daba nombres de parejas famosas: «¡Me hizo sacarme mis dos *Ronnies!*»² «Iba todo tan bien hasta que el espantapájaros y la señora King³ se negaron a entrar en el top.» «En realidad las llamo Simon y Garfunkel porque una es más grande que otra.» Pero entonces tuve un bebé. La comadrona me miró con mucha severidad cuando intenté meter el vértice de «Christopher Dean» en la boca de mi recién nacida, mientras «Jayne Torvill»⁴ yacía, traumatizada y sangrante, al lado.

La lengua inglesa tiene que ser capaz de entender de un modo convincente el problema de los senos de las mujeres. Lo cierto es que, dado lo timoratos, ignorantes y ridículos que somos, hay bastantes probabilidades de que éste siga sin resolverse por algún tiempo. Quizá deberíamos abandonar el lenguaje hablado en el interregno y referirnos a ellas sólo como «(.)».

Sin duda, la solución de mi problema y el de Caz fue comprender que, cuando se trataba de pechos y vaginas, el lenguaje no era realmente necesario. Tras un breve período en que los llamamos, al alimón, «Arriba y Abajo» –con la ventaja adicional de que sonaban como la producción clásica de la BBC, que tanta gente recuerda con cariño–, caímos en la cuenta de que podíamos limitarnos a señalar las zonas pertinentes mientras decíamos con los labios «*alli*», exageradamente, como Les Dawson. «*Alli*» y «*alli*» funcionó a modo de operación de contención hasta que nos hicimos lo bastante mundanas e indecentes para decir «tetas» y «coño»: yo a los quince años, y Caz hacia los veintisiete, creo recordar. Pero ¡menudo discurso de dama de honor pronunció!

4. ¡SOY FEMINISTA!

En *La mujer eunuco*, Germaine Greer sugiere a la lectora que pruebe su sangre menstrual. «Si no la has probado, aún te queda un largo camino por recorrer, cariño», dice.

Bueno, tengo que darle la razón. Hay que probar de todo una vez en la vida, incluso comer gambas con salsa agridulce en una furgoneta cutre de comida rápida de Leicester o ponerse una falda globo. Yo he probado, por supuesto, mi sangre menstrual. En general, prefiero una bolsa de ganchitos, pero no estuvo mal; mejor que casi todo lo que puedes comprar en el vagón restaurante del Intercity y, desde luego, un producto muy aceptable desde el punto de vista ético. Me he cuidado siempre de un modo ejemplar. Nunca me ha faltado heno limpio y abundante para dormir.

Personalmente, sin embargo, no insistiré para que probéis vuestra sangre menstrual ahora mismo, pues soy consciente de que tal vez estéis en el autobús, o sentadas en la parte de atrás del club infantil Tick Tock Toddlers, teniendo una charla trivial y deslavazada con una mujer llamada «Barb».¹ Como ocurre con tantas cosas «enriquecedoras» –saltar en paracaídas, aprender la danza del vientre, hacerse un tatuaje–, saborear la sangre menstrual sería, reconozcámoslo, sólo algo que añadir a la lista de «Cosas pendientes», junto con arreglar la barra de la cortina, desparasitar a los gatos o coser ese botón de la parte trasera del abrigo que, ahora que lo piensas, se cayó en 2003.

No, señoras, podéis relajaros. No tendréis que probar vuestra menstruación hoy. No mientras yo esté de guardia.

Lo que sí voy a pedir, sin embargo, es que digáis «Soy feminista». Preferiblemente, me gustaría que os subierais a una silla y gritarais: «SOY FEMINISTA», pero sólo porque todo me parece más emocionante si lo haces subido a una silla.

Es muy importante decir estas palabras en voz alta. «SOY FEMINISTA.» Si os cuesta hacerlo, incluso con los pies en el suelo, yo me preocuparía. Quizá sea una de las cosas más importantes que una mujer dirá nunca: el equivalente a «Te quiero», «¿Es niño o niña?» o «¡No! ¡He cambiado de opinión! ¡NO me cortes el flequillo!».

Decidlo. ¡DECIDLO! ¡DECIDLO AHORA MISMO! Porque si no podéis, estaréis en el fondo inclinándoos y diciendo: «Dame una patada en el trasero y quítame el voto, por favor, patriarcado.»

Y ni se te ocurra pensar que no deberías subirte a esa silla y gritar ¡SOY FEMINISTA! si eres un chico. Un feminista varón es uno de los productos finales más gloriosos de la evolución. Un hombre feminista debería DESDE LUEGO estar subido en la silla, para que nosotras, las señoras, pudiéramos brindar por ti con champán antes de codiciar tu cuerpo salvajemente. Y quizá nos cambiaras esa bombilla mientras estás ahí arriba. No podemos hacerlo solas. Hay una telaraña enorme en la esquina.

Tenía quince años cuando dije por primera vez: «Soy feminista.» Aquí estoy, en mi dormitorio, diciéndolo. Me estoy mirando en el espejo, viendo cómo lo digo: «Soy feminista, soy feminista.»

Han pasado casi tres años desde que escribí mi lista de cosas que hacer «Cuando tenga 18 años», y armo lentamente las piezas del impreciso plan de quién debería ser. Aún no me he hecho agujeros en las orejas, ni he adelgazado, ni he entrenado a mi perro; y toda mi ropa sigue siendo horrible. Mi segunda mejor parte de arriba es una camiseta con el dibujo de un caimán que lleva una cerveza en la mano, con la frase «DIVIÉRTETE BAJO EL SOL DE FLORIDA» en rosa fosforescente. Parece de lo más incongruente en una chica deprimida, gorda, hippie y con el pelo

hasta la cintura que pasea por Wolverhampton bajo la lluvia. A decir verdad, parece un acto cotidiano de inmenso sarcasmo.

Y sigo sin tener amigos. Ni uno: la familia no cuenta, está claro, porque viene gratis con tu vida, lo quieras o no, como el folleto de seis páginas de Curry's¹ que se cae del periódico local y anuncia ordenadores Spectrum de 128k y radiocasetes. No. La familia no cuenta en absoluto.

Pero, afortunadamente, no estoy sola porque, como les ha ocurrido antes a millones de niños solitarios, me cuidan los libros, la televisión y la música. Me educan brujas, lobos y las estrellas invitadas sorpresa de *Wogan*.² Todo arte es alguien que intenta decirte algo, caigo en la cuenta. Hay *miles* de personas que quieren hablar conmigo en cuanto abro su libro o escucho su programa. Hay un trillón de telegramas llenos de información y de consejos importantes.

Puede que la información no sea buena, o que haya algún consejo equivocado, pero al menos recibes algunos datos de lo que pasa ahí fuera. La cinta de teletipo de tu CNN pasa a toda velocidad. Estás recogiendo información.

Los libros parecen la fuente más potente: cada uno es la suma total de una vida que puede ser inhalada en un solo día. Leo rápido, así que engullo vidas a un ritmo vertiginoso; seis, siete, ocho a la semana. Me gustan especialmente las autobiografías: puedo zamparme a una persona al ponerse el sol. Leo sobre granjeros de las colinas de Gales y mujeres navegantes que dan la vuelta al mundo, soldados de la Segunda Guerra Mundial y amas de llaves de las mansiones de Shropshire antes de la guerra, periodistas y estrellas de cine, guionistas, príncipes de la casa Tudor y primeros ministros del siglo XVII.

Y cada libro, descubres, tiene su propio grupo social, unos amigos que quiere presentarte, como una fiesta en la biblioteca que no necesitara acabar nunca jamás. Cuando conozco a David Niven en *La aventura de mi vida*,¹ habla sin parar de Harpo Marx; y, cuando finalmente me tropiezo con éste en el estante de las autobiografías que empiezan con M, los dos nos volvemos inseparables. Enseguida me pongo al día de cómo pasa la tarde Marx: en la Mesa Redonda del Algonquin,² en Nueva York, una especie de Valhalla de preguerra para dandies bebedores de cócteles con máquina de escribir. Robert Benchley, Robert E. Sherwood y Alexander Woollcott despiertan en mí un afecto imperecedero por los hombres irónicos y mordaces que muestran su amor con insultos cada vez más rastreros («Hola, Asquerosa»).

Finalmente, gracias a Woollcott, me topo con la bendita Dorothy Parker, que tengo la sensación de que me ha estado esperando siempre, en 1923, con su barra de labios y sus cigarrillos y su gloriosa y lacerante desesperación. Dorothy Parker es increíblemente importante porque, en esos momentos, me parece la primera mujer capaz de ser divertida: un paso evolutivo tan importante para la mujer como el pulgar retráctil o la invención de la rueda. Parker es divertida en la década de 1920, y luego –tiendo a creer– no hay más mujeres divertidas hasta que aparecen French y Saunders, y Victoria Wood en la década de 1980. Parker es la Eva del humor femenino.

Robert Johnson inventó el blues, a medianoche, en un cruce de caminos, después de vender su alma al diablo. Dorothy Parker inventó las mujeres divertidas, a las dos de la tarde, en el mejor bar de cócteles de Nueva York, después de dar a un joven camarero una propina de cincuenta centavos por un martini. No es difícil concluir cuál es el sexo más brillante.

Pero Parker también me intranquiliza, pues la mitad de las cosas divertidas que escribe son sobre su suicidio: lo divertido no parece funcionarle tan bien como, por ejemplo, a Ben Elton. Y no puede ignorarse que, después de ella, hubo que esperar casi sesenta años para que apareciera otra mujer divertida. El camino que abrió se mantuvo significativamente virgen. Empieza a preocuparme que las mujeres, como se rumorea, no sean tan buenas como los hombres, después de

todo.

Ese mismo mes leo el *Résumé* de Parker: «Las navajas te lastiman; / los ríos son húmedos; / los ácidos te manchan; / las drogas dan calambres; / las armas están prohibidas; / las sogas se rompen; / los gases son hediondos. / Bien podrías vivir.» Empiezo a leer a Sylvia Plath, una de las pocas mujeres que escribe tan bien como un hombre, coinciden todos, pero que también intenta suicidarse varias veces: estrellándose con el mismo coche o tomando una sobredosis. Es preocupante. Empiezo a obsesionarme con Bessie Smith, cuya vida está marcada por la heroína. Adoro a Janis Joplin, que vive la década de 1960 hasta matarse. Y la gente es cada vez más horrible con la Duquesa de York, sólo porque es pelirroja.

No puedo evitar darme cuenta de que la mayoría de las mujeres que se mantienen firmes frente a los hombres parecen infelices y tienden a morir jóvenes. Casi todo el mundo atribuye esto a que las mujeres son en esencia incapaces de arriesgar el cuello y competir con los hombres en igualdad de condiciones. No pueden con los machotes. Sencillamente, tienen que dejar de intentarlo.

Pero cuando me fijo en su infortunio –desesperación, odio a sí mismas, baja autoestima, agotamiento, frustración ante la falta constante de oportunidades, de espacio, de comprensión, de apoyo o de contexto–, tengo la sensación de que todas mueren de lo mismo: de estar atrapadas en el siglo equivocado. Adelantarse a su época es venenoso para las mujeres, empiezo a pensar. Ya lo sabía, pero sólo como un hecho silencioso y aceptado. Ahora lo sé como un hecho estridente e indignado.

Son mujeres rodeadas de hombres, sin un equipo o una mentora que las anime. Son el único par de tacones altos en una habitación llena de zapatos bajos de suela gruesa. Llevan toda la carga de ser una novedad. Están furiosas y agotadas por tener que explicar a los hombres lo que las mujeres han sabido siempre. Son astronautas en la estación espacial Mir, o los primeros corazones trasplantados. Puede que sean pioneros, sí, pero no pueden perdurar. Al final, el cuerpo los rechaza. La atmósfera resulta demasiado pobre. No funciona.

Y así, después de muchas vicisitudes, y justo cuando la necesito, aparece Germaine Greer. Sé más o menos quien es, por supuesto; cada vez que mi madre se atreve a hacer una conjetura sobre qué puede fallar en el coche, mi padre responde, con un suspiro: «Está bien, Germaine Greer. Déjalo ya», pero nunca me he encontrado realmente con ella. Nunca he leído nada que haya escrito, ni la he visto hablar. Supongo que es una mujer adusta y gritona, que siempre dice lo que hay que hacer: como una monja, pero enfadada.

Entonces la veo en televisión. No sé en qué programa, mi diario no lo dice, pero señala el día con una guirnalda de signos de exclamación. «Acabo de ver a Germaine Greer en la televisión, ¡¡¡¡¡qué SIMPÁTICA!!!!!!», escribo. «¡¡¡¡¡Y DIVERTIDAAAA!!!!!!»

Greer utiliza las palabras «liberación» y «feminismo» y me doy cuenta –a los quince años– de que es la primera persona que conozco que no las dice con sarcasmo o entre comillas invisibles. No las pronuncia como si fueran palabras un tanto desagradables y peligrosas, o que tuvieran que manipularse sólo con el extremo de unas pinzas, como el estiércol humano o el tifus.

En cambio, Greer dice «soy feminista» con la mayor serenidad, como si fuera algo lógico y estuviera en su derecho. Parece la solución de un enigma que hubiera durado años. Greer lo dice con autoridad y con orgullo: la palabra es un premio que muchos millones de mujeres, a lo largo de la historia de la humanidad, ganaron con su lucha. Es la vacuna contra el fracaso de nuestras pioneras. Es la atmósfera que nos sostendrá a todas en el espacio: la parte del instrumental que nos faltaba. Es lo que nos mantendrá con vida.

Una semana después, yo también estoy diciendo «Soy feminista» al espejo. Estoy fumando un

pitillo de mentira de papel higiénico enrollado. Echo el humo imaginario, como Lauren Bacall, y digo: «Soy feminista, Humphrey Bogart.»

Es más emocionante pronunciar esa palabra que soltar tacos. Es embriagadora. Hace que me dé vueltas la cabeza.

Sé que ahora soy una feminista porque, después de ver a Greer en la televisión y de quedarme encantada con ella, acabo de leer *La mujer eunuco*. No sólo me he sumergido en su obra por la promesa de emancipación; he de reconocer que también buscaba escenas de sexo. Sé que es, como dice Eulalie McKecknie Shinn de la poesía de Balzac en *Vivir de ilusión*,¹ «un libro INDECENTE». Mira: en la cubierta aparecen tetas. Seguro que hay un montón de sexo en su interior.

Sin embargo, aunque tiene algunos fragmentos indecentes, lo más notable, para alguien que ha crecido con la música rock, es que Greer escribe sobre el hecho de ser mujer como los hombres cantan sobre el hecho de ser hombres. Cuando Bowie describe a Ziggy en *Ziggy Stardust*: «Él era el *nazz*² / con el culo que Dios le dio / demasiado lejos llegó / pero con la guitarra era un as», podría haber sido Greer hablando de sí misma. Ella es la *nazz*, con el culo que Dios le dio. Escribe párrafos como solos de piano, y su interpretación del feminismo es sencilla: todo el mundo debería parecerse un poco más a ella. Despreciar todas esas memeces inútiles que hemos heredado. Ser alguien nuevo; rápido, libre. Reír, y follar, y no tener miedo a decir las cosas como son, a un novio, a un gobierno o a quien sea, si son estúpidos o están equivocados. Y A TODO VOLUMEN. COMO LA MÚSICA ROCK.

Más tarde, *La mujer eunuco* es como alguien que entra corriendo en el dormitorio –mi dormitorio– gritando «¡Oh, Dios mío!», y dispara un fuego de artillería dorado. Greer tiene esa velocidad imparable de los que juegan hasta el límite de sus posibilidades. Y el regocijo vital de saber que dice cosas que nadie ha dicho antes. Sabe que ella era el nuevo frente borrascoso; la tormenta que se avecinaba.

No entiendo la mitad de lo que escribe. A los quince años, aún no me he cruzado con nada que pueda llamar machismo en el trabajo, aversión a las mujeres o, por supuesto, lo que me ha llevado en primer lugar a ese libro: un pene que espere ser estimulado o acariciado. La mitad de lo que leo me desconcierta muchísimo: la mezcla de su cólera con los hombres y su convicción de que las mujeres se están traicionando a sí mismas, y son débiles, no tiene nada que ver con lo que yo pienso. Mi idea general es que todos somos «los muchachos», e intentamos llevarnos lo mejor que podemos.

No me gustan las grandes generalizaciones, y estoy segura de que al resto del mundo tampoco, me digo a mí misma.

Pero no hay duda de que este libro, el mundo que encierra este libro, es de lo más emocionante. Germaine hace que ser mujer –el sexo completamente marginado, denigrado, silenciado y oprimido– parezca de repente algo fascinante. En pleno siglo xx, una época esclava de la novedad, la mujer resulta ser lo más novedoso de todo: todavía envuelta en celofán, todavía doblada y guardada en la caja, después de haberse hecho la muerta a lo largo de la historia. Pero ahora, ¡somos la nueva especie! ¡El nuevo furor! ¡Somos el tulipán, América, el Hula Hoop, la nave espacial con destino a la Luna, la cocaína! Cualquier cosa que hagamos será, implícitamente, asombrosa.

Me siento una especie de fan..., esa decisión algo perezosa y completamente entusiasta de creer todo lo que tu héroe dice y hace; de seguir su estela fluorescente sin hacer preguntas. Éste es un héroe que no me hará daño, que no me dirá de repente y de un modo horrible que ellos probablemente me odian, como los encargados de transportar y montar el equipo de Led Zeppelin,

que repartían pases a las groupies menores de edad con un ojo, un pájaro, un marinero y la frase «Trago semen». O como cuando descubrí que Frank Bough, «el papá del desayuno»,¹ era sadomasoquista.

Para una tierna adolescente, es un héroe extraño que será bueno para mi espíritu.

Años después, por supuesto, seré lo bastante Greeraria para no estar de acuerdo con alguna de sus afirmaciones: dejó el sexo en la década de 1980, se opuso a la elección de una profesora transexual en el Newnham Ladies College, se obsesionó con el cambio de sexo hombre-mujer, y, lo peor de todo, criticó el cardado de la columnista de *The Guardian* Suzanne Moore («su pelo parece el nido de un pájaro y lleva unos zapatos horribles»), lo que me entristeció: me encantan los cardados.

Pero a los quince años, cuando termino de leer *La mujer eunuco*, estoy tan emocionada por ser una mujer que, si hubiera sido hombre, me habría cambiado de acera.

En 1990, a los quince años y medio, voy por la vida diciendo «Soy feminista», del mismo modo que la gente normal va diciendo: «¡Un montón de dinero!», «¡Qué tonto eres, Rodney!» o «¡Sigue al oso!». He descubierto una parte de lo que soy.

Pero, naturalmente, quizá te estés preguntando: «¿Soy feminista? Puede que no. ¡No lo sé! ¡Sigo sin saber de qué se trata! Estoy demasiado agotada y confusa para decidirlo. ¡Todavía no lo veo claro! ¡No tengo tiempo para averiguar si soy una militante feminista! Parece que queda mucho por hacer. ¿QUÉ QUIERE DECIR?»

Lo entiendo.

Así que aquí tienes el modo más rápido de averiguar si eres feminista. Ponte manos a la obra.

- a) ¿Tienes vagina?
- b) ¿Quieres responsabilizarte de ella?

Si en ambos casos has contestado «sí», entonces ¡enhorabuena! Eres feminista.

Porque tenemos que reivindicar la palabra «feminismo». Necesitamos recuperar urgentemente la palabra «feminismo». Cuando las estadísticas señalan que sólo un veintinueve por ciento de las mujeres norteamericanas se describirían a sí mismas como feministas, y sólo un cuarenta y dos por ciento de las británicas, yo solía pensar: ¿Qué creéis que ES el feminismo, señoras? ¿Qué aspecto de la «liberación de la mujer» no va con vosotras? ¿Es el derecho al voto? ¿El derecho a no ser una propiedad del hombre con que te casas? ¿La campaña por la igualdad de salarios? ¿El *Vogue* de Madonna? ¿Los vaqueros? ¿Todo esto tan cojonudo TE PONE DE LOS NERVIOS? ¿O sólo ESTABAS BORRACHA EL DÍA QUE HICIERON LA ENCUESTA?

Ahora, sin embargo, estoy mucho más tranquila; desde que me di cuenta de que es técnicamente imposible que una mujer se oponga al feminismo. Sin feminismo, no te dejarían debatir el lugar de la mujer en la sociedad. Estarías demasiado ocupada pariendo en el suelo de la cocina, mordiendo una cuchara de madera para no estropear la partida de cartas de los hombres, antes de volver a limpiar la cal del retrete. Por eso me hacen tanta gracia esas mujeres columnistas del *Daily Mail* que se quejan diariamente del feminismo. Te pagan mil seiscientas libras por ello, querida, pienso. Y apuesto a que van a tu cuenta bancaria, no a la de tu marido. Cuantas más mujeres protesten, en voz alta, contra el feminismo, más probarán no sólo que éste existe sino también que disfrutan de sus privilegios, ganados con tanto esfuerzo.

Porque aunque la gente haya intentado maltratarla y repudiarla, «feminismo» es la palabra que aún necesitamos. Ninguna otra servirá. Y, reconozcámoslo, no ha existido otro término, si

exceptuamos el «poder de las chicas», que suena como si estuvieras en alguna rama de la Cienciología dirigida por Geri Halliwell.¹ Que «el poder de las chicas» haya sido el único rival de la palabra «feminismo» en los últimos cincuenta años es lamentable para las mujeres. Después de todo, P. Diddy ha tenido cuatro nombres diferentes y sólo es un hombre.²

Personalmente, no creo que la palabra «feminismo» por sí sola sea suficiente. Creo que hay que ir más allá. Quiero recuperarla conjuntamente con la palabra «exaltado». Así parece más sexy. Ha sido tan negativa durante tanto tiempo que ya es hora de que sea positiva de nuevo. ¡La han utilizado para maltratarnos! ¡Utilicémosla ahora contra ellos! Quiero reivindicar la palabra «feminismo exaltado» de la misma manera que la comunidad negra ha reivindicado la palabra «negro».

«¡Adelante, mi feminista exaltada! Trabaja la dicotomía dialéctica masculino/femenino», gritaré a mis amigas en los bares, mientras todos asienten al ver lo entusiasmadas que estamos y lo auténticas que somos: la palabra nos excita tanto como el champán, derrapar con el freno de mano o «Helter Skelter».¹

El hecho de que sea ahora una palabra infrautilizada y denigrada lo hace más fascinante; algo así como decidir ser la persona que, en solitario, vuelva a poner de moda el sombrero de copa. Cuando la gente vea lo bien que te sienta, todos querrán uno.

Necesitamos la única palabra que hemos tenido para describir «hacer que el mundo sea igual para hombres y mujeres». La reticencia de las mujeres a utilizarla es muy mala señal. Imagina que en los años sesenta se hubiera puesto de moda entre la gente de color decir que «no estaban a favor» de los derechos civiles.

«¡No! ¡No estoy a favor de los derechos civiles! Ese Martin Luther King es demasiado gritón. Sinceramente, debería tranquilizarse.»

Pero también entiendo por qué las mujeres empezaron a rechazar la palabra «feminismo». Acabó siendo invocada en tantos contextos inadecuados que, quien no estuviera al tanto de los objetivos principales del feminismo, e intentara averiguarlo por las conversaciones que lo rodeaban, creería que era una combinación espectacularmente poco atractiva de misandria, amargura e hipocresía, partidaria de la ropa fea, del malhumor y, seamos realistas, de que no hubiera sexo.

Tenemos, por ejemplo, la columna de *The Guardian* titulada «Lo que estoy pensando realmente» que, en 2010, mostraba los pensamientos secretos de una mujer de la limpieza:

A veces... reflexiono sobre las ironías del trabajo: por ejemplo, que toda la plancha sea ropa de hombre. En su intento por escapar de lo doméstico, las mujeres se niegan a planchar las camisas de su marido. Enhorabuena: vuestro acto de feminismo significa que el trabajo pasa a otra mujer, colocando a ésta en un rango diferente.

He oído esta teoría cientos de veces: que una auténtica feminista pasaría la aspiradora en su casa, que Germaine Greer limpiaba su propio cuarto de baño, y que Emily Wilding Davison¹ se arrojó a los pies del caballo con unas manos que todavía olían a la fragancia de pino de un producto para limpiar el horno. Y, si nos quedamos con esto, ¿cuántas mujeres llegarán a la conclusión, suspirando, de que no pueden ser feministas porque tienen una señora de la limpieza?

Pero, por supuesto, al contratar una ayuda doméstica, ninguna mujer está oprimiendo a otra, ya que LAS MUJERES NO INVENTARON EL POLVO. EL RESIDUO PEGAJOSO QUE SE ACUMULA SOBRE LA TETERA NO PROCEDE DE LA VAGINA DE LAS MUJERES. NO ES ESTRÓGENO LO QUE LLENA LOS PLATOS DE LA CENA DE SALSA DE TOMATE, MIGAS DE PESCADO EMPANADO Y RESTOS DE PURÉ DE PATATA. MI ÚTERO NO SUBIÓ

CORRIENDO LA ESCALERA PARA DEJAR TODA LA ROPA DE LOS NIÑOS EN EL SUELO, NI PUSO MERMELADA EN LA BARANDILLA. Y MIS TETAS NO SON RESPONSABLES DE QUE LA ECONOMÍA GLOBAL ADJUDIQUE EL TRABAJO DOMÉSTICO A LAS MUJERES.

El desorden es un problema de la humanidad. Las tareas domésticas nos atañen a todos. Si un hombre contratara a un señor de la limpieza, todos lo considerarían un simple acto laboral. Por qué el hecho de que una pareja heterosexual contrate a una señora de la limpieza se considera una traición al feminismo es algo que no tiene ni pies ni cabeza, a no ser que estés convencido de que llevar una casa es de alguna manera:

- a) una obligación ineludible de las mujeres, que además
- b) se hace siempre únicamente por amor, nunca por dinero, porque eso «estropea» en cierto modo la magia del hogar. Como si los platos supieran que los ha lavado la persona contratada, en vez del ama de casa, y se sintieran «tristísimos».

Todo esto es a todas luces, y utilizando el tecnicismo, auténtica basura. En esta vida, puedes pagar a una persona para que haga cualquier otra cosa en tu lugar. Hay sitios donde te blanquean el ano, en caso de que consideres el tono de piel demasiado oscuro. Así es. Por dinero, te ponen peróxido en el ano para que parezcas Marilyn Monroe. Si tienes minas en tu parcela, pagas a alguien para que arriesgue su vida eliminándolas. Si quieres ver a dos personas dándose puñetazos hasta dejarse el cartílago de la nariz hecho papilla, vas a un combate de lucha en jaula. Ahí fuera hay gente transportando excrementos humanos, trabajando como mercenarios o masturbando cerdos.

Y sin embargo, no sé por qué, en medio de todo esto –y de tantos otros trabajos indignantes–, sigue estando mal visto que una mujer del norte de Londres contrate a una persona para limpiar la casa.

A los dieciséis años trabajé de asistenta: limpiaba una casa llena de paneles de madera que tenía una señora en Penn Road, Wolverhampton, y me encantaba pensar que alguien con mi cualificación (nula) pudiera ganar dinero derrochando Vim por los grifos monomando de otra persona y desincrustando la cal de la tetera con un tenedor. Veinte años más tarde, tengo mi propia asistenta.

Y tener una empleada de hogar no tiene nada que ver con el feminismo. Si una mujer de clase media se compromete en una causa antifeminista al contratar a alguien para que le haga la limpieza, ¿debemos considerar que un hombre de clase media está apoyando la opresión de clases al contratar a un fontanero? El feminismo ha tenido exactamente el mismo problema que lo «políticamente correcto»: la gente utiliza el término sin saber muy bien qué significa.

Mi amiga Alexis vio hace poco a un «caballero de la calle» sentado en la entrada de una tienda, bebiendo una lata de cerveza a las 9.07 de la mañana.

«¡Ja, ja, ja! ¡No estoy siendo políticamente correcto!», le dijo el vagabundo, blandiendo su lata a modo de brindis.

Desde luego, estar como una cuba a las nueve de la mañana en la entrada del Primark de Western Road, en Brighton, no tiene nada que ver con lo «políticamente correcto». Con todos mis respetos, tío, no eres más que un vagabundo cogiéndote una borrachera monumental. No estas haciéndole un gesto despectivo con la mano a Polly Toynbee,¹ Barack Obama o la BBC. Y, sin embargo, muchísima gente estaría más de acuerdo con la definición de este vagabundo de lo «políticamente correcto»; a saber, cualquier gracia mínimamente arriesgada «prohibida» por la «brigada de lo políticamente correcto», que con la definición real de lo políticamente correcto: una educación regulada. Codificar la cortesía en áreas donde antes ocurrían cosas verdaderamente

terribles, como utilizar el término «paki» o que un albañil me llamará «Tetas McGee» a los quince años.

Hay una generación entera que confunde «feminismo» con «cualquier cosa relacionada con la mujer». El «feminismo» se considera sinónimo de «mujer moderna»; por un lado, un alegre recordatorio de lo que el feminismo ha conseguido, pero por el otro, un caos político, léxico y gramatical.

En los últimos años, he visto cómo el feminismo –no lo olvidemos: la liberación de la mujer– era culpado de lo siguiente: trastornos alimenticios, depresión en las mujeres, incremento de la tasa de divorcio, obesidad infantil, depresión masculina, embarazos tardíos, incremento del aborto, consumo compulsivo de alcohol entre las mujeres y aumento de la delincuencia femenina. Pero son cosas con las que simplemente han estado RELACIONADAS LAS MUJERES, y no tienen nada que ver con el movimiento político llamado «feminismo».

La vuelta de tuerca más irónica es que muchas veces el feminismo se ha utilizado como una vara –en realidad, vara es demasiado «falocéntrico», quizá sea mejor «copa peluda» para que las mujeres dejen de comportarse con la misma libertad, normalidad y espontaneidad que los hombres. En algunos casos extremos, incluso se ha llegado a insinuar que comportarse con la misma libertad, normalidad y espontaneidad que los hombres está destruyendo a otras mujeres.

Como ocurre con lo de hacer comentarios. Hay una idea generalizada de que las feministas no se critican entre sí.

«No es muy feminista por tu parte», me dicen si pongo verde a otra mujer. «¿Dónde está la solidaridad femenina?», exclama la gente cuando Julie Burchill se ensaña con Camille Paglia o Germaine Greer le pega un bufido a Suzanne Moore.

Bueno, yo creo que el feminismo te lleva hasta ese punto... y luego tienes que empezar a criticar ¿Desde cuándo se confunde el feminismo con el budismo? ¿Por qué demonios, por el hecho de ser mujer, tengo que ser amable con todo el mundo? ¿Y por qué las mujeres, para colmo, tienen que esmerarse por ser «cariñosas» y «comprensivas» siempre entre ellas? Esta idea de la «solidaridad femenina» me parece, con franqueza, absurda. Yo no concedo una bonificación del veinte por ciento por similitud genital si me encuentro con alguien que lleva sujetador. Si una persona es imbécil, es imbécil, con independencia de que a ella y a mí, en conciertos y fiestas, nos toque esperar o no en la cola más larga para entrar en el baño.

Cuando la gente afirma que las mujeres han estado siempre en un segundo plano por culpa de otras mujeres, por despellejarse unas a otras, creo que se está sobrestimando seriamente el poder de un comentario cáustico y malicioso en el descanso del pitillo. Tenemos que recordar que decir sarcásticamente «Está un poco calva» no es lo que ha impedido que las mujeres consiguieran ese treinta por ciento que separa su paga de la de los hombres o un puesto en el consejo de dirección. Pienso que se debe más a las decenas de miles de años de enraizada misoginia social, política y económica y al patriarcado, para ser sincera. Eso tiene un poquito más de influencia que una broma sobre lo mal que le sientan a alguien los pantalones.

Tengo una regla de oro que me permite juzgar, cuando el tiempo apremia y necesito emitir un juicio precipitado, si se está tramando alguna gilipollez machista. Obviamente no es cien por cien infalible, pero, en general, te señala la buena dirección.

Consiste en preguntar: «¿Van a hacerlo los hombres? ¿Les preocupa también a ellos? ¿Les quitará parte de su tiempo? ¿Decís a los hombres que no lo hagan porque va a ser “decepcionante”? ¿Tendrán que escribir los hombres un maldito libro sobre estas gilipolleces exasperantes y estúpidas que sólo sirven para perder el tiempo? ¿Logrará esto que Jeremy

Clarkson¹ se sienta inseguro?»

Casi siempre la respuesta es: «No. A los chicos no se les dice que sean de una determinada manera. Sólo tienen que seguir adelante con sus cosas.»

A los hombres no se les comunica que están oprimiendo a otros hombres con sus comentarios. Se supone que los hombres pueden aceptar sin problemas que otros hombres les pongan verdes. Así que, partiendo de esta base, imagino que las mujeres también soportarán la idea de que otras mujeres las despellejen. PORQUE SOMOS ESENCIALMENTE IGUALES A LA HORA DE SER MALVADOS LOS UNOS CON LOS OTROS.

Con esto no quiero decir que debemos comportarnos como brujas con las demás, ni convertir cada día en una sesión de veinticuatro horas que, con sus críticas e insultos, destruya ante nuestros ojos la vida, el armario y la psique de nuestros congéneres. Tenemos que recordar siempre la Pauta más importante de la Humanidad: SÉ EDUCADO. SER EDUCADO es posiblemente la mejor contribución diaria que podemos hacer a la vida del planeta.

Pero, al mismo tiempo, «¿Van a hacerlo los chicos?» es una buena manera de detectar las esporas de misoginia en un suelo que, por lo demás, parece perfectamente fértil y seguro para cultivar una filosofía.

Fue basándome en «¿Van a hacerlo los chicos?» como decidí que estaba en contra de que las mujeres llevaran burka. Sí, la idea es que protege tu pudor y hace que la gente te considere un ser humano, en vez de un mero objeto sexual. Eso está bien. Pero ¿de quién te protege? De los hombres. ¿Y quién (siempre que sigas las reglas y lleves la ropa adecuada) te protege de los hombres? Los hombres. ¿Y quién te considera un mero objeto sexual en vez de un ser humano, en primer lugar? Los hombres.

Bien. Parece que todo se basa en un problema masculino, en realidad. Yo lo pondría bajo el epígrafe «Cien por cien material que los hombres necesitan aclarar». No entiendo por qué nosotras tenemos que ponernos de repente cosas en la cabeza para solucionarlo. A no ser que te guste realmente el atuendo, y lo lleves incluso cuando estés sola para ver *EastEnders*; en ese caso, adelante. Mi educación acepta tu elección. Puedes ser lo que quieras..., siempre que estés segura de que es realmente lo que quieres, y no una de las dos opciones, igualmente chungas, que te imponen.

Porque el propósito del feminismo no es hacer un tipo determinado de mujer. La idea de que hay «tipos» de mujer inherentemente buenos o malos es lo que ha jodido al feminismo durante tanto tiempo; la creencia de que «nosotras» nunca aceptaríamos chicas fáciles, chicas poco inteligentes, chicas criticonas, chicas que contratan señoras de la limpieza, chicas que se quedan en casa con sus hijos, chicas con un mini Metro rosa con pegatinas de «¡Impulsado por polvo de hadas!» en el parachoques, chicas con burka, o chicas a las que les gusta imaginarse casadas con Zach Braff de *Scrubs*, con el que se acuestan a veces en la ambulancia mientras el resto del reparto mira y luego aplaude. Pues ¿sabes una cosa? En el feminismo entramos todas.

¿Qué es el feminismo? Sólo la convicción de que las mujeres deben ser tan libres como los hombres, por muy chifladas, estúpidas, crédulas, mal vestidas, gordas, menguantes, vagas y engreídas que sean.

¿Que si eres feminista? Ja, ja, ja. Por supuesto que sí.

5. ¿NECESITO UN SUJETADOR!

Por supuesto, el feminismo sólo te llevará hasta ese punto; luego necesitas ir de compras. No me refiero a las compras de *Sexo en Nueva York*, esa experiencia divertida y reveladora, un poco como la meditación, pero con una pierna metida en unos *jegging* de la talla 40 de Topshop. Personalmente, encuentro absurda la idea de que las mujeres «adoran» ir de compras; casi todas las que conozco tienen ganas de llorar después de pasarse cuarenta y cinco minutos recorriendo las tiendas de moda en busca de una camisa, y se apresuran a beber ginebra en las tristes ocasiones en que tienen que encontrar un vaquero.

No. Con «ir de compras» me refiero únicamente a «salir y comprar algo que realmente necesitas»; como unas bragas. Porque a mis quince años necesito bragas. Necesito bragas sin remedio. Tal vez esté preparada para machacar el patriarcado y conseguir mi tatuaje de «Soy una Feminista Exaltada», pero no si ello implica enseñar lo que hay en el cajón de mi ropa interior. Aunque ¿a quién pretendo engañar? Ni siquiera tengo un cajón de ropa interior. Todo lo que tengo –unos pantalones, dos chalecos, dos pares de mallas, una falda, tres camisetas y un único jersey raído– está metido en una caja de cartón, debajo de mi cama. En realidad, no tengo «ropa interior».

Lo que sí tengo, en cambio, son herencias. A los quince años he crecido demasiado para seguir comprándome ropa en la vieja tiendecita de Warstones Road, donde guardaban las bragas infantiles en una pared llena de cajones de madera, y te llevabas las de tu talla en una bolsa de papel, como si fueran un cuarto de caramelos o chuletas de cordero.

Así que, como somos demasiado pobres para comprar bragas nuevas de adulta, me convierto en la receptora del Legado de Ropa Interior Moran: cuatro bragas viejas y enormes de mamá. Las típicas que pintaría un niño de cinco años en un tendedero. Las ha atacado tantas veces el detergente Bold en agua hirviendo que, de sus alegres rayas rosas, sólo queda una pálida sombra: como el contorno gris que, al parecer, dejan las personas en la pared, cerca del epicentro de una explosión atómica.

Además, la banda elástica de la cintura está sólo esporádicamente unida a la braga, que cuelga como los banderines de la goma dada de sí. Igual que si hubiera una fiesta en mis bragas, a la que absolutamente nadie hubiera sido invitado.

A pesar de no ser una niña especialmente perversa, llevar las bragas de mi madre no me hace sentir ningún escrúpulo. Después de todo, comparado con el hecho de dormir en la cama donde había muerto mi abuela (justo en el centro de la enorme hendidura que dejó su cuerpo en el colchón; llevo su fantasma como camisón), eso es una tontería.

Bueno, es una tontería hasta un día en que estoy con Caz en el jardín.

Pintamos en silencio, con mucho amor y un carboncillo, bigote, barba y entrecejo a Cheryl, que tiene dos años y está dormida.

Todo es muy idílico hasta que Caz se inclina hacia Cheryl y dice, con esa mezcla de asco y ganas de escandalizar que vuelve mi adolescencia con ella tan divertida:

–Seguro que mamá llevaba tus bragas cuando se quedó embarazada, ¿sabes? Seguro que papá las ROMPIÓ para hacer a Chel. Él estaba TODO SEXY. EN TUS BRAGAS.

Como es lógico, en ese momento pegué a Caz. Le pegué con todas mis fuerzas, y se cayó hacia atrás.

–¡Eres una PREVERTIDA! –grité.

«Prevertida» es nuestra palabra nueva. Todos leemos sin parar –aunque, posiblemente, demasiado rápido–. Últimamente también nos ha dado por utilizar la palabra «paradigma», aunque no sabemos pronunciarla. Ser autodidacta tiene sus inconvenientes. O *inconvinientes*, como podríamos haber leído a toda velocidad sin que nadie nos corrigiera luego.

–¡CARA POLLA! –exclama Caz, dándome patadas como un canguro.

Si esto fuera una película, la foto que mi madre nos ha hecho tres semanas antes (las dos en camisón, abrazadas en el descansillo) aparecería quemándose lentamente hasta reducirse a cenizas. Nuestra entente cordial se romperá durante un año.

Pero mi disgusto sólo me duró aquella tarde. No tenía otra elección que relajarme y seguir llevando esas bragas, cosa que haré durante otros cuatro largos años de bragas malas. No tenía ninguna otra opción. Es una de las muchas razones por las que ser muy pobre, muy pobre es una mierda. Tienes que llevar unas bragas que te producen pesadillas.

La ropa interior –bragas y sujetador, sobre todo, pero también combinaciones, medias y «fajas»– es la ropa especializada para ser mujer. Son el equivalente femenino al traje de bombero y al casco. O a los zapatos enormes de un payaso. La necesitamos para el «trabajo» de ser mujer. Es técnicamente necesario. Es decir, cada mujer es diferente, pero, en general, necesitamos un sujetador que nos ayude a pasar el día, especialmente si ese día hay que correr tras el autobús o llevamos un vestido escotado. De lo contrario, una tendrá que hacer eso de iniciar un trotecillo agarrándose el busto, para que los pechos no empiecen a rebotar con tanta violencia que parezcan dar vueltas y vueltas, como las borlas de una stripper, e hipnoticen sin querer a un viandante. A mí me ha pasado. No estuvo bien.

Asimismo, aunque Judith Chalmers¹ de *Wish You Were Here* sea famosa por no llevar bragas, ni siquiera en la Acrópolis, creo que la mayoría de nosotras conocemos el riesgo de esto. Sí. Podrían subirte arañas por las piernas, y hacerte un nido dentro y poner huevos en tu tesoro. Emma Parry conoció a una niña en el colegio a cuya prima le había pasado, en Leicester. Cuando nacieron los bebés araña tenían tanta hambre que se comieron todo su vello púbico. No me mires con esa cara de horror, sólo te estoy contando lo que fue una gran noticia en Wolverhampton en 1986. En aquel entonces, me sorprendió que no tuviera repercusión nacional.

Creo que todas entendemos, muy claramente, que es demasiado arriesgado vivir sin bragas.

Como durante cuatro años y medio llevé las bragas de mi madre, sabía que no estaba siguiendo una parte fundamental del programa de estudios para ser una mujer: se supone que las mujeres han de estar atractivas en ropa interior. Les tiene que sentar de maravilla. Ya sabemos lo extendida que está la teoría de que, en realidad, como está mejor una mujer es en ropa interior.

Y, a decir verdad, con frecuencia es así. Es uno de los talentos que perjudican al sexo más dulce, amable y redondo: podemos rellenar unas bragas y un sujetador estupendamente. Si tienes unas tetas medio decentes en un sujetador medio decente, no importa nada que el resto de tu persona parezca una papilla infantil que se ha caído al suelo y ha sido atacado por el gato: todo el mundo estará mirando las tetas en el sujetador. Su magia no guarda ninguna proporción con sus habilidades: ni cura enfermos ni resuelve ecuaciones, lo único que hace es sentarse en un sujetador y, de vez en cuando, bambolearse de manera excitante.

De hecho, es extraordinario que la gran variedad de ropa interior que ha existido a lo largo de las diferentes épocas y culturas haya conseguido siempre ser excitante. Parafraseando a Will Smith en *Men in Black*, hace que esta mierda parezca buena.

La magia de la ropa interior buena –tan buena que necesitas llamarla *lingerie*, con acento

francés— no tiene fin. Cuando se consiguen prendas realmente buenas —el equipo estándar olímpico; lo que sólo se vende a los «clientes especiales»—, las mujeres heterosexuales vuelven la cabeza al cruzarse con las mujeres que las llevan puestas.

Una vez acabé en un club de striptease con mi amiga Vicky. Es una larga historia. En realidad, casi todo el capítulo 9. Pero cuando, hacia la una de la mañana, una stripper llamada Marina nos hizo un baile privado, mi cabeza empezó a dar vueltas a los tres minutos. Me sumí en una especie de desvanecimiento *Imperial Lingerie*. El increíble culo de Blancanieves de Marina estaba envuelto, como un regalo, en un raso color cereza, con lazos y cintas entre los muslos. Mientras se movía de un lado a otro, borracha, riéndose, era imposible pensar en otra cosa que no fuera el roce tenue, muy tenue, de la tela en su piel, y la tentación irresistible de tirar de esas cintas, como un freno de emergencia, para que ella se detuviera en seco junto a tu rostro.

Marina, obviamente, tuvo la misma idea. Atontada por el vodka, acababa de pedirnos que tiráramos de las cintas con los dientes cuando entró un guarda de seguridad y gritó: «¡NADA DE TOCAR! ¡NADA DE TOCAR!»

Marina se alejó malhumorada de nosotras: se había acabado la diversión para las chicas. Salí del club tambaleándome, completamente noqueada por la mezcla del empalagoso champán semiseco y el cajón de lencería Defcon 3¹ de Marina.

Elevemos, pues, un himno a la lencería; recitemos los salmos de los cajones pequeños y más altos de la cómoda. Las medias —negras, con costura o totalmente transparentes que permiten follarse al instante, espontáneamente, de pie; quizá incluso mientras dices: «¿Tengo que firmar el recibo del paquete?»

Brasileñas de seda color melocotón, con la parte trasera llena de volantes. Culotes de colores chillones, brillando bajo un corsé: azul añil, rosa frambuesa, dorado como un anillo de compromiso en el suelo. La dicha blanca, espumosa y mullida del tul. La suavidad con que la seda se desliza por tu piel, como una cortina de aceite. La afluencia de la sangre a través de la transparencia del encaje. La costura negra desde la pantorrilla hasta el muslo. El corchete sobre la carne aprisionada. Botones arrancados. El dobladillo.

De todas las cosas que tengo, casi lo que me hace más feliz es una combinación de color azul intenso con florecitas rosas y tirantes negros. No sólo encarna la típica postal alegre y picante del porno suave de la década de 1950 en la que he basado la mayor parte de mi guardarropa/sexualidad, sino que además me hace increíblemente delgada. A menudo me he percatado de esto con la ropa interior: la prenda adecuada será lo más favorecedor que puedas llevar.

¡Si el mundo supiera lo maravillosas que estamos debajo de toda esta ropa!

Aunque, por supuesto, a menudo ¡lo sabe! Ser capaz de llevar ropa interior con brillantez es un talento tan importante para la mujer que incluso se celebran concursos para juzgar quién lo hace mejor: Miss América, Miss Mundo, Miss Internacional, Miss Universo. Por mucho que se llame el «desfile en bañador», todos sabemos lo que realmente es: el «desfile en sujetador y bragas».

Estoy segura de que se llamaba así hasta que, treinta segundos antes de que empezara por primera vez el concurso de Miss Mundo, alguien se inclinó hacia Eric Morley¹ y, tapando el micrófono con la mano mientras la música retumbaba, le dijo: «Eric, mira. Esto del feminismo. No creo que sea una nueva moda. Creo que durará algún tiempo. ¿Qué tal si simulamos que este guau... “desfile en sujetador y bragas” es un desfile en bañador?»

Quizá haber formalizado el Ser Capaz de Llevar Bragas y Sujetador en un concurso con premios alucinantes (¡viajes alrededor del mundo conociendo a ancianos y niños!, ¡sexo con

futbolistas!, ¡una corona!) ha hecho que, con los años, llevar bragas sea cada vez más difícil. Lo de las bragas se ha ido complicando. Y ello se debe a que las bragas se han hecho más pequeñas. Mucho más pequeñas. Demasiado pequeñas.

Un ejemplo: hace unos meses estaba en un metro abarrotado de gente con una amiga, que, cada vez más pálida y paralizada, acabó reconociendo que sus bragas eran tan diminutas que la parte delantera se las había comido por completo.

«Ahora las llevo en el clítoris, como un gorrito», me dijo.

Es evidente que no es justo. Por el amor de Dios. Las bragas así tienen que ser arrojadas de nuevo a la edad de piedra. Batman no tiene que aguantar esta mierda, ¿por qué tenemos que hacerlo nosotras? Las mujeres necesitan, como un derecho humano básico, tener una ropa interior que se ajuste a su exterior, como una estrella de mar, en lugar de verse absorbida lentamente hasta desaparecer, con el rozamiento, en la profunda gravedad de su interior. Es de locos.

Me arriesgaré a decir esto, aquí y ahora: soy partidaria de las bragas grandes. El feminismo exaltado NECESITA bragas grandes. Bien grandes. En este momento llevo unas que podrían haber servido de manta ignífuga para apagar cualquier punto del Gran Incendio de Londres en las primeras cuarenta y ocho horas más o menos. Se extienden desde la parte alta de mis muslos hasta el ombligo, y la verdad es que son como una segunda residencia a la que puedo escaparme los fines de semana. Si fuera a presentarme al Parlamento, lo haría únicamente con el programa «Que las Mujeres Lleven Bragas Enormes».

Encantadores lectores, si os han causado consternación mis preferencias en ropa interior, me temo que ésta será sólo comparable a la que yo he sentido con las de otros. En el siglo XXI, ya no son ningún secreto. Las faldas de tubo, los vaqueros ajustados y las mallas nos permiten ver exactamente el tipo de braga que se lleva, como la impresión geofísica de un antiguo sistema de drenaje presentado en *Time Team*.¹

Y la conclusión es que prácticamente ninguna mujer en Gran Bretaña lleva unas bragas que sean realmente de su talla. En vez de llevar algo que les permita cubrir sus dos nalgas de una manera razonable y segura –lo que yo llamaría unas buenas bragas–, llevan poco más que accesorios para glúteos, o fruslerías para traseros. Todas van en brasileñas, culotes, bikinis, tangas, bragas de cintura baja y shorties.*

Estas divisiones tan elásticas y ajustadas en el *mid-derrière* son, en cuanto a comodidad y estética, tan crueles como la partición de la India y Pakistán. Hay un desplazamiento físico catastrófico. Partes del cuerpo se dividen o emprenden vastas migraciones. Con mis propios ojos, he visto mujeres andando por ahí como si tuvieran entre dos y ocho nalgas en algún lugar entre la cadera y el medio muslo. Esta deformidad forzosa no es culpa de las bragas, sencillamente sobrepasadas por la tarea que tienen que afrontar. Se ven superadas en número. Están en el Álamo.

Mujeres, este tipo de ropa interior no puede ser un acto de cordura. ¿Por qué privamos a nuestros culos de los recursos –como un metro más de tela– para estar cómodos? ¿Por qué hemos sucumbido a la bragorexia?

Todo es, por supuesto, un síntoma de la creencia continuada y enloquecida de las mujeres de que, en cualquier momento, pueden tener que enfrentarse a una inspección repentina de su «atractivo total». Las mujeres llevan braguitas porque piensan que es sexy. Pero en esto las mujeres han perdido colectivamente la razón. ¡Señoras! ¿Cuántas veces en el último año habéis necesitado llevar puestas unas braguitas minúsculas? Dicho de otro modo, para no andarnos con rodeos, ¿cuántas veces os habéis acostado, de pronto, sin previo aviso, en un cuarto muy iluminado con un exigente conocedor del erotismo?

Exacto. Con esas probabilidades, podríais llevar también un backgammon para entretener a un

grupo de ancianas en caso de emergencia. Es más seguro que ocurra.

Cuando se trata de sexo, tenéis que recordar que los hombres son unas benditas criaturas olvidadizas. No les importa nada el tipo de bragas que llevas. En cuanto te quitas la falda, podrías llevar una bolsa de papel con dos agujeros para las piernas, y eso no los detendría. AHÍ FUERA HAY HOMBRES QUE TIENEN SEXO CON BICICLETAS. A los hombres no les preocupa ni remotamente que lleves o no braguitas sexis.

Imagina que los hombres padecieran ese nivel demencial de previsión. De ser así, meterían en sus calzoncillos dos billetes para un fin de semana en Praga, por si se cruzaban con una señora que necesitara un idilio EN ESE MOMENTO. Y los hombres no hacen eso. De veras que no.

Por supuesto, aunque las bragas diminutas son, en sentido real y metafórico, un problema pequeño, lo cierto es que tienen una gran repercusión para nosotros como nación. Es imposible no darse cuenta de que, como país, nuestro poder ha ido disminuyendo al mismo tiempo que nuestras bragas. Cuando las mujeres llevaban una ropa interior que se extendía desde la barbilla hasta la punta del pie, el sol nunca se ponía en el imperio británico. Ahora que una mujer normal puede llevar las bragas de toda la semana en una caja de cerillas, apenas dominamos algo más que el bailiazgo de Jersey¹ y la isla de Man. Todas las ventajas que comportó el voto de las mujeres se han perdido por su constante lucha contra las bragas diminutas. ¿Cómo puede pretender un cincuenta y dos por ciento de la población ganar la Guerra del Terror si ni siquiera puede sentarse sin hacer una mueca de dolor?

NOTA: el único momento en que es una buena idea no llevar bragas es en un festival de rock, si llevas un vestido hasta los pies. En esa situación, cualquier mujer harta, y con razón, de hacer media hora de cola para ir al baño, puede sencillamente hacer un «Pis de Festival». Para ello, una dama tiene que sentarse en un espacio libre de hierba, teniendo cuidado de extender la falda a su alrededor como Deborah Kerr en *El rey y yo*. Tras asegurarse de que la falda está en la posición correcta, puede hacer pis tranquilamente donde está sentada, sin que nadie se entere, y luego esperar a que la naturaleza airee y seque sus «partes».

Así es como imagino yo que orinaba Blancanieves cuando la abandonó el cazador en el bosque. O como Galadriel de *El señor de los anillos* riega las coles cada vez que apremia la necesidad.

NOTA ADICIONAL: este plan SÓLO puede fracasar si hay hormigas. A las hormigas NO les gusta que les hagan pis encima.

Pero, desde luego, las bragas sólo son una mitad de la ropa interior, la mitad de abajo. ¿Qué pasa con la mitad de arriba: los sujetadores? Los sujetadores tienen su propio poder. Cada cuatro años, cuando se juega la Copa del Mundo, el momento culminante para mis cinco hermanas y para mí es un partido de Brasil. Cualquier partido de Brasil. Brasil *versus* quien sea.

«¡BRA!»,¹ gritamos, señalando la pantalla. ¡BRA! ¡Pone BRA en la parte de atrás de sus camisetas! ¡BRA!!!!!!

Golpeamos el sofá con nuestros talones como si nos estuviera estrangulando tanta diversión.

«¡¡¡¡¡¡¡¡BRA!!!!!!!!!!», graznamos, con las caras tan acaloradas y mojadas de llorar de risa como si nos hubieran cocido. ¡¡¡¡¡¡¡¡BRAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!!!!!!!!!!

Aparte de encontrar el puerto de Brest² en un mapamundi en 1991, es lo más divertido que nos ha pasado jamás.

El sujetador es, quizá, la prenda más escabrosa de la indumentaria femenina. Puedes hacer este pequeño test: tira un sujetador a un niño de nueve años. Reaccionará como si le hubieras arrojado

una rata viva a la cabeza. Se alejará de ti corriendo y gritando, como aquella niña vietnamita cubierta de napalm. Es incapaz de aguantar la escabrosidad de un sujetador.

Gracias a Dios, nosotras las señoras podemos; pues un buen sujetador puede ser una de las mejores ayudas que jamás tendrá una mujer. A mis treinta y cinco años, mis pechos son todavía como melocotones. Pero la clase de melocotones que encuentras en el fondo del bolso, después de haber olvidado que los metiste ahí como tentempié. Melocotones con la marca de tus llaves en un lado, y un billete de autobús pegado a la parte más pringosa. El tipo de melocotones que mirarías con reservas en el mercado, diez por una libra, mientras dices: «Bueno, podría hacer batidos con ellos...»

Es la lactancia, hombre. Amamantar a dos bebés muy dados a los cólicos. Desde el día en que mi segunda hija tuvo un ataque de llanto en la M1 y yo intenté apaciguarla saltando a la parte trasera del coche, sentándome a su lado con el cinturón puesto, y doblando y girando mi pecho para metérselo en la boca, como una especie de curva lactante en U, mis tetas se fueron al garete. Y ellas, que Dios las bendiga, lo saben. Si fueran un personaje de una película serían la chica que se cae cuando les persiguen los nazis, y grita: «¡Seguid sin mí! ¡He tenido una vida feliz!» Mis pechos desean lo mejor al resto de mi ser, pero ellos no van a conseguirlo.

Pero ¿sabes qué? ¡No pasa nada! De veras. En primer lugar, no soy una supermodelo internacional, así que podría tener unas tetas que parecieran la cara de Yosemite Sam¹ sin que a nadie le importara. ¡Nadie me va a juzgar por ellas! ¡Ajá! ¡El patriarcado puede intentar que me sienta insegura con unas tetas así! ¡Es su hobby! ¡Aparte de lanzar dardos! ¡Pero no lo conseguirá! Porque sé que las únicas personas que van a verlas desnudas se acercarán a ellas con un inmenso agradecimiento; a saber, niños hambrientos y hombres que van a follar.

Y el resto del tiempo tengo a mi fiel amigo, Sujetador, para ayudarme. Oh, Sujetador. Te amo, Sujetador. Dentro de la lencería, eres el equivalente al ketchup; todo está estupendo contigo. Con el sujetador apropiado, puedes meter lo que haya quedado de tus mamas en su interior (quizá con la ayuda de una pala, o de tu amado), y él moldeará toda esa materia prima para convertirla en dos adorables protuberancias de mujer.

Hoy en día, simplemente enrolló mis desfondadas tetas como una manguera contra incendios, y confío en que una fortísima pieza de ingeniería de Rigby & Peller¹ las ponga en su lugar anatómicamente correcto. Si fueran por su cuenta, iría dándoles patadas, como a un vestido demasiado largo. Pero con el Sujetador puedo colocarlas donde quiera. Es más, cuando me ajusto los tirantes del sujetador, es como si fuera un juego mamario de «Ponle la cola al burro». «Ponle los pechos a la mujer de treinta y tantos.» Si no llevara lentillas, podrían acabar en cualquier sitio. Estoy convencida de que un día saldré de casa, resacosa y a toda prisa, con las tetas en la cabeza.

Por otro lado, si vives por el sujetador, también tienes que morir por él. Como cabe esperar de un artículo con tanto potencial mágico, el sujetador tiende a veces a volverse repentinamente malvado e intentar destruirte. Imagínatelo un poco como Saruman en *El señor de los anillos*, pero con un pequeño arco en el centro. Sarumama.

En *Cougar Town*, la telecomedia donde Courteney Cox hace de cuarentona divorciada que intenta todas las semanas conseguir una polla de cuarenta y cinco centímetros y de veintitantos años antes de medianoche, hay una escena en que explica a su amigo más joven por qué ya no le gusta ir a las discotecas.

«En casa tengo un vino mejor que éste», dice, sujetando algo que incluso en televisión parece un Pinot Grigio sosísimo, «y a estas horas de la noche lo único que quiero es quitarme el

sujetador.»

Para aquellos que nunca han llevado sujetador –hombres, niños, animales, Agyness Deyn¹ es casi imposible describir el placer tan brutal que se siente al desabrocharse ciertos sujetadores. Una vez tuve un sujetador –verde brillante, de copa completa, algo de relleno, precioso, extremadamente caro– que me apretaba de tal modo que, al tercer día, llamé llorando a la tienda donde lo había comprado.

–¿Es normal que haga tanto daño? –pregunté, intentando reprimir un sollozo.

–Sólo tiene que domarlo –dijo la mujer, severamente, como un sargento instructor del ejército que explicara a sus nuevos reclutas cómo hacer pis en las botas para reblandecer el cuero.

Y lo conseguí, domesticué aquel sujetador; pero las veinte primeras veces que me lo puse, llegaba a casa a las seis de la tarde y subía corriendo a mi dormitorio para quitármelo, suspirando como un astronauta que saliera del traje espacial. Lo tiraba al suelo, y me frotaba la marca roja que me había dejado, como un monje que cuidara las heridas de su cilicio.

El alivio que comporta quitarse un sujetador molesto es inconmensurable. Es como una mezcla de poner los pies en alto, ir al baño, beber agua fría en un día de calor, o sentarse en el escalón de una caravana con un pitillo en la mano. Quitarse un sujetador molesto es una prueba de amistad. Si, después de una larga jornada, no te resulta embarazoso decirle a un amigo en su casa: «Voy a quitarme el sujetador», es que realmente tenéis mucha confianza.

Por supuesto, de vez en cuando hay que quitarse el sujetador molesto en sitios menos ortodoxos. He visto mujeres que se quitaban el sujetador en el taxi volviendo de una discoteca; mujeres que se quitaban el sujetador en el taxi cuando todavía estaban delante de la discoteca.

Una vez vi cómo ocurría en una parada de autobús, delante del Bar Rumba, en Camden High Street.

Lo entendí.

A cualquier idiota que te diga: «¿Una feminista tú? Entonces quemas tus sujetadores, ¿no? ¿EHH? Quemáis los sujetadores, vosotras las feministas», tienes que contestarle sin inmutarte: «Imbécil. IMBÉCIL. El sujetador es mi amigo. El escudo de mis pechos. Mi amigo íntimo. Excepto aquel sujetador *balconet* de Janet Reger que me quedaba demasiado pequeño y me dejó la cabeza sin circulación. Sí. Aquél lo rocié de gasolina, y lo quemé delante de la embajada de Estados Unidos.»

6. ¡SOY GORDA!

Estamos en 1991, tengo dieciséis años y estoy sentada en el césped de la catedral de San Pedro con Matthew Vale, fumando.

Matt es, según su opinión y la de varios jueces independientes, el adolescente más enrollado de todo Wolverhampton. Tiene el catálogo de las obras completas de los Byrds y un montón de amplias sudaderas compradas en tiendas de segunda mano con fines benéficos, y cuando baila lo hace con los movimientos correctos; algunos los ha copiado de las Supremes. Una de las primeras cosas que me enseñó es que «siempre hay que tener un plan» cuando entras en una pista de baile.

«No te limites a ir allí y... perder el tiempo», me dice, fumando un cigarrillo. «Cuenta una pequeña historia.» Es un buen consejo. Matt está lleno de buenos consejos. Otro que me da es: «Intenta no ser una completa cretina.» Una vez que te han dicho esto, es asombroso advertir la cantidad de gente que no parece saberlo. Es un sabio consejo.

Cuando conoces a Matt, te cuenta, echándose el flequillo sobre los ojos, que se peina así porque tuvo un mal viaje con un ácido y no puede mirar a nadie a los ojos. «Porque a veces me preocupa que, al mirarme a los ojos, la gente vea que soy un demonio.»

Seis meses después de conocerlo, lo encuentro un día tumbado en la cama con el pelo echado hacia atrás. Y me doy cuenta de que realmente es porque es un poco bizco y no quiere que nadie lo sepa.

Sí, por supuesto que me gusta. Dios, me encanta. No fui consciente hasta que mi amiga Jools lo vio en la ciudad y, más tarde, me dijo por teléfono: «¿Quién era ÉL? Él. Estaba. SUPERCACHAS.»

Hasta ese momento me enorgullecía de nuestra camaradería. Después de escuchar el aullido de deseo en la voz de Jools, sin embargo, dejé de engañarme a mí misma y reconocí que medía casi uno noventa, estaba jodidamente musculoso bajo su amplia sudadera y tenía los ojos tan verdes como los de un dragón. Cuando me imaginé besándolo, pensé con admiración en lo rosa que era su boca, como la de una chica. En lo cuidadosamente que tendría que comérmela para que durara. Su boca era tan pequeña. Ocupaba la mitad de mi cabeza. Yo tenía dieciséis años tenía dieciséis años tenía dieciséis años, y él tenía diecinueve, y estábamos en el césped de la catedral de San Pedro, fumando cigarrillos.

Ese día en que fumamos es finales de octubre. Han pasado dos meses desde que nos conocimos, en un curso para adultos de dirección de cine en el que ambos, desde el principio y de manera sistemática, somos alumnos mediocres; y es la primera vez que quedamos los dos solos. Estamos, básicamente, haciéndonos una primera audición como amigos.

He visto a su novia, así que sé que no va a «ocurrir», salvo que ella muera repentinamente, lo que sería terrible, terrible, TERRIBLEMENTE triste; pero hemos pasado un día muy emocionante: hemos comprado una casete de *Tango in the Night* de Fleetwood Mac por cincuenta peniques en la tienda de la Asociación contra el Cáncer, hemos robado un desodorante en Boots, y nos hemos dejado ver por todo el Mander Centre y por Queen Square.

Estoy vestida con mucho esmero, mientras estamos sentados en el césped de la catedral, exhalando el humo. Es 1991 y acabo de empezar a ganar dinero —como el último mono de *Melody Maker*—,¹ así que, por primera vez en la vida, puedo comprarme ropa en tiendas normales, no sólo en mercadillos. Llevo una camisa turquesa teñida con nudos sobre una falda larga, botas Doc Martens y un chaleco. Tengo dieciséis años tengo dieciséis años tengo dieciséis años y ésta es mi

mejor ropa, y éste es el mejor día de mi vida, y una bandada de palomas pasa volando sobre nosotros, con sus alas de lino blanco, y es otoño y el cielo se extiende hasta el horizonte, y yo puedo esperarlo, lo esperaré, ella podría morir, después de todo, ella podría morir tan fácilmente; la gente se muere continuamente en el autobús.

Y Matt me pregunta:

—¿Tenías un mote en el colegio?

Y yo respondo:

—Sí.

Y él dice:

—¿Te llamaban Gordi?

Y ésa es la primera vez que siento que el mundo se detiene, aunque no será la última, desde luego. Todo muy frío, inmóvil y centelleante por unos instantes. El fogonazo de un flash. Alguien nos ha hecho una foto para enseñárnosla al final de nuestra vida, en un pase de diapositivas: «¡Aquí van algunos de tus peores momentos!» Matt Vale y yo, en el césped de la catedral, octubre de 1991.

Porque yo pensaba ingenuamente que no se habría dado cuenta, ja, ja, ja. Pensaba que había conseguido esconder debajo de la camisa nueva y el chaleco los veinte kilos que me sobran, y le estaba hablando muy deprisa para distraerlo. Pensaba que mi pelo era largo y brillante y mis ojos azules, y yo lo había mantenido en secreto. Pensaba que él no se habría enterado de que soy gorda.

Lo he dicho..., ya está, lo he dicho. Porque tengo dieciséis, dieciséis, dieciséis años y peso cien kilos.¹ Lo único que hago es estar sentada todo el día comiendo pan con queso y leyendo. Soy gorda. Todos somos gordos. La familia entera es obesa.

No tenemos espejos de cuerpo entero en casa, así que cada vez que quiero verme desnuda tengo que ir a la ciudad, a Marks & Spencer, y fingir que voy a probarme una falda escocesa para entrar en el probador y mirarme allí.

Soy virgen, y no hago deporte, ni levanto objetos pesados, ni voy a ningún sitio ni hago nada, así que mi cuerpo es esta cosa enorme, adormecida, pálida. Ahí está, reflejado incómodamente en el espejo, como si esperara recibir una mala noticia. Él *es* la mala noticia. Se supone que las adolescentes son ágiles y atractivas. Un cuerpo gordo de adolescente no le sirve a nadie, y menos aún a su propietaria. Es un albatros. Un gigantesco pájaro blanco. Lo arrastro por ahí como si fuera un ancla.

Pero sólo soy un cerebro en un tarro, me digo a mí misma. Este pensamiento me consuela. Sólo soy un cerebro en un tarro. Qué importa lo demás. Mi cuerpo es eso. «Lo demás.» El tarro. Soy inteligente, así que da lo mismo si soy gorda.

Soy gorda.

Porque sé bien lo que significa la palabra «gorda»: lo que significa de verdad cuando lo dices o lo piensas. No es únicamente una palabra descriptiva como «pelirroja» o «treinta y cuatro».

Es una palabrota. Es un arma. Una subespecie sociológica. Es una acusación, un rechazo, un repudio. Cuando Matt me pregunta si solían llamarme «Gordi» en el colegio, está imaginándose, con lástima, en la parte más baja de la jerarquía escolar, en compañía de (como estamos en Wolverhampton, en 1986) los dos niños asiáticos, el tartamudo, el testigo de Jehová con un solo ojo, el niño con problemas de aprendizaje, el chico claramente gay y el chico tan delgado que no dejan de preguntarle si Bob Geldof¹ ha pasado ya por su casa.

Matt va a sentir compasión de mí, lo que significa que nunca follará conmigo, lo que significa que, lamentablemente, moriré de una infelicidad terminal, tal vez durante la próxima hora, quizá antes de acabar este cigarrillo sobre el que, me doy cuenta, estoy llorando.

En mi familia, en mi familia de gordos, nadie pronuncia nunca la palabra «gordo». «Gordo» es algo que gritan en el parque, o en la calle, pero que jamás puede cruzar el umbral de casa. Mamá nunca aceptaría esa inmundicia. En casa, todos juntos, estamos a salvo. Es como un *eruv*² para los más lentos y frágiles. Nada puede dañar nuestros sentimientos porque la gordura es algo que no existe. Nunca hablamos de nuestro tamaño. Somos elefantes en la habitación.

Pero el silencio es lo más opresivo de todo. Porque hay una aceptación silenciosa, indiferente y estoica de todas las cosas del mundo en las que no podemos participar: pantalones cortos, piscinas, vestidos de tirantes, paseos por el campo, patinar, minifaldas de volantes, camisetas ajustadas, tacones, trepar por una cuerda, sentarse en un taburete alto, pasar por delante de una obra, ligar, ser besada, sentirte segura.

Y no adelgazar nunca, nunca.

Sugerir que no tenemos por qué ser gordos, que las cosas podrían cambiar, es la idea más lejana y peregrina de todas. Somos gordos ahora y seremos gordos siempre, y no debemos mencionarlo nunca, y sanseacabó. Es como el Sombrero Seleccionador de Harry Potter. Nos han sacado del sombrero que ponía «gordo» y así nos quedaremos hasta la muerte. Ser «gordos» es nuestra raza. Nuestra especie. Nuestro medio.

En consecuencia, hay muy poco del mundo exterior, y muy poco del año, de lo que podamos disfrutar. En el verano se suda demasiado debajo de tantas capas acomplexadas. Los días de tormenta, el viento nos pega la falda a los muslos, lo que nos avergüenza a nosotros y también, pensamos, a curiosos y transeúntes.

El invierno es la única estación en que nos sentimos realmente cómodos: tapados desde la cabeza hasta la punta del pie con jerséis, abrigos, botas y gorro. Pierdo la cabeza por Papá Noel. Si me caso con él, no sólo se esperará que siga gorda, sino que pareceré delgada a su lado. Es una perspectiva alentadora. Todos nosotros soñamos con emigrar a Noruega o Alaska, donde podríamos llevar enormes abrigos acolchados todo el año y no tendríamos que enseñar en ningún momento ni un centímetro de carne. Cuando llueve, somos más felices que nunca. Entonces nos podemos quedar en casa, lejos de todos, en pijama, sin preocuparnos de nada. Los cerebros en los tarros se pueden quedar dentro, cómodos y secos.

Cuando Matty Vale me pregunta si me llamaban «Gordi», llevo debajo el traje de baño de cuando tenía doce años, a modo de corsé rudimentario y, como se ha demostrado, inútil, y he estado metiendo tripa desde el mediodía.

—¡No! —contesto. Arqueo las cejas en plan imperioso, tipo Ava Gardner—. ¡Joder!

Doy otra calada al pitillo y dejo de meter tripa. Me ha pillado. Por qué preocuparme.

No. No me llamaban «Gordi» en el colegio, Matt, tío bueno y sin sustancia, al que me enganché dos años como si fueras cocaína, hasta el punto de robar tu sudadera y guardarla bajo mi almohada, y ser la causa involuntaria de que rompieras con tu novia después de contar un terrible secreto a la persona equivocada, haciendo que nuestro pequeño círculo de amigos explotara de una manera espectacularmente desafortunada.

Fue la gordura.¹

¿Te estremeces al leer la palabra «gordo»? ¿Te parezco grosera o poco delicada al pronunciarla? En las dos últimas generaciones se ha convertido en una palabra con una carga abrumadora. Cuando aparece en una conversación, la gente se asusta como si sonara una alarma, y

despierta un rechazo comprensivo y temeroso: «¡No estás gorda! ¡Por supuesto que no estás gorda! ¡Cariño, no ESTÁS GORDA!», cuando la persona está clara e indiscutiblemente gorda y lo único que quiere es hablar de ello.

La mayoría de las veces, sin embargo, se utiliza como un arma para detener en seco una conversación: «Cállate, bruja gorda.» Silencio.

La acusación de «gordura» ha reemplazado a insultos como «gay» o «lesbiana» en lugares como el parque. Se considera, por lo general, la Hiroshima de los agravios: la bomba que, una vez lanzada, obliga a la rendición inmediata del acusado. Si puedes responder de manera contundente: «Sí, bueno, al menos yo no estoy gorda», es que formas parte de los Aliados y has ganado.

La recriminación es tan potente que funciona aunque no exista una base real. He visto cómo reducía al silencio a mujeres de la talla 38, como si el acusador hubiera percibido en ellas un «aura de gordura» secreta o supiera que algún día llegarían a ser gordas, y les llamara la atención por ello.

En un par de ocasiones en que me atacaron con un «Sí, bueno, al menos yo no estoy gorda», intenté pervertir un planteamiento clásico, y respondí: «Estoy gorda porque cada vez que me follo a tu padre me da una galleta.»

Pero mi audiencia no pareció captar lo innovador de esta técnica de subvertir un cliché e imaginaron, en cambio, que yo había desarrollado un trastorno alimenticio para sobrellevar una desafortunada experiencia de pedofilia.

Todo esto se suma a mi aspecto horroroso. Estoy por encima de la curva y el percentil de peso de mi grupo de edad.

Para dar tanto poder a la palabra «gorda» no es bueno en absoluto. Del mismo modo que antes pedí que te subieras a una silla y gritaras: «SOY UNA FEMINISTA RADICAL», ahora te pido que subas a una silla y repitas la palabra «GORDA». «GORDA, GORDA, GORDA, GORDA, GORDA.»

Repítela hasta quitarle toda la tensión, hasta que parezca normal –como la palabra «bandeja»– y acabe perdiendo su significado. Señala cosas y llámalas «gordas». «Esa baldosa es gorda.» «La pared es gorda.» «Creo que Jesús es gordo.» Hay que reducir drásticamente la temperatura de la palabra «gordo», como la fiebre de un niño. Tenemos que ser capaces de mirar, con claridad y sosiego, justo en el centro de la gordura, y hablar de lo que es, de lo que significa y de por qué ha llegado a ser el gran tema para las mujeres occidentales del siglo XXI. GORDA, GORDA, GORDA, GORDA.

En primer lugar, creo que deberíamos ponernos de acuerdo sobre lo que es «gorda» realmente. Es obvio que los patrones de belleza van y vienen, y que hay metabolismos y físicos extremos; lo de los huesos grandes ¡es VERDAD! ¡Lo descubrí hace poco! Comparada con Kylie, ¡tengo los huesos de un mastodonte! Yo NUNCA habría podido entrar en esos pantalones cortos dorados porque ¡TENGO DEMASIADO CALCIO!

Así que, teniendo en cuenta todo esto, no merece la pena ser demasiado estrictos con el término «normal».

Después de estar toda la vida dándole vueltas, creo que he encontrado una definición sensata de lo que es un peso correcto, recomendable, «normal». Qué significa «gorda» y «no gorda». Y es:

«Con forma humana.»

Si tienes un aspecto clara y reconociblemente humano –el tipo de figura que pintaría un niño de diez años si le pidieran que dibujara a una persona en menos de un minuto– entonces estás bien. «Un cuerpo razonablemente sano y limpio es un cuerpo bello», como dice la diosa Greer.

Podrías pasar el resto de tu vida obsesionándote por las almenas de la parte trasera de tus

muslos, por tu barriga cervecera, o por el hecho de que al correr sientes tus glúteos chocar, uno contra otro, como un par de bolas. Pero hacerlo sería actuar bajo el supuesto subconsciente de que en algún momento te verás obligada a desnudarte delante de otras personas, que te puntuarán del 1 a 10, y, como ya hemos dicho antes, ESTO NO OCURRIRÁ A NO SER QUE PARTICIPES EN EL PROGRAMA *LA PRÓXIMA TOP MODEL DE AMÉRICA*. Lo que ocurre dentro de tu sujetador y de tus bragas SE QUEDA dentro de tu sujetador y de tus bragas. Si puedes encontrar algún vestido con el que estés mona y puedas subir tres tramos de escaleras corriendo, no estás gorda.

La idea de que tienes que estar mejor que una simple «forma humana» —esa armonía perfecta en cada centímetro, en la que incluso un exceso de grasa del tamaño de una cucharilla en la rodilla es inaceptable, por no hablar de un mundo en el que la talla 40 es «XL»— es otro ejemplo que las feministas exaltadas pueden técnicamente rechazar como «una gilipollez total».

Mis años de gorda fueron aquellos en los que no tenía «forma humana». Era un triángulo de cien kilos, con triángulos invertidos por piernas, y sin un verdadero cuello. Y eso era porque no hacía cosas humanas. No andaba, ni corría, ni bailaba, ni nadaba, ni subía las escaleras; no comía lo que en teoría comen los humanos. Se supone que nadie come medio kilo de patatas cocidas cubiertas de margarina, o un trozo de queso del tamaño de un puño pinchado en un tenedor como si fuera una piruleta. No estaba conectada a mi cuerpo ni lo entendía. Era sólo un cerebro en un tarro. No era una mujer.

Irónicamente, aunque hace añicos mi corazón sin darse cuenta en el césped de la catedral de San Pedro, es Matthew Vale quien me quita veinticinco kilos en cuatro meses y me permite conocer a mi otra mitad: la que tiene piernas.

Los jueves y viernes por la noche nos aficionamos a saltar la valla de la autovía para ir a un pub en mitad de la nada, donde bailamos cinco horas seguidas sólo música de los años 1986-1991 de bandas británicas que salían en *NME* y *Melody Maker*: Spiritualized, Happy Mondays, The Fall, New Order. Matthew también me enseña a fumar diez cigarrillos Silk Cut al día, lo que me deja sin dinero para la comida: útil.

Unas secuencias a cámara rápida de mis seis meses en aquella pista de baile mostrarían cómo dejé de ser una especie de masa amorfa para convertirme en algo que sin duda es una adolescente con forma humana que puede salir a comprarse un vestido en una tienda normal. Uno corto y de flores, para llevar con una chaqueta, botas y raya en los ojos. Si me visto con cuidado, puedo parecer «normal», pero sigo sin utilizar las palabras «delgada» o «gorda», por si acaso alguien se fija más, e intenta descubrir qué es lo que yo soy.

Pero más importante, en aquella diminuta pista de baile —con un cigarrillo en una mano y sidra en la otra, y «How Soon Is Now» sonando como si The Smiths pasaran sobre nosotros a gran velocidad, igual que el gigantesco Halcón Milenario iluminado— siento una euforia completamente nueva: he descubierto dónde está mi cuerpo. Resulta que estaba ¡JUSTO DEBAJO DE MI CABEZA, DESDE EL PRINCIPIO! ¿QUIÉN IBA A IMAGINARLO? Siempre es el último lugar donde se busca.

Y ahora puedo hacer que gire por aquí, con torpeza, y salte por allá, de un modo ridículo, y simular que toco unas maracas invisibles en un baile que con seguridad me mantendrá virgen un año más como mínimo; pero es divertido tener estos brazos, y estas piernas y esta pequeña barriga.

Y es el comienzo de un lento proceso, que incluye embarazos y partos y largos polvos a media tarde medio colocada, y paseos de cuarenta kilómetros, y aprender a correr, a correr muy rápido, como si estuvieras bailando, pero en línea recta, hasta llegar a este momento, a mis treinta y cinco años, en el que puedo afirmar que mi cuerpo me gusta tanto como mi cabeza. A mi cerebro no le

sienta tan bien un vestido, y mi cuerpo sigue sin poder bromear sobre los sucesos ridículos de la vida de Victoria Beckham, pero ahora todos somos amigos. Nos llevamos bien, y estamos de acuerdo en cosas como qué es una cantidad «razonable» de patatas fritas, y si debería subir corriendo las escaleras mecánicas (sí).

Ya no deseo, como me ocurría a menudo a los quince años, sobre todo si estaba histérica, verme envuelta en un accidente grave de coche que obligue a reconstruir mi cuerpo desde cero, pero utilizando más o menos la mitad de la materia prima.

Y, cuando ahora me miro en el espejo de los probadores de Marks & Spencer, mi cuerpo parece, al fin, estar despierto.

Pero ¿por qué llegué a ser gorda? ¿Por qué seguí comiendo hasta hacerme daño, y considerar mi cuerpo algo tan lejano y antipático como, por ejemplo, el mercado inmobiliario de Buenos Aires? ¿Y por qué (aunque es obvio que no es muy aconsejable inflarse hasta el punto de quedar atascada, un día horrible, en un asiento envolvente de la feria local, y tener que recurrir a la ayuda de tu antiguo director de colegio, el señor Thompson, para que tire de ti), por qué se trata la gordura como un cruce entre la vergüenza más terrible y la tragedia más absoluta? Algo que, en una mujer, está entre tener la cara cruzada por una enorme cicatriz y acostarse con nazis. ¿Por qué las mujeres son capaces de bromear alegremente sobre lo mucho que gastan («... y entonces mi asesor bancario cogió mi tarjeta de crédito y ¡LA ROMPIÓ POR LA MITAD CON UNA ESPADA!»), lo mucho que beben («... y entonces me quité el zapato y ¡LO TIRÉ POR ENCIMA DE LA PARADA DEL AUTOBÚS!»), lo duro que trabajan («... estaba tan cansada que me dormí sobre el panel de control y, cuando me desperté, me di cuenta de que ¡HABÍA VUELTO A APRETAR EL BOTÓN DEL LANZAMIENTO NUCLEAR! ¡OTRA VEZ!»), pero jamás de los jamases sobre lo mucho que comen? ¿Por qué es la desventurada comida el secreto más inútil –no es fácil esconder mucho tiempo el hábito de comer seis KitKats diarios– de todas nuestras miserias?

Hace siete años una amiga mía rompió con una estrella del pop, reactivó su bulimia, pasó nueve días seguidos entre atracones y purgas, y luego se ingresó ella misma en The Priory.¹

Até a mi hija a la sillita del coche y fui a visitarla, con una mezcla de amor por ella y de curiosidad por The Priory. Me lo imaginaba como el Chateau Marmont,² pero con increíbles recetas médicas. Lleno de celebridades curiosamente destrozadas, tratando de volver a la normalidad en medio de una suntuosa decoración.

Resulta que, por dentro, The Priory parece y huele como un hotel familiar de medio pelo de Welshpool. Moquetas con dibujos desvaídos, puertas contra incendios de falsa teca, y en algún lugar, a juzgar por el olor, una olla de carne en constante ebullición, haciendo el papel del mayor ambientador del mundo. Recordaba menos al Olimpo, residencia de los dioses, que a la estación de metro del centro de exposiciones.¹

Y, como me explicó mi amiga, sentada en un extremo de la cama y fumando como un carretero, una institución llena de drogadictos con problemas emocionales no resulta nada divertida.

«Hay una jerarquía», suspiró, mientras se quitaba las cutículas con la uña del otro pulgar. Había encendido una vela de jasmín de la marca Dyptique para disimular que acababa de vomitar el desayuno, pero el olor de la bilis era más persistente de lo que había calculado.

«Los heroinómanos desprecian a los cocainómanos. Los cocainómanos desprecian a los alcohólicos. Y todo el mundo piensa que la gente con trastornos alimenticios, gordos o flacos, son la escoria.»

Y ahí está la jerarquía de la infelicidad, en pocas palabras. Todas las compulsiones irreprimibles con que puedes arruinar la vida tienen cierto potencial de fascinación perversa y

autodestructiva..., excepto el comer.

Pensemos, por ejemplo, en David Bowie. He aquí a un hombre que consumió tanta cocaína que le dio por guardar su orina en botellas, en la nevera, porque tenía miedo de que los brujos se la «robaran». Y sin embargo, a pesar de almacenar su pis putrefacto junto al jamón, no dejó de ser considerado un tipo genial. Por el contrario, ¿quién no considera el hecho de que Bowie describa hoy su mente de aquel momento como un «queso gruyère» algo encantador del rock and roll? ¡Es David Bowie, hombre!

O piensa en Keith Richards, en sus días de Glimmer Twins,¹ esnifando, fumando, pinchándose, bebiendo y follando todo lo que veía. ¡Todo el mundo le ama! ¿A Keef? ¿Tan pasado que ni se enteró de que dos groupies, follando delante de él, se prendían accidentalmente fuego en el pelo? ¡ROCK AND ROLL! Para muchos, ¡esto es lo mejor de los Stones!

A pesar de que, se mire como se mire, debió de ser una verdadera pesadilla estar cerca de él – paranoico, débil, poco fiable, propenso al malhumor, obsesivo y casi siempre en un estado tal de inconsciencia que la única forma de llevarlo de un sitio a otro era arrastrándolo por los tobillos–, aún sentimos un ligero estremecimiento cultural –«¡Uau... genial!» cuando la gente recuerda esa mierda.

Pero imagina que Keef, en lugar de dedicarse a la heroína, hubiera empezado a darse atracones sin parar y se hubiese puesto realmente gordo. Imagina que se hubiese colgado de los espaguetis boloñesa, por ejemplo, o que hubiera salido siempre al escenario con un bocadillo de casi medio metro de Subway, haciendo un alto entre canción y canción para masticar ruidosamente. Deambulando por Alphabet Street, todo crispado, cuatro horas buscando qué comer, desesperado por conseguir unos quesitos Dairylea. Noches largas y desenfrenadas tras los conciertos, áticos de lujo, jovencitas núbiles desperdigadas por la habitación, y Keith, en el centro, tumbado en una cama de agua tamaño emperador, con sábanas de seda, cogiendo de una bandeja sándwiches de aros de patata y pasteles de Tunnock.

Cuando sacaron *Their Satanic Majestic Request*,² lo que su Satánica Majestad estaría pidiendo es una cintura de un metro de diámetro, y todo el mundo se habría burlado de los Stones por tener a un gordinflón ridículo a la guitarra, destruyendo la esencia del rock and roll.

Por supuesto, todo este tiempo, Keef se habría portado como un ser adorable: saliendo a caminar a las ocho de la mañana, manteniendo ordenada su habitación del hotel, dando las gracias a todo el mundo, trabajando doce horas al día. No habría desaparecido cuarenta y ocho horas para volver con una carpa muerta en el bolsillo y un nuevo amigo vagabundo llamado Alan Jódete.

Porque la gente se atiborra de comida exactamente por la misma razón por la que beben, fuman, follan sin parar o se drogan. Tengo que dejar claro que no estoy hablando de los que se atiborran empujados por la sencilla y alegre gula, como los personajes de Rabelais o la figura de Falstaff, que ven el mundo como una serie de placeres sensoriales, y disfrutan al máximo del vino, del pan y de la carne. Alguien que se aleja de una mesa, ahíto, gritando «¡HA SIDO MAGNÍFICO!» antes de sentarse junto al fuego, beber oporto y comer trufas, no sufre ninguna neurosis con la comida. Tiene una relación consensual con el comer y, casi indefectiblemente, le da lo mismo engordar unos cuantos kilos. Intenta llevar su peso con gracia, exuberantemente, como un abrigo de piel o un fajín de diamantes, en vez de intentar esconderlo con nerviosismo, o pedir perdón por él. Las personas así no son «gordas», simplemente son... opulentas. No tienen problemas con la alimentación, a menos que se les acabe el aceite de trufas, o encuentren muy decepcionante un plato de navajas preparado con demasiada antelación.

No, estoy hablando de aquellos para los que la idea de comer no es un placer sino una compulsión. Para los que la comida, y los efectos de la comida, son el trasfondo estático y

deprimente de cualquier otro pensamiento normal. Aquellos que piensan en el almuerzo mientras desayunan, y en el postre mientras comen patatas fritas; aquellos que entran en la cocina en un estado muy cercano al pánico, y, casi sin respirar, comen una rebanada tras otra de pan con mantequilla, sin saborearla, sin masticala siquiera, hasta que el pánico puede ser ahogado en una rutina casi meditativa de meterse la cucharada y tragar, meterse la cucharada y tragar.

En ese estado similar al trance, puedes quedarte placentera, temporalmente, sin pensar en nada unos diez, veinte minutos, hasta que, finalmente, una nueva avalancha de sensaciones –malestar físico y un terrible arrepentimiento– obligan a detenerte, del mismo modo que el whisky o la droga te dejan inconsciente. Comer en exceso o en busca de consuelo es la opción más barata y humilde para llegar a la autocomplacencia y la autodestrucción. Consigues la liberación temporal que te producen la bebida, el sexo y las drogas, pero, y creo que ése es el quid de la cuestión, te deja siempre en un estado en el que sigues siendo responsable y dueño de tus actos.

En pocas palabras, al elegir la comida como tu droga –los subidones de azúcar o la calma profunda y soporífera de los carbohidratos, el Valium de la clase obrera–, puedes seguir preparando la comida, llevando a tus hijos al colegio, atendiendo al bebé, pasando por casa de tu madre y cuidando toda la noche a tu hijo enfermo de cinco años, algo que no es posible si estás todo el día fumando cannabis, o te encaramas con regularidad a la alacena que hay debajo de la escalera para beberte una botella de whisky.

Comer compulsivamente es la adicción que eligen las personas que tienen que cuidar de otros, y ése es el motivo de que se considere la adicción de menor rango. Es una manera de joderte a ti misma mientras te mantienes completamente operativa, porque no te queda más remedio. La gente gorda no se permite el «lujo» de que su adicción les convierta en alguien inútil, caótico, o en una carga. En vez de eso, se autodestruyen poco a poco sin molestar a nadie. Y esto explica que sea con tanta frecuencia una adicción elegida por las mujeres. Todas las mamás que comen sin hacer ruido. Todos los KitKats en el cajón de la oficina. Todos los momentos de infelicidad, a altas horas de la noche, captados sólo por la luz de la nevera.

A veces me pregunto si sólo nos tomaremos en serio los trastornos alimenticios el día que tengan el mismo glamour perverso de rock and roll que caracteriza al resto de las adicciones. Quizá haya llegado el momento de que las mujeres, al fin, dejen de ser tan reservadas con sus vicios y empiecen a tratarlos como los demás adictos tratan los suyos. Aparecer en la oficina con las huellas del cansancio en el rostro, diciendo con un suspiro: «Tío, anoche me enganché al pastel de carne, no puedes ni imaginártelo. A las diez estaba HASTA LAS CEJAS de PURÉ DE PATATA. ¡Tenía un colocón de carne picada!»

O entrar en casa de una amiga, arrojando el bolso sobre la mesa y gritando: «He tenido un día HORRIBLE con los niños. Necesito seis chutes de galletas saladas con queso AHORA MISMO, o se me irá completamente la olla.»

Entonces la gente reaccionaría ante tus disfunciones con la misma naturalidad que con otras adicciones. Podrían responder: «Bueno, tía. Quizá deberías relajarte un poco con la dieta de hidratos de carbono. Te has pasado tres pueblos. Yo estoy igual. Anoche tuve una sesión de tres horas de lasaña de microondas. Quizá deberíamos irnos al campo por un tiempo. Enfrentarnos juntos a esto. Poner en orden nuestros actos.»

Porque en este momento no puedo evitar darme cuenta de que en nuestra sociedad obsesionada por la gordura –tan vehemente en su denominación, tan elocuente en su desaprobación– las únicas personas que no hablan del tema son las que se ven realmente afectadas.

7. ¡TROPIEZO CON ALGO DE MACHISMO!

Así pues, he adelgazado, puedo ponerme vestidos y tengo un trabajo. Ahora soy, como digo alegremente a todo el mundo, El Último Mono de *Melody Maker*, la revista semanal de música que todo el mundo confunde con *NME*, que es mucho más famosa pero, para nosotros, mucho menos enrollada. En *NME* consumen drogas, pero no escriben realmente sobre ello. En *Melody Maker*, por el contrario, a menudo es la base de un artículo entero.

Mientras *NME* contrata hombres normales, respetables, que harán grandes carreras en la radiodifusión (Stuart Maconie, Andrew Collins, David Quantick), el equipo de *Melody Maker* parece el elenco de la *Familia Addams*. En las reuniones de la redacción todos tienen claro que están aquí porque no cumplieron los requisitos para entrar en la cantina de *La guerra de las galaxias*.

Es un grupo extraño, desigual. Por un motivo u otro, todo el mundo aquí es un marginado social. Una parte de la plantilla, porque son unos machistas antediluvianos con peinados extraños y un aura perceptible de que no han abandonado el pub desde 1976. Otros colegas, porque son tan admirable e innovadoramente raros que es evidente que sólo una ciudad como Londres y unos jefes como los de esta publicación los habrían contratado.

Pricey es un robusto godo de Gales, con el pelo recogido en dos coletas de rastas pelirrojas, que se pone en primera fila en los conciertos de Public Enemy, con los labios pintados y esmalte en las uñas. Cuando los Manic Street Preachers actúan en la ciudad, se va de la oficina con un abanico de encaje negro y una botella de Malibu. Cualquiera que habla con él se sorprende al descubrir que es a) heterosexual y b) de este planeta.

Ben Turner es un hombrecillo pequeño, con la cabeza rapada, que aparenta unos trece años. Cuando le conozco, pienso que es un niño con leucemia que ha escrito a la Make A Wish Foundation¹ para pasar un día en «una verdadera oficina de una revista de música». Tras un par de semanas descubro que en realidad es a) un adulto totalmente desarrollado, y b) una de las principales autoridades en música dance de Gran Bretaña, que ha logrado vencer la leucemia imaginaria que yo le he adjudicado y organizar el festival Bestival.

El director, Jonesy, de cuarenta y muchos años, parece un agreste bisonte, pero con el pelo caoba incongruentemente brillante y glamouroso de Carol Decker de T'Pau. De espaldas, en un bar, es a menudo objeto de comentarios inicialmente lujuriosos de otros hombres. Cuando se da la vuelta, se alejan gritando.

Los hermanos Stud visten de cuero, sudan como jodidos estibadores, y con frecuencia llegan borrachos de sus juergas nocturnas y se quedan dormidos debajo de una mesa. Simon Reynolds es un apuesto y prerrafaelita licenciado en Oxford en una música dance de vanguardia muy difícil de escuchar, que pasa casi todo el tiempo en unos clubs donde la gente va armada; es tan inteligente que a la mitad de nosotros nos da miedo hablar con él. Pete Paphides acaba de dejar la tienda familiar de patatas fritas en Birmingham, y ha venido a trabajar a la revista con una mentalidad de «nada de música demasiado guay, rara o marginal», mientras mima sus catálogos de obras editadas de ABBA, ELO, Crowded House y los Bee Gees, y se viste con una selección de cómodas chaquetas de punto de M&S.

Y luego hay una joven de dieciséis años de Wolverhampton, que lleva sombrero, fuma como una descosida y da patadas en la espinilla a cualquiera que se meta con The Wonder Stuff. La primera semana hago sangrar a David Bennun.¹ Veinte años después me lo tropiezo en Manchester, en un

concierto de Lady Gaga, y pesaroso se remanga la pernera del pantalón y me enseña la cicatriz que le dejé. Luego me recuerda la ocasión en que amenacé con tirar a alguien por la ventana del piso vigésimo sexto, mientras la mayoría de los colegas seguían tecleando tranquilamente en su ordenador. No es un lugar normal de trabajo. Nosotros creemos que es porque somos unos enrollados. Los de *NME* creen que somos gilipollas por exactamente lo mismo.

Es la primera vez que estoy en el mundo real y que conozco a adultos. Antes mi vida social se desarrollaba en la pista de baile y en los aseos del Raglan, un tugurio pequeño y oscuro lleno de adolescentes con flequillo y botas: en esencia un parque infantil, pero con un bar. Nuestra inocencia era ostensible: brillaba en nuestra cara del mismo modo que resplandecían nuestros dientes blancos bajo las luces ultravioleta. Sí, la gente follaba, y había peleas, y se difundían rumores, y se consumían drogas, pero éramos esencialmente como cachorros de tigre peleándonos sin sacar las garras. Éramos todos iguales. Nadie hacía cálculos ni reproches. Se olvidaba todo después de echar una cabezada.

Entrar en el mundo de los adultos, después, es impactante. El primer día que me presento en la oficina, salgo del ascensor fumando un pitillo para que vean que yo también soy adulta. Por el mismo motivo, ofrezco a todos un trago de Southern Comfort de la botella que llevo en la mochila. La mayoría me dicen que no, pero Ben Stud –que acaba de salir del ferry de Ámsterdam, de entrevistar a un grupo musical– responde con entusiasmo «¡Pásamela!» y echa un trago. Al mirar hacia abajo, me doy cuenta de que utiliza un *frisbee* de promoción como cenicero, plato para su bocata de beicon y lugar seguro donde dejar las llaves de casa.

He decidido que me voy a acostar con todo el que pueda en Londres. No hay ningún motivo para no hacerlo. Con mi primer sueldo, veintiocho con cuarenta y dos libras, me he comprado unas bonitas bragas nuevas con encaje gris de Marks & Spencer, y he tirado por fin las herencias, ahora demasiado grandes, de mi madre, así que ya no tengo un aspecto tan astroso. Aunque he ofrecido mi virginidad por toda la ciudad, nadie en Wolverhampton parece ni remotamente interesado en ella, por lo que he llegado a la conclusión de que es una de esas cosas que sólo puedes conseguir en Londres, como hacerte mechass naturales o tomar Dirty Martinis. Es un trabajo especializado.

Así que mi tarea de este mes es llegar a ser una fogosa niña prodigio del periodismo y una fogosa tía buena con la que alguien, esperemos, quiera acostarse pronto; pero sin menoscabo de mi «reputación». Sí, a los dieciséis años tengo que aprender a conducir un vehículo de dieciséis ruedas, mi primer Camión de Coqueteo; pero sin arruinar mi carrera.

Coquetear en el trabajo es un asunto peliagudo para las feministas. Las más duras no son nada partidarias: por lo que respecta a ellas, podrías igualmente liarte la manta a la cabeza e instalarte sin más ni más en un escaparate del Soho con una tarjeta donde pusiera «Modelo, 18 años, se hacen pajas» junto al timbre de la puerta.

Y, ¿sabes?, para muchas feministas es así como hay que verlo. La idea de que las mujeres tengan que coquetear para progresar les parece tan vejatoria como cualquier otra cosa que, en teoría, tengan que hacer las mujeres: estar delgadas, aceptar un treinta por ciento menos de sueldo, y no reírse viendo *30 Rock* cuando tienen la boca llena y se les cae un trocito de comida al suelo y el gato se lo come.

Hay mujeres que no coquetean. No quieren hacerlo, no les sale de dentro, y les irrita tanto que les entran ganas de dar un puñetazo a alguien. Sienten ante el coqueteo lo mismo que yo cuando tengo que hacer algo relacionado con la fuerza de los brazos, los tacones altos o el sentido de la orientación. Lo único que quieren es mandarlo a la mierda.

Pero, para otras mujeres, coquetear es... algo natural. No es un mecanismo de defensa, ni el

resultado de años de haber sido sexualizada sin quererlo por el maldito patriarcado. No es una consecuencia. Es una acción. Sale de la alegría casi demente de estar vivo, de hablar con alguien que no te está aburriendo mortalmente, y de aliarse en un tácito, fugaz, alegre, «Me gustas y te gusto. ¿No es estupendo lo bien que nos comprendemos?».

Si eres una coqueta nata, ni siquiera tiene un componente sexual. Coqueteas con todo el mundo: hombres, mujeres, niños, animales. Respuesta automatizada en las líneas telefónicas para comprar entradas: «¿Pulse “3” para otras opciones? Oh, querido, no creo que tengas una tecla para la opción que a mí me gustaría.»

Al ser coqueta y optimista por naturaleza, mi razonamiento es que, si tienes que pasarte el día hablando con la gente, aunque sea únicamente por teléfono, organizando la entrega de un nuevo lavaplatos, ¿por qué no intentar que todo el mundo acabe sintiéndose un poquito más feliz y animado? Para mí, coquetear es esa parte de *Mary Poppins* en la que Mary dice: «En todos los trabajos hay un elemento de diversión. Encuentra la diversión y... ¡ZAS!, el trabajo es un juego.»

Pero coquetear ¿me ayudó en *Melody Maker*? ¿Conseguí promocionar mi carrera gracias a mi devastador atractivo sexual? Tengo que ser muy enérgica en mi respuesta: no. No olvides que yo era una chica vivaracha de dieciséis años con un gran sombrero, a la que aún parecía asustar un poco el mechero con que encendía los cigarrillos. En aquel tiempo, mis habilidades para el coqueteo eran muy, muy rudimentarias; que yo recuerde, se reducían básicamente a un guiño audaz, un poco como un pirata chiflado. Sospecho, asimismo, que mi idea de mostrar con sutileza cierto interés por los asuntos de naturaleza sexual consistía en poco más que decir: «¡Guau! Relaciones sexuales, ¡vaya! Es sexy», en lo que, por otra parte, hubiera sido una conversación totalmente normal sobre, por ejemplo, cuándo llegaría el ascensor.

Casi sin excepción, y de manera totalmente comprensible, mis jefes en la revista parecían considerarme una especie de chimpancé vestido que había entrado trepando por una ventana abierta, y al que habían decidido dejar en paz para que jugara tranquilamente con los ordenadores, no fuera a ser que se pusiera nervioso y empezara a morder a la gente. Y, aunque no me hubieran mirado con una expresión cercana al horror, ni se me habría ocurrido coquetear con ellos: ¡eran auténticos adultos! ¡Realmente viejos! ¡Unos treintañeros! Si acababa saliendo con alguno de ellos, podría empezar a hablar de repente de los impuestos municipales, del aislamiento de la cámara de aire o de cualquier otro tema de adultos, y yo estaría perdida en un mar de conversaciones cotidianas. No me apetecía nada.

Así que no. No ascendí en mi carrera profesional por coquetear. De hecho, ocurrió todo lo contrario: sospecho que mi pujante sexualidad en flor redujo en gran medida mis ofertas de trabajo, pues nadie quería ser acusado de andar por ahí con una Lolita nativa de Birmingham. Sin embargo, creo de corazón que las feministas exaltadas, si lo desean, tienen todo el derecho del mundo a coquetear para conseguir un ascenso sin comprometer siquiera un poco sus exaltados principios feministas.

Señoras, estamos tremendamente en desventaja en el trabajo. Vuestros colegas varones coquetean con sus jefes varones constantemente. Una oficina normal es como un jodido *Bromancing the Stone*.¹ Ésta es básicamente la vinculación afectiva entre los hombres. El coqueteo. Coquetean entre ellos al jugar al golf, coquetean entre ellos al ir al fútbol, coquetean entre ellos cuando charlan en los urinarios, y, lamentablemente, cuando salen a tomar copas y a locales de striptease. Establecen sus vínculos emocionales sobre la base de sus semejanzas biológicas. Y si el único modo de establecer un vínculo emocional con ellos es sobre la base de vuestras diferencias biológicas, ¡adelante! ¿Que os sentís presionadas para follar con ellos si lo hacéis? Entonces no coqueteéis. ¿Que preferís currar como locas? Pues currad como locas, pero

no culpéis a otras mujeres por hacerlo.

Bueno, no delante de ellas, en todo caso. Chismorrear en el baño siempre está permitido, por supuesto.

Así que estoy aprendiendo a coquetear. No por trabajo, sólo por diversión. Y, ¡santo cielo!, no es fácil. Antes sólo había coqueteado con adolescentes que la mitad del tiempo ni se enteraban, pobrecillos. En realidad, ahora que lo pienso, tuvo que ser más de la mitad del tiempo: aún soy virgen. Es obvio que no se percataban de qué iba este asunto.

Soy demasiado sutil, pienso en una fiesta unas semanas más tarde. Todavía llevo un sombrero enorme, desde que lancé la idea en mi diario de que con él mi cuerpo parecería más pequeño, por aquello de la perspectiva. Nunca me lo quito; llevo un metro de raya de ojos, y estoy bastante achispada. Bueno, estoy cerca de la barra bailando en plan «sexy» al ritmo de «Respect» del grupo Erasure. Muy relajada. «Necesito ser menos sutil. Esto no funciona.»

La siguiente vez que se me acerca un hombre, charlamos cinco minutos sobre Erasure; surge la posibilidad de moverme un poco hacia la izquierda para que puedan atenderlo, y luego le miro fijamente, en silencio.

–¿Estás bien? –me pregunta finalmente con cierta inquietud, dándole un billete de cinco libras al camarero por la cerveza.

–Estaba pensando qué sentiría al besarte –le contesto, lanzándole una mirada apasionada bajo el sombrero.

En aquel momento no me doy cuenta, pero, al recordarlo ahora, sospecho que debía de parecer una almeja ligeramente bizca en busca de incauto plancton.

Diez segundos después, nos estamos besando. Está metiéndome la lengua por la garganta como si yo estuviera en huelga de hambre y él a punto de alimentarme a la fuerza con un tubo; y yo hago todo lo posible para no expulsarlo de nuevo. Estoy eufórica. ¡Dios mío! ¡Quién me iba a decir que era tan fácil! Que basta con pedir un contacto sexual... ¡para conseguirlo! Me doy cuenta de que mi táctica anterior en Wolverhampton –merodear cerca de los chicos, esperando que se tropezaran y cayeran encima de mí, y luego darnos el lote «mientras estaban ahí»– era de una ingenua sin remedio. Así es como hay que actuar: sencillamente haciendo un pedido de beso, ¡como en Argos!¹

Las siguientes semanas son una auténtica revelación. Básicamente, dejo mi carrera a un lado para ir por ahí consiguiendo que me besen todo lo posible. Aprendo muchísimo sobre el tema. Descubro que, en general, los hombres que mejor besan son también los mejores conversadores: parecen... escuchar lo que haces, y responden. Un hombre me besa apasionadamente en un callejón del Soho, y me paso los tres días siguientes tan eufórica por la experiencia que escribo un poema de seis páginas lleno de espantosas metáforas sobre estrellas, anémonas y arenas movedizas. Otra noche de besos con otro hombre, los dos nos las arreglamos para seguir fumando pitillos mientras nos damos el lote, aunque yo pongo objeciones a su chicle: lo pesco dentro de su boca y lo escupo teatralmente por encima de mi hombro, diciendo: «Mejor que me masques a mí», con un acento sensual de Wolverhampton.

Pero el mundo de los medios de comunicación y la música es muy pequeño, básicamente un pueblo que se reúne por las noches en los mismos cinco o seis bares y locales de actuaciones. Empiezo a tener «mala fama» en *Melody Maker*.

En la oficina empiezan a ocurrir cosas con las que me siento incómoda. Un colaborador rellena su columna de cotilleos de la semana con alusiones apenas disimuladas al hecho de que he salido con otro colaborador. Un tipo del departamento de arte se pasa toda una reunión de redacción en el

pub haciendo comentarios sobre alguien con quien me enrollé que tiene problemas de eyaculación precoz: «Espero que ese vestido sea fácil de limpiar.»

Entonces uno de los jefes de sección me llama a su despacho para contarme que el artículo que acabo de preparar podría salir en portada, «Así que ¿por qué no te sientas en mi regazo y lo discutimos?».

¡Vaya!, pienso. ¡Esto es machismo! ¡Estoy siendo víctima del machismo! ¡Incluso en una oficina llena de marginados liberales y progresistas hay personas que me están juzgando por ser una mujer sexualmente activa! En cierta manera, es casi emocionante; después de todo, la última vez que me juzgaron por algo relacionado con mi sexualidad, acabé apedreada por los Vándalos el día de mi cumpleaños. Si he pasado de ser totalmente indeseable (entonces) a que me miren con desprecio por ser una putilla (ahora), supongo que he avanzado un poco, ¿no? Para convertirse en mujer hay que ir paso a paso, y esto, en cierto modo, es un gran progreso.

Por otro lado, al principio no sé muy bien cómo reaccionar. He leído novelas en las que el patriarcado juzgaba a mujeres sexualmente activas, pero esos libros no dan ningún consejo sobre qué hacer a continuación. Generalmente, esas mujeres acaban muriendo en los páramos, siendo excluidas de la sociedad de Atlanta, o tragando arsénico antes de que su hija sea enviada a trabajar a los campos de algodón. Las tácticas que emplean las mujeres adultas del siglo XIX para enfrentarse a estas situaciones me sirven de poca ayuda, así que, a falta de un modelo mejor, me limito a retroceder a mi infancia. Como primogénita de una familia de ocho hijos acostumbrados a darnos puñetazos, mi táctica en *Melody Maker* es... un poquito extrema. Exijo al tipo del departamento de arte que hizo comentarios sobre mi «vestido fácil de limpiar» que me compre otro por «daños morales». Obligo al colaborador que me difamó en su columna de cotilleos a subirse en una silla delante de toda la redacción y pedirme perdón mientras le señalo con el dedo y le digo: «Aquella columna no tenía ni siquiera gracia.» No se me ocurre un insulto peor.

Y cuando el jefe de sección me pide que me siente en sus rodillas para hablar de mi «promoción», pienso: Peor para ti, tío, y me desplomó sobre él y luego me enciendo un cigarrillo.

«¿Te has quedado ya sin circulación?», le pregunto, alegremente, mientras él suda y tose.

Consigo mi primera portada. Él se queda diez minutos en la sala de reuniones, golpeándose los muslos hasta que consigue recuperar la circulación en las piernas.

Por un lado, entiendo por qué me he convertido en una especie de chiste continuo en la oficina. Seamos justos, estoy comportándome como una comecocos sexual: corriendo de un lado para otro abriendo y cerrando la boca, zampándome las caras de la gente. Desde luego, merezco unos cien chistes. ¡Demonios!, sólo a mí se me ocurren cincuenta.

Pero las bromas no son «graciosas». Los comentarios rezuman algo extraño; hay en ellos algo... punzante, molesto y mezquino. Y me doy cuenta de que en esas bromas nunca aparecen los hombres de la oficina que me besan. Hay en ellas una especie de elemento destructivo. Tengo una sensación de oscuridad cuando salgo de la oficina durante el día para fumar un cigarrillo, a fin de demostrar que soy adulta y todavía uno de ellos. Y es una oscuridad incómoda.

En nuestros días, el machismo es un poco como Meryl Streep en una nueva película: a veces no la reconoces enseguida. Puedes pasarte veinte minutos disfrutando de los dinosaurios, de las luchas espaciales y de los nostálgicos soldados confederados antes de decir: «¡Oh, Dios mío! ¡Debajo de la peluca! ES MERYL.»

Muy a menudo, una mujer puede haberse ido de una fiesta, haber cogido el autobús de vuelta a casa, haberse lavado la cara, metido en la cama, leído unos veinte minutos *La mujer eunuco* y apagado la luz, antes de volver a encenderla, incorporarse de pronto y gritar: «Un momento, HE SIDO VÍCTIMA DEL MACHISMO. ¡ESO HA SIDO MACHISMO! CUANDO ESE HOMBRE

ME LLAMÓ “TETAS DE AZÚCAR”... ¡FUE MACHISMO Y NO UNA MALA PRONUNCIACIÓN DEL NOMBRE “ANDREA”!»

Antes no ocurría esto, por supuesto; antes de la segunda ola de feminismo, de lo políticamente correcto, y de que las mujeres llevaran Mace¹ en el bolso, el machismo era explícito y estaba en todas partes. Lo reconocías en cuanto te lo tropezabas. Todo era: «Ya conoces tus límites, mujer», «Haznos una taza de té, cariño», «Mira qué tetas» y silbidos de admiración de cualquier hombre mayor de doce años.

Benny Hill persiguiendo a una rubia alrededor de una mesa, haciendo gestos groseros con las manos, no era un programa de entretenimiento en aquella época. Era la simple realidad. El machismo, como los ceniceros, David Essex y el olor corporal, estaba por todas partes, por muy poco apropiado que fuera el escenario. Volví a ver *Gregory's Girl* hace poco –una película de Bill Forsyth tierna y reconfortante sobre una chica que juega muy bien al fútbol y quiere entrar en el equipo del colegio–, y me sorprendió una escena en la que el tipo que da clases de cocina toquetea el culo de su alumna Susan y ella se aparta; y ni ella ni la película hacen el menor comentario al respecto. ¡En *Gregory's Girl*! ¡Una película que yo recordaba como la *Vindicación de los derechos de la mujer* para cualquiera que, en aquel momento, durmiera bajo un edredón de Holly Hobbie!

Y a nadie se le ocurrió siquiera protestar entonces, ya que toquetear alegremente a una colegiala en público no era más que una perversión británica buena y saludable. El modo de tratar a las chicas. Parte de nuestra herencia, como correr tras un queso rodante¹ o ahogar bebés con malformaciones en barriles de sidra.

Y, por supuesto, como las casas con entramado de madera y Stonehenge, aún queda mucho de este antiguo machismo a nuestro alrededor. Pregunté por Twitter si alguien había tenido recientemente alguna experiencia indignante de machismo, y, aunque esperaba unas cuantas torpezas graciosas y estereotipadas, no contaba con el diluvio que empezó a los treinta segundos de hacer la pregunta, y que continuó casi cuatro días.

Al final tuve cerca de dos mil respuestas, que, mientras se amontonaban, se convirtieron rápidamente en un debate gigantesco entre mujeres, convencidas todas de que su caso era el más excepcional de todos.

He aquí los que me dejaron realmente boquiabierta:

«Yo tenía un jefe que decía: “todos nos hemos hecho una paja pensando en Rosie, pero yo soy el único que tengo un despacho para hacerlo.”»

«Mientras esperaba en la cola del autobús, un tío saltó de un coche y metió la mano debajo de mi falda para ver si llevaba medias altas o leotardos.»

«Una vez trabajé en un garaje de Ford donde el resto de los empleados gritaban TETAS cada vez que cruzaba el taller.»

Así es el machismo tradicional: tan lento y, sin embargo, tan evidente como la gigantesca piedra rodante de *Indiana Jones y el arca perdida*. Y, en cierto modo, a pesar de lo horrible, deprimente y enervante que es, lo echo de menos. El mundo exterior es cada vez más complicado, después de todo. Con los años han surgido toda clase de variables del machismo enredando las cosas. Ahora, hay mujeres que son unas cochinas machistas, y hombres comerciando con un «machismo irónico» para los que llámarte «Tetas McGee» y pedirte que vayas y «nos hagas un sándwich de huevos fritos» no es técnicamente machismo sino una «gracia» de la que tú también tienes que reírte.

En estos días, demasiadas actitudes de mierda con las mujeres se han difuminado, o han quedado total o parcialmente ocultas. Luchar contra ellas es como intentar combatir un olor a

moho en el zaguán utilizando sólo un cuchillo para el pan. Porque, al igual que el racismo, el antisemitismo y la homofobia, el machismo moderno se ha vuelto muy astuto. Taimado. Codificado. Del mismo modo que a un racista encubierto jamás se le ocurriría decir abiertamente «negro» pero sí definiría a una persona de color como alguien con el ritmo en la sangre o al que le gusta el pollo frito, un misógino encubierto tiene un amplio abanico de palabras, comentarios, frases y actitudes que puede utilizar para menospreciar sutilmente o dejar desconcertada a una mujer sin que en ese momento sea evidente que es eso lo que está haciendo.

Imagina, por ejemplo, una pequeña discusión en la oficina. No os habéis puesto de acuerdo sobre un proyecto. Un colega varón se lo ha tomado a mal y se ha marchado cabreado. Cuando vuelve, te pone un paquete de Tampax en la mesa.

«Teniendo en cuenta lo sensible que has estado, he pensado que necesitarías esto», dice, con una sonrisa a lo Jimmy Carr.¹

Un par de personas ríen con disimulo.

¿Qué puedes hacer? Obviamente, si tuvieras más recursos, podrías abrir el cajón de tu mesa, sacar un par de testículos y dejarlos encima de la suya, diciendo: «Y dado lo pusilánime que has estado en nuestra última pequeña escaramuza, he pensado que podrías necesitar esto.» Pero, ¡ay!, es poco probable que ni siquiera la mujer más previsora del mundo tenga un par de testículos de goma en su mesa de trabajo.

¿O qué pasa en una situación de tipo social? Estás de vacaciones con otra familia. Todos tenéis niños. Te das cuenta de que los hombres están haciendo la mitad de las tareas domésticas y se están ocupando la mitad de los niños que las mujeres; tienen una extraordinaria habilidad para sentarse en un sillón y jugar tranquilamente a Angry Birds en su iPhone mientras las mujeres corren de un lado para otro pelando patatas y rescatando niños llorosos y llenos de mierda de pozos abandonados.

«No se me dan tan bien esas cosas», dicen los hombres casi con tristeza, mientras la mujer, en la cocina, estresada, empieza a tomar sorbitos de whisky a las cuatro de la tarde.

De nuevo, lo ideal sería estar preparada para esto: quizá haber enseñado a tus hijos mayores a recitar de memoria *La mujer eunuco*, a cambio de un Milky Bar. O tal vez tener una aplicación de iPhone llamada «Rastreador de división del trabajo doméstico desde 1600 hasta la actualidad», que pudieras encender y dejar encima de la mesa, al lado de una cerveza, para que los hombres le echaran un vistazo. Pero, otra vez, ¿quién tiene tiempo para tan maravillosos planes?

Cuando pregunté a las mujeres de Twitter por sus ejemplos de machismo, los más inquietantes resultaron ser los más codificados. Kate, que explicó: «He dejado de llevar una camisa blanca y una falda negra a las reuniones desde que se formó una cola delante de mí en el descanso para tomar café. Todos creyeron que era la camarera.» O Hannah, que, al ser despedida, fue consolada por su jefe con este comentario: «No te preocupes, querida, al menos sigues teniendo unas piernas estupendas.»

Por supuesto, lo que vuelve estos ejemplos tan perniciosos y dañinos es el elemento de duda que conllevan. ¿Son machistas a propósito o es sólo un machismo fortuito debido a la falta de tacto y a la estupidez? El comentario sobre las «piernas estupendas», por ejemplo, podría ser un intento extremadamente bobo de condolencia, más que la suposición implícita de que lo único importante para una mujer es ser atractiva, y, mientras le siente bien una minifalda, no tendrá problemas laborales; aunque, obviamente, eso se irá al garete cuando deje de ser joven y empiece a llevar zapatos cómodos y pantalones.

¿Parecerás una vieja bruja gritona y sin sentido del humor si echas en cara esto a la gente? ¿Tienes que encogerte de hombros si uno de tus subalternos, al verte junto a la tetera, te dice:

«Con leche, sin azúcar... y ¿no hay HobNobs?»¹

En pocas palabras, ¿cómo saber cuándo te enfrentas al machismo?

Bueno, en este asunto, al final lo que sirve de ayuda es preguntarse: ¿es esto educado? Si nosotros, toda la población mundial, tanto hombres como mujeres, somos esencialmente «los Muchachos», entonces ¿ha sido uno de los Muchachos... grosero con otro?

No lo llames machismo. En lugar de eso, llámalo «modales». Cuando una mujer pestañea un poco, mueve la cabeza como el teniente Colombo y dice «Lo siento, pero eso ha sonado un poco... desconsiderado», un hombre tiende a disculparse. Porque, incluso el fanático más recalcitrante de la tierra, no tiene defensa alguna ante la acusación de ser simplemente grosero.

Al fin y al cabo, puedes discutir, discutir hasta las lágrimas, sobre qué es la misoginia moderna, codificada; pero la falta de caballerosidad, la que haría que una madre volviera la cabeza, no tiene discusión posible. No necesita ser una cuestión de «hombre *versus* mujer». Es sólo una bronca entre «los Muchachos».

Ver a todo el mundo como «los Muchachos» es importante. La idea de que todos, al final del día, somos tan sólo un puñado de tipejos con buenas intenciones, intentando llevarnos bien, es el alfa y omega de mi visión del mundo. No estoy «a favor de las mujeres» ni «a favor de los hombres». Soy partidaria de los seis mil millones.

Porque no creo que la masculinidad/sexualidad masculina sea aquí el problema. Yo no creo que el machismo sea un tema de «hombre *versus* mujer». El Hombre no es el Hombre sólo porque sea un hombre. A veces, el Hombre es una mujer, sobre todo si vas al mismo tipo de discotecas nocturnas que yo, aunque éste sea un asunto completamente diferente. Los hombres no tratan tan asquerosamente a las mujeres sólo por su «feminidad». Y NO CREO QUE SEA UNA CUESTIÓN DE SEXO.

Cuando empiezo a observar cómo interactúan los hombres y las mujeres en el mundo adulto —en el trabajo, en las relaciones y en el matrimonio, pero sobre todo, para ser sincera, en el pub—, no consigo creer, como mucha gente, incluso la Diosa Greer, que los hombres odian en secreto a las mujeres. Que los hombres odian a las mujeres porque hay algo en los penes y la testosterona que necesita hacer la guerra a las vaginas y los estrógenos.

No. Aunque esté borracha la mitad del tiempo, y a menudo lleve tanto lápiz de ojos que, en teoría, esté ciega, no veo que sea algo de hombres *versus* mujeres. Lo que veo, en cambio, es ganadores contra perdedores.

Casi todo el machismo se debe a que los hombres están acostumbrados a que seamos las perdedoras. Ése es el problema. Sólo tenemos un mal estatus. Los hombres están acostumbrados a que lleguemos en segundo lugar, o seamos completamente descalificadas. Los hombres nacidos en la era prefeminista fueron educados así: madres ciudadanas de segunda; hermanas a las que había que casar; compañeras de colegio que estudiaban secretariado para luego convertirse en amas de casa. Mujeres que se desconectaban. Desaparecían.

Estos hombres son los directores generales de nuestras grandes compañías, los grandes tipos de la bolsa, los asesores de los gobiernos. Ellos imponen el horario laboral y los permisos de maternidad, las prioridades económicas y las convenciones sociales. Y, por supuesto, en su foro interno no sienten la igualdad: el machismo corre por la sangre de su generación, junto con el gusto por los púdines hervidos, los azotes y el golf. Su reacción automática es considerar a las mujeres como «otros». El prejuicio tan arraigado contra las mujeres trabajadoras, liberadas sólo morirá cuando mueran ellos.

Incluso los hombres nacidos en la era posfeminista, educados con libros de texto, marchas de protesta y madres que todas las mañanas iban a la oficina, por mucho que crean en la igualdad

teórica de las mujeres, y que respeten a las que tienen a su alrededor, ni mucho menos ignoran el enorme alcance de la historia anterior. Una pequeña voz interior –reprimida, pero nunca completamente silenciada– les dice: «Si las mujeres son de veras iguales que los hombres, ¿dónde está la prueba?» Y no es una voz que esté sólo en el interior de los hombres. También está en el de las mujeres.

Porque ni siquiera los historiadores feministas más entusiastas, hombres o mujeres –que hablan de las Amazonas, de las tribus matriarcales y de Cleopatra–, pueden ocultar que las mujeres lo han hecho de puta pena durante los últimos cien mil años. Vamos, admitámoslo. Dejemos de fingir penosamente que hay una historia paralela de mujeres tan victoriosas y creativas como los hombres, sistemáticamente machacadas por el Hombre. No la hay. Nuestros imperios, ejércitos, ciudades, obras de arte, filósofas, filántropas, inventoras, científicas, astronautas, exploradoras, políticas e iconos caben todas, cómodamente, en una de las cabinas privadas de karaoke del SingStar. No tenemos ninguna Mozart; ninguna Einstein; ninguna Galileo; ninguna Gandhi. Ningunas Beatles, ninguna Churchill, ninguna Hawking, ninguna Colón. Sencillamente no ocurrió.

Hasta ahora casi todo lo han creado los hombres, y negarlo de un modo liberal, progre, hace que todo sea más extraño y difícil a la larga. Afirmar que las mujeres ya lo habían intentado antes pero no lo hicieron tan bien como los hombres, que el experimento de la liberación femenina se había dado ya pero se vino abajo, refuerza la creencia de que las mujeres no son tan buenas como los hombres, punto final. De que las cosas deberían seguir como están, hechas a su medida, y complaciendo las prioridades, necesidades, caprichos y éxitos de los hombres. De que las mujeres están acabadas, antes siquiera de haber empezado. Cuando la verdad es que todavía no hemos empezado en absoluto. Desde luego que no. Lo sabremos cuando lo hagamos.

Veo la injusticia de esta suposición en la oficina. *Melody Maker* está llena de hombres buenos, liberales. El machismo que he podido experimentar, ha sido con personas que el resto de mis colegas consideraba tristes pirados: en general, este grupo de críticos del rock son el puñado de hombres más feministas que he conocido jamás. Uno de ellos acaba siendo mi marido, y me enseña más sobre la gilipollez de proyecto de los hombres contra las mujeres que ninguna mujer. Con su chaqueta de punto, su bolsa llena de discos de Field Mice y ABBA, un chico griego de veintitrés años de Birmingham acaba siendo el rival de Germaine Greer como mi héroe feminista.

Pero todo esto ocurre en el futuro. Ahora, en 1993, estoy sentada en la oficina, en mi mesa de trabajo, fumando un pitillo. Veo cómo hombres liberales se desesperan intentando conciliar su apasionada convicción de que las mujeres son iguales a los hombres, con la evidencia de que no hay tantos discos buenos publicados por ellas. Cada seis semanas más o menos, en la reunión de la redacción, los chicos pasan revista al escenario musical del momento –todo grunge, Blur o lo que sea– y se ponen nerviosos: «¡Joder, tenemos que sacar a alguna mujer en la revista! Necesitamos... ¡mujeres!»

Y así, traemos a Sonya de Echobelly, por ejemplo, para que participe en un «debate» sobre el futuro de Radio 1. O a Louise Wener, de Sleeper, para reseñar los singles. O, en caso de emergencia, publicamos una foto de Debbie Harry en algún lugar. Había que hacer un esfuerzo deliberado, porque en esos tiempos el panorama musical se parecía mucho a Auschwitz. No había pájaros.¹

No había quien encontrara a una mujer que se dedicara a la música ni por amor ni por dinero. Recuerda que era la época pre-Spice Girl, pre-Gaga, cuando se suponía que no había un mercado de masas para mujeres que hicieran música pop. Y eso partiendo de la base de que fueran capaces de hacerla. Julie Burchill,² precisamente, resumió lo que muchos pensaban diciendo: «Una chica con un vestido y una guitarra resulta algo extraño, como un perro montando en bicicleta. Algo muy

extraño. Difícil de superar.»

Lo que todos teníamos en la cabeza, pero nos daba vergüenza decir, era que las mujeres sencillamente tenían menos que contar que los hombres. Después de todo, habían pasado setenta años desde que las mujeres habían conseguido el derecho al voto y, sin embargo, en lo que se refería al panorama musical, no teníamos más que un puñado de genios femeninos que mostrar: Joni Mitchell, Carole King, PJ Harvey, Patti Smith, Kate Bush, Madonna, Billie Holiday. Tan pocos que podían considerarse más una extraña anomalía que la avanzadilla de una tormenta que se avecinaba. Aún no había una banda rock femenina capaz de competir con Led Zeppelin o Guns N' Roses. Ninguna artista de hip-hop comparable a Public Enemy, o el WuTang Clan. Ninguna estrella del baile que rivalizara con Richie «Plastikman» Hawtin o The Prodigy. ¿Y qué grupo femenino podía tener la fuerza de los Beatles? ¿Las Runaways? ¿Las Go-Gos? ¿Las Slits? La diferencia daba risa.

Pero no podíamos siquiera mencionarlo. La verdad sonaba machista.

La creatividad, pensábamos con inquietud, tendría que haber empezado en cuanto cambió la legislación. Toda clase de cosas increíbles –reprimidas durante siglos– deberían haberse desatado, tumbando los árboles de miles de kilómetros a la redonda, como una explosión piroclástica. Si las mujeres fueran realmente iguales que los hombres, Emmeline y Christabel Pankhurst¹ deberían haber noqueado el «All Along The Watchtower»² antes de que anocheciera el día en que se consiguió el sufragio. Mientras estaban debajo de aquel caballo.

Pero no lo hicieron. Porque poder votar no equivale a una verdadera igualdad. Es difícil ver un techo de cristal porque es de cristal. Prácticamente invisible. Lo que necesitamos son más pájaros³ que vuelen por encima de él, y lo llenen de cagadas para que podamos verlo.

Mientras tanto, teníamos a Echobelly en la portada.

–¿Quieres ir a entrevistarla? –me preguntó el director.

La frase no pronunciada que seguía era: «Como eres una chica.»

–No –contesté. Sabía que eran horribles.

Así que, entonces, ¿por qué no hicimos nada?

Basándome en mi propia experiencia personal, los cien mil años de superioridad masculina tienen su origen en el mero hecho de que los hombres no sufren cistitis. ¿Por qué no fue una mujer quien descubrió América en 1492? Porque, en la época anterior a los antibióticos, qué mujer se habría arriesgado a coger una cistitis en mitad del Atlántico y pasarse el resto del viaje confinada en el retrete, llorando y gritando de vez en cuando: «¿Alguien puede ver ya Nueva York? ¿Me pasas un perrito caliente por el portillo?»

Somos, físicamente, el sexo débil. No somos tan buenas levantando piedras, matando mamuts o remando. Además, el sexo comporta a veces la complicación añadida de dejarnos embarazadas y hacernos sentirnos «demasiado gordas» para conducir un ejército a la India. No es una coincidencia que los intentos de emancipación femenina consiguieran avanzar sólo con la doble exégesis de la industrialización y la anticoncepción: cuando las máquinas nos hicieron iguales a los hombres en el trabajo, y la Píldora nos hizo iguales a los hombres a la hora de expresar nuestro deseo. En tiempos más primitivos, para mí los anteriores al estreno de *Armas de mujer* en 1988, el ganador sería siempre cualquiera lo bastante fuerte para derribar a un antílope, y cuya libido no le llevara a quedarse embarazado y morir luego en el parto.

Así que a los poderosos les tocó la educación, el debate y el concepto de «normalidad». Ser hombre y las experiencias masculinas eran consideradas lo «normal»: todo lo demás era de otra

clase. Y, al ser «de otra clase» –sin ciudades, filósofas, imperios, ejércitos, políticas, exploradoras, científicas e ingenieras–, las mujeres eran las perdedoras. No creo que la idea de que la mujer es inferior sea un prejuicio basado en el odio masculino a las mujeres. Cuando te fijas en la historia, es un prejuicio basado en simples hechos.

Curiosamente, sin embargo, no tengo ganas de hablar sobre el machismo con otras mujeres. Siento que es un punto demasiado sensible para discutirlo con ellas. Todas las mujeres que conozco son grandes feministas que trabajan en ambientes masculinos –periodistas, directoras, relaciones públicas, programadoras informáticas–, pero en ese momento, 1993, están demasiado ocupadas intentando salir adelante para sostener grandes debates sobre el tema. Además, es el inicio del britpop, el amanecer de las *Ladette*.¹ Como mujeres jóvenes con ganas de disfrutar de la vida –sin hijos, sin preocupaciones maternas, sin carreras que se paralizen de pronto en la treintena mientras los hombres, inexplicablemente, siguen avanzando–, las cosas aún parecen prometedoras. En esa época de Doc Martens, cerveza y maquillaje mínimo, el machismo parece estar muriendo a tal velocidad que sería contraproducente llamar la atención sobre él. Todas pensamos, ingenuamente, que es un problema de otra época y que las cosas mejoran de día en día. No sabemos lo que nos espera: *Nuts* y brasileñas, el despido de Moira Stuart² por ser demasiado mayor, y otra década y media de salario desigual. En la era de PJ Harvey no podemos ni imaginar a las Pussycat Dolls.

Pero sí tengo conversaciones sobre el patriarcado. Y las tengo con hombres gay. A los dieciocho años, descubro lo que generaciones de mujeres han sabido hace mucho tiempo: que el aliado natural de la mujer heterosexual es el hombre gay. Porque son «de otra clase»: perdedores, también.

–¿Crees que no se dan cuenta de que eres una mujer? –dice Charlie.

Estamos en un café cutre de Camden, comiendo espaguetis boloñesa. Ahora vivo en Londres; me puse en la cola del Barclays Bank de Queen Square, en Wolverhampton, el día en que cumplí dieciocho años, en cuanto pude legalmente tener la cuenta en descubierto y mudarme. Tengo una casa en Camden donde soy la inquilina más desastrosa del mundo: me cortan el teléfono tan a menudo que la gente empieza a dejarme los mensajes en el pub de al lado, The Good Mixer. Me olvido una pequeña vela encendida sobre el televisor, y se derrite hasta llegar al tubo de rayos catódicos; no es que tenga mucha importancia. La electricidad también está cortada. Llevo meses sin ver la televisión.

Venir todos los mediodías a este café y comer espaguetis boloñesa, a 3,75 libras, me parece aún el súmmum de la sofisticación y de la adultez. ¡Mírame! ¡Comiendo fuera! ¡Comiendo algo extranjero! ¡Con un homosexual!

–Porque siempre se dan cuenta, ¿sabes? –dice Charlie–. Notan enseguida que eres una mujer. Yo solía pensar que no adivinaban que era gay. Pero me equivocaba.

–Tampoco es que sea para tanto –explico, casi disculpándome–. Quiero decir, no me encierran en un escobero o algo así. Es sólo...

Suspiro.

–Es sólo... Oh, todo lo que digo parece un poco extraño, e inoportuno –exclamo–. No soy normal. Me siento estúpida. Sí, reivindico la palabra. Cállate.

Sigo indignada por una conversación que he tenido hoy en *Melody Maker*. La gran noticia es un nuevo movimiento norteamericano llamado Riot Grrrl: punk duro feminista cuyos grupos se niegan a hablar con los principales periódicos y revistas, reparten fanzines, prohíben a los chicos estar

cerca del escenario en los conciertos, y garabatean en su cuerpo, con pintalabios y rotuladores, eslóganes revolucionarios.

Courtney Love es una de sus cabezas visibles y, gracias a ella, Kurt Cobain y Nirvana se unen. Como ahora trabajo para *The Times* como crítica de rock, digo en una conversación que los grupos de Riot Grrrl deberían conceder entrevistas a los principales periódicos y revistas, ya que las chicas que necesitan realmente un movimiento duro feminista (en viviendas sociales, escuchando Radio 1, soñando con New Kids on the Block) no es muy probable que consigan un fanzine fotocopiado de Riot Grrrl a la salida de un concierto de Sebadoh. Cualquier revolución que se precie necesita extender su mensaje a cuanta más gente mejor. Ipso facto, Huggy Bear debería entrevistarse conmigo.

En mitad de mi perorata empieza a gritarme un redactor varón que critica todo lo que digo, y termina su discurso con esta afirmación: «No tienes ni idea de lo que es ser una adolescente gorda a la que los gilipollas insultan por la calle.»

En esa época, soy una adolescente gorda a la que los gilipollas insultan por la calle. Enmudezco de asombro al ver cómo un hombre blanco heterosexual de mediana edad me da lecciones sobre un joven movimiento feminista radical.

–Es como si creyera que entiende todo mejor que yo, ¡no te fastidia! –le digo a Charlie, indignándome otra vez–. Me hierve el pis,¹ un pis, dicho sea de paso, por el que tengo que hacer el doble de cola que él en un concierto.

–Oh, a mí me pasa todo el tiempo –me anima Charlie–. Sobre todo cuando, en las conversaciones sobre lo difícil que es ser gay, un hombre heterosexual se empeña en explicármelo. El problema es que los hombres heterosexuales no saben mucho de nosotros, ¿verdad?

–Somos muy misteriosos –coincido con él, mientras los espaguetis me cuelgan de la boca.

–Bueno, sí lo somos, ¿no? –dice Charlie–. Piensa en todas esas películas y programas de televisión donde hay una mujer o un gay en un guión lleno de hombres heterosexuales, escrito por hombres heterosexuales. ¿Y en los libros? Las novelas y las películas están llenas de esos hombres gay y esas mujeres heterosexuales inventados, diciendo lo que creen que diríamos y haciendo lo que creen que haríamos. Todos los gays que aparecen tienen un ex amante que se está muriendo de sida. Jodida *Filadelfia*. Empiezo a pensar que tendré que echarme un novio con sida, sólo para ser normal.

–Sí; y todas las mujeres son siempre «buenas» y sensatas, y enderezan a los hombres, con sus ideas alocadas y su idealismo infantil –digo, quejumbrosa–. Y no son nunca divertidas. ¿POR QUÉ NUNCA APARECE UNA MUJER DIVERTIDA?

–Las mujeres judías inventadas pueden ser muy graciosas –señala Charlie–, pero también tienen que ser neuróticas y nunca encuentran novio.

–Quizá debería convertirme –digo, con pesimismo–. Yo iré a la sinagoga y me haré con uno de esos candelabros, mientras tú vas a Terrence Higgins Trust¹ y ligas. Entonces seremos como Dios manda.

–Aun así, lo tenemos fácil al lado de las lesbianas –dice Charlie, cogiendo la cuenta–. No hay una sola lesbiana en Gran Bretaña, aparte de Hufty.²

Mientras guardo mi tabaco en el bolso, se me ocurre una idea frívola y estúpida. Ya sé lo siguiente que necesito hacer, pienso. Necesito conseguir un novio. Un novio conseguirá que todo vaya mejor.

8. ¡ESTOY ENAMORADA!

Ha pasado un año, y estoy enamorada. Es Él. Obviamente, pensé que el anterior a él era Él, y que el anterior a ese él también era Él. Lo cierto es que pongo tanto empeño en estar enamorada que cualquier hombre entre unos tres millones podría ser Él.

Pero no..., éste, el de ahora, sin duda es Él. El auténtico Él. Paseo de su mano por las aceras color gris Monet de Hampstead, en el mes de marzo, y estoy tan enamorada... La verdad es que me siento fatal y él es un completo gilipollas, pero estoy enamorada. Por fin. Por pura fuerza de voluntad. Tengo una persona, toda para mí.

«Andas de un modo muy gracioso», me dice, con un extraño retintín. «No andas como una chica gorda.»

No tengo ni idea de a qué se refiere. Me dejo llevar de su mano. Estoy enamorada. Santo cielo, es deprimente.

Sí, es un chico que toca en un grupo: el primer chico que toca en un grupo con el que consigo ligar. Con un talento increíble, y muy guapo, pero también muy vago e indudablemente problemático. Su grupo no va a ningún lado porque él se niega a hacer «actuaciones de mierda» que considera que no están a su altura. Escribe cuatro o cinco canciones al año, pero luego se pasa meses hablando de cada una de ellas, como si hubieran sido Número Uno durante semanas y hubieran cambiado el mundo; en vez de quitar de en medio todas las casetes C90, sin mezclar e inacabadas, desperdigadas por el suelo de mi casa.

Dice que odia a su madre; cuando le pregunto por qué, me cuenta una larga historia que acaba con una discusión en la que él le tira la tapa de una tarrina de margarina Flora y ella se desmaya. Tampoco lo entiendo, pero estoy de acuerdo con él en que ella parece horrible.

Pero ¿por qué tomarán Flora?, pienso. Si yo fuera tan rica como ellos, comería mantequilla todos los días.

Aunque salimos juntos y se ha mudado a mi piso, no creo que yo le guste. Mientras escribo, se sienta a mi lado y me explica con todo detalle que tiene más talento que yo. Cuando estamos con amigos, hace una broma y, si me río, suelta: «¿Por qué te ríes? No entiendes de lo que hablo.»

Mi familia le odia: cuando mi hermano Eddie viene a pasar unos días con nosotros y derrama sin querer una botella de Yop de fresa en la chaqueta de ante de mi novio, éste se pone como una fiera con él, un niño de trece años. Eddie se echa a llorar. Tenemos que irnos de mi casa, y nos sentamos en los escalones de entrada, donde le pido una y otra vez perdón a Eddie mientras fumamos cigarrillos.

Caz no se anda con rodeos: «Ese tío es un soplapollas. Estabas mucho mejor cuando convivías sólo con los ratones de la cocina. Es un hombre bajito con nombre de mujer, y eso no promete nada bueno.»

Se llama Courtney. Y es muy bajo, y flaquísimo. Más pequeño que yo, de eso no hay duda. Me siento demasiado grande para él. Es un problema. Tengo la sensación de que, si me pusiera derecha, lo aplastaría. Empiezo a fumar mucha hierba para volverme más pequeña y silenciosa.

El amor son drogas, pienso, liándome un porro a las once de la mañana. El amor son drogas. Todo lo que necesitas son drogas.

Además, tampoco es que yo sea ningún chollo. Una adolescente que vive en una casa con la luz cortada. Me levanto a las dos de la tarde y me acuesto al amanecer. Estoy como loca: he conseguido un trabajo increíble –presento un programa musical de madrugada llamado *Naked*

*City*¹ en Channel 4— y me he vuelto un poquito famosa; he descubierto que ser un poquito famosa consiste, por lo general, en que la gente borracha se te acerque en las actuaciones, te diga «¡Eres una mierda!» y luego se marche.

No todos dicen «¡Eres una mierda!», algunos dicen «¡Eres fantástica!»; pero, en cierto modo, eso es peor. Porque cuando mucha gente te dice «¡Eres una mierda!», te sientes obligada a comunicar a la gente que dice «¡Eres fantástica!» que mucha otra gente piensa que eres una mierda, y que quizá deberían tener ese dato en la cabeza antes de hacer su análisis final. Y si intentas explicar todo eso mientras estás medio beoda —como solía ser mi caso—, lo único que consigues es que la gente te mire desconcertada, y luego te pida disculpas y se vaya.

Así que soy bastante caótica y confusa, y unas veces me muestro beligerante («¡Soy fantástica! ¡La gente me lo dice!») y otras lloriqueo («¡Soy una mierda! ¡La gente me lo dice!»). Me caigo borracha por las escaleras a menudo. En casa de Pete, de *Melody Maker*, me entra la tristeza y me paso toda la noche debajo de una mesa llorando. Sobre todo, a pesar de haber deseado toda la vida irme de casa, echo de menos a mi familia. Por la noche, en la cama con Courtney —¡alguien con quien puedo tener sexo! ¡Un chico inteligente!—, recuerdo la cama doble de Wolverhampton que compartía con mi hermana Prinnie; ahora sola.

Puede que muchas veces me despertara empapada en su orina, pero siempre me sentía a salvo, pienso en medio de la oscuridad. Ojalá estuviera Prinnie en esta cama, en vez de Courtney. La pequeña Prinnie con sus ojos redondos como caramelos, oliendo a galleta, tierra y muñecas: dulce y cálida. Cuando se despertaba por la noche, le contaba historias de Judy Garland y le acariciaba el pelo hasta que se volvía a dormir.

Cuando Courtney se despierta por la noche, se queja de lo mucho que se le cae el pelo, hasta que vuelve a dormirse de nuevo, dejándome muy desasosegada, deprimida y despierta. Nunca habría imaginado lo sola que puede sentirse una persona durmiendo acompañada.

Pero estoy completamente decidida a estar enamorada. Supongo que eso... me redimirá. Es el amor como lección, y como castigo. No creo que Courtney vaya a matarme, así que probablemente me hará más fuerte. Aprenderé de esto. Escucho mucho a Janis Joplin. Creo en sentirse mal por amor. Creo que, en cierto modo, es magnífico. Soy idiota. Soy tan idiota.

Junto con la ropa interior, el amor es una tarea de las mujeres. Las mujeres se tienen que enamorar. Cuando hablamos de las grandes tragedias que pueden ocurrirle a una mujer, una vez descartadas la guerra y la enfermedad, la idea que más nos estremece es la de no ser amada, y por tanto que no nos necesiten. Es posible que Isabel I estableciera las bases del imperio británico, pero nunca se pudo casar: pobre y pálida reina cubierta de mercurio.¹ Jennifer Aniston es una hermosa y triunfadora millonaria que vive en una casa junto a la playa, en Los Ángeles, y nunca tendrá que hacer cola para devolver unas botas en Topshop resfriada; y, sin embargo, toda su treintena se describió como la década en que no fue capaz de retener primero a Brad Pitt, y luego a John Mayer. La princesa Diana, ¡con tanta mala suerte! Cheryl Cole, ¡sola! Hilary Swank y Reese Witherspoon..., bueno, ganaron un Oscar, ¡pero sus maridos las abandonaron!

El lenguaje nos dice exactamente lo que pensamos sobre las mujeres sin pareja; todo está ahí, en la diferencia entre «solteros» y «solteronas». Para los solteros todo es un juego. Las solteronas se lo juegan todo en ello, y rápido. La ley de la demanda fija el valor de una mujer: si está soltera, nadie la quiere, por lo que, cuanto más se alargue ese estado, menos deseable se vuelve.

Así que, como las mujeres saben la importancia que se da al hecho de que tengan pareja, no es raro que se obsesionen con la idea del amor y de las relaciones. Pensamos en ello todo el tiempo. A veces, cuando explico a los hombres el modo en que las mujeres imaginan posibles relaciones,

empiezan a sentirse muy, muy alarmados. Si comentas lo mismo con las mujeres, en cambio, te responderán con un ladrido avergonzado de reconocimiento.

Fíjate, por ejemplo, en la típica oficina o lugar de trabajo. Si la plantilla es mixta, habrá varios coqueteos en marcha, más o menos obvios para un observador curioso. Eso ya lo sabemos.

Pero, si existiera una especie de Casco Psíquico que permitiera leer los pensamientos de las mujeres, cualquier hombre que lo llevara se quedaría aterrorizado al descubrir el nivel oculto de locura femenina.

Mira a esa mujer de la esquina, una jefa de departamento completamente normal, nada psicótica, tranquila y agradable con todos los que trabajan con ella. Que se sepa, no le gusta nadie de la oficina. Parece estar escribiendo un largo e importante email. Pero ¿sabes lo que hace en realidad? Está pensando en ese tipo sentado cinco mesas más allá, con el que sólo ha hablado una decena de veces.

«Si nos fuéramos un fin de semana largo juntos, no podríamos ir a París..., ha estado allí con su ex novia», piensa. «Lo sé. Lo contó una vez. Me acuerdo. No pienso andar por el Louvre para que me compare a mí, con mi gabardina de primavera, con ella, con su gabardina de primavera. No es que vayamos a ir en primavera, de todas formas; teniendo en cuenta en qué punto está nuestra relación, si él diera un primer paso HOY, podríamos irnos de puente como muy pronto en...», cuenta con los dedos, «noviembre, y entonces llueve mucho y mi pelo se quedaría todo aplastado. Necesitaría un paraguas.»

«Pero», continúa, tecleando enfadada, «entonces no podríamos ir de la mano, porque yo llevaría el paraguas en una mano y el bolso en la otra. Así que sería una mierda. ¡A MENOS QUE...! ¡A MENOS QUE... pudiera meter todo lo necesario en mis bolsillos! Entonces no tendría que llevar un bolso al Louvre. Pero entonces estaría sin medias de repuesto si me las salpican, y tendría que ir con las piernas al aire, y haría tanto frío que mis piernas se pondrían moradas, y yo estaría tan nerviosa cuando volviéramos a follar al hotel que intentaría taparlas con una toalla, y él pensaría que me estoy insinuando y yo dejaría de gustarle. ¡HAY QUE JODERSE! ¿POR QUÉ TIENE QUE LLEARNOS A PARÍS EN NOVIEMBRE? LE ODIÓ.»

El tipo ni siquiera le gusta. Apenas ha hablado con él. Si la invitara a tomar algo, probablemente diría que no. No le apetece lo más mínimo tener una relación con él. Y, sin embargo, cuando vuelva a hablar con ella, se mostrará muy cortante con él, que, ni en sus fantasías más salvajes y cargadas de opio, podrá adivinar jamás ni remotamente el motivo de su cambio de humor. Supondrá quizá, encogiéndose de hombros, que le va a venir la regla o sencillamente que tiene un mal día.

Nunca llegará a saber la simple verdad: que pasaron juntos un puente imaginario en París, que fue desastroso y acabó con su ruptura por culpa de unas medias.

Elucubro posibles relaciones todo el tiempo. Todo el tiempo. Santo Dios, en mi adolescencia, me ponía jodidamente trágica al respecto. Casi no existía en el mundo real. Vivía en una especie de... Narnia del sexo. Mi vida amorosa estaba llena, era emocionante y totalmente imaginaria.

Mi primera relación fue con un famoso humorista del momento, y ocurrió desde el principio hasta el fin en mi imaginación. Nunca le conocí, ni hablé con él, ni coincidimos en la misma habitación; y, sin embargo, en el tren de Wolverhampton a Londres Euston tuve una de las relaciones más intensas de mi vida: todo ilusorio. Naturalmente, nos conocimos en una fiesta, pensé. Bromeamos, como en *Luna nueva*, y nos divertimos tanto que empezamos a escribir juntos antes de, finalmente, graduarnos como amantes apasionados e ingeniosos.

Mientras el tren cruzaba a toda velocidad Coventry, imaginé nuestra casa, nuestras cenas con amigos, nuestro círculo social, nuestras mascotas. Cuando llegué a Rugby, estábamos apareciendo

juntos en *Wogan*,¹ hablando de nuestro último proyecto: una inocente comedia romántica que arrasaba en ese momento en taquilla.

–Pero mientras escribíais el guión vivisteis una gran tragedia, ¿no es así? –pregunta Terry Wogan, inclinándose hacia delante y poniendo su cara «sensible».

–Sí, Terry –contesto, al borde de las lágrimas. Puedo sentir cómo la cámara 1 se me acerca para un primer plano–. Cuando estábamos en la mitad del guión, perdimos... perdimos a nuestro primer bebé. Me quedé destrozada. Habría sido tan querido, lo deseábamos tanto. Vivir una pérdida así es como... tener una trampilla abierta en el corazón.

El famoso humorista me rodea con su brazo, en silencio.

–Caitlin fue asombrosa –dice, enjugándose los ojos con el puño de la camisa–. En ningún momento renunció a escribir el guión. Durante el día era una leona. Pero por la noche... por la noche llorábamos hasta caer rendidos.

Se convirtió en una de las entrevistas más famosas de la carrera de Wogan, debido en gran parte a que la cámara también captó una lágrima en su mejilla, mientras ponía fin a la entrevista para acercarse a PJ & Duncan, que tocaban su nuevo tema: «Let's Get Ready to Rhumble».

Imaginando todo esto, me entró tal congoja que, cuando llegué a Euston, tuve que ir al baño de señoras y meter la cabeza bajo el grifo de agua fría. Todavía hoy, diecisiete años después, me pongo de lo más sensiblera al recordarlo. En muchos sentidos, sigue siendo una de las relaciones más memorables de mi vida. En un viaje de hora y media conocí al amor de mi vida, gané un Oscar, perdí un bebé, sufrí, hice que asomara una lágrima al rostro de Terry Wogan en el horario de mayor audiencia de la BBC1, e inspiré el segundo single de PJ & Duncan «Too Many Tears (For a Beautiful Lady)».¹

Cuando se convertía en Número Uno en Navidad, el vídeo mostraba una foto mía en blanco y negro con un marco ricamente labrado, con aire señorial; y PJ & Duncan me dedicaban el tema, en la nieve.

Ya sé que todo esto suena a chifladura. Y quizá sea un ejemplo algo exagerado. Algo. Y generó una situación un poco delicada cuando, finalmente, conocí al humorista en una fiesta: una amiga, dándose cuenta de que estaba borracha, tuvo que sacarme a rastras de la habitación, diciendo: «¡NO LE DIGAS NADA! ¡RECUERDA QUE SÓLO OCURRIÓ EN TU CABEZA! ¡NO TIENES NADA REAL QUE REMEMORAR CON ÉL!»

Pero casi todas las mujeres que conozco tienen una historia más o menos parecida; en realidad, docenas: historias en las que se obsesionan con un famoso, un compañero del trabajo o alguien que conocieron vagamente durante años; y viven una existencia paralela en su cabeza, evocando tramas y escenarios sin fin para algo que nunca ha sucedido.

Los días en que tengo que racionalizar estas locuras, pienso que todos estos intensos enamoramientos son subproductos evolutivos necesarios para ser una mujer. Como nuestra ventana de fertilidad es tan corta (permitiéndonos quizá unas cuantas relaciones serias potencialmente reproductivas antes de la menopausia), estas fantasías serias son en realidad «ensayos» que permiten a las mujeres vivir toda clase de relaciones posibles en su imaginación, para ver si a la larga podrían o no funcionar. Como un ordenador que analizara algoritmos.

Pero esta capacidad febril de tener relaciones intensas e imaginarias a menudo se extiende a las relaciones que existen de verdad, difuminando la línea que separa la relación real y la imaginada. Algunas veces, esto es completamente inofensivo. ¿Quién no tiene una amiga que venera a su amado con una pasión incomprensible para todo aquel que los conoce? Antes de presentártelo, habla de él como si fuera una mezcla de Indiana Jones, Barack Obama y El Doctor.¹ Cuando finalmente lo conoces, resulta ser una cosa menuda y silenciosa, una especie de alubia cocida con

gafas que carraspea.

No puedo creer que me haya comprometido a pasar el fin de semana con ellos, piensas, dolorosamente, sirviéndote un café triple. «Está saliendo con el Bony King de Nowhere.com.»²

Y otras veces, por supuesto, esta capacidad de vivir relaciones imaginarias no ayuda nada en las historias reales que, por el motivo que sea, son insatisfactorias, poco estables o sin importancia.

En cuanto mis amigas y yo empezamos a tener citas reales, entramos en una paradoja agotadora: la convicción de que, en el amor, nada es como parece. La idea de que es normal que un hombre esté loco por ti y desee pasar el resto de su vida contigo, pero lo demuestre de un modo tan variado y sutil que sólo las más dotadas y decididas comprenderán sus verdaderos deseos. Como si esto fuera *El código Da Vinci*, y un hombre que te invitara a cenar, se diera el lote contigo y no volviera a llamarte en dos semanas, te estuviese lanzando un reto secreto que, con unas cuantas operaciones aritméticas, la consulta de viejos pergaminos y algunas llantinas por teléfono a tus amigas, pudieras descodificar para, finalmente, casarte con él; es decir, ganar.

–Escucha este correo electrónico –dice una amiga–. Ha escrito: «Rachel, ¡me encantó verte! ¡Gran noche! Deberíamos repetirlo algún día.» Eso sí que es no comprometerse, ¿verdad?

–Realmente suena poco comprometido, sí –coincido con ella.

–Pero, mira –continúa Rachel, con ese tono especial y «un poco desquiciado» de las mujeres en este tipo de conversaciones–, lo ha enviado a las cuatro de la tarde.

Se calla. Doy una especie de resoplido.

–¡A las cuatro de la tarde! –repite–. Así que ¡aún debía de estar en el trabajo cuando lo envié! Quizá le preocupara que alguien lo leyese por encima de su hombro, y por eso se ha mostrado un poco frío, adrede. Además, ha escrito «XXX» al final. Es su forma de darle un toque más íntimo, ¿no?

–Rachel –le digo–. Tú escribes «XXX» al final de los correos electrónicos que mandas a Hacienda. Todo el mundo se despide así.

–He mirado en su página de Facebook, y ha cambiado su lista de Canciones Favoritas e incluido «Here Comes The Hotstepper» de Ini Kamoze. ¡Y ESTUVIMOS HABLANDO DE INI KAMOZE EN LA CENA!

–Rachel, creo que si le gustaras habría... pasado más tiempo contigo, y te habría dicho cosas como «me encantas» –digo.

–Pero ¿no te parece... significativo, a pesar de todo? –suplica Rachel–. No creo que uno cambie su lista de Facebook SIN NINGÚN MOTIVO. Es un mensaje para mí.

Una hora más tarde, dejo de intentar convencerla de que nada de eso significa algo. Es inútil. Ni siquiera gritarle «¡NO ESTÁ POR TI!» mientras suena un claxon da resultado. Ella es una chica Matrix que trata de coger esas balas invisibles y a cámara lenta que los que estamos fuera de la película no vemos.

Siempre sabes si una mujer está con el hombre equivocado, pues ella tiene mucho que decir sobre el hecho de que no esté pasando nada.

Cuando una mujer encuentra al hombre ideal, por otra parte, los dos... desaparecen seis meses para luego reaparecer con los ojos brillantes y, generalmente, casi tres kilos más.

–Y, dime, ¿cómo es? –preguntarás, esperando el típico aluvión de cosas que él dice y que él hace, y que te pidan tu opinión sobre el hecho de que su película favorita sea *La guerra de las galaxias* («¿Atrapado en la adolescencia... o en contacto con el niño que lleva dentro?»).

Pero se quedará extrañamente callada.

–Es... bueno –dirá–. Soy tan feliz.

Cuatro horas después, cuando esté completamente borracha, te contará con una franqueza asombrosa lo maravilloso que es en la cama.

–En serio, el tamaño de su pene está en el límite de una urgencia médica –dirá con una alegría intolerable.

Y ahí se acabará la conversación. Normalmente para siempre. Dejas de hablar de las cosas cuando las resuelves. Ya no eres una observadora, sino alguien que participa. Estás demasiado ocupada para esas gilipolces.

Le hablo de Courtney a todo el mundo. Soy una pesada. Es como si nuestra relación fuera un rompecabezas gigante, un enorme enigma existencial y emocional que, si pongo todo mi empeño, lograré desentrañar, ganando así el Verdadero Amor. Al fin y al cabo, están ahí todos los ingredientes para convertirnos en la pareja perfecta: él es un hombre, yo una mujer, y vivimos en la misma casa. Todo lo demás –compatibilidad, cortesía, ternura, no querer matarse el uno al otro– son pequeños detalles que puedo mejorar si pienso lo suficiente en ellos.

Caz tiene que aguantar estoicamente mis intentos de descifrar la respuesta. Hace poco encontré mis facturas de teléfono de aquella época, y sus columnas de ordenadas cifras muestran cómo la llamaba todas las noches: de once de la noche a una, dos, tres de la mañana. Horas de conversación. Es increíble la de cosas que se te ocurre contar cuando hay una cosa importante que tienes que decir: «Esto no funciona.»

El problema es que yo soy el problema. Courtney sólo es infeliz. Lo sé. Lo sé en mi fuero interno. Cuando encuentre el modo de hacerle feliz, todo irá bien. Está destrozado y yo tengo que recomponerlo; y entonces empezará la parte buena de nuestra relación. Ésta no es más que la difícil primera etapa del amor, en la que debo deshacer todo lo malo y dejar que él sea al fin quien realmente es, en lo más recóndito de su ser. En lo más recóndito de su ser él me ama. Mi tenacidad lo demostrará. Si esto no funciona es sólo porque yo no lo he intentado lo suficiente.

Todo esto queda corroborado cuando encuentro su diario, mientras está fuera. Sé que no debería leerlo, pero, de alguna manera, lo estoy leyendo por los dos. Si es una traición, es una de esas traiciones buenas de las que tanto se oye hablar. Una traición por amor. Porque si descubro lo que piensa realmente, nuestra relación al fin florecerá.

Sus anotaciones no dejan lugar a dudas. «Está loca», escribe sobre mí. «¿Cuándo va a empezar a llevarme a fiestas de famosos? Estoy encerrado en casa, aburrido. ¿Cuándo va a ser esto bueno para mi carrera profesional?»

Posteriores anotaciones revelan que está todavía enamorado de una chica de su ciudad que le dio con la puerta en las narices hace tres años.

Mi interpretación de esto es que Courtney se siente «inseguro» en nuestra relación, y redoblo mis esfuerzos. Me compro ropa interior de Ann Summers con la que parezco una prostituta, pero en el mal sentido. Cocino para él, una procesión continua de sopas de pollo, rebanadas de pan y pasteles, a fin de que nuestra casa parezca un hogar. Le acaricio la cabeza cuando se queja del poco éxito que tiene su grupo, desterrando los pensamientos de periodista musical que me asaltan, como: «Bueno, si hicieras un par de jodidas actuaciones podrías llegar a algún lado.»

Organizo una cena para los dos en un restaurante. ¡Mírame! ¡Reservando una mesa! ¡Como una adulta! Pero media hora antes, me llama desde el pub.

–Tenemos una reunión del grupo. Puede que llegue un poco tarde –me dice, arrastrando un poco las palabras.

–¿Como cuánto? –le pregunto, mientras me pongo rímel.

–¿Un par de... horas? –dice.

–Ah, ¡no hay problema! –contesto, alegremente. Sé en qué pub está. Iré allí y me sentaré a

esperarlo en los escalones de la entrada, fumando.

Cuando finalmente sale, me explica que no tiene hambre, que se ha comido un bocata de jamón; y cogemos el siguiente metro a casa.

Sentada a su lado en el sofá de velvetón, mientras él dice incoherencias sobre su «reunión», la relación imaginaria que tengo con él en mi cerebro (él destrozado e incomprendido, yo cuidándolo para que vuelva a ser feliz con todo lo que digo y hago) empieza a competir con otra serie de fantasías. En éstas yo le grito: «¿POR QUÉ eres tan gilipollas? Si no te gusto, DÍMELO», mientras lanzo objetos por toda la habitación. Desecho esos pensamientos. No forman parte de mi plan de pasar el resto de nuestra vida juntos, completamente felices.

Para seguir fiel a mi sueño, de vuelta a casa me compro un litro de whisky. Es fácil imaginarse cosas felices cuando estás muy, muy borracha.

Intento explicar esto a la policía cuando se presentan en casa a las dos de la mañana. Los dos estamos medio muertos, y Courtney ha estado persiguiéndome por la casa, gritando, intentando tirar la puerta abajo cuando me encierro en el baño.

El policía tiene unos cincuenta y cinco años. Con su rígido chaquetón y sus gruesos zapatos, parece mucho más adulto y entero que las personas a las que mira: una adolescente llorosa y borracha en camisón, y un hombre de veintiséis años, con una camisa de amebas y unos vaqueros, que tiembla mientras se enciende un cigarrillo. En mi estado de embriaguez, el policía parece emitir una luz azul intermitente, pero es sólo la del Panda que hay aparcado justo enfrente.

–Hemos recibido una llamada porque están armando ustedes mucho alboroto –dice, mientras su walkie-talkie chisporrotea–. Chillando y gritando a las dos de la mañana. No es muy agradable para los vecinos. ¿Qué está pasando?

Este policía no se parece a mis amigos. Es grande, y sólido, y masculino, y lógico: no puedo explicarle que sólo se trata de una fase difícil de mi relación, en la que estoy intentando convertir a Courtney en alguien diferente, mientras Courtney proyecta gran número de sus inseguridades en mí, e intenta, de algún modo, vengarse de su madre por desmayarse aquella vez que le tiró la tapa de la margarina.

Este policía no va a escuchar eso, ni siquiera bebiendo un par de copas, que le he ofrecido en un débil intento de hospitalidad y normalidad. Me sorprende que las rechace; cuando me quedé encerrada en mi piso anterior y los bomberos vinieron a sacarme, tomamos unas cervezas juntos en el patio trasero, mientras yo les contaba algunos chismes de Oasis.

Los bomberos son más juerguistas, pienso, al tiempo que prometo al policía que no volveremos a armar ruido, y añado que sólo se ha tratado de un malentendido.

«Una pequeña discusión doméstica», le digo, cuando se marcha. Me parece un argumento propio de un adulto. Los adultos dicen esta clase de cosas en *EastEnders*. Me estoy comportando como una verdadera adulta en todo este asunto.

Unos días después me escapo de casa con la estúpida perra nueva, ahora vieja, y voy andando hasta el Heath.¹ Me tumbo debajo de un árbol, en camisón y con un abrigo encima, y levanto la vista hacia las hojas. Me lío un porro, sólo uno pequeño. Uno apropiado para las dos de la tarde.

Las personas que te rodean son espejos, pienso. La perra chapotea en el lago. Está bebiendo agua.

Ves tu imagen reflejada en sus ojos. Si el espejo es fiel, contemplas tu verdadero yo. Así aprendes quién eres. Y puedes ser alguien diferente para diferentes personas, pero necesitas recuperar toda esa información para conocerte.

Pero si el espejo está roto, o rajado, o combado, pienso dando otra calada, el reflejo no es real.

Y empiezas a creer que eres... ese mal reflejo. Cuando miro en los ojos de Courtney, veo a una mujer loca, autoritaria, con una intolerable buena suerte, que intenta destrozarme la vida.

Me detengo.

Yo le amo, pero él me odia. Eso es lo que veo. Tendré que decirle a Courtney que se vaya. No puedo seguir viviendo con él.

Vuelvo a casa.

Courtney no quiere marcharse.

«No me iré hasta que encuentre un piso tan bonito como éste», dice, con firmeza. «No pienso marcharme para vivir en cualquier sitio de mierda. No voy a romper contigo e irme a vivir al jodido... Cricklewood.¹ ¡No sería justo!»

Esa noche me anuncia que no volveremos a follar:

«Estoy demasiado deprimido para acostarme contigo», dice. «Follar empeoraría las cosas.»

El espejo se oscurece. Casi no veo mi rostro.

¡Un fin de semana fuera! Es lo que necesitamos. El campo y aire fresco. Lo único que necesitamos es salir de Londres. Londres es el problema: Londres, con lugares tan temidos por Courtney como Cricklewood. Es Londres lo que nos está desestabilizando. En cualquier otro sitio estaremos bien.

Unos amigos de Courtney están grabando su nuevo disco en Gales, y nos invitan con otra gente a pasar el fin de semana. Para los demás, Courtney y yo seguimos siendo la pareja más envidiada: la estrella del pop y la adolescente presentadora de televisión, de juerga toda la noche. Sólo Caz sabe la verdad, por todas esas llamadas telefónicas a las dos de la madrugada. Ahora está sentada enfrente de mí, en el tren que sale de Paddington, rumbo al oeste. La he invitado en el último momento, prometiéndole que saldría con un grupo famoso y podría beber cuanto quisiera.

–No iría si fuera un grupo que me gustase –dice cuando la llamo–. Sería extraño. Pero, como me parecen una panda de capullos, iré. Beber grandes cantidades de champán de unos gilipollas famosos es un deber del auténtico revolucionario.

Hemos pedido bebidas en el bar del tren –donde celebramos la fiesta que precede al espectáculo–. Estoy leyendo *Private Eye*,¹ tronchándome de risa. Tras mi tercera carcajada, Courtney me dice bruscamente:

–Deja de reírte. Ya nos has convencido.

–Sólo me estoy... riendo –digo.

–No, ésa no es tu risa normal –dice Courtney, más borracho que los demás–. Sólo te ríes así cuando tienes gente alrededor.

Todo el mundo se ha callado. Me siento incómoda.

–Creo que sólo se está... riendo, Courtney –dice Caz, cortante–. Aunque entiendo que puede ser algo que tú no has oído mucho, y quizá te asuste.

Doy una patada a Caz por debajo de la mesa para que se calle. Me resulta muy violento que ella tenga que ocuparse de nuestras sombras secretas. Es algo privado. La gestión de mi alma. Yo debería ser capaz de encargarme de ello. Ya no me reiré más.

En Rockfield, el otoño es increíblemente hermoso: un otoño en Gales vuelve el verano inglés desmañado y aburrido. La escarcha cubre de lentejuelas las laderas de las montañas. Mientras Courtney va a una de sus interminables sesiones de «acicalamiento» –toqueteándose el pelo durante horas frente al espejo, poniendo morritos–, Caz y yo nos quedamos en el camino de entrada, atiborrándonos de moras y persiguiéndonos por un prado, como niñas. Hace un frío que

pela. Me río histéricamente, y luego digo con preocupación:

–¿Ha cambiado mi risa, Caz? ¿Suena más... londinense?

–Ésa es, sin duda, la pregunta más estúpida que me han hecho jamás –me contesta Caz.

Coge una rama del suelo y me pega en el trasero, protegido por el abrigo, hasta que me caigo llorando de risa.

El estudio es el mismo donde Queen grabó «Bohemian Rhapsody»; entre alaridos de «¿Qué habría hecho Freddie?», abrimos el champán y lo servimos en jarras de una pinta. Yo me apresuro a derramar el mío sobre la mesa de mezclas, y grito: «¡Sabéis que Freddie habría hecho esto! ¡Es como si su ESPÍRITU ESTUVIERA DENTRO DE MÍ!», mientras lo limpio con mi chaqueta de punto.

A Courtney le hace muchísima ilusión estar en un estudio de verdad: «¡Al fin en casa!», exclama, repantigándose en una silla giratoria y tocando una de las carísimas guitarras Martin del grupo. Empieza a tocar un par de éxitos del grupo, pero con nuevas letras «que he escrito yo mismo».

Ellos le escuchan, educadamente, pero es obvio que están deseando que pare.

–¡Guau! ¡Un *happening* espontáneo! ¡Puedo reseñarlo! –digo, intentando animar el ambiente.

–Primero tienes que aprender a escribir –responde Courtney, rasgueando un sol menor y dando una calada.

Estoy tan abochornada que tomo éxtasis para hacer algo con mi cara.

Mientras aumenta mi temperatura corporal y el resto de la habitación se derrite, veo que Caz me mira en silencio. Llevamos meses sin vernos; tanto tiempo que casi he olvidado quién soy cuando estoy con ella. Su rostro se convierte en un espejo: en él veo reflejada a una adolescente con las pupilas dilatadas, que está sola en una silla y parece muy cansada, muy cansada, aunque hable deprisa.

Caz es un espejo de verdad, pienso. Tengo que mirarme en ella más a menudo. Ahí me veo a mí misma. Veo cosas buenas y cosas malas..., pero reconozco esa cara. Y siento que llevo muchísimo tiempo sin verla. Desde que era niña.

Nos lanzamos una mirada que dura una eternidad; una buena mirada chapada a la antigua, de esas que ven más allá.

Al final, Caz arquea una ceja. Sé lo que está diciendo. Está diciendo: «¿Qué?»

Yo le digo con los labios: «Le odio.»

Ella me responde del mismo modo: «Porque es un imbécil. Son todos unos imbéciles.»

Me siento al lado de Caz, en el suelo. Nos quedamos así lo que parecen siglos, mirando a Courtney, y al grupo, y a unas cuantas chicas de risa tonta que han venido de no se sabe dónde.

Los ritmos y los patrones de conducta se fijan en la habitación. Hay círculos de personas inclinadas como pétalos de crisantemo sobre la cocaína, que luego se echan con violencia hacia atrás, frotándose la nariz y hablando sin parar. Besos lentos en las esquinas, y luego regresos triunfales a la multitud. Personas frente a frente con guitarras, estilo los Beatles, que se ponen a cantar, y luego se detienen súbitamente entre carcajadas antes de volver a empezar.

Caz y yo tenemos unas maracas. Las tocamos de un modo que sólo puede describirse como «percusión sarcástica». De vez en cuando alguien nos pide que paremos, pero enseguida volvemos a empezar, muy bajito. Nos hace felices.

Sentada en el suelo, en una esquina, todo lo demás parece una escena de televisión. Como una obra de teatro. Hasta que me acerqué a Caz, yo también actuaba. Pero ahora que estoy sentada a su lado me doy cuenta de que no es así. No estoy en esa historia de ficción. Nunca lo he estado. Sólo soy una espectadora que la ve desde casa, en la televisión. Como Caz y yo cuando veíamos todo

lo que ponían en televisión. Le cojo la mano. Ella la sostiene. Seguimos tocando las maracas frente al televisor con nuestra mano libre. Caz y yo nunca nos hemos dado la mano. Tal vez sea porque estamos muy pasadas. Mamá tendría que habernos dado éxtasis de pequeñas. Nos habríamos llevado mucho mejor.

No sé cuánto tiempo llevamos así cuando Courtney se acerca a nosotras y nos mira desde las alturas. Todavía lleva la carísima guitarra Martin y la rasguea como si fuera Alan-A-Dale,¹ pero con chaqueta de ante y un pelo que clarea.

–Hola, señoras –nos dice, desdeñoso. Chirría los dientes de un modo horrible.

Movemos las maracas en su dirección. Mis pupilas están a punto de explotar, las de Caz parecen platillos.

–Hola, Courtney –dice Caz. Se las arregla para poner una importante dosis de odio en cada letra del nombre, sin dejar de parecer por eso educada.

–Nos gustaría saber si podríais dejar ya de tocar las maracas –continúa Courtney, con una cortesía exagerada.

–Lo siento, pero no podemos –responde Caz, en el mismo tono.

–¿Por qué? –pregunta Courtney. Su cortesía es glacial.

Reina el silencio.

–Porque eres un completo gilipollas –dice Caz, como si fuera la Reina saludando al alto comisionado de Zaire en una recepción al aire libre; y toca su maraca para poner punto final.

–¡Lo es! –exclamo con júbilo. Estoy en plena revelación–. ¡Un completo gilipollas!

–Santo cielo, no puedes controlar las drogas, ¿verdad? –me dice Courtney–. Estás haciendo el ridículo.

–Lo que pasa –le digo a Caz, ignorando completamente a Courtney– es que ni siquiera puedo romper con él porque jamás hemos salido juntos. Me lo he estado imaginado todo.

–Un gilipollas totalmente imaginario –dice Caz de nuevo. Agitamos las maracas al unísono.

–Courtney, me voy a casa a cambiar la cerradura –le digo, alegremente. Sin soltarnos la mano, Caz y yo nos levantamos–. Vamos a pedir un taxi ahora –digo a todos–. Gracias por invitarnos. Siento haber provocado un cortocircuito en vuestra mesa de mezclas con el champán. Fue una equivocación.

Courtney está gritando algo, pero la verdad es que no lo oigo. Salimos a toda prisa de la habitación, corriendo como locas para coger un taxi; para volver a Londres; para comprar un chicle que acabe con aquel interminable rechinar de dientes. Ya hemos pedido un taxi en Recepción cuando me doy cuenta de que he dejado una cosa importante sin hacer.

–Espérame aquí –le digo a Caz.

–¿Adónde vas? –chilla.

–¡ESPÉRAME AQUÍ! –grito, corriendo de nuevo por el pasillo.

Entro en el estudio. Todo el mundo levanta la vista. Courtney me mira con una mezcla de furia, autocompasión y grandes cantidades de cocaína. Pero tiene pinta de que me perdonaría si realmente se lo pidiera. Si realmente tuviera esa intención. Si yo le amara. Si, en el fondo de mi corazón, yo le amara.

–¿Podemos quedarnos las maracas? –pregunto.

9. ¡VOY A UN STRIPEASE!

No sé qué ponerme para ir a un club de striptease. Es una de las mayores crisis de vestimenta de mi vida.

–¿Qué te vas a poner? –pregunto a Vicky por teléfono.

–Falda. Chaqueta de punto –me responde, encendiéndose un pitillo.

–¿Y qué zapatos?

–Botas. Tacón bajo.

–Vaya, yo también pensaba llevar botas de tacón bajo –le digo–. Podemos llevar las dos botas de tacón bajo. Buena idea. Iremos conjuntadas.

Entonces se me ocurre algo espantoso.

–Bueno, quizá no deberíamos ir las dos con botas de tacón bajo –digo–. Si vamos demasiado conjuntadas, la gente podría pensar que somos un número. Ya sabes. Un número de lesbianas. E intentar tocarnos.

–Nadie pensaría que tú eres lesbiana –suspira Vicky–. Harías fatal de lesbiana.

–¡Qué va...! –protesto, indignada. Es un ultraje a mi naturaleza de «poder hacer»–. Si quisiera, ¡podría ser una gran lesbiana!

–No, no podrías –dice Vicky–. Eres de un heterosexual que ofende. Te gusta Papá Noel. Sería impensable hablar de androginia sáfica en el caso de Papá Noel. Lleva botas de agua dentro de casa.

No puedo creer que Vicky dude de mi capacidad de ser lesbiana, si quisiera realmente serlo. Ha visto lo versátil que soy cuando salgo por la noche. Una vez, en Bournemouth, conseguimos llegar a los camerinos en una representación de *Run For Your Wife* y convencimos a Jeffrey Holland (Spike en ¡*Hi-de-Hi!*!) de que éramos prostitutas, sólo para ver cómo reaccionaba. Dijo «¡Córcholis!» de un modo muy edificante. Mi talento no tiene límites. No sabe lo que dice.

–En vez de botas, quizá me ponga unas deportivas –exclamo.

Vicky me ha preguntado si quiero acompañarla una noche al Spearmint Rhino, en Tottenham Court Road. Estamos en el año 2000 y los clubs de striptease, considerados mucho tiempo los tugurios de los tristes y sudorosos últimos polvos de la vida, se han vuelto aceptables de nuevo.

El britpop y *Loaded* han tenido mucho que ver con el redescubrimiento de los tropos monocromos de la clase trabajadora británica: pubs, carreras de galgos, anoraks, fútbol en el parque, sándwiches de beicon, «chicas»... y los clubs de striptease entrarían dentro de este epígrafe. Las *ladette* se divierten ahora yendo por la noche a los clubs de striptease más elegantes de la ciudad. Varias Spice Girls han sido fotografiadas en clubs de striptease, fumando y aplaudiendo las actuaciones. Zoe Ball y Sara Cox han acudido a «noches de mujeres» en clubs de striptease. Los bares con chicas en *topless* se consideran una versión fascinante y un poco decadente del Groucho Club,¹ un lugar donde empezar la noche si sales a la una de la madrugada.

En parte por el anhelo periodístico de cubrir este fenómeno, en parte porque a los directores de periódico les fascina la imagen de una mujer infiltrada en un club de striptease, el *Evening Standard* ha pedido a Vicky que pase una noche en The Rhino para ver de qué va la cosa.

–Va en contra de todos y cada uno de mis principios feministas. Son ámbitos de maltrato –le digo cuando me llama.

–El encargado nos invita a champán toda la noche –contesta Vicky.

–Te veré allí a las nueve –digo, con toda la dignidad que puedo reunir.

Desde la acera, el club parece un lugar extraño. A través de las puertas, se ve un lugar cubierto de molduras doradas, paredes rojas y luces titilantes; su glamour falso y exagerado lo convierte en una especie de supuesto Disneylandia de las tetas. Mientras vacilamos al otro lado del cartel anunciador, se acercan un par de clientes y los guardas de seguridad les acompañan dentro.

Me sorprende lo seguros y tranquilos que parecen, en absoluto culpables. Imaginaba que se pondría alguna disculpa para entrar en un club de striptease; decir en voz alta a los gorilas de la entrada: «Estoy recaudando fondos para niños enfermos», o «Ayuntamiento. Vengo a revisar su sistema eléctrico», o, imitando el acento mexicano, «Es un Pret A Manger,¹ ¿no?».

En vez de eso, entran con el traje ligeramente sudado y la mirada ligeramente agresiva, como si fuera lo más normal del mundo salir de la oficina y relajarte pagando a una mujer muy joven para que te enseñe los labios vaginales. Qué círculo social tan estupendo tengo, reflexiono, no por primera vez. Todos mis amigos varones estarían francamente horrorizados de ir a un club de striptease. Todos llevan chaquetas de punto, coleccionan vinilos y tienen fijación con el té en hojas. Jamás querrían pagar para ver los labios vaginales de una desconocida. De hecho, mi novio aún me dice «Gracias, has sido muy amable» después de ver mi labios vaginales, y llevamos cuatro años juntos.

«Esto es como la Junta General de “Material de Malos Maridos”», le comento a Vicky mientras entramos. «Todo el mundo aquí ha dejado un rastro de novias y mujeres desgraciadas.»

Aun así, el champán gratis es generoso y tenemos una mesa justo delante de la pasarela, o paseo de los coños,¹ el nuevo nombre que le da Vicky. Durante la primera hora, nos comportamos como si el Spearmint Rhino fuera un pub, aunque de vez en cuando floten unas tetas por encima de nuestra cabeza. Una conversación especialmente amena sobre la inminente compra de un abrigo nuevo de invierno se ve interrumpida por unas nalgas que aparecen de pronto a la altura de nuestros ojos; aunque, a decir verdad, es algo que ya me ocurrió en Wetherspoons.² Al cabo de dos horas, algunas de las «chicas» se acercan a charlar con nosotras, y, como pasa siempre en las reuniones femeninas, empezamos a contar chismes: Vicky con su chaqueta de punto, yo con mi americana, las chicas con sujetadores de diamantes y provocadores tangas.

A la una de la mañana estamos muy borrachas, y nos han dedicado un baile privado que nos ha dejado completamente descolocadas –esa chica tiene un culo celestial–, además de deleitarnos con la increíble historia de un famoso presentador de televisión, asiduo al club, que termina con la frase: «Así que su mujer descubrió que tenía herpes... ¡el día de Navidad!»

Estamos en nuestro reservado llorando de risa, pensando: «Esto es como el Groucho, pero con coños de verdad, no metafóricos. En realidad está bien.»

El relaciones públicas se acerca a nosotras.

–Me voy a casa –dice, poniéndose el abrigo–. Vosotras, chicas, quedaos todo lo que queráis.

Echo un vistazo por el cuello de la botella. Todavía quedan un par de copas.

–¡Nos quedamos! –exclamo, de lo más animada–. Mi lema personal es: «Nunca dejes una botella sin acabar.»

El relaciones públicas se marcha para que continuemos la noche sin carabina. Relleno alegremente nuestros vasos, y estoy a punto de contar una larga anécdota sobre una vez que me ofrecí a hacer striptease a un amante (estropeando, por desgracia, ese momento al pisar sin querer un tazón de cereales que había dejado por la mañana al lado de la cama) cuando dos gorilas del club se acercan a nuestra mesa.

–Buenas noches, agentes –les saludo de buen humor.

–Es hora de retirarse, señoras –contestan, con aire severo e inflexible.

–Les prometo que sólo he tomado un par de cervezas suaves –digo, un poco bizca–. Estoy

perfectamente para seguir aquí.

–Hora de retirarse –repite el gorila, separando mi silla de la mesa.

Su compañero hace lo mismo con Vicky. No tardan ni un minuto en echarnos a empujones, en medio del revuelo de coger los abrigos y de la indignación.

–¿Por qué? ¿Por qué nos echan? –gritamos–. ¡Sólo estamos mirando con ironía y de reojo el striptease! ¡Somos COLUMNISTAS! ¡Estamos CUALIFICADAS para esto! ¡Somos LEGALES! ¡Hemos TRABAJADO EN RADIO CUATRO!

–A nosotros no nos engañáis –dicen–. Sois prostitutas.

Después de cinco minutos de pedir explicaciones en un tono de voz cada vez más estridente, nos enteramos de que, al parecer, algunas prostitutas rusas de «aspecto vulgar» frecuentan el club para contactar con clientes que prefieren mujeres de aspecto decepcionantemente «normal» a las strippers. Y eso es lo que el guardia de seguridad está convencido de que somos. Sabe que no somos strippers, ergo tenemos que ser prostitutas. Vicky con su chaqueta de punto, y yo con mis deportivas.

En este mundo los tipos de mujer funcionan con un sistema binario: stripper, puta. No hay otro tipo de mujer. Desde luego, no columnistas de veintitantos años que esperan sacar mil doscientas palabras de la experiencia, mientras castigan la barra libre todo lo que pueden.

Una vez más, me disponía a explayarme sobre lo tremendamente burda e incorrecta que es la antigualla de un club de striptease.

–Te DIJE que era un ámbito de maltrato –le digo a Vicky, mientras fumamos un cigarrillo en los escalones de entrada.

–Pero las dos vamos a sacar una columna de aquí –me responde, cargada de razón.

Y realmente no éramos unas perdedoras.

Pero, desde luego, en un sentido más amplio, claro que lo éramos. Pues, teniendo en cuenta el contexto de la totalidad de la historia hasta más o menos ayer, la idea de un local donde las mujeres se quitan la ropa delante de los hombres es extraordinariamente... grosera.

Después de todo, la historia tiene mucho de «un noventa y nueve por ciento de mujeres sometidas, sin derecho a voto y convertidas en objetos sexuales». Las mujeres, no tiene vuelta de hoja, han estado realmente puteadas por el hecho de gustar a los hombres. Podemos ver cómo el deseo del hombre por la mujer ha desencadenado a lo largo de la historia las mayores brutalidades. Ha provocado cosas terribles, terribles, porque los hombres han sido la fuerza dominante, sin nada que regulara o controlase su comportamiento. No es exagerado hablar de una «tiranía sexual», y de una «completa mierda». Todavía vive gente en este país que recuerda cómo los hombres podían violar a su mujer: no se consideraba que ésta tuviera una identidad sexual propia, el derecho a negarse. Alemania sólo lo declaró delito en 1997; Haití, en 2006. Todavía es legal, entre otros lugares, en Pakistán, Kenia y las Bahamas. Incluso en países donde está penalizado, hay muy poca voluntad en los procesamientos: Japón y Polonia han sido especialmente criticados por las organizaciones de derechos humanos por el escaso número de condenas. Existen muchas zonas del mundo donde las mujeres –con la aprobación explícita o no explícita del Estado– están consideradas poco más que juguetes sexuales retocados para los hombres.

En este contexto resulta evidente que un local de baile erótico es tan incongruente en la sociedad moderna como un «¡Espectáculo de juglares!», o un anuncio de «¡Palos de pegar judíos, 1 libra!».

Por supuesto, la gran diferencia aquí es que si un hombre blanco propusiera abrir una agencia de limpieza que sólo contratara limpiadores negros, vestidos como en una plantación, y que se

mostrarán excesivamente intimidados y respetuosos con sus patrones, todo el mundo pondría el grito en el cielo.

«¿A qué juegas?», gritarían. «¡No vamos a traer de nuevo una versión *light* de la esclavitud! ¡Ni siquiera para el docudrama de un “experimento social” en Channel 4!»

Pero ¿qué son los locales de striptease y de bailes eróticos sino versiones *light* de la historia completa de la misoginia?

Cualquier argumento a su favor es engañoso. Últimamente, varias revistas de moda han publicado entrevistas con jóvenes que explican cómo su carrera de stripper está pagando sus estudios universitarios. Con ello se pretende acabar con cualquier objeción a los locales de striptease, basándose en un ¡mira!, lo hacen chicas inteligentes para llegar a ser profesionales de clase media con un título! *Ipsa facto*, ¡las Chicas al Poder!

Personalmente, no puedo creer que unas chicas diciendo «Es cierto, estoy pagando mis tasas universitarias con el striptease» se considere un argumento válido, ético y definitivo sobre la moralidad última de estos lugares. Si las mujeres tienen que convertirse en strippers para conseguir una educación –de un modo inconcebible para los estudiantes adolescentes varones–, estamos ante un problema político de primer orden, no una razón para mantener abiertos los clubs de striptease.

¿Estamos diciendo realmente que esos locales sólo son maravillosas organizaciones benéficas que permiten que las mujeres (bueno, las que son guapas y delgadas, en cualquier caso: presumiblemente las que son más gordas y más feas tienen que hacer lo mismo que los estudiantes varones) consigan títulos? No puedo creer que mujeres que supuestamente tienen estudios superiores sean tan estúpidas.

Una no quiere ser tan directa como para decir: «Chicas, bajad de esa mierda de pasarela; nos estáis fallando», pero: Chicas, bajad de esa mierda de pasarela; nos estáis fallando.

Pero ¿sabéis qué? No es sólo una cuestión de unas chicas fallando a otras. Los clubs de striptease son malos para todos. Aquí, hombres y mujeres se acercan a lo peor de sí mismos. No hay expresión personal ni alegría en estos antros; ningún trampolín para descubrirse a uno mismo, ninguna aventura, como en cualquier noche decente que incluya hombres, mujeres, alcohol y desnudarse. ¿Por qué tanta gente siente un rechazo visceral por los clubs de striptease? Porque, dentro de ellos, nadie se divierte.

En vez de eso, la gente expresa necesidades (ganar dinero, ver la piel de una mujer) posiblemente del modo más deprimente que existe. Quedaos sobrios en uno de esos locales (como Vicky y yo al principio; la primera botella de champán a la que nos invitaron tardó casi SIETE MINUTOS en llegar a la mesa), y veréis lo que ocurre realmente. Las mujeres odian a los hombres. El monólogo interior de la stripper, al quitarse poco a poco el tanga por duodécima vez ese día, haría que el tema «Piss Factory» de Patti Smith pareciera «Kiss Me» de Sixpence None The Richer.

Y los hombres... Oh, ¿sois más amables o felices? No podéis poner la mano en el corazón y decir –cuando empieza la música y ella se acerca a vosotros– que sentís afecto por esas mujeres. Ningún hombre que se preocupara o quisiera alguna vez impresionar a una mujer haría que ésta se quedara delante de él y se quitara las bragas para pagar el taxi de vuelta a casa. Te gastas este dinero en nada; la adicción al porno y los clubs de striptease son la tercera mayor causa de endeudamiento de los varones. Entre el sesenta y el ochenta por ciento de las strippers han sido víctimas de abusos sexuales en el pasado. Este lugar es un desastre, un desastre horroroso. Cada baile, cada reservado, es una pequeña desdicha, una fea grosería: el hijo bastardo de la misoginia y el comercio.

En la calle principal, un club de striptease es como un diente mellado en un rostro.

En 2010, Islandia, con una primera ministra lesbiana y un Parlamento con un cincuenta por ciento de mujeres, se convirtió en el primer país que prohibió los clubs de striptease, más por razones feministas que religiosas.

«Supongo que los hombres de Islandia tendrán que acostumbrarse a que las mujeres no están en venta», dijo Gudrun Jonsdottir, que hizo campaña a favor de ese cambio legislativo.

Creo que es una idea que sólo beneficiará a los hombres, a sus cuentas bancarias, y a las mujeres con que se crucen. Los hombres no TIENEN que ver tetas y coños. No se van a MORIR si no pueden entrar en un antro de striptease. Las tetas no son como la vitamina D, o algo parecido. Saquemos a nuestras mujeres de las barras de striptease.

Pero las clases de *pole-dancing*,¹ por otro lado, están bien. ¡Lo sé! ¿Quién lo hubiera dicho? ¡No parece lógico! Sé de muchas feministas que las consideran un indicio del Final de los Tiempos, una evidencia de que el mundo está gobernado por unos Illuminati misóginos que intentan debilitar a nuestras niñas con clases de striptease en el gimnasio local a las once y media de la mañana; pero es obvio que éste no es el caso.

A nivel práctico, no sirven para nada: no hay barras de baile en las discotecas, chicas. Vais a gastaros cientos de libras aprendiendo todos esos movimientos «sexy», y luego nunca encontraréis dónde mostrarlos en público, si exceptuamos la barra del autobús. Si os parece un canje justo por vuestro tiempo y vuestro dinero, entonces buena suerte.

Pero, dejando a un lado consideraciones prácticas, no hay nada que vaya contra las normas del feminismo exaltado en los gimnasios y en las clases de baile donde enseñan *pole-dancing*, ni en las mujeres que asisten a ellas. En un mundo de infinitas posibilidades, ¿por qué no aprender a colgarte de una barra por tu suelo pélvico? Probablemente será más útil que aprender latín. Para empezar, apuesto a que es increíblemente útil si, al empapelar o pintar la casa, tienes que pasar el rodillo por un rincón puñetero del rellano. ¿Y quién sabe si, en caso de llegar el Apocalipsis, ser capaz de quitarse las bragas al ritmo sincopado del «Womanizer» de Britney Spears no marcará la diferencia entre los vivos y los muertos?

De igual modo que la pornografía no es intrínsecamente mala (no es más que algo de sexo), tampoco la barra, ni los bailes eróticos, ni el striptease son intrínsecamente malos (no son más que algo de danza). Mientras las mujeres lo hagan por diversión, porque quieren hacerlo y están en un lugar donde no puede malinterpretarse; y porque les parece algo ridículo y gracioso, con lo que quizá acabes apoyada en la pared, llorando de risa mientras tus amigas intentan disimular el descosido de tu entrepierna con un imperdible..., entonces, adelante con ello, chicas. El feminismo os apoya.

Lo mismo ocurre con cualquier «baile sexy» de discoteca, en el que los cuerpos se rozan, se incitan, se mueven al ritmo del reggae jamaicano, donde las mujeres, hablando en plata, follan con el suelo como si necesitaran que una tablilla del parqué las dejara embarazadas antes de la medianoche. Cualquier acto en el que una mujer participe con alegría, en medio de un ambiente igual de festivo y seguro, estará dentro de las murallas del feminismo. Cuando suena su música favorita, una chica tiene derecho a bailar como le da la gana.

Y, con franqueza, para el espectador esto es mejor que ver a la gente bailando en fila; o como The Stonk.

Por ese mismo motivo, no deberíamos tener problemas con el cabaret, el hermano mayor, más oscuro, más inteligente del baile erótico. Sí, lo sé: es quitarse la ropa delante de los hombres, por dinero. Por culpa del patriarcado y esas cosas, sé que mucha gente diría: «Pero esto es como huir

del Pato Lucas, y luego estar encantada con George Costanza, de *Seinfeld*.¹ En el fondo, los dos son lo mismo.»

Pero, por supuesto, no lo son. La diferencia entre una artista de cabaret, que actúa en un único espectáculo ante cientos de espectadores, y una stripper, que hace un turno de ocho horas y tiene que ir uno por uno, es inmensa: la polaridad entre ser el juglar de un aburrido monarca que te ordena lo que has de tocar, y U2 en el estadio de Wembley.

En el cabaret, no sólo el equilibrio del poder se inclina hacia la persona que se desnuda –como debería ocurrir siempre en una sociedad educada–, sino que también ancla su corazón en su expresión personal friki, trasnochadora y libertina: tiene un elemento fetiche, travesti y amanerado. No es, utilizando un término técnico, «una paja fácil».

Además, a pesar de la intensa estilización de la sexualidad, no tiene ese aire extrañamente agresivo y carente de humor que reina en un club de striptease: las artistas de cabaret cantan, hablan y ríen. Cuentan chistes, algo impensable en el inexplicable ambiente de rostros severos de un club de baile erótico, que trata las interacciones hombre/ mujer con la gravedad de las reuniones entre Rusia y Estados Unidos durante la Guerra Fría, más que como una posible diversión. Quizá como una consecuencia directa, las artistas de cabaret tratan su sexualidad como algo fabuloso y placentero, y no como un arma con la que apuntar, muy serias, al rostro del cliente estúpido y sudoroso que está debajo.

Porque, lo que es más importante, los cabarets dan la impresión de ser un lugar para chicas. Los clubs de striptease, a pesar de la presencia ocasional de las Spice Girls hace diez años, no. En una buena revista de cabaret se puede ver la sexualidad femenina; una actuación armada con el sistema de valores de la mujer: bonita iluminación, cabellos brillantes, accesorios extravagantes (copas gigantescas de cóctel, enormes abanicos de plumas), corsés de terciopelo, zapatos a la última moda, la raya del ojo como Ava Gardner, un cutis pálido, manicuras elegantes, humor y un enorme estallido de aplausos al final; en vez de una erección incómoda, medio escondida y silenciosa.

Las artistas de cabaret –Dita Von Teese, Gypsy Rose Lee, Immodesty Blaize, Tempest Storm, Miss Dirty Martini– tienen nombres que suenan a superhéroe sexual. Ellas exploran la sexualidad desde una posición de fuerza, con ideas, protección, y una cultura que les permite ser creativas y hacer lo que deseen. Son damas, muchachas y mujeres, y no las chicas de aspecto frío que ves en los clubs de striptease. Sus personajes abarcan el espectro entero de la sexualidad: diversión, ingenio, calidez, inventiva, inocencia, poder, oscuridad; en vez del aerobic desapasionado del podio.

¿Sabéis cuál es la regla de oro con los clubs de striptease? Un gay no entraría ni muerto en el Spearmint Rhino; aunque no hay quien se mueva por su culpa en un cabaret. Como regla de oro, un lugar es culturalmente sano para la mujer cuando los gays empiezan a aparecer en él. A ellos les encantan los brillos y los oropeles, las obscenidades y la diversión;¹ pero no una granja de cría intensiva productora de pajas con, ahora lo puedo decir, un champán de la casa francamente ácido.

10. ¡ME CASO!

Pero ¿a qué se ha dedicado mi hermana Caz todo este tiempo? A muchas cosas. Se ha cortado el pelo, ha escrito tres obras de teatro sobre un soberano malvado e incompetente llamado Venger, se ha enamorado locamente de George Orwell, ha acumulado una impresionante colección de discos de drum'n'bass, y ha formado parte del creativo grupo a cargo de un bar que inventó, una Navidad desesperada, el Sherry Capuccino: una idea valiente, pero que acabó fracasando. La leche se corta con el Sherry. Ahora sabemos que esto es un hecho. Sabemos también que no se puede volver a emulsionar con maicena, por mucho que lo remuevas.

Pero lo que ha estado haciendo sobre todo es ir a un montón de bodas. Y es una desgracia, porque Caz odia las bodas.

–Joder –dice, desplomándose en una silla de la cocina–. Joder.

Lleva un vestido de gasa color crema y unos zapatos de raso del mismo color, llenos de barro. Tiene marcas de ortigas en las piernas, apesta a alcohol, y bebe directamente del frasco el jarabe de la cistitis, como un vaquero que se echara whisky al colete. Sus ojos, enrojecidos, tienen la mirada enajenada de alguien que no sólo acaba de salir del infierno, sino que también ha pagado un alto precio por ello. En un vehículo donde la comida era un desastre. Por una carretera en obras. Durante un puente.

Tira su mochila enorme en el rincón. Incluso desde aquí veo que tiene dentro una tienda de campaña rota.

–¿A quién se le ocurre invitar a doscientas personas a una boda en una granja de cerdos, en un valle sin cobertura para móviles? –exclama, apretando la mandíbula–. ¿A quién? «Podéis acampar en un campo que hay al lado», dijeron. «Formando un corro con toda la familia de la novia. Lo llamamos ¡el Corro de las Brujas!¹ Será divertido estar todos juntos. ¡Por la noche cantaremos en grupo!»

Se estremece. No sé si recordarás que una de las peculiaridades de Caz es que no soporta la cercanía de la gente. Si pudiera llevar una pequeña muralla portátil, llena de arqueros, lo haría.

–¿Qué pasó cuando se rompió la tienda? –pregunto, señalando la mochila. La mochila está completamente empapada.

–Un jodido borracho de la tienda vecina intentó arreglar los palos con tres lápices y un poco de celo –responde–. Aunque le insistí en que no iba a funcionar, porque los palos de las tiendas modernas tienen que doblarse. Después tuvimos que ir andando hasta el lugar donde se celebraba la boda, que no estaba en el campo de al lado, sino siete campos más allá. A mis zapatos no les gustaron esos siete campos. No les gustaron nada. Como tampoco les gustó a mis piernas que tropezáramos con ortigas. En un sendero, se nos acercó tanto un tractor que tuvimos que incrustarnos en un seto. Odié toda aquella situación. Y el tractor me puso tan nerviosa que empecé a sudar. –Levanta los brazos para enseñarme las manchas–. Pero ¡tuvimos algo de suerte! Porque entonces empezó a llover a cántaros; y mi pelo encrespado, no el cerco de las axilas, fue el punto de mira de toda la congregación cuando llegamos a la iglesia, ¡cinco minutos tarde!

Caz está sirviendo ahora el jarabe de la cistitis, junto con tres chupitos de vodka, en una taza alta. Su historia no mejora a partir de aquí. Al parecer, todo el mundo se cogió tal borrachera que, a las tres de la mañana, hasta las tías cincuentonas se apoyaban en la mesa del bufet, diciendo: «Tengo que despejarme». Al ser una familia lugareña muy unida, los invitados preguntan varias veces a Caz quién la ha invitado a ella, «Como si yo hubiera caminado bajo la lluvia hasta la

mitad de la jodida nada para robar unas cuantas cucharadas de una mediocre ensalada de jamón». A las cuatro de la mañana, Caz estaba tan furiosa y desesperadamente aburrida que se pasó una hora sentada en el cuarto de baño.

—Eran esos inodoros portátiles tan pijos. Según parece, son los mismos que utilizan en Glyndebourne¹ —dice—. Tenían música incorporada. Escuché cinco veces «Under Pressure» de Queen. Luego hice lo que habría hecho Freddie: caminar bajo la asquerosa lluvia y subir por una ladera hasta tener cobertura, llamar a un taxi y reservarme una habitación en el Marriott de Exeter. No me preguntes si cogí una cistitis. Tengo cistitis.

Se toma tres pastillas de Nurofen Plus, y rompe a llorar.

—Cinco bodas en cuatro años —se lamenta, quitándose los zapatos embarrados y tirándolos al fregadero—. Espero sinceramente que nadie más vuelva a enamorarse nunca jamás. La gente que encuentra el amor de su vida me resulta agotadora.

Por supuesto, la gente que encuentra el amor de su vida resulta agotadora para los demás. Quiero decir, al final está bien, cuando todo se normaliza y se deja de armar tanto revuelo. Pero, más bien al principio, la paciencia y el amor de todo el mundo se ven sometidos a una prueba contundente: una boda.

Porque aunque haya un montón de cosas horribles achacables a los hombres (guerras, violaciones, bombas atómicas, quiebra de la bolsa, *Top Gear*,¹ meterse la mano por la parte delantera del chándal y recolocarse los sudorosos huevos en el autobús, y luego agarrar la barra que yo tengo que agarrar también, cubierta ahora del sudorcillo de sus pelotas), las bodas indudablemente son responsabilidad de las mujeres.

Las bodas son culpa nuestra, señoras. Cualquiera de los horrores que conllevan está bajo nuestro feudo. ¿Y saben qué? No sólo hemos fallado a la humanidad, sino que también nos hemos fallado a nosotras mismas.

Las bodas no son nada bueno para la mujer. Son un nido de víboras de despilfarro y desesperación. Y casi todo lo relacionado con ellas repercute negativamente en las personas que más las desean: nosotras. Nuestro amor por las bodas es un amor malo. No nos hace ningún bien. Acabará mal, dejándonos con la sensación de haber sido estafadas, y estar solas.

Siempre que pienso en una boda, me dan ganas de entrar corriendo en la iglesia, como Dustin Hoffman en *El graduado*, y gritar: «¡PAREN! ¡PAREN LAS BODAS!»

Y cuando el órgano se detenga y todo el mundo se vuelva asombrado para mirarme, y el párroco haya farfullado «¿Cómo? ¿De veras?» con desaprobación, subiré al púlpito y, arrancándome el estúpido tocado mientras avanzo, encenderé un pitillo, me echaré hacia atrás, y éste será el sermón que predicaré:

1) COSTE. ¡Señoras! Ser mujer es ya muy, muy caro. Tampones, peluqueros, cuidado de los niños, productos de belleza, zapatos de mujer tres veces más caros que los de hombre... Entre las cosas que necesitamos (Lil-lets)¹ y las cosas sin las que nos sentimos desnudas (un corte de pelo decente), nuestra situación es ya ruinoso. Y todo eso sin incluir el factor de un sueldo un treinta por ciento más bajo que el de los hombres, y de ser las que normalmente ven cómo su carrera se va a pique como el *Titanic* cuando se plantea la pregunta «¿Quién se va a ocupar de los niños?».

En los viejos tiempos, el asunto de la dote era con frecuencia un factor decisivo en la vida de una mujer: el dinero que los padres aportaban a su matrimonio establecía con quién podía casarse o no.

Hoy en día, por supuesto, una mujer es libre para casarse con quien quiera. Y, sin embargo,

casarse sigue suponiendo a menudo una cantidad exorbitante de dinero (el coste medio de una boda en Gran Bretaña es de veintiuna mil libras), que ahora pagan normalmente los propios novios, como una especie de dote grotesca, voluntaria, a fin de cuentas inútil, pero autoimpuesta. Gastarse veintiuna mil libras en una época de la vida en que, por lo general, se es bastante pobre y uno intenta comprar cosas como «una casa» o «algo de comer», parece bastante incomprensible, se mire como se mire; entre otras razones porque uno de cada cuatro matrimonios termina en divorcio.

Si hubiera que inventar las cosas desde cero, seguramente celebraríamos una gigantesca fiesta del amor de veintiuna mil libras justo al final de la historia, cuando tuviéramos sesenta o setenta años, la hipoteca pagada y hubiéramos visto si lo de «Te amaré para siempre» funcionaba.

¡Veintiuna mil libras! Oh, me hace llorar. Yo personalmente no me gastaría veintiuna mil libras en nada que no tuviera a) puertas y ventanas o b) la capacidad de concederme tres deseos. Veintiuna mil libras es una cantidad absurda de dinero para gastar en algo. Es una cifra que denota enajenación mental.

El dinero es un tema clave en este asunto, por lo que hay que gastarse. Aparte de la entrada de una casa, una pareja media probablemente no volverá a gastar jamás una cantidad así en una cosa. ¿Y qué compran estas veintiuna mil libras? Pocas cosas que duren. Están las fotografías de precio desorbitado en el álbum demencialmente caro, y todos los regalos, por supuesto, pero gastarse veintiuna mil libras para conseguir dos mil en utensilios de cocina de John Lewis¹ no es un buen negocio, se mire por donde se mire. El vestido no vuelves a ponértelo, nunca encuentras tiempo para «teñir los zapatos de rojo y ¡llevarlos en una fiesta!», por mucho que intentes convencerte de que lo harás, y, en cuanto a los anillos, bueno, no creo que sea la única mujer casada que vaya por su quinto anillo de boda, tras haber perdido los anteriores en piscinas, grietas de las encimeras y, en una ocasión, dentro de una barra de pan (es una larga historia).

Lo que esas veintiuna mil libras te compran es el Punto Dos de por qué las bodas son tan nocivas para las mujeres:

2) EL MEJOR DÍA DE TU VIDA. «Es el mejor día de tu vida.» Bueno. Las objeciones a esto son evidentes. Por supuesto que no es el mejor día de tu vida. Un día que fuera realmente el mejor de tu vida no incluiría al Tío Petardo, la Tía Muermo y algunos compañeros de oficina que tuviste que invitar para que los siguientes seis años no te miren malhumorados cuando os tropecéis en la escalera.

Es obvio que, con esos parámetros obligados, tu boda es en realidad una combinación nefasta de una jornada de trabajo fuera de la oficina y una terapia familiar, y debería, por consiguiente, tratarse con la misma mezcla de sereno estoicismo, firme determinación y abundante alcohol.

Además, señoras, pensad en la frase: «El mejor día de tu vida.» Sí, el mejor día de tu vida: de la novia. De nadie más. Seamos realistas, desde tiempos inmemoriales al novio le ha importado una mierda esta celebración, del principio al fin. Si quieres sumir a un hombre adulto en una mezcla de profunda desesperación y pánico apenas reprimido, límitate a hablarle unos minutos sobre la decoración de las mesas, las flores para el ojal, los zapatos de las niñas que llevan las flores, la carpa, el alquiler de un castillo, los preparativos que hizo Madonna para su boda, o si deberías hacerte un lavado de colón una semana antes para tener un aspecto «saludable».

Las bodas son en esencia una ceremonia a la que las novias invitan a los novios en el último momento, justo después de decidir qué trío de pudín de chocolate se servirá, además. La mujer empieza a planear su boda a los cinco años, ¡por el amor de Dios! Cuando no tiene ni idea de con quién va a casarse, y sólo se imagina un cuerpo de Action Man con el rostro convenientemente

pixelado. En comparación, a esa edad, el único acontecimiento futuro que planea un niño es cómo meter el gol de la victoria en la Copa del Mundo, al tiempo que toca el solo de guitarra de «November Rain», de Guns N' Roses.

Así que resulta evidente que no es el mejor día de la vida del novio. Ni tampoco el mejor día de la vida de ningún invitado. Porque las bodas no son divertidas para los invitados. Es algo de lo que somos plenamente conscientes cuando estamos entre los invitados (a quinientos kilómetros de casa, envueltas en una *pashmina*, sosteniendo una charla incómoda con un beodo de ojos llorosos en la mesa que llamaban «La Escoria» al organizar la disposición de los invitados...), pero que olvidamos al instante cuando empezamos a planear nuestra propia boda.

—No puedo creer que Carrie nos arrastrara a todos a la puñetera isla de Skye para su boda —nos quejamos, mirando la cuenta en números rojos—. Tres jodidos días en un hotel de cuatro estrellas. Será mejor que no se divorcie. Es más, voy a coserlos a los dos, para que no puedan separarse..., como la Oruga Humana.

—¿Dónde te gustaría casarte, entonces? —preguntará alguien.

—¡En Singapur! —gritas con entusiasmo—. ¡Invitaremos a todos una semana! El tercer día iremos en barco a una isla desierta, ¡sólo setenta y cinco libras más por persona! ¡Será INCREÍBLE!

Yo misma caí en ello. Hasta mi boda lo había hecho todo fenomenal. No había dado el coñazo con mi enamoramiento. No había dramatizado en exceso, ni había pedido que me dedicaran especial atención. Me había recuperado de mi ruptura con Courtney haciéndome una animosa chapa donde se leía: «Salí con Satán... ¡y sobreviví!», que llevaba a todos mis compromisos sociales; me limitaba a señalarla cuando me preguntaban por el estado de nuestra relación.

No me deprimí, ni me enfurruñé; en vez de eso, me resarcí de un año de fidelidad mal recompensada volviendo con alegría al mundo, a fin de ver si quedaba algo de diversión para mí. Y resultó que la había a montones. Cada noche era una especie de gincana sexy: corriendo por todo Londres, llorando de risa con cualquiera que fuese gracioso, hasta la hora de coger el último autobús de vuelta a casa. Una noche con una estrella del pop acabó con su mánager sacándolo, desnudo, de la habitación de mi hotel a las tres de la mañana.

Una semana más tarde, un adolescente apareció literalmente en mi puerta (¿quién sabía que en esos días se hacían entregas a domicilio?) y fue tan inesperadamente tierno y alegre que, en una soleada tarde de invierno y una noche increíbles, deshizo la mitad del mal que me había hecho Courtney.

En ambos casos, me complació advertir que regresar «al mundo de las citas» no requería, al contrario de cuanto me habían dado a entender, el menor esfuerzo ni inseguridad. No hubo ningún «cambio de imagen posruptura» en mi caso. Había engordado más de seis kilos y me había cortado un flequillo horrible; pero estaba tan contenta que nadie parecía darse cuenta. A la estrella del pop que acabó inconsciente sólo le pregunté: «¿Echamos un polvo?» Al adolescente, por su parte, me acerqué con un provocativo albornoz color burdeos, comprado por 19,99 libras en BHS.

A lo largo de un mes, piloté una especie de galeón del sexo relajado a través de Londres, como una capitana pirata; y volví a recordar que cada conversación con un miembro del sexo contrario encierra esa posibilidad ínfima, del tamaño de un átomo, y con resplandor atómico: «Hola. ¿Eres “Él”?»

Y los jueves invitaba a casa a Pete de *Melody Maker*, le preparaba una sopa y le contaba todas esas historias —«Así que llamé al servicio de habitaciones, y pedí un sándwich de ternera y un par de calzoncillos»—, mientras escuchábamos discos y nos desternillábamos de risa.

Entonces, a mediados de febrero, mi estado de ánimo cambió súbitamente.

Un lunes por la mañana, al despertarme, descubrí que una tristeza extraña y abrumadora me

atenazaba. No era depresión, ni pena, sino algo más desasosegante al tiempo que esperanzador. Me sentía en el aire: como si aguardara algo, o echara muchísimo de menos algo..., aunque nunca lo hubiera tenido.

En realidad, no sólo no lo había tenido nunca, sino que tampoco tenía ni idea de lo que era. La fuente de mi tristeza me tenía completamente desconcertada. Pasé una semana dando vueltas por mi piso, desmoralizada, sin ninguna pista que me permitiera averiguar lo que pasaba. Cogía algo – el teléfono, un disco, un cigarrillo–, y luego lo dejaba a un lado, compungida, «No, no es esto».

Un par de veces fui a comprar comida y, en mitad del supermercado, pensé: «Cuando vuelva, ¡quizá haya ocurrido!» Cuando regresé corriendo a casa, llena de energía y esperanza, al entrar de golpe, encontré todo exactamente igual que lo había dejado. Fuera lo que fuera, aún no había llegado.

La decepción fue tremenda.

Después de una semana en ese estado, el domingo por la noche, mi subconsciente –como si estuviera harto de mi torpeza– finalmente me lo deletreó. Me fui a la cama beoda, y soñé que subía por las escaleras mecánicas de la estación de metro de Baker Street. Las escaleras parecían interminables. No podía siquiera ver el final. Iba a tardar mucho, muchísimo tiempo en llegar a los torniquetes.

–¡Voy a tardar una eternidad en salir! –exclamé.

–No te preocupes –dijo una voz. Me di la vuelta, y vi a Pete detrás de mí–. Estoy aquí –se limitó a decir.

–¡Oh! –exclamé, despertándome.

–¡Oh!

–¡Estoy enamorada! Estoy enamorada de Pete.

Miré a uno y otro lado del piso.

–Él es lo que falta aquí.

Seis años después y un anillo de compromiso de 19,99 libras, es el día de nuestra boda. En un principio iba a celebrarse en el registro civil de Londres, seguida de una recepción en un pub. A mediados de un aburrido mes de octubre. Todo el mundo habría podido volver a casa en autobús. Habría costado menos de doscientas libras. Habríamos liquidado el asunto en cinco horas. ¡Ojalá nos hubiéramos casado así!

Después de tragarme seiscientas revistas de bodas y tener en cuenta algunas recomendaciones de mi familia política, sin embargo, acabó celebrándose en un antiguo monasterio de Coventry, dos días después de Navidad. Casualmente, también el cumpleaños de Caz. Ella siempre se ha llevado la peor parte del amor de otros.

No quiero exagerar, pero ¡Dios mío!, fue una boda horrible.

Aquí estoy, con veinticuatro años, a punto de avanzar por el pasillo con mi vestido de terciopelo rojo y un tocado de hiedras. Parezco la diosa Baco, exceptuando los pies. La maldición eterna de no encontrar zapatos con los que poder andar llega incluso hasta aquí, el día más glamouroso de mi vida: bajo el terciopelo ribeteado de raso, llevo unas deplorables sandalias de Doc Martens.

Mi padre lleva un traje que robó en Ciro Citterio y unos zapatos que robó en Burtons, pero parece tranquilo y lleno de sabiduría, en absoluto emocionado por entregar en matrimonio a su primogénita.

–Oh, mi preciosa hija –dice, oliendo un poco a whisky–. Mi gatita.

Sus ojos brillan ligeramente por las lágrimas. Cuando la música empieza a sonar en la sala contigua –la marcha lenta «Spin A Cavalu» de The Lilac Time–, me coge del brazo y se inclina

para murmurarme algo. Me va a contar por qué mamá y él llevan casados veinticuatro años y han tenido ocho hijos, pienso. Va a ser un momento muy especial para los dos. Oh, Dios, espero que no me haga llorar. Llevo tanto rímel.

–Cariño –me dice cuando el maestro de ceremonias abre la puerta y veo a toda la congregación volviendo el cuello para verme entrar–. Cariño. Recuerda que eres una *Womble*.¹

Avanzo tan deprisa por el pasillo central que, a mitad de camino, me percató de que voy a llegar antes de que acabe la música. Me doy cuenta, asimismo, de que estoy radiante, casi altiva, y me preocupa cómo pueda sentarle a la juez de paz.

¡Va a pensar que no me lo tomo en serio!, pienso aterrada. Se NEGARÁ a casarme, basándose en que soy una ARROGANTE!

Inmediatamente aminoro el paso y pongo cara de funeral. Más tarde, mis hermanas dicen que estaban convencidas de que acababa de sentir las primeras punzadas de una cistitis, y que todas rebuscaron en el bolso el frasco de citrato de potasio que siempre llevamos encima.

A pesar de todo, tengo un aspecto estupendo al lado del que va a ser mi marido. Está tan nervioso que se ha puesto de un color verde pálido, y tiembla como un calcetín en el tendedero.

«Nunca he visto a un novio tan nervioso», nos confía más tarde la juez de paz. «He tenido que darle dos tragos de whisky.»

No puedo recordar nada de la ceremonia. Me pasé todo el rato pensando, indignada: «¿RECUERDA que eres una WOMBLE?»

Una hora después, y todo el mundo está en el bar. Muchos de nuestros invitados no han podido venir porque es dos días después de Navidad y están con sus familias en Escocia, Devon e Irlanda. Mi familia está sacando partido a la barra libre; muchos ya no pueden ni andar, y, de los que pueden hacerlo, dos han descubierto el monumento conmemorativo de un caballero muerto, y dedican a su estatua un «atrevido» baile erótico.

Papá, mientras tanto, se las ha arreglado para mancharse toda la camisa de cera caliente, y, siguiendo el consejo de algunos, se la ha quitado y la ha metido en el congelador de la cocina para que la cera se endurezca. Está sentado en la mesa con el chaleco y la chaqueta, bebiendo Guinness, con pinta de estar amodorrado. Mi hermana Col ha desaparecido; más tarde nos enteramos de que la culpa la tiene papá por decirle que había pensado seriamente en renunciar a la patria potestad cuando ella robó todos sus devedés de Disney y las herramientas eléctricas para comprarse droga.

«¡Sólo estaba bromeando!», dice, poniendo los ojos en blanco. «¿O no?»

A fin de «encontrarla», mi hermano Eddie intenta robar un cochecito de golf. Otros dos hermanos tienen que ponerse delante, diciendo: «¡NO!»

Cuando empieza la recepción, una sensación callada de fracaso impregna todo el festejo. Como dos días antes ha sido Navidad, los invitados que han ido de expedición a Coventry en medio de las vacaciones se sienten demasiado llenos y aletargados para bailar, y la insistencia de mi marido en ser él el DJ tiene la absurda consecuencia de que nuestro Primer Baile sea «Ask» de The Smiths. Intentamos, sin éxito, bailarla lento en una pista totalmente vacía, mientras todos miran cómo hacemos un romántico «indie shuffle». ¹ Cuando llega el siguiente tema –«Always On My Mind» de los Pet Shop Boys–, otras dos personas se nos unen en la pista. Son mi nuevo suegro y nuestro amigo Dave, que lleva unas tres horas hasta las cejas de éxtasis.

Dave baila alrededor de mi suegro, como si fuera Bez² cazando mariposas.

–Coge una de mis perlas –dice a mi suegro, abriendo la mano y mostrando pastillas por un valor de trescientas libras.

–Mi padre no quiere un Tic-Tac, gracias –exclama Pete, escoltando con firmeza a Dave fuera de la habitación.

A las diez de la noche, casi todos los invitados se han retirado a dormir, tratando de salvar algunos aspectos de ser arrastrados a un hotel caro en mitad de las vacaciones. Me gusta pensar que están comiendo rollitos de hojaldre con salchichas, robados del bufet, y viendo *Cheers*. Me alegro por ellos. Ojalá fuera uno de ellos. Converso con una mujer griega muy triste de la familia de Pete, vestida de negro de pies a cabeza, aún de luto por alguien que murió en 1952. Sonríe débilmente.

Ella, como el resto de mi familia política griega, parece total y voluntariamente ciega al hecho de que mi dama de honor sea un gay de casi un metro noventa de estatura llamado Charlie, que lleva pantalones plateados y una capa rosa. Sólo mencionan a la otra dama de honor, Polly, cuyo sujetador sobresale por encima de su vestido sin tirantes, y que lleva un tatuaje con un delfín que dice «Joder».

A las 10.23 salta la alarma contra incendios. Mientras todo el mundo sale temblando al jardín, me doy cuenta de que faltan todos mis hermanos. Vuelvo al hotel dispuesta a encontrarlos –como el señor Blunden en *El asombroso señor Blunden*¹ y llamo a la puerta de la habitación de mi hermana. Encuentro a mis siete hermanos allí, de pie en la cama, agitando los menús del servicio de habitaciones bajo el detector de humos.

–¿Por qué no abandonáis el hotel? –pregunto desde la puerta, con mi vestido de novia.

Todos se vuelven para mirarme. Todos llevan una corona de globos del señor que hace animalitos y que hemos contratado para entretener a los niños. Eddie sujeta una espada de globos.

–¡Ha detectado nuestro calor corporal! –dice Weena, como una cuba, aterrorizada–. Se supone que sólo puede haber dos personas en la habitación, pero queríamos dormir juntos y ¡la habitación se ha recalentado! ¡Estamos tratando de enfriarla!

Continúan agitando los menús del servicio de habitaciones bajo el techo. La alarma contra incendios deja de sonar. Son las 10.32. Estoy casada. Me voy a la cama.

Durante los siguientes once años, ningún invitado vuelve a mencionar nuestra boda. Es como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito de que es lo mejor que podemos hacer.

Con todo, al menos fui una novia afortunada en algo: no tuve despedida de soltera. Pasé la noche anterior a la boda comiendo patatas fritas de bolsa con mis hermanos y viendo *Ghostbusters* por quincuagésima vez. Por lo menos en esto mantuve la cordura. Porque el problema Número Tres de las bodas modernas son las despedidas de soltera.

3) DESPEDIDAS DE SOLTERA. Lo que hace veinte años era sólo una sencilla noche en un pub, aunque entre gritos más estridentes de lo normal (gasto total: treinta libras en Baileys), se ha convertido hoy en una enorme pérdida de tiempo y dinero para aquellas infortunadas lo bastante fieles para ser damas de honor.

Caz ha soportado el desastroso final de las despedidas de soltera del siglo XXI. Pues, a pesar de ser la invitada de boda menos entusiasta del mundo, algunos dioses menores caprichosos la han convertido en primera dama de honor en cuatro ocasiones como mínimo. En una de ellas bebió tanto que se coló en la despedida de soltero del novio para decirle que creía que era gay. En otra, la insistencia de la novia para que todas llevaran la misma chaqueta de satén con el logo «Equipo Ciara» hizo que una dama de honor de la talla 44 sufriera un ataque de pánico –inducido por la dismorfia corporal– en una discoteca para patinadores, y tuviera que coger un taxi de Londres a Stevenage hiperventilando histéricamente. En otra despedida de soltera por los Yorkshire Dales («para estrechar vínculos»), Caz acabó teniendo que bajar a la carrera ciento cincuenta metros de

cantos rodados tras un pequeño jeep que alguien estaba demasiado borracho para vigilar de un modo responsable; pero todas estuvimos de acuerdo después en que nos podía haber pasado a cualquiera.

4) «TODOS LOS QUE QUIERO ESTÁN AQUÍ.» ¿Deseas realmente juntar a «todas las personas que quieres» en la misma habitación? Rara vez funciona. Yo, por ejemplo, soy un desastre con las familias de los demás. En una boda, en la que hacía de madrina, oí que la madre de la novia era una gran fan de Richard Madeley,¹ y, con unas copas de más, le conté amablemente mi mejor anécdota de Richard Madeley: que le encantaba decir «hay que joderse».

Diez minutos después me explicaron que, como cristiana devota, era literalmente la primera vez que oía la palabra «joder».

Tampoco me lucí mucho en la boda de Cathy y John, cuando el padre de Cathy me llevó a dar una vuelta por su preciosa casa, toda blanca, mientras yo le seguía bebiendo a grandes tragos una copa de vino tinto.

–Y ésta es mi vista favorita –dijo el padre de Cathy cuando llegamos al dormitorio principal, acercándose a la ventana–. Cuando hace bueno, se ve todo el valle.

En ese momento entró volando un murciélago por la ventana, directamente hacia mi cara.

No sé si alguna vez se ha estrellado un murciélago contra tu cara, pero no hay mucho tiempo para pensar en la mejor técnica para hacerle frente. Más bien... se reacciona por instinto. Y mi instinto fue gritar: «¿QUÉ COÑO ES ESTO?», y tirar violentamente el vino tinto en la habitación más blanca del mundo.

–¡Oh, vaya! –dijo el padre de Cathy, tan circunspecto y educado como siempre–. Traeré unos kleenex.

–¡JODER! –grité, corriendo por el pasillo–. ¡JODER! Ahora lo arreglo. ¡JODER!

Entré como una exhalación en la cocina, y volví con una botella de vino blanco que empecé a derramar por todos lados afanosamente.

–¡El vino blanco quita las manchas del vino tinto! –grité–. ¡Lo vi en la tele!

Empecé a esparcir frenéticamente el vino blanco por la ahora alfombra roja mientras frotaba con un trapo de cocina.

El padre de Cathy entró en la habitación, más deprisa de lo que yo habría esperado en un hombre de su edad, y amablemente me arrancó la botella de la mano. La miró de hito en hito, ya vacía, unos instantes.

–¡Ah! –dijo con pesar–. Es Alsace Grand Cru del 93.

Hubo un largo silencio.

–De todos modos –dijo con la mayor elegancia, tocando la botella con la yema de los dedos–, estaba un poco caliente para beberlo.

El taxi tardó una hora y media en llegar desde Tiverton. Lo esperé detrás de un granero, comiendo queso para que se me pasara la borrachera.

5) TÚ. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importancia tiene que la gente se sintiera fatal desalojando el hotel y saliendo a un jardín helador de Coventry dos días después de Navidad, o teniendo que cantar en grupo en un corro de brujas, o queriendo suicidarse por una chaqueta horrible? ¡Es tu gran día, después de todo! ¡Eres la novia! Mereces tener un día que sea todo TUYO! ¡ÉSTE ES TU GRAN DÍA! ¡EL MEJOR DÍA DE TU VIDA!

Hay dos pegas. La primera es que siempre deberías desconfiar de los días que se ha decidido con antelación que van a ser legendarios: una larga lista de decepcionantes nocheviejas, días de Navidad, puentes románticos, primeros polvos y cumpleaños deberían avisarnos de ello. Aparte

de emborrachar a mi madre con un cóctel Ruso Blanco, la forma más rápida y fácil de acabar con los buenos momentos es poner en ellos demasiadas expectativas. En serio, siempre que a una mujer le aseguren que va a ser «el mejor día de su vida» tiene que poner pies en polvorosa. Rara vez sale bien. Recuerda que otro día considerado a menudo «el mejor de tu vida» es cuando nacen tus hijos. No necesito recordarte cuántas probabilidades hay de acabar pidiendo a un cielo sin dioses toda la morfina que aguante tu cuerpo sin sufrir un paro cardíaco.

Y en segundo lugar, no creo que este deseo enloquecido de casarnos sea beneficioso para nuestra imagen colectiva. Hace que nuestro marco de referencia para la diversión parezca muy pequeño. Me siento un poco como Del Boy¹ tambaleándose por el bar, pero «Tomaos las cosas con calma, chicas, tomaos las cosas con calma». Cuando oigo que una mujer dice que el día de su boda va a ser/fue el mejor de su vida, no puedo evitar pensar: «No has tomado suficiente éxtasis en un prado a las tres de la mañana, cielo.»

Todas las bodas parecen reducirse a actuar como Michael Jackson en el cenit de su demencia: fingir ser famosa un solo día demencialmente caro. Y todos sabemos por qué los famosos tienen monos domesticados, zapatos absurdos, el esqueleto del Hombre Elefante, un parque de atracciones y piscinas con forma de guitarra. PORQUE SE ESTÁN MURIENDO POR DENTRO. ESTÁN CONTEMPLANDO EL VACÍO. Han visto por unos instantes su propia intrascendencia, como una mota en un universo infinito, y su respuesta ha sido contratar a alguien que se ocupe de pelearse con la pajita de su bebida. Casi siempre sentimos lástima de estos individuos, que nos parecen unos pobres idiotas.

Y, sin embargo, las mujeres consideran un «premio» pasar un día desorbitadamente caro comportándose como esos gilipollas, en vez de hacer gala de estoicismo, sentar la cabeza y no volver a tener otro día «especial» jamás. Por supuesto, no volver a tener otro día especial jamás se debe en gran parte al hecho de haber malgastado veintiuna mil libras en dieciséis mil volovanes y un grupo de «light jazz»; pero el simbolismo de todo ello es insoportablemente potente.

En cuestiones así, hay que fijarse en los hombres. ¿Tienen ellos un día especial en el que se sientan los reyes del mundo, y luego vuelven a una vida llena de trabajo y monotonía? No. Ellos salen y hacen lo que quieren continuamente: como señaló Germaine Greer en *La mujer completa*, llenan su tiempo libre de actividades agradablemente improductivas como pescar, jugar al golf, escuchar discos, jugar en las Xbox o hacerse pasar por duendes en *World of Warcraft*. No tienen esa necesidad lunática y reprimida de pasar un día fingiendo ser la Princesa Diana (en sus buenos tiempos, claro. No en la época de tirarse-sola-por-las-escaleras. O en la que llega Camila y lo estropea todo).

Las mujeres, mientras tanto, pasan su tiempo libre haciéndose cargo de una lista interminable de mejoras personales y tareas domésticas: arreglar la casa, los deberes de los niños, dar consejos, desparasitar al gato, hacer ejercicios pélvicos en el suelo, intentar ser creativa con el repollo y quitarse los pelos que salen hacia dentro... En cierto modo apaciguadas por tener ese «mejor día de sus vidas».

Seguramente, señoras, cambiaríamos felices un día «especial» por una vida más llena de pequeños placeres, ¿no es así?

O quizá sólo deberíamos desechar la idea de casarnos en primer lugar. Por lo general, estoy en contra de cualquier cosa que te obligue a cambiar de nombre. ¿En qué situaciones ocurre esto? Cuando ingresas en un convento o te haces estrella del porno. Y, para una ostensiblemente gozosa celebración del amor, me parecen una mala compañía.

11. DESCUBRO LA MODA

–¡Me he comprado un vestido! –exclamo cuando mi marido entra por la puerta–. ¡UN VESTIDO NUEVO! ¡VESTIDO NUEVO VESTIDO NUEVO VESTIDO NUEVO!

Es un vestido marrón, de estopilla y estilo campestre –«DOCE LIBRAS, Pete. ¡DOCE LIBRAS!»– que he comprado ese mismo día en el mercadillo –«¡ES DEL MERCADILLO, MI AMOR!»– de Seven Sisters Road. La compra me ha hecho una ilusión tremenda; es la primera prenda de vestir que compro en casi dos años.

A los veinticuatro años, la verdad es que aún no estoy acostumbrada a comprar ropa. No sólo el tipo de ropa por la que suspiro en esa época (miriñaques, estolas, sombreros, enaguas de franela roja, botines de charol negro con botones, trajes de noche de damasco, guantes de piel de zapa, manguitos de piel de zorro y camisones de calicó) es difícil de conseguir en Holloway Road, también he estado sin blanca durante algún tiempo.

Aunque cobraba un sueldo decente como periodista, había cometido otra de las grandes equivocaciones de mi vida: pensar que el impuesto sobre la renta era, como la menstruación, algo opcional. No había pagado ni un penique de impuestos en los primeros cuatro años de mi vida laboral

–¡Pensé que llamarían por teléfono! –me quejé al contable que acababa de contratar–. O que mandarían una carta diciendo «¿Sabes qué?: ¡es la hora de la Declaración de la Renta!», o algo así. Pero nunca dijeron nada. La Agencia Tributaria no ha estado nada comunicativa.

Mi contable siguió explicándome que la responsabilidad de la declaración recae sobre el individuo, no sobre la oficina de recaudación, y que tendría que presentar todos mis extractos bancarios, nóminas y justificantes de gastos desde 1994; pero yo no le escuchaba realmente.

En parte porque sabía que la mayoría de mis extractos bancarios, nóminas y justificantes de gastos habían acabado en un contenedor de Camden en 1996 –junto con un sillón que ahora, al recordarlo, lamentaba haber desechado–, y en parte porque en aquel momento estaba calculando lo pobre que sería en un futuro inmediato.

Incluso con mis deplorables matemáticas, comprendí que tendría que dedicar hasta el último penique de mis ingresos durante al menos dos años para pagar mis impuestos atrasados, y que tendría que pedirle a Pete que me mantuviera económicamente a cambio de púdines de pan con mantequilla, chistes y sexo.

–*Sívale* –dijo Pete, cuando me mudé a su casa y me entregó una copia de la llave de su puerta principal–. *Mepareceperfecto*.

Los siguientes veinticuatro meses soy más pobre que las ratas, pero se me presentan muchas oportunidades para mejorar mis hábitos de subsistencia.

Dos años después, y acabo de comprarme ese vestido. Doy vueltas y vueltas con él, como si fuera Scarlett O’Hara con su traje más elegante.

–¡Sólo me ha costado doce libras! –digo, con aire de culpabilidad–. ¡Doce libras! Aunque ha sido estupendo comprar algo nuevo, ¡no necesitaré otro vestido en años! ¡Puedo hacer que parezca muy diferente según los complementos que me ponga! Merecerá la pena haberlo comprado. Celebremos el final de mis gastos locos.

–¿Sabes? –dice Pete, ventilándose el pudin de pan con mantequilla número novecientos catorce–, las demás mujeres se compran mucha más ropa que tú. Un montón. Después de comer,

todas las mujeres de mi oficina vuelven con algo nuevo en una bolsa. Ahora que has pagado tus impuestos, creo que podrías comprarte más ropa, la verdad. Si quieres. Ya sabes que a mí me da igual lo que te pongas. Como si no quieres llevar nada. ¿Puedo tomar un poco más de pudin de pan con mantequilla, por favor?

Al día siguiente, mientras Pete está en el trabajo, pienso en lo que ha dicho. Las demás mujeres compran mucha más ropa que yo. Tienen mucha más ropa que yo. Hacen las cosas de otra manera. No estoy haciendo lo que hacen las mujeres.

Subo a nuestro cuarto y miro en el armario. Ésta es toda mi ropa a los veinticuatro años: un vestido gótico de terciopelo negro hasta los pies que compré a los diecisiete años, y que ahora tiene los codos gastados y casi transparentes de tanto «uso». Dos pantalones, uno negro y otro azul marino. Una camiseta gratis de promoción del grupo Salad con la palabra «Salad»,¹ que me gusta llevar cuando preparo o como salchichas. Una chaqueta de felpilla verde de Marks & Spencer, tan amorosa que he tenido que volver a robársela dos veces a mi hermana Col cuando viene a visitarme. Un camión de estilo victoriano que muchas veces me pongo de vestido. Y mi traje de baño.

No estoy siendo una mujer como Dios manda, pienso mirando mi armario. Las demás mujeres se dedican a «combinar prendas» y «ocuparse de su aspecto». Yo sólo «comino lo que tengo más limpio». Ahora que vuelvo a tener algo de dinero, debería solucionar esto.

Ser mujer, al parecer, es muy caro y ocupa mucho tiempo. Mi ingenuidad al respecto no tiene pies ni cabeza, dada mi edad, pero es total. Vengo del grunge, y luego del britpop, mundos donde uno presume de lo poco que se gasta en ropa («¡Tres libras! ¡De un mercadillo!», «Ooooh, carísima... Esta chaqueta la encontré en un contenedor. En un hombre muerto. Bajo el esqueleto de un zorro») y «arreglarse para salir» consiste en poco más que lavarse la cara, calzarse las Doc Martens o unas deportivas, y ponerse esmalte de uñas negro, de una libra, mientras vas al centro en el autobús.

Pero ahora crees haber encontrado «el vestido»... y resulta que «el vestido» necesita «un cinturón», y luego tienes que encontrar un bolso a juego, pero sin pasarse, y que vaya bien no sólo con las medias idóneas sino también con algo para «ponerse por encima» si refresca. Es como el jodido *Dragon's Quest*, una lista interminable de cosas que tienes que buscar, y probarte, y encontrar; probablemente en una cueva o debajo de un vidente. Ese algo para «ponerse por encima» no puede ser un anorak ni una manta de picnic, rescatada del hueco de la escalera, por cierto, sino una chaqueta deconstruida, una americana, una *pashmina* de doscientas libras o una «torera», prenda desconocida que a mis ojos inexpertos parece una chaquetilla encogida hecha por un idiota. Todo esto es un coñazo. Va a quitarme muchísimo tiempo para hacer el pudin de pan con mantequilla.

Y el punto culminante de todo esto son los zapatos, especialmente de tacón. He pasado toda mi vida en deportivas y botas, pero es obvio que, si quiero triunfar como veinteañera, debo salir a comprarme unos tacones. Las revistas femeninas que leo se muestran tajantes: los tacones son una parte no negociable de ser mujer, junto con el potencial de dar de mamar y el cromosoma XX. Se supone que las mujeres tienen que rendir más culto a sus tacones que a su propio cuerpo o a sus ideas. Se supone también que tienen muchos más tacones que cuerpo o ideas. Al contrario de lo que ocurre con el culo y con las ideas revolucionarias, ¡¡¡¡¡nunca se tienen demasiados zapatos!!!!!!!!!!!!

«Nadie se mete con una mujer que lleva tacones», concluye un artículo de *Elle*. «Son tu mejor arma en la guerra del estilo.» Parece que esta mierda va en serio.

Al día siguiente, decido dar una oportunidad al hecho de ser una mujer adulta y salgo a comprar mi primer par de tacones altos. Aún no lo tengo muy claro; los tacones que me compro finalmente, victoriosa, son unas sandalias de plástico color azul cielo, con plataforma, que me cuestan 9,99 libras en Barratts. Mis pies sudan tanto con ellas que chirrían ligeramente al andar, como si las plantillas estuvieran hechas con ratones y yo los aplastara lentamente al pisar. Además, me hacen mucho daño en el dedo gordo y en la zona del talón; pero ¡da igual! ¡Llevo tacones! ¡Soy una mujer!

Esa noche, intentando subir con ellos una escalera durante una actuación, tropiezo y me caigo justo encima de Graham Coxon, de Blur; le tiro todo mi whisky con CocaCola en una pierna.

–¡PUAJ! –grita Graham.

–Son mi mejor arma en la guerra del estilo –digo, tristemente–. Nadie se mete con una mujer que lleva tacones. Soy una mujer.

–¡PUAJ! –repite Graham, mirando su pierna empapada–. ¡Serás imbécil!

Con todo, no me rindo fácilmente. Trece años después tengo muchos más pares de zapatos de tacón alto y muchas más anécdotas de las veces que he acabado mal por llevarlos. De hecho, tengo una caja llena de este tipo de zapatos debajo de la cama. Cada par fue como el primer pago de una nueva vida que había visto en alguna revista, y que imaginé conseguiría más tarde, ahora que tenía los zapatos «perfectos». Aquí están. Aquí están todos los zapatos que no uso:

1) Tacones plateados de cuña y con tiras en el tobillo de Kurt Geiger. Utilizados: una vez, en una ceremonia de entrega de premios. Recibí tres cumplidos, SÍ, pero también me di cuenta de que mis andares con ellos eran algo menos femeninos y seguros que los de Dame Edna Everage,¹ de ochenta y dos años, que asistía también al festejo.

2) Zapatos de salón de terciopelo rojo, Topshop. Utilizados: una vez, en una cena de cumpleaños en el Soho. A pesar de que estuve sentada toda la noche, los zapatos me apretaban tanto y me hacían tanto daño que no tuve más remedio que quitármelos. Luego las cosas se pusieron «interesantes» y, cuando me desperté por la mañana, sólo llevaba uno. Recuerdo vagamente haber dejado el otro sobre la cisterna de un baño «para que estuviera a salvo», en ese bar español abierto toda la noche que hay a la vuelta del HMV Megastore de Oxford Street.

3) Zapatos de salón de terciopelo gris, exactamente iguales que los zapatos de salón de terciopelo rojo, si exceptuamos el color. «Conviene tener este tipo de zapato tan versátil también en un color neutro», pensé. ¡Dios, soy un as comprando zapatos!

4) Zapatos de tacón de casi ocho centímetros y color azul pavo real, con una especie de volante en la parte delantera. Los llevé en una fiesta en la que acabé hablando con Noddy Holder,¹ de Slade, un miembro de la realeza de Wolverhampton al que llevaba toda la vida deseando conocer. Desgraciadamente, por grande que fuera el entusiasmo con que intenté sumergirme en Noddytopía, lo cierto es que los pies, a esas alturas, me dolían tanto que tenía que apoyar alternativamente uno u otro mientras se me caían las lágrimas. Finalmente tuve que disculparme por no poder seguir hablando con mi ídolo, y me senté en un pasillo a masajearme los pies, haciendo muecas de dolor.

5) El mismo modelo de nuevo, pero en blanco. «Conviene tener este tipo de zapato tan versátil también en un color neutro», pensé. ¡Dios, soy un as comprando zapatos!

6) Un par de zapatillas turcas de punta curvada en gris plata y rojo frambuesa. Como ocurre con el noventa por ciento de las cosas absurdas imposibles de llevar que compramos las

mujeres, mientras entregaba mi tarjeta de crédito, pensaba: «Es lo típico que se pondría Kate Moss para salir un momento a por tabaco.» Y, como el noventa por ciento de las mujeres cuando llegan a casa, tuve que admitir que lo que en Kate Moss tiene un aire bohemio y de reptil, en mí recuerda a aquel juego de ponerse gorro, guantes y bufanda y después comerse una tableta de chocolate con cuchillo y tenedor. Pero en el peor sentido.

Tengo seis pares más: unas sandalias de gladiador doradas que son como un torniquete en el dedo gordo; unos botines marrones hasta el tobillo que, por la noche, dejaban de ser «cutres» para convertirse en «algo que llevaría una mujer convencional llamada Barbara»; aquellas sandalias de Doc Martens tan pesadas que llegué a creer realmente que estaba desarrollando el síndrome de fatiga crónica la primera y, en consecuencia, última vez que me las puse.

Y, sin embargo, tengo entendido que mi colección de Zapatos Que No Me Pongo (perfectamente alineados en una caja debajo de la cama, como un ejército de terracota, de la talla 39) es bastante discreta dentro del conjunto de Colecciones de Zapatos Que Las Mujeres No Se Ponen. Tengo una amiga que tiene veintisiete pares de zapatos de tacón de los que no puede desprenderse, aunque sólo se los haya puesto una, dos o incluso ninguna vez. Todas las mujeres tienen algún alijo de zapatos escondidos en algún lugar de la casa.

¿Por qué no se los ponen? Señoras, voy a arriesgarme. Voy a decir lo que en estos trece años he ido descubriendo poco a poco, y lo que, en cualquier caso, todas sabemos en nuestro fuero interno la primera vez que nos ponemos unos tacones: sólo hay diez personas en el mundo, increíbles, que deberían realmente llevar tacones. Y seis de ellas son *drag queens*. Las demás deberíamos... renunciar. Rendirnos. Aceptar finalmente lo que nos dice la naturaleza. No podemos andar con ellos. NO PODEMOS ANDAR CON ESOS ENDEMONIADOS TRASTOS. Para eso podríamos salir a pasear con botas antigraedad o patines.

La imposibilidad de andar con tacones altos resulta evidente en nuestro entorno, llegando al sùmmum en un banquete de boda cualquiera, una ocasión clara de llevar tacones altos. En nuestra imaginación, parece una reunión serena y elegante de mujeres con sus mejores galas. Una de las grandes oportunidades del año para simular que estamos en la ceremonia de los Oscar, con nuestros tacones de aguja. En realidad, por supuesto, lo que parece es la Junta General de la Unión de Imitadoras de Tina Turner: mujeres tambaleándose por todas partes en una desacostumbrada verticalidad; carne del pie desparramándose por encima del apretado e incómodo raso; dedos insensibles durante varios días.

Las escasas personas que pueden andar elegantemente con ellos resultan asombrosas, desde luego. Andar con tacones es una habilidad tan sorprendente como caminar por una cuerda floja o hacer aros con el humo del pitillo. Yo las admiro. Deseo que todo les vaya bien. Me encantaría ser una de ellas. Pero son una minoría muy pequeña. Para el resto, la gran mayoría, nuestra elegancia es inversamente proporcional a la que imaginamos al comprarlos. Andamos como patos, nos torcemos los tobillos, somos incapaces de bailar, y no dejamos de hacer gestos de dolor mientras siseamos: «Estos PUÑETEROS zapatos. Mis pies me están matando.»

Cuando empieza realmente la celebración, el ochenta por ciento de las mujeres está descalza o en medias, y una hilera de tacones de aguja, en cuña o Luis XIV, abandonados, bordea la carpa. Las mujeres pasan más tiempo comprándose zapatos para una boda que llevándolos en esa boda.

Pero, incomprensiblemente, aceptamos sin dudar la inutilidad de los tacones. La aceptamos lánguidamente, encogiéndonos de hombros. Nos dan igual los miles de libras que gastamos a lo largo de la vida en zapatos que sólo llevamos una vez, y con gran sufrimiento. Es más, estamos extrañamente orgullosas de ello. Las mujeres se compran zapatos y, entre risitas, comentan: «Por supuesto, me destrozan; me quedará toda la noche sentada en la barra del bar, y, cuando quiera ir

al baño, tendrán que ayudarme mis amigas, o cualquiera que pase»; aunque suene COMPLETAMENTE DESCABELLADO, como si alguien dijera: «Acabo de comprarme una casa; no tiene tejado, por supuesto, así que me sentaré en el salón con un paraguas.»

¿Por qué pensamos, entonces, que llevar tacones es una parte intrínseca de ser mujer, aunque sepamos que no funciona? ¿Por qué tenemos una fijación fetichista con esas cosas que nos hacen andar casi universalmente como patos mareados? ¿Tenía razón Germaine Greer? ¿La finalidad del tacón es atraer a los hombres para que se acuesten con nosotras?

La respuesta, desde luego, es no. Las mujeres llevan tacones porque piensan que sus piernas parecen más delgadas; eso es todo. Piensan que al andar de puntillas, sus piernas pasan de la talla 42 a la talla 38. Pero no es así, por supuesto. Existe el precedente de una pierna grande y gorda que disminuye poco a poco hasta convertirse en un punto..., pero es una pata de cerdo.

Y la mayoría de los hombres desconfían e incluso tienen aversión a los tacones. Muchas veces los ven con Antagonismo. Y esto ocurre porque:

- a) Una chica con tacones hace que un hombre se sienta más bajo. Desde el punto de vista masculino, es como hacer que una mujer se sienta más gorda. No les gusta.
- b) Una mujer con tacones tiene, estadísticamente, muchas probabilidades de terminar la noche con los zapatos en la mano, descalza y exigiendo que la lleven a caballo hasta la parada de taxis «para no mancharse las medias». Los hombres son siempre las monturas que deben cargar con ellas. Sólo por esto, los hombres temen a una mujer que se acerca tambaleándose al inicio de la noche –con el dolor de pies reflejado ya en su rostro– y se sienta a cenar suspirando como una anciana.

A los treinta y cinco años, lo he conseguido. He renunciado finalmente a los tacones, si exceptuamos un par de zapatos de claqué amarillos inexplicablemente cómodos y otro par de la década de 1930, de terciopelo verde, con los que puedo bailar. En realidad, he renunciado prácticamente a todos los zapatos de mujer. Incluso los zapatos planos de mujer son frágiles y sin gracia comparados con los de hombre. Tengo botas de montar de hombre, botas de motero de hombre, zapatos gruesos de cuero de hombre y algunos Doc Martens, todos muy bien fabricados, cómodos, más baratos que los que venden en la sección de mujeres, y que resultan un final maravillosamente diferente para una pierna que se esperaba terminara en un punto largo, delgado y doloroso.

He decidido declararme en huelga contra los zapatos de mujer. Me mantendré al margen del mundo de los zapatos femeninos hasta que los diseñadores fabriquen unos modelos con los que sea posible andar más de una hora –como si el paso de Gene Kelly fuera lo normal–, y que no te dejen luego el pie dolorido. Soy consciente de que mis demandas contra el calzado son muy minoritarias en este momento –quién sabe cuánto tiempo durarán las secuelas de la larga década del jodido Blahnik de *Sexo en Nueva York* en nuestra sociedad–, pero estoy completamente decidida a mantenerme firme. Al fin y al cabo, he visto esas fotografías de los pies descalzos de Victoria Beckham llenos de juanetes. No quiero dedos que parezcan empanadillas de talidomida. Si voy a despilfarrar quinientas libras en un par de zapatos de diseño, tienen que ser unos con los que a) pueda bailar «Bad Romance» y b) me permitan huir de un asesino, si éste decide súbitamente empezar a perseguirme. Es lo mínimo que le pido a mi calzado. Poder bailar con él y no ser asesinada por su culpa.

Bolsos

Por supuesto, el otro artículo de moda por el que dicen que se vuelven locas las mujeres es el bolso. Hace mucho tiempo que sabemos por qué: aparte de los zapatos, el bolso es lo único que nunca estás demasiado gorda para llevar. Nadie ha sufrido dismorfia ni ha llorado en un probador al ver cómo le sentaba.

A los treinta y cinco años, he tenido dos hijas, he pagado la mitad de la hipoteca, me he emborrachado con Lady Gaga, he preparado mi propio guacamole, sé bailar treinta segundos de la parte más sencilla de «Single Ladies», tengo dos opiniones contrarias sobre la globalización, conozco la maniobra de Heimlich y una vez obtuve cuatrocientos veinte puntos en el Scrabble.

Pero aún hojeo esas revistas femeninas, y están consiguiendo que me sienta realmente mal con mis logros. Porque todavía no tengo un «bolso de inversión».

Mi postura ante los «bolsos de inversión» ha sido siempre que, de invertir seiscientas libras, lo haría probablemente en bonos de Correos, y no en algo que, por lo general, vive en el suelo de los pubs, o que algunas veces utilizo para llevar dos kilos de patatas a casa. Pero empiezo a comprender que, en el tema de los bolsos, estoy en minoría. Las mujeres normales, dice *Grazia*,¹ no se compran un bolso de cuarenta y cinco libras en Topshop cada cinco años: lo que yo hago. Las mujeres normales tienen docenas de bolsos: pequeños, sin patatas, de seiscientas libras de inversión como un «tote» de Mulberry.

Con creciente preocupación, me enteré de que tener un bolso de seiscientas libras es como estar enamorado del Joker en *Batman*. TIENES que hacerlo. Es un hecho irreductible de ser mujer.

Las cosas llegaron a su punto crítico en la hoy desaparecida revista *Observer Woman*. Lorraine Candy, redactora jefe de *Elle*, intentó vestirse una semana sólo con ropa de las grandes cadenas de moda. El miércoles escribió: «He perdido. Me he dado cuenta de que no puedo ser una mujer elegante con sus graciosos bolsos y sus botines sexis sin lo único que consigue que mi atuendo funcione: mi nuevo bolso Chloé. Estoy avergonzada.»

Me pareció horrible cuando lo leí: nadie había criticado antes mi bolso barato delante de mí. Pero vivimos en un país reservado. No sé cómo reaccionarían ante mi bolso de cuarenta y cinco libras en un lugar más expresivo; Portugal, por ejemplo, o Texas. Quizá se subirían de un salto a una silla gritando «¡DIOS MÍO!», e intentarían dar un escobazo a mi bolso barato, como fuera una alimaña.

Esa noche tomé una decisión. Una de las cosas que sabe una mujer moderna es que eBay tiene bolsos de imitación de grandes firmas que no se distinguen de los auténticos. Pero, aunque tecleé «grandes imitaciones de bolsos de seiscientas libras por cien libras» en el campo de búsqueda, no apareció nada.

De lo más intrigada busqué bolsos de seiscientas libras a seiscientas libras. Vuitton, Prada, Chloé; trescientas, cuatrocientas sesenta y siete, quinientas ochenta y dos libras.

Dios, eran horribles. Como el *Guernica*, en piel de poni. Intenté buscar uno que me gustara. De veras que lo intenté. De cuero, con borlas y extrañamente deformes, muchos se parecían a los huevos de Tom Jones, con asas. Otros estaban cubiertos de correas, hebillas y metales, como un potro sadomasoquista.

Había una página entera de bolsos de mano con enormes broches dorados; como si alguien hubiera derretido a Grace Jones en 1988, y sólo hubiera quedado de ella su cazadora de cuero y unos enormes pendientes.

En la página catorce de mis resultados de búsqueda encontré finalmente uno que me gustaba, de Marc Jacobs. Era amarillo brillante *acid house*, y tenía la imagen de Debbie Harry. Pero mi

alegría de haber encontrado un bolso de seiscientas libras se vio mitigada cuando, al analizarlo más detenidamente, resultó ser un bolso de lona de diecisiete libras; en pocas palabras: el único artículo de diseño que me llamó la atención fue una bolsa de la compra de Marc Jacobs.

No vivo al margen de la moda. He aprendido algunas cosas sobre el estilo a lo largo de los años. Unos zapatos de color amarillo brillante son sorprendentemente versátiles; las medias con dibujos nunca son una buena idea. Y si por culpa del caos, del destino o de un atasco en la colada acabas con un modelo alarmantemente aleatorio (calcetines, Crocs, chaqueta de esmoquin y un tricornio en la cabeza), no tienes más que mirar a la gente a los ojos y decir con la seguridad de un cocodrilo: «No me gusta ir demasiado... conjuntada.»

Pero si no logro conectar con las cosas más refinadas de la vida, y a lo único que puedo conectarme emocionalmente es a una pretenciosa bolsa de la compra, supongo que es la confirmación de que decididamente pertenezco a la clase baja.

Para ser sincera, el bolso que probablemente más me gustaría sería una enorme patata hueca con asas. Un rey Eduardo gigante con correas de cartera. De ese modo, en tiempos de crisis, podría cocinar y comerme el bolso, y sobrevivir al invierno. Así actúa mi gente.

Y sin embargo, a pesar de todo, mi rechazo a la psicología del bolso seguía dándome que pensar. Sí, puede que esos bolsos de seiscientas libras sean visualmente poco atractivos, reflexionaba. Pero quizá, al tocarlos, surja algún tipo de magia de seiscientas libras que haga que merezcan la pena.

Deben de estar fabricados con un cuero tan suave como la mantequilla, me dije, sin saber muy bien lo que significaba. De cerca, siempre notas la diferencia. Tendría que ir y comprobarlo al tacto.

Fui a Liberty y me di una vuelta tocando bolsos, esperando caer bajo su hechizo. Todos me parecieron bolsos, sólo eso. Vi, sin embargo, una cartera plateada que me gustó. De doscientas veinticinco libras.

¡Tengo clase, después de todo!, pensé corriendo hacia la caja, incurriendo de inmediato en el pago de cuarenta libras de comisión por descubierto y en un sonado cisma en mi matrimonio. «¡Quizá tenga un tío secreto que es conde! ¡La ilustre cuna acabará saliendo! ¡Por fin ansío objetos de diseño caros! ¡Soy normal! Gracias, *Grazia*.»

Cinco días después me robaron la cartera plateada en Gower Street. Resulta que los carteristas también leen *Grazia*. Son capaces de localizar complementos caros a quinientos metros.

También resulta que los maridos no leen *Grazia*, y, por muy estupendos y amorosos que sean, son incapaces de no decir esporádicamente: «¡Doscientas veinticinco libras! ¡Por una cartera! ¡SANTO CIELO!», como si acabaras de apuñalarles violentamente los huevos con un tenedor, y luego, dejándolo allí, hubieras colgado tu abrigo en él mientras ibas a darte un baño.

Mi cartera actual costó veinticinco libras en los zapateros de Crouch End. Dudo mucho que vaya a «mejorarla» próximamente.

En cualquier caso, seamos realistas: el bolso en sí da un poco igual..., lo importante es lo que llevas dentro. Después de haber analizado el tema exhaustivamente durante años, he conseguido la lista definitiva de lo que REALMENTE necesitas llevar en el bolso:

- 1) Algo que pueda absorber enormes cantidades de líquido.
- 2) Lápiz de ojos.
- 3) Imperdible.
- 4) Galletas.

Con esto se cubren todas las eventualidades. No necesitarás nada más.

Ropa

Bueno, ya están mis pies y dónde llevar el tabaco. Pero ¿cómo me visto ahora? Al ser una feminista exaltada, ¿qué me pongo?

Las mujeres saben que la ropa es importante. Y no sólo porque nuestro cerebro esté lleno de lazos, polisones y vestidos de cóctel (sé que algún escáner del cerebro algún día lo demostrará). Es porque, cuando una mujer entra en una habitación, su ropa es lo primero que habla, antes incluso de que ella abra la boca. Se juzga a las mujeres por el modo en que visten de una forma que a los hombres les resultaría incomprensible. Ellos jamás han sentido ese momento embarazoso en que alguien evalúa lo que llevas, y luego empieza a hablarte en tono condescendiente, o a mirarte con lujuria, o supone que no vas a «entender» la conversación –sea de trabajo, de la crianza de tus hijos, o de cultura– sólo por el modelo que te has puesto ese día.

«¡Un momento!», te gustaría decir a menudo. «Si hubiera venido con mi chaqueta universitaria de pana en vez de con este vestido para llevar a las niñas al colegio, ¡me incluiríais en vuestra conversación sobre Jung! Si pudierais ver mis “zapatos políticamente comprometidos”, ¡no me hablaríais así de Tony Benn!¹ ¡Mirad! Puedo enseñaros su foto en mi iPhone. ¡TENGO UN MODELO PARA ESTA OCASIÓN, SÓLO QUE NO LO LLEVO PUESTO!»

Desde luego, estos ejemplos son meramente irritantes, y estarían en la misma categoría que los atuendos «equivocados» que te hacen sentirte desmoralizada cuando ves tu imagen reflejada en un escaparate, y que te empujan a tomar decisiones «estoy gorda» muy poco afortunadas; como comprar, presa del pánico, bragas para un harén o un decepcionante sándwich bajo en calorías.

En el peor de los casos, un modelo equivocado puede destrozarte la vida. Puede conseguir que un juez desestime tu caso de violación, como se hizo patente en 2008 en el caso del «Vaquero Ajustado» (donde se afirmó que una mujer con vaqueros ajustados no podía haber sido violada porque ningún hombre puede quitar unos vaqueros ajustados a una mujer sin ayuda); o en el estudio de Amnistía Internacional que reveló que un veinticinco por ciento de la gente pensaba que la mujer tenía la culpa de que la violaran si vestía de manera «provocativa».

Las féminas saben que una mujer vestida cómoda, informalmente, incluso con cierto desaliño, lo más probable es que sea considerada profesionalmente mucho menos seria que un compañero varón que vista exactamente igual. Las chicas en vaqueros y deportivas no son promocionadas. Los hombres en vaqueros y deportivas, sí. En el caso de las mujeres, lo que parecemos se considera generalmente sinónimo de lo que somos; y por ese motivo, nuestro aspecto sigue dictando a menudo lo que pasará a continuación.

Así que, cuando las mujeres se preocupan por la mañana de qué van a ponerse, no es porque queramos ser un icono de la moda internacional. No estamos intentando ser Victoria Beckham, sobre todo porque hay un montón absolutamente gigantesco de tostadas con nuestro nombre esperándonos en el piso de abajo, y porque hemos esbozado alguna sonrisa en los últimos quince días.

No. Lo que estamos intentando dilucidar es si todo el mundo va a «entender» ese día lo que llevamos puesto; si estamos «diciendo» lo correcto en una conversación llena de pequeños matices. Porque la moda es sólo un diálogo insinuado; como esos discursos para padrinos de boda que puedes descargar en internet. Se supone que las mujeres llevan su propia versión personalizada. Se supone que hablamos desde el corazón con lo que nos ponemos. Tenemos que encontrar nuestro propio fondo de armario, cosas que sean «nosotras», cosas para ir «elegantes e informales», «prendas clásicas» y «chaquetas... con un toque personal». Es una de las presuntas Habilidades De Una Mujer, junto con ser «mejor» haciendo la colada, estar en su elemento

quedándose todo el día en casa con un bebé y no importarle en absoluto que los hombres sean considerados más graciosos.

Se supone que las mujeres son Buenas con la Ropa, y hay que mirar con desprecio a aquellas que no lo son; aquellas que se cargan siquiera un modelo, como puede verse en todas esas secciones de «El círculo de la vergüenza» / «¿Qué llevas puesto?» que todas las semanas aparecen en revistas y tabloides. Destacadas mujeres del mundo de la política son severamente censuradas por un par de zapatos «mal elegidos». No puedes decir que todo esto te pone de mal humor, te indigna o te desespera, que te importa un pepino lo que lleve Angelina Jolie al bajarse de un avión, o que Susan Sarandon esté entrando en sus atractivos sesenta con una boina. Lo mejor de la moda, y me encanta un vestido bonito, es que sea un juego. Pero para las mujeres es un juego obligatorio, como el *netball*.¹ Y no puedes abandonar el partido fingiendo que te ha venido el período. Lo sé. Lo he intentado.

Y así, para una mujer, cada modelo es un conjuro de esperanza, capaz de influir en el desarrollo del día. Un acto para intentar predecir tu destino, similar a mirar el horóscopo. No es extraño que existan tantas revistas de moda. No es extraño que la industria de la moda se valore en novecientos mil millones de dólares al año. No es extraño que el primer pensamiento de una mujer ante casi cualquier acontecimiento de su vida (en el trabajo, en la nieve o al dar a luz) sea el grito medio desesperado de «¿Qué voy a ponerme?».

Cuando una mujer dice «¡No tengo nada que ponerme!», lo que está diciendo realmente es «No tengo nada que me haga ser quien se supone que debo ser hoy».

Porque no es fácil encontrar ropa con la que te encuentres bien. «¡Aquí no hay nada para mí!», es el lamento que se escucha en las grandes cadenas de moda, después de tres horas, habiendo comprado únicamente unas medias, una tabla de picar plegable y unas chaquetas del uniforme de los niños. «Todo es cinco centímetros demasiado corto, dos tonos demasiado brillante, y NO TIENE MANGAS. ¿POR QUÉ NO TIENE MANGAS? SI A TODAS LAS MUJERES DE ESTE PAÍS LES PERMITIERAN IR CON LOS BRAZOS TAPADOS, COMO PRETENDÍA DIOS, LAS PRESCRIPCIONES DE XANAC¹ SE REDUCIRÍAN A LA MITAD EN QUINCE DÍAS. ¿POR QUÉ NO HAY NADA PARA MÍ EN ESTA TIENDA TAN ENORME Y TAN EXAGERADAMENTE ILUMINADA?»

Pero, por supuesto, allí no hay nada para ti, especialmente para ti. Antes de que existieran las grandes cadenas de moda, las mujeres se hacían su propia ropa o iban a una modista, así que todo lo que llevábamos era la honrada expresión de quienes éramos, y de lo que nos hacía sentirnos cómodas, dentro de lo que marcara la moda del momento, desde luego.

Con la llegada de la moda de masas, sin embargo, ni una sola prenda de la ropa que se vende es «para» la mujer que la compra. Todo lo que vemos en Topshop, en Zara, en Mango, en Urban Outfitters, en Next, en Peacocks y en New Look está fabricado para una mujer completamente imaginaria (una idea en la mente del diseñador), y lo compramos si nos gusta, digamos, un setenta por ciento. Esto en el mejor de los casos. Rara vez, por no decir ninguna, conseguimos algo que sea cien por cien «nosotras», y que realmente deseemos (aunque jamás lo admitamos en nuestro fuero interno). La mayoría de las mujeres van por la vida con prendas que se imaginan un poquito mejores. Unos centímetros más largas por aquí. Sin este trenzado. En un azul algo más oscuro. Es lo primero que nos decimos una a otra: «¡Me encantaría que lo tuvieran sin este cuello!»

Porque si sabes que no me gusta este cuello, entonces sabrás quién estoy intentando ser en realidad.

Y, por supuesto, como todo está hecho para una mujer imaginaria, a menudo nada de ello sirve

para una mujer de carne y hueso. Todas podemos recordar temporadas llenas de prendas delirantes (fosforescentes, color melocotón, vestidos cortos y ajustados, miriñaques) tristemente colgadas en su percha de mayo a septiembre, esperando que aparezcan las mujeres imaginarias para las que fueron diseñadas, y que éstas las compren.

Es frecuente que una mujer, al ver la moda de la siguiente temporada (vestidos de una sola manga, monos, estampados de flores, bombachos fetiche para el día con corchetes en el trasero), exclame: «¿Pero por qué los diseñadores no piensan primero en lo que favorece a una mujer? ¡No quiero tener que “vender” este modelo! ¡Quiero que él me venda a mí! Si tengo que pagar 79,99 libras, ¡quiero que me haga ese favor! ¡QUIERO QUE LA ROPA ESTÉ DE MI PARTE!

Nunca me había percatado realmente de cuán poco estaba la moda «de mi parte» hasta que hice una sesión de fotos para *The Times*. La idea era vestir a «una mujer normal» con lo que se llevaría la próxima temporada: colores pastel, ropa de safari, dibujos psicodélicos, corsé como prenda exterior y mallas estampadas.

«Haremos que salgas maravillosa», me prometió el director. «El estilista y el fotógrafo son asombrosos. Cuidaremos de ti.»

Las siguientes ocho horas fueron las peores de mi vida que no hayan terminado en una episiotomía. Hasta ese momento, siempre había pensado que lo único que me impedía ser como Kate Winslet en la alfombra roja eran diez mil libras en ropa, peluquería, maquillaje, estilistas y un buen fotógrafo. Y, en efecto, en las fotos que me hicieron estoy estupenda. Me sacaron algunas fotos en las que salgo realmente atractiva con un corsé, pantalones de camuflaje de seda y tacones de diez centímetros. A decir verdad, si hubiera visto mi imagen con ese modelo en una revista, habría pensado ¡Tengo que probármelo! ¡Le queda estupendo! Y tiene un culo parecido al mío, aunque un poco más grande. ¡Ja, ja, ja!

Todo el mérito era de las fotos, sin embargo: la posición ideal en la que todo cuadraba. Nos llevó veinte minutos, media hora, una hora, encontrar la posición en que la ropa quedaba mejor. El resto del tiempo se fue en disimular la pezuña de camello, el antebrazo demasiado gordo o las chichas de la cintura. Los vestidos se ensancharon, se sujetaron con pinzas, se ataron con cintas; cambiaron la luz; me arreglaron el peinado; trajeron sombreros, urgentemente, para que los hombros guardaran una proporción cruel. Me sentí como una vaca. Una vaca amorfa y patosa que no estaba a la altura. Se suponía que yo iba a vender esa ropa encontrando su «mejor» ángulo, presentándola, haciendo que funcionara..., pero mis tetas eran un desastre, y mi culo demasiado grande, y mis brazos no tenían solución, tan voluminosos que no había forma de esconderlos. Abandoné aquel estudio, ocho horas más tarde, sudorosa y llorando. Jamás me había sentido tan mal. Sin siquiera la ayuda de poder sonreír —«Muéstrate misteriosa, y sexy. Un poco... en nebulosa»—, me vi reducida por completo a la ropa que llevaba encima, y a lo que parecía mi cuerpo con ella. Y con aquellos modelos, no con los que yo he ido seleccionando con mimo para sentirme bien, era un auténtico fracaso.

No soy estúpida; siempre he sabido que la diferencia entre las modelos y las mujeres normales es que las mujeres normales se compran la ropa para tener buen aspecto; mientras que la industria de la moda compra a las modelos para que la ropa tenga buen aspecto. La mayoría de las prendas no sirven de nada sin las modelos. Ciertamente no servían de nada si las llevaba yo. No podía hacer nada por esa mierda. Ni siquiera era capaz de mantenerme en pie sobre los tacones.

—Lo siento mucho, seguro que las modelos pasan horas haciendo esto —dije pesarosa, poniéndome de nuevo en pie después de haberme caído hacia un lado, torpemente, como un caballo sobre sus patas traseras.

—Oh, no —contestó el estilista, de buen humor—. Ellas también se caen continuamente. Es

imposible andar con esos tacones. Nadie consigue hacerlo. ¡Ja, ja, ja!

Recordé mis años de desesperación al no ser capaz de andar con tacones, pese a que «todo el mundo» los llevaba. Una gran parte de «todo el mundo», pensé ahora, lo hacía en desfiles de moda o sobre una alfombra roja; es decir, no los llevaba realmente como «zapatos» para andar todo el día por ahí. Sólo se los ponía para las fotografías. Sabe que es sólo para las fotografías. Nosotras, las clientas, somos las únicas que los compramos e intentamos después pasar un día entero con ellos; movernos con ellos; vivir con ellos.

Así que, en todo esto, hay muchas cosas que sólo son para la galería, no para la vida real, comprendí finalmente. Aunque nos apoyemos principalmente en ella, la moda no nos ayuda, en el fondo, a vestirnos por la mañana. No si lo que queremos es llevar algo que nos permita andar sin que se nos suba constantemente el dobladillo, o sin tener que sacarnos la costura de la entrepierna. La moda es para quedarse quieta y dejarse fotografiar. La ropa, por otra parte, es para nuestra vida cotidiana. Y la vida es realmente el único lugar donde aprender la lección más importante de cómo vestir y sentirte bien.

Y esto es lo que he aprendido sobre la ropa, haciendo caso omiso de revistas y campañas publicitarias, y sacando la información de donde conviene: a) llorando en un probador de Topshop, embutida en unos *leggings* de PVC, b) corriendo por la calle detrás de alguien despampanante y preguntándole: «¿Dónde has comprado eso?»* o c) con mi hermana Weena entrando en el dormitorio, mirando lo que llevo, diciendo «No» y saliendo otra vez de la habitación.

- 1) La piel de leopardo es neutra.
- 2) Puedes salir con casi todo si llevas medias negras opacas y botas.
- 3) Contrariamente a lo que se piensa, un cinturón no es casi nunca un aliado de la mujer. De hecho, en muchas circunstancias sólo sirve de ayuda visual para que el observador se pregunte: «¿Qué mitad es más gorda, la de arriba o la de abajo?»
- 4) El rojo vivo es neutro.
- 5) El papel celo NO es lo bastante fuerte para arreglar un agujero en la entrepierna de unas medias.
- 6) NO deberías comprar una prenda si, para que te sienta bien, tienes que adoptar un aire sexy en el espejo del probador. Por otro lado, si empiezas a bailar al ponértela, cómprala cueste lo que cueste; a menos que sea una barbaridad, en cuyo caso no podrás, así que no la compres. Las revistas de moda nunca dirán: «No lo compres si no puedes permitirte.» Tampoco tus amigos. Seguramente soy la única persona que te lo dirá en la vida. De nada.
- 7) Nunca deberías describir tu estilo como «una combinación de grandes cadenas de moda y tiendas *vintage*». Recuerda lo que te cabrea cuando Fearne Cotton¹ lo dice. No dejes que el maltratado se convierta en maltratador.
- 8) Es muy, muy improbable que un vestido por encima de la rodilla, ceñido, estilo década de 1950, con mangas, y una chaqueta de lana te sienten mal. ¿Has visto la pinta que tiene Christina Hendricks, la exuberante Joan Holloway de *Mad Men*, la mujer a la que *Vanity Fair* bautizó recientemente como «El Cuerpo», con un pantalón de camuflaje y un top? Horrible. He aquí una lección para todas.
- 9) Los pantalones más favorecedores que podrás tener jamás son unos pantalones negros de correr con un alto contenido en licra. Te hacen los muslos y el culo minúsculos. Estuviste dos años intentado armarte de valor para salir con ellos, con unas botas hasta las rodillas y una chaqueta, pero siempre te echaste atrás en el último momento. Nunca dejarás de arrepentirte.

- 10) El lamé plateado es neutro.
- 11) También las lentejuelas doradas.
- 12) En vez de comprarte una prenda en la que ponga «Lavado en seco», mete un billete de cincuenta libras en su bolsillo y sal de la tienda, dejando las dos cosas en la percha. A la larga te ahorrarás dinero, tiempo y el poco edificante espectáculo de tener que ponerte desodorante extrafuerte en las axilas, a toda prisa, camino de una reunión.
- 13) Todo lo de Per Una de Marks & Spencer te hace parecer un poco lunática. No sé por qué, pero es verdad.

Y esto es lo que he aprendido sobre la moda.

12. POR QUÉ DEBERÍAS TENER HIJOS

Un mal parto

No fue ninguna sorpresa para mí descubrir que era un desastre pariendo. Ninguna sorpresa. Cuanto sé de partos es lo que he visto en mi madre, que, después de dar a luz a mis hermanos, volvía pálida como la cera, y entraba renqueante en casa, las siete veces con una historia tremenda: un parto de nalgas, una cesárea de urgencia, un pinzamiento de nervio, un cordón umbilical con vueltas. Con la quinta, Corinne, la placenta se quedó dentro, y una comadrona sin experiencia agarró sin más el cordón umbilical y tiró de él como si fuera la correa de un beagle testarudo. Mi madre tuvo tal hemorragia que tuvieron que ponerle casi dos litros y medio de sangre, y, cuando la mandaron a casa, fue como recibir a alguien que padeciera neurosis de guerra.

Yo tenía once años, y llevaba al bebé por la casa como si fuera un cruce entre una muñeca y un bebé mono. A todos nos aterrorizaba que mamá volviera a sufrir un colapso. Se desmayó en el supermercado; en mitad de la escalera. Era como si el bebé fuera esencial para ella, y tuviera que haberse quedado dentro. Parecía destrozada sin él.

Con el siguiente bebé, Cheryl, dos años después, fue peor. Mamá volvió con un pinzamiento en el hombro, y sin poder moverse. Pasó un largo y caluroso verano tumbada en el salón, llorando, con las cortinas echadas, mientras la casa se sumía en un caldo caliente de moho, hormigas y niños asustados. Con trece años, alimenté a la familia con latas de salchichas baratas y galletas con mermelada; el nuevo bebé mono en una caja de cartón a mis pies, con el anterior a su lado. Fue horrible hasta finales de septiembre, cuando el calor remite, y mamá empezó a dar vueltas de nuevo, lentamente; matando hormigas con agua caliente y lejía.

Así que, cuando me quedo embarazada a los veinticuatro años, sé cómo cuidar un bebé (lo metes en una caja de cartón y comes salchichas de lata) y tengo terror al parto. Sinceramente, no creo que pueda hacerlo. No sé cómo se hace. Soy enfermiza, deliberadamente ignorante. En la revisión de los seis meses, hago un comentario sobre una escultura extraña, moderna, que hay encima de la cama. En plástico blanco, parece mostrar diez ojos sin pupila que van agrandándose, como en señal de alarma.

–¿Qué es eso? –pregunto, alegremente–. ¿Un plagio de Jeff Koons?

–Son las fases de dilatación del cuello del útero –responde la comadrona, perpleja–. Desde cero hasta nueve centímetros.

–¿El... cuello del útero? –exclamo–. ¿Para qué se dilata el cuello del útero?

–Así es como sale el bebé –me dice la comadrona, mirándome como si hablara con una loca–. Eso es un parto: el cuello del útero se dilata poco a poco para dejar salir al bebé.

–¿El cuello del útero? –repito, de lo más alarmada–. ¡Un bebé no puede salir por ahí! ¡No es un agujero! ¡Lo he notado! ¡Es algo sólido!

–Bueno, por eso hay que hacer... un pequeño esfuerzo –contesta la comadrona, lo más diplomáticamente que puede.

En ese momento, comprendo que no puedo tener un bebé. Es imposible. No puedo dilatar el cuello del útero. No sabría siquiera cómo empezar.

Así que, durante todo el embarazo, siento verdadera lástima de los encantadores médicos y las diligentes comadronas cuando hablan de mi próximo parto. No va a producirse, pienso. Es como

si alguien les hubiera contado a todos –enfermeras, ginecólogos, mi marido– que, a los nueve meses, voy a hacer un número de magia y volar milagrosamente por la habitación como Peter Pan, o –casi literalmente– conseguir que salgan monos de mi culo. Las butacas están colocadas y el público espera pacientemente.

Pero, claro está, yo sé que no tengo poderes mágicos. Sé que no hay un ápice de hechicería en mi cuerpo. He hecho cuanto he podido para alentar la magia y que ocurra: la piscina de parto está instalada en el salón, rodeada de velas esperando que alguien las encienda. Tengo hierbas y música y esencias para quemar. Estoy lista para pronunciar el encantamiento..., pero pasan una, dos semanas desde que he salido de cuentas, y me siento como un chamán fracasado que señalara el cielo con su vara, gritando «¡MIRAD! ¡LA LLUVIA!» mientras las cosechas se marchitan en los campos y las mujeres lloran.

Cuando me empiezan las contracciones, son dolorosas pero inútiles. El bebé, desgraciadamente, viene de nalgas –su cráneo oprime mi columna vertebral– y las comadronas me explican apenadas que, aunque la magia ha comenzado, en mi ignorancia he conjurado sin querer a los espíritus malignos: los partos de nalgas son largos, difíciles y poco agradables. Después de veinticuatro horas sin dormir, me recomiendan que vaya al hospital. Lloro. Ellas insisten.

Y, bajo la luz deslumbrante de la sala, enfrentada al prodigio de la impecable tecnología moderna y sus pitidos, la magia se desvanece. El chamán, descubrimos, no es más que un hombre viejo con un bastón que se aleja arrastrando los pies y desaparece para siempre: las contracciones se detienen por completo.

Una comadrona sueca con cara amargada me examina mientras lloro sentada en la cama.

«Esto es lo que ocurre a menudo con las mamás que quieren dar a luz en casa», dice, con cierta satisfacción, mientras me separa las piernas y pone una especie de gancho (para escuchar el ritmo cardíaco) en la cabeza de mi bebé. ¡Pobre bebé! ¡Pobre bebé! ¡Lo siento tanto! ¡No era éste el primer contacto físico que soñaba para ti! «Acaban teniendo que venir al hospital para que les rajemos la tripa.»

Finalmente, he dado con alguien que es consciente de lo que yo he sabido desde el principio. Esta bruja ve lo que soy: incapaz.

Desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, la sanidad pública, lenta y concienzudamente, pone en práctica toda la lista de soluciones para sacar de apuros a las mujeres que no tienen éxito. La bolsa de aguas no se rompe..., la rompen con una aguja de hacer ganchillo. Las contracciones se paran..., las estimulan con un dispositivo intrauterino. El cuello del útero no se dilata..., lo van abriendo, dolorosamente, al iniciarse una contracción. Es como si me cortaran en daditos, por dentro, al empezar a asesinarme lentamente.

Me ayudan porque tienen que hacerlo, por supuesto: todo esto son cosas que, en teoría, debe hacer un cuerpo femenino automáticamente y sin tanto revuelo –como las precipitaciones o el cambio de estación–. Romper aguas, empezar las contracciones... son cosas que mi cuerpo debería haber hecho por sí mismo, con sus mecanismos ocultos, como una caja de música.

Pero, debido a mi incompetencia, hay que levantar la tapa de esa caja; y una sala llena de médicos cada vez más preocupados tocan cada nota a mano, ajustando el engranaje del mecanismo. Mi parto no tiene el menor ritmo. Cada nota está siendo forzada.

Como es natural, después de dos días en aquel terrible baile, el bebé empieza, indeciso y como pidiendo disculpas, a morir. En el monitor, su corazón suena como un minúsculo tambor de juguete. Cada vez que una contracción le oprime, puedes oír cómo el tambor se apaga; como si el desfile de Tener Un Bebé discurriera por una calle lejana, o estuviera quizá a punto de desvanecerse en la distancia.

Sé lo que viene a continuación: la oxitocina intravenosa. El Gotero. He leído algo sobre él. Cualquier libro sobre el parto te enseña a temerlo. Cuando tus contracciones son naturales, el cuerpo generalmente mantiene un ritmo y una intensidad que puedes manejar. El Gotero, sin embargo, no tiene tales escrúpulos. Sólo conoce una velocidad: rápido. Es una máquina brutal, un metrónomo para la falta de ritmo. Un reloj atómico imparabile que te hace explotar en contracciones cada minuto, indefectiblemente. Es un marcapasos para la matriz; como las zapatillas rojas de *Las zapatillas rojas*.¹ Te hace bailar hasta caer muerta.

El dolor fue transformador, como pasar del agnosticismo al evangelismo en una hora. El cielo se llenó repentinamente de Dios, y Él sintió un dolor bíblico por mí. Las pausas entre contracciones eran como lamer un grifo que goteara en una casa en llamas, un instante de alivio, pero, cuando te volvías, la humedad te quemaba los labios; las paredes se habían elevado y jamás habían tenido puertas ni ventanas. La escapatoria era darte la vuelta de algún modo, como un pulpo, y alejarte volando por el sendero mágico de tus huesos.

Pero yo era carne y dolor, conectada a unos cables que me monitorizaban, y mi madre no me había enseñado a darme la vuelta.

Y al final, como no era mágica ni podía expulsar monos por el culo, y llevaba tres días y tres noches sumida en aquel fracaso, los médicos tuvieron que atarme con correas y rajarme. En lugar de que Lizzie saliera de mí en medio de una suave y fluida explosión de magia en la Vía Láctea, el doctor Jonathan de Rosa empujó mis riñones hacia un lado y la sacó de mi interior, boca abajo, agarrándola por los pies, como un conejo lleno de mierda en el gancho de un carnicero.

Por supuesto, no te he contado ni la mitad. No te he contado cómo lloraba Pete, ni la mierda que había, ni los vómitos a un metro de altura en la pared, o cómo pedía entre jadeos anestesia y aire, diciendo únicamente «¡boca!», pues había olvidado el resto de palabras. O el nervio que Lizzie dañó con su cara y que, diez años después, hace que mi pierna derecha siga fría y entumecida. O las cuatro epidurales fallidas, que me dejaron las vértebras doloridas y amoratadas, así como la sensación de que el líquido entre ellas era un vinagre caliente y podrido. Y lo peor: el trauma, el trauma de que el nacimiento de Lizzie me doliera tanto; me convirtiera en un animal con una pata atrapada en sus propios huesos, y me obligara a suplicar a los médicos que cogieran un cuchillo y me liberaran.

Durante un año, todos los lunes por la mañana a las siete y cuarenta y ocho miraría el reloj y recordaría el nacimiento, estremeciéndome y dando gracias de que todo hubiera terminado, maravillándome de que las dos hubiéramos sobrevivido.

Lizzie nació a las 8.32, pero fue a las 7.48 cuando me anestesiaron y el dolor, finalmente, desapareció.

Ahora es lunes por la mañana. Estoy en una estrecha cama del hospital, rodeada súbitamente de calma y silencio, con un gotero de suero en la mano y una inyección de morfina en la pierna, y mi marido en una silla y mi hija en una cuna de cristal, y sin siquiera flores en la mesilla, de lo reciente que es todo. Mis ojos parecen enormes por la morfina. Cuando después miro las fotografías, estoy guapísima. Como Stevie Nicks, drogada, en Mulholland Drive, pero incongruentemente al lado de un bebé.

Pete tiene un aspecto horroroso. En aquel momento no me di cuenta, ya que, sin dolor, todo..., incluso unas viejas manchas de sangre y la insoportable luz del tubo fluorescente, me parecía hermoso; pero la fotografía que le hicieron Caz y Weena al llegar, diez minutos después, muestra a un hombre con los ojos enrojecidos de llorar y una tez verdosa debida al agotamiento, y al miedo,

y a haberse bebido todo mi Lucozade.¹

Sus ojos están llenos de lágrimas; sólo puede mirarme como si me fuera a morir, y él fuese a echarme de menos más de lo que nunca podría explicar.

–Pete –digo, tendiéndole la mano. Tiene un gotero en el dorso. Pete parece tener miedo de tocarlo.

–Te han hecho tanto daño... –dijo, echándose a llorar. A moco tendido, con la boca llena de líquido, y hebras de saliva entre los labios–. Me sentía impotente. Cada vez que pensaba que las cosas mejoraban, hacían algo que te ponía peor. Cuando te pusieron aquello en la espalda –el primero de los tres pinchazos fallidos de la epidural–, dijeron que el dolor iba a desaparecer, pero salió mal y tú gritaste, y te hiciste pis encima. Echaron a correr con la camilla por el pasillo. ¡Y tú gimiendo de un modo horrible!

Miro la cuna de cristal, y le doy golpecitos con los dedos, como hace la gente en las peceras. Lizzie abre los ojos un segundo y me mira fijamente, con una frente arrugada de mono. Su cara parece roja al lado de las sábanas del hospital. Aún tiene aspecto de órgano interno. No tiene blanco en los ojos, sólo negro. Sólo unas pupilas enormes: dos grandes agujeros en su cabeza de mono, que llevan directamente a su cerebro de mono. Me mira fijamente. Yo le devuelvo la mirada.

Pete y yo nos miramos. Los dos sabemos que queremos sonreírnos; pero no podemos.

Miramos otra vez al bebé.

El dolor te transforma. Estamos programados para que sea la lección más rápida que aprenderemos jamás. Y aprendí dos cosas con el primer bebé:

- 1) Que no estar en forma, haber ido sólo a dos clases de parto sin dolor, y haber estado convencida de que probablemente moriría, no fue un buen modo de prepararme para el alumbramiento.
- 2) Que una vez que has sentido ese nivel de dolor, el resto de tu vida se convierte en algo relativamente fácil. Aunque sea una experiencia horrible, puede ser de alguna utilidad.

Porque ¿sabes lo que se consigue con veintisiete puntos en el abdomen, y desgarros del séptimo al segundo grado en el perineo? Perspectiva. Un montón de perspectiva. Y no lo digo en plan «pedante». Pero, en muchos casos, una dosis de veinticuatro horas de dolor brutal e insoportable arregla muchos de los aspectos más preocupantes y dolorosos de la vida moderna.

Es como un incendio forestal de nuestro intelecto. Te quitas de encima un montón de ramas emocionales secas. ¿Te pone nervioso que atiendan mal a los clientes, los sándwiches mal hechos o el aspecto de tus piernas? ¡No volverá a pasarte después de haber atravesado a rastras las ardientes puertas del infierno durante un parto de cuarenta y ocho horas!

En esto, un parto es muy superior a la sertralina o a una terapia. A poco de iniciarse, tendrás la revelación más impresionante de tu vida: que lo único que importa realmente en este maldito mundo desconcertante y enloquecido es si tienes o no algo del tamaño de un gato atascado en el cuello del útero, y que el día que no tengas un gato atascado en el cuello del útero será, por defecto, un día absolutamente perfecto en todos los sentidos.

Cuando un hombre de manos gigantescas se acerca a ti con un fórceps del tamaño de las tenazas de la barbacoa, piensas: Perspectiva. Sí, sí, ahora tengo algo de perspectiva. No creo que vuelva a enfadarme nunca más porque la compañía de seguros Norwich Union cambie su nombre por «Aviva».

A decir verdad, el parto da a la mujer un buen par de pelotas. La felicidad que te invade al

comprender que todo ha terminado, y que no has muerto, puede durarte toda la vida. Eufóricas y animadas por lo valientes que han sido, las flamantes madres ordenan por fin a sus parientes políticos que se retiren, se tiñen el pelo de rojo, dan clases de conducir, trabajan como autónomas, aprenden a utilizar un taladro, experimentan con ingredientes thai, bromean sobre la incontinencia y dejan de tener miedo a la oscuridad.

En pocas palabras, un dolor tan intenso hace que dejes de ser una niña para convertirte en una mujer. Hay otros caminos para conseguir lo mismo –como explica el capítulo 15–, pero, minuto a minuto, es una de las maneras más efectivas de cambiar tu vida. Si comparo cómo soy ahora y cómo era antes de dar a luz por primera vez, la transformación es casi total. Abrir el cuello del útero abrió las «puertas de mi percepción» más de lo que lo hicieron jamás las drogas. Para ser sincera, todo lo que aprendí con el éxtasis fue que, si estás suficientemente colocada, puedes bailar en un pódium frente a alguien que dice «Hora de volver a casa, señoras y señores» una y otra vez por un micrófono.

Dar a luz, por otro lado, me enseñó muchas cosas. Antes de mi primer parto, me daba miedo: la oscuridad. Los demonios. Una invasión extraterrestre. El comienzo repentino de una nueva época glaciaria. El fenómeno a menudo denunciado de «la vieja bruja» (en el que te despiertas paralizado, con una vieja bruja sentada en el pecho). Las películas de miedo. El dolor. Los hospitales. La anestesia general. La locura. La muerte. Subir y bajar por una escalera muy alta. Las arañas. Hablar en público. Hablar con gente que tenga un fuerte acento extranjero o regional. Dar clases de conducir, sobre todo cambiar de marcha. Las telarañas. Quedarme calva. Los fuegos artificiales. Pedir ayuda, las mareas que suben demasiado deprisa, y ser enviada alguna vez como profesional a entrevistar a Lou Reed, que es espantosamente gruñón.

Después de que naciera el bebé, me daba miedo: despertarme y descubrir que el bebé se había vuelto a meter en mi interior, no sé cómo, y tenía que ser vomitado de nuevo. Y ya está. Aunque no recomiendo a nadie un parto de nalgas que dure tres días y que termine en una cesárea de urgencia, si vas a tener uno, es bueno saber que es una experiencia provechosa. En esencia, sales del quirófano como Tina Turner en *Mad Max: más allá de la cúpula del trueno*, pero produciendo leche.

Crianza de los niños

De veras, todos los símiles que se me ocurren para los primeros años de maternidad tienen que ver con el pugilismo, la batalla y el coraje. Aquellos que no tienen hijos tienden a pensar en la paternidad y en la maternidad como un maravilloso idilio que gira esencialmente alrededor de la leche calentita, las pompas de jabón y los abrazos.

Para los que estamos en ello, sin embargo, el lenguaje es a menudo militar; y se acerca a veces al del coronel Kurtz en Vietnam. Muchos consideran la interpretación de Marlon Brando en *Apocalypse Now* una de las más brillantes de Hollywood. Yo, personalmente, sospecho que acababa de pasar una semana cuidando a unos gemelos de tres meses con cólicos, y basó en eso su interpretación.

Los paralelismos con una guerra son múltiples: llevas la misma ropa, un día sí y otro también; no dejas de repetir con optimismo: «Todo habrá terminado en Navidad»; pasas por largos períodos de aburrimiento interrumpidos por momentos de miedo cervical; una y otra vez te ves infestado de bichos; nadie parece saber lo que realmente ocurre; sólo hablarás de tus auténticas

experiencias con otros veteranos; y a menudo te encuentras tendida en mitad de un campo de Francia, a las cuatro de la mañana, necesitando desesperadamente a tu madre; aunque esto último suele ser porque has cogido mastitis en unas vacaciones de Eurocamp, y te has dado cuenta de que sólo has metido en la maleta una sandalia para tu hija de seis años, no porque puedas ver tu pierna reventada dentro del pantalón, a casi veinte metros, y sepas que Wilfred Owen¹ ya ha empezado a escribir un poema sobre ti.

Pero, aunque es fácil sucumbir a un ataque de autocompasión, empapado en ginebra y de diez años de duración, en medio de los legos, prefiero mirar todo este asunto de la maternidad desde un ángulo más positivo.

En primer lugar, y lo más ostensible, está el mero placer emocional, intelectual, físico y químico que te dan los hijos. La verdad es que no hay gratificación mayor en el mundo que estar tumbada en la cama con tus niños, poniéndoles una pierna encima, medio aplastándolos, mientras les dices con seriedad: «Eres una caca.»

Botellas de excelente champán de quince mil libras; globos aerostáticos sobrevolando las migraciones de los ñus; zapatos de piel de tiburón con un diamante en la suela; París: éstos son, en última instancia, los premios de consolación para quienes no tienen acceso a algún niño pequeño, a ser posible ligeramente mugriento, con el que jugar, y al que dar pellizcos y estrujar un poco, llenos de ridículo amor.

Son las tonterías –las locuras y las tonterías– lo que resulta tan alucinante: un niño de siete años bajará corriendo por la escalera, te dará un beso muy fuerte y volverá a correr escaleras arriba; todo en menos de treinta segundos. Es algo tan urgente en su agenda diaria como comer o cantar. Es como si te tocara Cupido.

En cuanto a ti, te observas desde el exterior, francamente asombrada de la cantidad de amor que eres capaz de fabricar. Es infinito. Puede que tu adoración se canse, pero es ilimitada. Te empuja a salir en medio de la lluvia torrencial, a fin de llevar unos chubasqueros olvidados para el recreo del mediodía; te hace trabajar horas extras para pagar zapatos y muñecas; te mantiene despierta toda la noche, aliviando toses, fiebre y dolor. Como antes el deseo sexual, pero mucho, mucho más fuerte.

Y la maravillosa sencillez de esto es impresionante. Todo lo que quieres saber, la única pregunta que realmente importa es: ¿están bien los niños? ¿Están contentos? ¿Están a salvo? Y mientras la respuesta sea «sí», lo demás no importa. Cuando lees este fragmento de *Las uvas de la ira*, su verdad te deja helado: «¿Cómo se puede asustar a un hombre que lleva el hambre no sólo en su estómago contraído sino en los infortunados vientres de sus hijos? No puedes atemorizarlo, ha conocido un miedo que sobrepasa cualquier otro.»

En el vestíbulo de casa hay una foto en blanco y negro en la que estoy con Nancy y con Lizzie en el baño, cuando Nancy tenía ocho meses y Lizzie dos años y medio. Estoy mordisqueando a Lizzy. Nancy, a su vez, me chupa la cara. Todos los ojos están fijos en la persona que hace la foto, Pete, que estaba riéndose, como demuestra el ligero bamboleo de la cámara. Allí estamos, una maraña de ADN medio compartido, entrelazadas; vigiladas por la persona que más nos quiere. Si tuviera que explicar a alguien qué es la «felicidad», le enseñaría esta fotografía.

«Es morder a un niño en la bañera mientras su padre grita “¡Dale un mordisco a tu madre en la cara! ¡Es donde más le duele!”», le diría.

Pero no es que no entendamos la borrachera babeante de amor que se siente al tener un hijo. El mundo lleno de lentejuelas y Osos Amorosos de ser madre lleva mucho tiempo documentado. Pero, sin subestimar las alegrías casi indescriptibles de un amor desinteresado, es bueno que la mujer reflexione también sobre la maternidad desde este otro ángulo: «¿Qué me ofrece a mí?

¿Dónde está lo bueno? ¿Qué voy a sacar de esto?» Como si estuvieras dando vueltas cerca de la Tienda del Esperma, con los ovarios en la mano, preguntándote si entrar o no.

Actualmente, diez años después, puedo contarte lo que he aprendido hasta ahora. Es un negocio asombrosamente bueno:

UNO: Te hace comprender con toda claridad lo que dura una hora. Antes de tener hijos, podía pasarme una hora sin hacer absolutamente nada. Nada. De hecho, una hora era una miseria. Podía pasarme días sin lograr nada. Si me hubieras preguntado qué tal mi semana, te habría contestado resoplando: «¡Uf! ¡He estado a tope! ¡Siempre nos toca trabajar a los mismos! ¡A todas horas! ¡Casi no tengo tiempo de dormir!», cuando lo único que había hecho en realidad era escribir un solo artículo quizá, y ponerme a ordenar con desgana los cajones de la cocina, antes de que empezara *Gran Hermano*, dejando luego los batidores de huevo por el suelo para que Pete los pisara.

Tres días después de tener a Lizzie, sin embargo, comprendí de pronto la fortuna que había malgastado. ¡Una hora! ¡Joder, lo que yo podría hacer ahora con una hora! Sentada en una mecedora, con un bebé recién nacido dormitando en brazos, y el mando a distancia tentadoramente fuera de mi alcance, lo único que podía hacer era mirar cómo el enorme reloj de estación de la pared marcaba lentamente cada segundo; miles de segundos en los que yo no podía hacer nada. Y lo único que se me ocurría pensar, naturalmente, es en lo ocupada que estaría si pudiera recuperar mi vida, y otra persona tuviera en brazos al bebé.

Joder, podría estar aprendiendo francés si no tuviera este bebé, pensaba tristemente. En una hora, aprendería cómo pedir café, un taxi y una tortita. ¡Bastaría una hora! Si mi madre no fuera una puñetera egoísta, y sólo renunciara a su vida para venir a ocuparse de mi bebé, ¡yo podría aprender a hacer nudos marineros! ¡Escalar una montaña! ¡Ver la exposición de mapas antiguos en el Museo Británico! Comprar al fin la cortina del dormitorio, en vez de pensar que «sería divertido» hacerlo «cuando llegue el bebé». ¿POR QUÉ desperdicié tanto tiempo antes? OH, ¿POR QUÉ, POR QUÉ? Ahora tardaré años en poder hacerlo. Cumpliré cincuenta antes de hablar francés. Soy una idiota.

Esta súbita y violenta comprensión de la fugacidad del tiempo viene a menudo acompañada de:

DOS: Un súbito y violento incremento de la ambición. Bueno, el trabajo es para gente codiciosa y aburrída, pensaba antes de tener niños. ¡No seré yo quien venda mi alma al Sistema! No, soy feliz haciendo lo mínimo y dedicando todo el tiempo libre a mis fascinantes aficiones de fumar marihuana, confeccionar mis propias felicitaciones navideñas, perder el tiempo chateando nueve horas al día en internet, desayunar tranquilamente con mis amigos y ver *Cheers*. ¡Largo de aquí, Sistema! ¡Y llévate toda tu efímera parafernalia del éxito!

A las tres semanas de haber tenido a Lizzie, mi opinión al respecto había dado un giro de trescientos sesenta grados. Cuando la gente pregunte a mis hijos «¿Qué hace tu mamá?», no quiero que se sientan avergonzados y digan «Sabe cómo se llama la madre de Cliff Clavin»,¹ pensé con tristeza, mirando la futura cara abochornada de Lizzie. Quiero que diga: «Es la directora ejecutiva de la compañía internacional de creación artística e innovación tecnológica que consiguió la paz en el Oriente Próximo. Y sabe cómo se llama la madre de Cliff Clavin.» Oh, Lizzie, te he defraudado. Te diré una cosa, tesoro, si echas una siesta de tres años, desde ahora mismo, lo arreglo todo. Ya verás. Iré a por todas. Seré alguien que vuela muy alto.

Así que en los pequeños intervalos en que tu hijo duerme o alguien se ocupa de él, te encuentras convertida en un ser de productividad casi sobrehumana.

Déjale a una madre un bebé dormido una hora, y hará diez veces más que una persona sin hijos.

La «multitarea» no se acerca ni de lejos a la productividad espectacular de alguien que hace un pedido por internet al supermercado, escribe un informe, prepara la cena, consuela a una amiga que llora por teléfono, arregla un aspirador roto: todo ello durante la siesta de las tres de la tarde.

El aforismo «Si quieres que algo se haga, pídeselo a una mujer ocupada» es un reconocimiento directo del eficaz entrenamiento militar al que te someten la paternidad y la maternidad. La gente con gemelos puede incluso pegar un grito en la habitación contigua, mientras sostiene una conversación ostensiblemente ininterrumpida con un hijo mayor. Es algo verdaderamente mágico.

Si contratas a gente con hijos, sí, es cierto que de vez en cuando tendrán que tomarse el día libre para cuidar a su pequeño con dengue. Pero, ¡santo Dios!, te aseguro que son los únicos que saben dar la patada correcta a la fotocopidora cuando se rompe, y que pueden hacer un plan estratégico a seis meses en el tiempo que el ascensor tarda en bajar desde la planta veinticuatro hasta el vestíbulo.

TRES: Ya nada es imposible. Ten la seguridad de esto: cuando tu hijo tenga dos años, al recordar cómo eras antes de su nacimiento, te verás como alguien débil, sin carácter, vanidoso, mimado, inútil, un diletante superficial y procrastinador, básicamente Hugh Laurie en *Blackadder*, entrando en una habitación y gritando: «*Row, row, row, your boat gently down the stream / belts off trousers down isn't life a scream WOOF!*»¹

Todos los padres se percatan en algún momento concreto de que, desde que tuvieron un hijo, ya nada les asombra. A mí me pasó el día en que fallaron las lecciones de orinal de Lizzie, y tuve que dar una patada a una caca durante una exhibición de cetrería en una carpa del zoológico de Regent's Park. Lo hice con el pie izquierdo de Beckham, la fría compostura de Audrey Hepburn en una pasarela y la rapidez de reflejos y el sentido común para eliminar residuos de quienquiera que fuese el primero que tuvo la idea de enterrar el material radiactivo en hormigón.

Te puedo asegurar que, al lado de eso, el día en que sólo tenía veintisiete minutos para llegar desde mi casa, en el norte de Londres, hasta el número 10 de Downing Street, para entrevistar al primer ministro, y recibí de pronto una llamada que me informaba de que mi taxi había sido arbitrariamente cancelado, no fue nada.

Y, por supuesto, hice la entrevista a tiempo. ¿Y sabes por qué? Porque SOY MADRE. En teoría, supero a Barack Obama en al menos nueve categorías.

Un buen parto

Dos años y medio después, lo estoy repitiendo todo: he metido un bebe dentro de mí, he permitido que su cabeza crezca hasta ser una circunferencia de un tamaño insensatamente grande, y ahora tengo que fastidiar al cuello de mi útero con todo eso de la dilatación.

Esta vez, sin embargo, hago las cosas de modo diferente. Para empezar, no me he pasado los dos últimos meses de mi embarazo pensando: «¡Que la Navidad no acabe nunca! ¡Cada mañana puede empezar con dos pastelillos de frutas con nata, seis Miniature Heroes¹ y unas Pringles! ¡Es Crispmas!² ¡Hurra por mi embarazo!»

En consecuencia, no he engordado veinte kilos y soy capaz de cosas como «andar», «estar de pie» y «salir del sofá sin exclamar ¡Uuuff!». He asistido a todas las clases de parto, incluido un curso de visualización del parto en el que una voz hipnótica de mujer me recuerda varias veces que el cuello de mi útero es en realidad una trampilla, y que, atrancarla mentalmente con una silla mientras piensas «Siii, esto va a ocurrir de veras», no es bueno para nadie, y mucho menos para mí. Me ha costado veintisiete años, pero ahora estoy absolutamente convencida de que un cuello

de útero es un agujero.

Y por fin he comprendido algo que no me cabía en la cabeza antes: esto no me va a matar.

En lo más profundo de mi ser, eso es lo que pensaba la primera vez que me quedé embarazada. Ése fue el kraken que hundió mi parto. El parto y el nacimiento me parecían algo inimaginable, y, como un campesino medieval, negando cuanto estuviera más allá de su concepción, asumí que eso debía significar que yo, sencilla y tristemente, tendría que morir cuando ocurriera. Estaba contenta –aunque me costara creerlo– de que otras madres se las arreglaran para sobrevivir; pero noblemente resignada también a tener mi propia y conmovedora lápida en el cementerio: «Murió de parto. 2001. Como Melanie en *Lo que el viento se llevó*.»

Esta vez no tengo ese miedo cervical, sin embargo; ningún sueño sensiblero de nueve meses con fétetros, viudos y bebés llorando. No estoy redactando mi propio panegírico –«Fue una persona razonablemente justa, que sabía siempre qué guantes ponerse»– mientras se me caen las lágrimas.

Ahora sé lo que significa dar a luz; una apacible voz femenina me ha mostrado cómo es un parto, y tengo la sensación de que por fin me han explicado qué debo hacer. Es sencillo, tan sencillo que me sorprende no haberlo sabido antes. Una mañana me despertaré y, antes de que vuelva a dormirme, tendré que marcar una larga lista de contracciones, una a una. Y cuando llegue a la última, tendré a mi niña. Cada una de ellas será un trabajo en sí mismo, una experiencia de un minuto que asustaría a todo aquel que la sufriera sin previo aviso; pero sé algo que ayuda mucho: no pasa nada. Todo es como tiene que ser. A diferencia del resto de dolores de la tierra, éste no indica que algo vaya mal, sino que va bien.

Esto es lo que no entendía la primera vez, cuando rezaba desesperada para que cesara el dolor. No sabía entonces que éste en realidad era una respuesta, y que cualquier alternativa era peor, mucho peor. Ahora sé lo que significa y para qué sirve; recibo cada contracción dando un sereno viva: sesenta segundos de rápidos jadeos, tan débiles como la respiración de un niño dormido, para que ese torrente de sensaciones pueda fluir, para que ningún músculo en tensión quede apesadado. Soy un vaso transparente de agua; retazos de humo empujados por el viento; un espacio vacío para que la luna navegue.

Cuando llego al hospital, tengo unas contracciones tan fuertes que, en la entrada, me caigo teatralmente de rodillas al suelo, y me agarro al objeto que tengo más cerca: una estatua de tamaño natural de la Virgen María. Cuatro enfermeras se acercan corriendo para impedir que se venga abajo y me aplaste.

En este parto no estoy tumbada en una cama, indefensa, esperando que el servicio de habitaciones me traiga un bebé. Me han dicho que ande, y lo hago; recorro kilómetros y kilómetros, como si me dirigiera a Belén. Utilizo los pasillos del hospital como si fueran las pistas de la carrera más lenta y obesa del mundo. Camino cuatro horas, sin parar. ¡Oh, Nancy! Camino desde Saint Paul hasta Hammersmith por ti, descalza, suspirando en silencio, desde Angel hasta Oval, desde el Palacio hasta el Heath. Tu cabeza es como una piedra contra el hueso, una callada presión que yo no puedo detener, ni tú tampoco. La gravedad era el hechizo que no pude encontrar hace dos años, atada a la cama. La gravedad era el hechizo que debería haber invocado. Había mirado en todos los grimorios equivocados.

Después de andar cuatro horas, todo cambia, y sé que he caminado lo suficiente. Me subo a la piscina, doy cinco empujones cortos y expulso a Nancy. Cuando aparece su cara –un cachorro amoratado de Shar Pei, de pelo afro grasiento y resbaladizo– hasta yo comprendo que es demasiado tarde para que algo salga mal.

«¡Qué fácil ha sido!», grito; las primeras palabras salen de mi boca antes de que la saquemos del agua, mientras las comadronas esperan con toallas para envolverla. «¡Qué fácil ha sido! ¿Por

qué nadie te dice lo fácil que es?»

13. POR QUÉ NO DEBERÍAS TENER HIJOS

Por supuesto, aunque tener hijos sea duro –un compromiso mínimo de dieciocho años a tiempo completo, más otros cuarenta años de preocupación a tiempo parcial, prestarles dinero y sacarlos de quicio cuando sigues cortando sus tostadas en tiras, aunque tengan treinta y ocho años y sean neurocirujanos–, en muchos sentidos, es la alternativa más fácil para una mujer. ¿Por qué?

Porque, si tienes hijos, al menos la gente dejará de preguntarte cuándo los vas a tener.

Siempre se pregunta a las mujeres cuándo van a tener hijos. Es algo que se les pregunta más a menudo que «¿Puedo ayudarla en algo, señora?» al entrar en una tienda para llamar con el móvil desde un lugar más silencioso, o que el «¿No puedes sujetarte ese flequillo hacia atrás? Tienes una cara preciosa» de una abuela.

Por algún motivo, el mundo quiere realmente saber cuándo las mujeres van a tener hijos. Les gusta que ellas planifiquen pronto esa mierda. Quiere que sean muy claras y sinceras al respecto: «Oh, tomaría una copa de Merlot, las almejas, el filete... y un bebé a los treinta y dos, por favor.»

Siente un extraño pánico ante las mujeres que se lo toman con calma y responden «¡Ya veremos!». «Pero ¡tu reloj biológico!», tiende a gritar. «Debes planificarlo por lo menos con cinco años de antelación! Si quieres un bebé a los treinta y cuatro, tienes que estar comprometida a los veintinueve, como mínimo. ¡Chop, chop! ¡Busca un marido! ¡Mira en Ocado.¹ O acabarás como la pobre Jennifer Aniston, sola y estéril.»

Y si una mujer afirma que no quiere tener hijos, el mundo puede ponerse decididamente molesto:

«Bueeeno, no hables tan rápido», dirá; como si decidir si eres o no el tipo de persona que desea crear otro ser humano en sus entrañas, por medio del sexo y la comida, y basar luego el resto de tu vida alrededor de su bienestar, sea algo que uno hace a la ligera. Como hacer un picnic un día inesperado de sol; o cambiar el fondo de pantalla del ordenador.

«Cuando encuentres al hombre ideal, cambiarás de parecer, querida», dirá el mundo, con extraña y agresiva suficiencia.

Mi hermana Caz, que desde los nueve años se ha mantenido firme en su deseo de no tener hijos, pasó por una época en la que respondía a esta afirmación: «Cuando Myra Hindley conoció a su hombre ideal, éste era Ian Brady.»²

Pero ha dejado de hacerlo.

Las mujeres, se supone, siempre acabarán teniendo hijos. Puede que pasen por fases tontas, adolescentes, en las que finjan que es algo que no les interesa; pero, a la hora de la verdad, ser mujer es un callejón sin salida que termina en Mothercare,¹ punto final. A todas las mujeres les gustan los niños, del mismo modo que a todas las mujeres les gustan los zapatos de Manolo Blahnik y George Clooney. Incluso las que sólo llevan deportivas, o son lesbianas, y realmente odian los zapatos y a George Clooney.

Así que, en realidad, les estás ayudando en cierto modo al preguntar cuándo van a pasar a la acción y tener un bebé. Sólo les estás recordando que tengan los ojos bien abiertos, por si ven algo de esperma cuando dan una vuelta por ahí. Puede que lo necesiten más tarde.

Cuando tenía dieciocho años, presenté un año en Channel 4 un programa nocturno de música llamado *Naked City*. Si me pidieran que lo resumiera en una frase, lo describiría como «*The Word*² pero sin chiflados».

Aunque esto significara que no había gente entre el público que comiera vómitos de una taza o se diera el lote con una anciana, sí supuso que no alcanzáramos las cotas de audiencia esperada, y que el programa sólo se emitiera dos temporadas.

Con todo, al estrenarse le dieron un poco de publicidad, y pasé un par de semanas siendo entrevistada por la prensa de Su Majestad, y dejándome hacer fotos en las que ponía, indefectiblemente, mi «cara de teleñeco con la boca abierta», con el consecuente e inmenso desánimo de todo el mundo implicado.

Aunque cada uno de los diferentes sectores de la prensa dio su enfoque particular a las entrevistas (el *Sun* me preguntó por «mis melones», el *Mirror* intentó enredarme en una «discusión» con Dani Behr, el *Mail* quiso saber únicamente en qué momento del pasado había llegado la familia Moran al país, y, por consiguiente, cuánto tenía yo de extranjera), hubo una pregunta que todos me hicieron:

«Y, entonces..., ¿quieres tener hijos?»

La primera vez que me lo dijeron pasé tres minutos riéndome como una histérica.

La entrevista tenía lugar en mi caótica casa de Camden, con la electricidad aún cortada; y a Saffron, la estúpida perra, se le caía tanto el pelo que extendí una hoja de periódico encima del sofá para que el periodista se sentara, y no se marchara luego con unos zahones de pelo de perro. Yo estaba en pijama a las cuatro de la tarde, fumando sin parar y sirviendo copitas de licor Southern Comfort en un vaso de vino. Ellos habían venido a entrevistar a alguien cuyo trabajo era presentar un programa nocturno de rock en el canal «transgresor», en el que entrevisté a Mark E. Smith de The Fall con tal curda que se pasó la mitad de la entrevista mirándose fijamente las manos sobre la mesa. Yo tenía dieciocho años. Era una niña. Pero, aun así:

–Y, entonces..., ¿quieres tener hijos?

–¿Tener hijos? –repetí, muerta de risa–. ¿Tener hijos? Tío, los ratones de mi cocina han muerto de inanición porque nunca tengo de nada. Si ni siquiera puedo ocuparme de las alimañas. Tener hijos. JAJAJAJÁ.

Ésa fue la primera vez, pero no la última.

Por supuesto, entendía por qué los periodistas me hacían esa pregunta: porque cuando yo hacía de periodista, preguntaba lo mismo.

Al principio no lo hacía. Cuando entrevistaba, por ejemplo, a Björk o a Kylie Minogue, lo último que se me ocurría era preguntarles si querían hijos. Al fin y al cabo, tampoco se lo preguntaba a Oasis o Clive Anderson. Pero cuando trabajas para una revista de moda femenina, algo que hice esporádicamente, el director, tras leer la entrevista que has entregado, casi siempre llama por teléfono para decirte:

DIRECTOR: Es estupenda. Reeecealmente maravillosa. Fabulosa. Genial. Nos encanta. ENCAAAAANTA. [PAUSA] Sólo un par de detalles. En primer lugar, ¿qué llevaba puesto?

YO: Ni idea. ¿Un top?

DIRECTOR: ¿Un top de quién?

YO, desconcertada: ¿Un top suyo?

DIRECTOR: No, ¿de quién? ¿De Nicole Farhi? ¿Joseph? ¿Armani?

YO, intentándolo: Era gris...

DIRECTOR, bruscamente: Llama a su ayudante personal y se lo preguntas, ¿puedes? Y ponlo en el primer párrafo. Ya sabes. «Kylie está en el sofá sentada sobre sus pies descalzos, informal aunque elegante con un top de cachemira de Joseph, unos pantalones de McQueen, y los zapatos de Chloé en el suelo, a su lado.»

YO, perpleja pero complaciente: Vale.

DIRECTOR: Otra cosa, ¿quiere tener hijos?

YO: ¡Ni idea!

DIRECTOR: ¿Está saliendo con alguien?

YO: ¡Ni idea! No se lo pregunté. Hablamos del elepé, de la fiesta a la que asistió y de cómo lloró cuando Michael Hutchence murió...

DIRECTOR: ¿Puedes hacer una llamadita y enterarte? Pregúntale cuándo quiere ser madre. Creo que el artículo lo necesita...

Sólo con las mujeres, sin embargo. Nunca me han pedido que haga esa pregunta cuando entrevisto a un hombre. Jamás te piden que le preguntes a Marilyn Manson si ha estado paseando por JoJo Maman Bébé¹ acariciando patucos minúsculos y llorando.

La razón por la que no se pregunta a los hombres cuándo van a tener hijos es, por supuesto, porque los hombres pueden seguir más o menos con su vida de siempre una vez que han tenido un bebé. Así sigue funcionando el mundo. Millones de hombres admirables eligen no hacerlo, obviamente; caminan de la mano de sus parejas y comparten el cincuenta por ciento de las noches en vela, el miedo, el agotamiento y el implacable llanto de un recién nacido. Por eso me gustan.

Pero, al preguntar a las mujeres cuándo van a tener hijos, subyace en realidad otra cuestión mucho más oscura y pertinente. Si escuchas con mucha, muchísima atención, apagando todas las fuentes externas de sonido y llevándote el dedo a los labios para acallar a los transeúntes, podrás oírla.

Es ésta: «¿Cuándo vas a joderlo todo teniendo hijos?»

¿Cuándo vas cargarte cuatro años, como mínimo, de tu carrera profesional (a una edad en que el atractivo, la creatividad y la ambición de casi todo el mundo alcanza su punto álgido) teniendo un hijo? ¿Cuándo vas a dejar a un lado (porque es lo decente, lo correcto y lo hermoso) toda tu fuerza y creatividad para atender las necesidades constantes de tu indefenso recién nacido? ¿Cuándo vas a dejar de hacer películas/discos/libros/negocios? ¿Cuándo van a empezar los huecos en tu currículum? ¿Cuándo te dejaron atrás y te olvidaron? ¿PODEMOS PEDIR UNAS PALOMITAS Y VERLO?

Cuando la gente pregunta a las mujeres que trabajan «¿Cuándo vas a tener un niño?» lo que realmente preguntan es «¿Cuándo vas a dejar el trabajo?».

Y la pregunta siempre es «¿Cuándo vas a tener hijos?», en vez de «¿Quieres tener hijos?».

Las mujeres están a menudo tan asustadas por su reloj biológico —¡SÓLO TE QUEDAN DOS AÑOS PARA TENER UN HIJO!— que nunca tienen la oportunidad de plantearse realmente si les importa o no que ese maldito asunto quede aparcado. Al mostrar la fertilidad femenina como algo limitado y abocado a desaparecer pronto, existe el riesgo de que a las mujeres les entre el pánico y decidan tener un hijo «por si acaso», igual que cuando les entra el pánico y compran una chaqueta de cachemira a mitad de precio, dos tallas más pequeña, en las rebajas.

Por un lado, no la querían realmente; pero, por otro, ¿y si no se les volvía a presentar la oportunidad? Más vale prevenir que curar.

No es extraño que una madre diga a las dos de la mañana, empujada a sincerarse por el alcohol: «No es que me arrepienta de haber tenido a Chloe y a Jack. Es sólo que, si pudiera volver atrás, no sé si tendría hijos.»

Pero decidir no tener hijos es algo muy, muy duro para una mujer: el ambiente no es nada propicio para decir «Opté por no tener», o «Parece un poco horrible, para ser sincera». Llamamos a esas mujeres «egoístas». La percepción de la palabra «sin hijos» es negativa: de carencia, de pérdida. Nos imaginamos a las no madres como lobas errantes solitarias, merodeando por ahí, tan peligrosas como varones adolescentes o como hombres. Hacemos sentir a las mujeres que su historia ha llegado a un punto muerto en la treintena si no «rematan las cosas» como es debido y tienen hijos.

Tanto hombres como mujeres se han convencido de algo doloroso: que, por alguna razón, las mujeres están incompletas sin hijos. No el mero «hecho» biológico de que todos los seres vivos, en teoría, se reproducen, y de que nuestro legado en la tierra es la continuidad de nuestro ADN, sino algo más personal, insidioso y degradante. Como si una mujer, de alguna forma, siguiera siendo una niña hasta tener sus propios hijos; como si sólo alcanzara el estatus de «adulta» al crear a alguien más joven. Como si hubiera lecciones que la maternidad te enseña, que sencillamente no pueden impartirse de otro modo; y cualquier otro intento de conseguir este conocimiento y la realización personal fuera un pobre sucedáneo. Como si las que son madres pudieran obtener un sobresaliente en la Universidad de Oxford, y las mujeres sin hijos sólo aspirar a un aprobado en la Universidad de Montford, Leicester.¹

Aunque, en general, estoy a favor de cualquier extraña anomalía en la actitud de la sociedad que revalorice el trabajo de la mujer, en este caso, la idea de que la maternidad es un acontecimiento necesario, transformador, que no tiene ningún paralelismo ni equivalente es, en última instancia, un auténtico grano en el culo para las mujeres.

Parte de este sentimiento de que las mujeres sólo pueden convertirse en auténticos adultos en la sociedad cuando tienen hijos –el auge de la «*yummy mummy*»¹ en Gran Bretaña o la «*mama grizzly*» de Sarah Palin en Estados Unidos está, imagino, ligado al hecho de que no se valora a las mujeres cuando envejecen: básicamente, el momento culminante de tu respetabilidad y sabiduría parece hallarse en los años en que todavía eres fértil, tienes a cargo una familia y, cada vez con más frecuencia, también un trabajo. Cuando llegas a los cincuenta y cinco te despiden de la BBC y te recortan por ser un vejestorio. No tienes una tercera edad gloriosa, ilustre (para ser un poco como Blake Carrington, pero en señora), que esperar con ansiedad. Tu gran momento en la sociedad ocurre en los años de reproducción. El machismo y la estupidez de todo esto me deja sin respiración.

Porque esta exigencia de que todas las mujeres tengan hijos no tiene la menor lógica. Si te detienes a pensar un momento cómo está el mundo, te das cuenta de que están naciendo un montón de niños: el planeta no necesita realmente que todas traigamos más niños.

Especialmente bebés del Primer Mundo, con su feroz consumo de petróleo, bosques y agua, y eructando sin parar emisiones de carbono y basuras. Los niños del Primer Mundo se están comiendo el planeta como termitas. Si pudiéramos ser verdaderamente objetivos con las mujeres occidentales en edad fértil, nos abalanzaríamos sobre ellas por la calle gritando: «¡POR DIOS! ¡TAPÓNATE LOS BAJOS! ¡INMUNÍZATE CONTRA EL ESPERMA!»

Si pudiéramos recordar esto más de diez segundos, no se volvería a acosar a las mujeres con ese «Entonces... ¿cuándo vas a tener uno?».

Porque no se trata sólo de que un bebé traiga al mundo a una persona llena de problemas. Es que también quita del mundo a una persona útil. Como mínimo. A menudo a dos. Cuando tienes niños pequeños dejas de ser útil para las fuerzas de la revolución y la justicia durante años. Antes de tener a mis hijas, puede que anduviera mucho por ahí haciendo el vago, pero estaba políticamente informada, firmaba peticiones y reciclaba todo, hasta las pilas del reloj. Era un montón de compost por aquí, una cena improvisada por allá, y transporte público a todos lados. Nada de Barclays Bank, nada de judías de Kenia; pagaba mis cuotas al sindicato y a las organizaciones benéficas. Llamaba a mi madre con regularidad. Estaba encantada conmigo misma, activa y feliz con mi vida sencilla.

Seis semanas después de ser golpeada con un hacha por una recién nacida llena de cólicos, sin embargo, habría disparado alegremente a la cara del último panda de la tierra si ello hubiera hecho que el bebé llorara sesenta segundos menos. Los pañales de tela («Si nosotros no usamos

los pañales de tela, ¿quién va a hacerlo?») fueron abandonados por los desechables; vivíamos de platos precocinados. No se reciclaba nada; la cocina era un caos. Se cancelaron los pagos al sindicato y los pequeños donativos; necesitábamos el dinero para pañales desechables y platos rápidos. Mi madre podría haber muerto, y ni me habría enterado ni me habría importado.

No tenía ni idea de lo que pasaba fuera de casa; no leí un periódico, ni vi un telediario durante un año. El resto del mundo desapareció. Este mundo, en cualquier caso, con China, y las llanuras inundables, y la malaria y la insurgencia. Mi mapamundi era ahora blando y suave, hecho de fieltro de brillantes colores, con bordados de otras telas: *Balamory*¹ al norte, Fireman Sam's Pontypandy² al oeste, y el resto del planeta cubierto por las praderas ondulantes del país de los Teletubbies, con unos cuantos conejos desperdigados.

Todos los días daba las gracias porque tanto mi marido como yo fuéramos sólo dos inútiles críticos, en modo alguno implicados en la mejora general del mundo.

«¿Te imaginas si hubiéramos sido unos genetistas de primera trabajando en la cura del cáncer?», solía decirle, deprimida, después de otro pavoroso día de trabajo chapucero y sin terminar, entregado con gritos desesperados de «¡Oh, Señor, que el director se apiade de nosotros!».

«Y que estuviéramos tan agotados que tuviéramos que abandonar el proyecto, y trabajar en algo más sencillo y menos importante», continuaba, comiendo granos de café para llenarme de energía. «Los cólicos de Lizzie serían responsables de la muerte de miles de millones. Miles de millones.»

Seamos realistas, la mayoría de las mujeres van a seguir teniendo niños, el planeta no se va a quedar vacío, así que al mundo le da igual que tú tengas uno. Todo lo contrario, en realidad. Esto no debería impedir que lo tuvieras si quieres, por supuesto; un grito alegre y optimista de «Sí, pero mi bebé puede llegar a ser JESÚS. ¡O EINSTEIN! ¡O JESUSEINSTEIN!» es la única justificación que necesitas, si de verdad quieres uno.

Pero también merece la pena recordar que para ti, como mujer, tampoco resulta vital. Sí, podrías aprender un montón de cosas interesantes sobre el amor, la fuerza, la fe, el miedo, las relaciones humanas, la lealtad genética y el efecto de los albaricoques en los sistemas digestivos inmaduros.

Pero no creo que la maternidad te pueda ofrecer una sola lección que no puedas aprender de otra forma. Si quieres saber qué te va a aportar la maternidad, como mujer, entonces..., en serio, no hay nada que no puedas descubrir leyendo los mejores cien libros de la historia de la humanidad; aprendiendo un idioma extranjero lo suficiente como para discutir con él; escalando montañas; amando temerariamente; sentándote sola y en silencio al amanecer; bebiendo whisky con revolucionarios; aprendiendo a hacer juegos de magia; nadando en un río en invierno; cultivando dedaleras, guisantes y rosas; llamando a tu madre, cantando mientras caminas; siendo educada; y siempre, siempre, ayudando a desconocidos. Nadie ha afirmado nunca ni por un instante que los hombres sin hijos se hayan perdido algún aspecto fundamental de la existencia, y fueran por eso los más pobres y tullidos. Da Vinci, Van Gogh, Newton, Faraday, Platón, Santo Tomás de Aquino, Beethoven, Handel, Kant, Hume. Jesús. Todos parecen habérselas arreglado muy bien.

Cada mujer que elige voluntariamente –con alegría, sensatez, tranquilidad y deseo– no tener hijos hace un gran favor a largo plazo al mundo de las mujeres. Necesitamos más mujeres a las que se permita demostrar su valía como personas; y no ser valoradas únicamente por su capacidad para crear personas nuevas. Después de todo, la mitad de esas personas nuevas que seguimos creando son también mujeres, que probablemente también serán juzgadas en el futuro por no crear

personas nuevas. Y así sucederá una y otra vez...

Aunque la maternidad sea una vocación increíble, no tiene mayor valor intrínseco que una mujer sin hijos siendo sencillamente quien es, hasta el máximo de sus posibilidades. Pensar de otro modo traiciona la idea de que una mujer inteligente, creativa, productiva y completa es, de alguna manera, insuficiente. Que ningún acto equivaldrá nunca a dar a luz.

Te diré que, por muy importante que haya sido para mí ser madre, he visto exposiciones del trabajo de Coco Chanel que me han parecido mucho más impresionantes. Creo que es importante admitir esto. Si tienes un talento alucinante y no tienes mucho instinto maternal, ¿por qué no seguir con lo que estás haciendo y pasarlo bien? Como estoy segura de que todas sabemos ya, no te premian por el trabajo duro. Jesús no lleva la cuenta de los culitos que has limpiado en su Gran Bloc de los Sacrificios.

Y si eres una chica con cerebro habrás leído suficientes libros y visto suficientes películas para saber que participar en una misión, salvar al mundo, intentar reunir al grupo de nuevo, o sencillamente montar una obra de teatro, justo aquí, en un granero, es sacar partido a la vida. Batman no quiere un bebé para poder sentir que lo ha «hecho todo». ¡Acaba de salvar Gotham otra vez! Si esto significa que Batman debe convertirse en un modelo feminista, por encima de Nicola Horlick,¹ por ejemplo, bienvenido sea.

El feminismo necesita tolerancia cero con la angustia de tener hijos. En el siglo XXI, no podemos seguir pensando a quién podríamos crear, y lo que ellos podrían hacer. Tenemos que pensar quiénes somos y qué vamos a hacer.

Además, al haber decidido mantenerse libre como el viento, sin fecundar y en el tope de su creatividad, Caz siempre está disponible para cuidar de mis hijas. Voy a conseguirle un DIU por Navidad.

14. MODELOS A SEGUIR Y LO QUE HACEMOS CON ELLOS

Si hay una sola cosa que me hace tener esperanza en el futuro de la liberación de la mujer ha sido ver, a lo largo de los últimos años, la caída y ascenso de varios iconos femeninos. En muchos sentidos, es en las páginas de las revistas de moda y del corazón donde el nuevo capítulo del feminismo ha ido lenta, e incongruentemente, modelándose.

En el interregno entre la emancipación femenina y el momento en que finalmente las mujeres de la política, los negocios y el espectáculo alcancen la verdadera igualdad, la cultura de los famosos es el foro donde analizamos y discutimos la vida, el papel y las aspiraciones de la mujer. Los tabloides, las revistas y el *Daily Mail* tienen éxito porque convierten la vida y la carrera de unas pocas docenas de mujeres en una combinación de culebrón de la vida real y lección diaria de moralidad. El lado positivo es que dan respuesta al enorme deseo de examinar la condición de la mujer moderna; el negativo, que dejan a esos personajes ostensiblemente impotentes para escribir su propia historia o para explicar su análisis particular del tema. Ésta es la razón por la que cualquier feminista que se precie tiene interés por la lista de los más ricos y famosos de la prensa del corazón: es el lugar fundamental donde se forma ahora nuestra percepción sobre las mujeres. Ésta es mi excusa para comprarme *Ok!*, en cualquier caso.

Así que ante la ausencia de un Philip Roth femenino que escudriñe el envejecimiento, la muerte y el deseo, tenemos las historias de «tigresas» como Demi Moore, Kim Cattrall y Madonna que salen con hombres menores que ellas y se conservan «jóvenes» gracias a la cirugía. Puede que no tengamos un Jay McInerney o un Bret Easton Ellis femeninos –jóvenes, brillantes y descarriados–, pero sí a Lindsay Lohan, Britney Spears y Amy Winehouse, alcanzando el éxito a una edad ridículamente temprana, y autodestruyéndose después en cientos de aceras y en miles de fiestas.

Como estas historias se debaten hasta la saciedad en los periodicuchos del corazón, nos formamos nuestra opinión tanto sobre las propias famosas («Menuda estúpida. Y con ese pelo tan horrible») como sobre el modo en que las trata la prensa («Todo lo que dicen de ella es una vil mentira patriarcal. OJALÁ Germaine Greer tuviera un arma»). Mientras no tengamos un canon como es debido de artistas, habrá que conformarse con estas vidas minuciosamente fotografiadas por paparazzi.

Quizá el caso más sonado –mientras nos sigue faltando un discurso coherente/populista de la quinta ola del feminismo– ha sido el de Katie Price,¹ alias Jordan, que ha conseguido personificar el nexo de todos los tópicos femeninos. En una sociedad capitalista, Price es una mujer de negocios de éxito innegable, pero a base de vender su vida personal. Es poderosa, pero comercia con una idea de la sexualidad femenina aparentemente anticuada. Y es independiente, pero se ve limitada y juzgada por sus relaciones con los más influyentes. Hace unos años, los periódicos de gran formato¹ presentaban a Price como un serio icono feminista; supongo que eso se debía simplemente a que dejaba ofuscados a los periodistas culturales. Enseña las tetas, pero también tiene su propia línea de ropa de cama. ¿De qué va todo esto?

Fui uno de los periodistas que la prensa seria envió para averiguar si Price era un buen modelo para el feminismo. En 2006, pasé media semana pegada a sus talones para escribir un artículo de portada en la revista *Elle*. Y acabé pensando que sin duda me he relacionado con lagartos monitor más cálidos y humanos que Price. La conocí en la sesión fotográfica para el artículo. Saludándome con una sonrisa que nunca llegó a sus dientes, y menos aún a sus ojos (pero, claro, eso es el bótox), se sentaba frente a un espejo mientras la maquillaban.

«Hay algo que me gustaría decir», señaló Price. «Me encantaría hacer un anuncio de rímel. Todos los que salen en televisión son publicidad engañosa, utilizan pestañas postizas. Pero éstas son reales. Me encantaría», repitió, mirándome con expresión de «asegúrate de poner esto en el artículo», «hacer un anuncio de rímel». Se tocó las pestañas con las yemas del dedo para que yo viera lo estupendas que eran.

Cinco minutos después su representante, Claire Powell, me dijo en un aparte: «Estamos pensando que el siguiente paso de Katie debería ser un anuncio de cosmética, una promoción de maquillaje o algo así. Vamos en esa dirección.»

Con todo, al menos en el asunto de las pestañas, Price tenía algo que decir. Durante las tres horas siguientes en el estudio, cualquier otro intento de conversación fracasó.

Libros, temas de actualidad, televisión y cine: Price se encogía de hombros ante todo. Cuando le pregunté qué hacía en su tiempo libre, se hundió en un silencio de casi un minuto, y sus acompañantes me dijeron que le gustaba pegar cristales Swarovski en dispositivos electrónicos domésticos, «como el mando a distancia».

Quedó muy claro que, salvo que fuera un libro que ella hubiera «escrito», un tema de actualidad en el que ella hubiera participado –como vender la exclusiva de su boda por un millón de libras–, o un programa de televisión que ella hubiera protagonizado, Price no tenía el menor interés por nada. Su mundo consistía únicamente en ella misma, en su gama de productos color rosa, y en el constante semicírculo de paparazzi que fotografiaban detalladamente aquella historia de solipsismo continuo. No era de extrañar que sus ojos fueran tan inexpresivos, no tenían nada en que pensar excepto ella misma. Es como el uróboro, la serpiente mítica engullendo su propia cola toda la eternidad.

Quizá debido a esta obsesión por ella misma tan lucrativa, durante el tiempo que pasamos juntas fue sólo una tirana desprovista de encanto y con ojos de basilisco, mangoneando a su entonces marido, Peter Andre, como si fuera un perrito ridículo, acucillada sobre sus mejores zapatos, y rezumando desprecio y hastío por sus compromisos; como si llevar vestidos, conducir coches y hablar con otras personas fueran pasatiempos de gilipollas y estuviera furiosa de que se los hubieran encajado a ella.

En un determinado momento fue tan grosera que Andre tuvo que disculparse ante los presentes. «¡Se pondrá cualquier cosa menos una sonrisa, ja, ja!», dijo, intentando bromear con ello. Me dejaba patidifusa que alguien cuya única profesión era «ser ella misma» lo hiciera de un modo tan desagradable y carente de gracia. Era como un velocista olímpico que abandonara la salida, malhumorado, y se quejara de tener que «sudar»; o un conejo que protestara por todo el sexo que supuestamente debía practicar.

Hubo algunos momentos divertidos a lo largo de la semana, como la prueba del anillo matrimonial de Price, del tamaño de una costilla de cerdo y rellena con diamantes rosas. Y la última noche, en la cena de una entrega de premios, Price se bebió una copa de champán e inició una sesión de críticas furibundas contra otras famosas: siseando a Caprice «¡Es tan falsa!», y burlándose regocijada de que Victoria Beckham tuviera que contratar «niñeras feas» para evitar que David Beckham cayera en la «tentación». «¡No puede fiarse de que deje la polla en el pantalón si hay alguien atractivo cerca! Me da pena. Todas mis niñeras son preciosas», se jactaba, lanzando una mirada asesina a Peter Andre.

Pero después de pasar cinco días juntas, a ratos, el único verdadero «descubrimiento» que hice sobre Price es que se había pasado años llevando una talla equivocada de sujetador. «¡Marks and Spencer me dio una 90B!», dijo. «Y cuando me midieron, me enteré de que realmente tenía ¡una 90GG!»

Lo sé. Tiene muy poco de Watergate. Pero, teniendo en cuenta el resto de la entrevista, fue lo mejor. Escribí aplicadamente el artículo, sólo para recibir al día siguiente un correo electrónico de su representante. «¿Te importaría no publicar la talla del sujetador de Katie?», me preguntaba. «Realmente, queremos venderle la exclusiva a *OK!*»

Desconcertada ante el hecho de que la noticia de la talla del sujetador de una mujer valiera dinero, me rendí.

No me importa, ni cometo el error de pensar que Price no sea una mujer de negocios competente, aunque tenga que comerciar con sus hijos para sacar dinero: algo que siempre asocio a familias desesperadas del Tercer Mundo, más que a chicas monas de clase media que consiguen cheques de un millón de libras. Al fin y al cabo, vivimos en un mundo confuso y ajetreado, y todos hemos de elegir nuestras propias batallas.

Pero lo que sí me parece intolerable es que alguien considere a Price un modelo feminista... sólo porque ha ganado muchísimo dinero.

El razonamiento es el siguiente: los hombres tienen aún todo el poder y todo el dinero. Pero los hombres tienen un punto débil: las mujeres sexis. Así que, si para conseguir ser rica y poderosa tienes que excitar sexualmente a los hombres, adelante. Esto es un negocio, nena. Puede que estés a cuatro patas enseñando el culo en calendarios «glamourosos», pero al menos te estás pagando tu enorme mansión rosa.

Bueno, hay una frase para este tipo de conducta. Como diría Jamie, el asesor de imagen de *The Thick of It*,¹ es ser un «j... cabrón miserable y traidor».

Las mujeres que, en un mundo machista, se sirven del machismo para medrar son como la Francia de Vichy con tetas. ¿Tienes una talla 85GG, te depilas hasta el último rincón del cuerpo y finges orgasmos? Entonces estás haciendo negocios con un régimen decadente y corrupto. Llamar a esto un icono feminista es como dar el Premio Nobel de la Paz a un traficante de armas.

«Soy fuerte», dirá Price en otra entrevista exclusiva a *OK!* Pero, por lo general, las personas fuertes no suelen graznarle a la prensa todas las semanas cómo se «sienten», lo injusta que es la gente con ellas, y lo cabrón que ha sido su ex marido.

Como dijo Blanche en *Corrie*:¹ «En mi época, si ocurría algo malo, te quedabas en casa, te emborrachabas y mordías un zapato.»

Price podría aprender mucho de esto. La idea de que Price es «fuerte» se debe al mero hecho de que ella sigue diciendo «soy fuerte», mientras hace cosas tremendamente débiles, como aparecer en *I'm A Celebrity Get Me Out Of Here!* para que la gente pueda conocer «mi verdadero yo», o intentar que le quiten una multa grave de tráfico diciendo «Soy la típica mujer al volante».

Hay una similar programación neurolingüística en eso de considerarla «una gran madre», y en que se la vote como la Mamá Famosa del Año.

«Cuido a mis hijos», dice. «Amo a mis hijos.»

Bueno, como dice el humorista Chris Rock: «¡Se DA POR SENTADO que tienes que cuidar a tus niños, hijaputa! ¿Qué se puede esperar de una madre así? ¿Quieres... una galleta?» Una de las cosas más alentadoras de los últimos años ha sido que Price estuviera el tiempo suficiente para que pudieran verse las terribles consecuencias de sus decisiones y de su actitud al actuar en público. Cualquier chica que pensara en 2007 que un plan admirable y viable para hacer carrera era empezar siendo modelo en *topless*, hacer un *reality show* con tu matrimonio, utilizar a tus pobres hijos como modelos para una colección de ropa, y comportarte continuamente como una cascarrabias cobarde, desagradecida, miserable, resentida y caprichosa –pero con tetas enormes–, seguro que lo reconsideró en 2010, cuando la imagen pública de Price se colocó justo debajo de la de aquel zorro que mordió a unos niños en el norte de Londres.

Asimismo, más o menos en la misma época, el fenómeno «WAG»¹ de los futbolistas, otro modelo deseable para las adolescentes, empezó a cansar a la gente. Cuando se descubrió que, uno tras otro, los futbolistas habían sido infieles, de pronto, la idea de tener como único objetivo supeditar tu vida y tu sustento a un hombre rico y famoso empezó a verse, en el mejor de los casos, de mal gusto y, en el peor, peligroso para la mente.

Porque cuando esos matrimonios se rompían, bajo un intenso escrutinio, el tono de los medios al dar la noticia era: «Pero ¿qué puede esperar una mujer de esos hombres? Si inicias una relación tan desigual, en la que sólo cuenta tu atractivo, ¿a quién puede sorprender que tu pareja te cambie por otra mujer igual de indefensa y dependiente que conoce en una oscura discoteca, ciego de alcohol?»

Pero, aunque Price –sin otra cosa que decir o vender que ella misma– haya desaparecido, una generación entera de mujeres muy creativas ha empezado a depilarse frenéticamente al unísono.

Ya he comentado la idea de las mujeres como «perdedoras», al admitir que, como sexo, nuestras conquistas son modestas comparadas con las de los hombres, y tener, en el fondo, la sospecha tácita y silenciosa de que esto significa que no somos en realidad tan buenas como ellos. Después de todo, si el poder y la creatividad de las mujeres se hubieran visto anulados únicamente por miles de años de machismo de mierda, seguro que, al año de conseguir el voto, habríamos conquistado Francia y dejado fuera de combate *La guerra de las galaxias*.

Pero, como es natural, las personas que han estado psicológicamente machacadas no empiezan a hacer cosas gloriosas, seguras, ostentosas nada más ser liberadas. En vez de eso, se quedan pensando: «¿Qué coño ha pasado?», intentando entender por qué ocurrió, intentando –a menudodilucidar si fueron ellas las culpables.

Tienen que averiguar cuál es su relación con el antiguo agresor, e idear nuevas estructuras de mando, si es que deciden tenerlas. Hay una necesidad de compartir experiencias y comprender a) qué es lo «normal» y b) si lo quieren ser. Y, sobre todo, tardan tiempo en encontrar lo que creen en realidad y qué piensan por sí mismas. Si cuanto te han enseñado es la historia, los valores y los razonamientos de los vencedores, se tarda mucho, muchísimo tiempo en comprender qué partes quieres quedarte y qué partes quieres desechar; cuáles son venenosas para ti y cuáles pueden salvarte.

En pocas palabras, hay un largo período de darse palmaditas en la espalda mientras uno se pregunta «¿Estoy BIEN? ¿Me encuentro bien?»; y a menudo dejar que reine un larguísimo y meditabundo silencio antes de pasar a la acción.

Pero lo cierto es que ya se ha pasado a la acción, y uno de los lugares donde resulta más evidente es en la música pop. El pop es la vanguardia cultural del cambio social. Por su inmediatez, alcance y poder –sin tener que esperar dos años para ver su rendimiento, como el cine; sin un proceso de escritura de tres años, como una novela; sin una campaña de diez años, como la política–, cualquier idea o sentimiento que empieza a calar en el inconsciente colectivo puede ser Número Uno en las listas de grandes éxitos dos meses después. Y, en cuanto una idea pop está en el aire, desencadena inmediatamente un proceso de acción y reacción en otros artistas, cuyas respuestas son igualmente veloces, precipitando de un día para otro un cambio total de panorama.

En 2009, trece años después de que el tema «Wannabe» convirtiera a las Spice Girls en la banda femenina más famosa de todos los tiempos, las listas de grandes éxitos, al fin, y por primera vez en la historia, estuvieron dominadas por artistas femeninas. La Roux, ¡una lesbiana!, Florence and The Machine, ¡una pelirroja!, Lily Allen, ¡una ingenua bocazas!, Beyoncé, ¡un icono

extraordinario de grandes muslos!, y, por supuesto, Lady Gaga ¡una agitadora multimedia bisexual y vestida de color carne!, fueron sobre las que más se escribió, las más perseguidas, las más demandadas y, por supuesto, las de mayor éxito. Junto con Katy Perry, Rihanna, Leona Lewis y Susan Boyle, la avalancha de mujeres en las listas de grandes éxitos supuso el final de los artistas masculinos.

Nuestras palabras de dieciséis años antes en *Melody Maker* –«¡Oh, Dios, necesitamos meter a una tía en la revista!»– se habían invertido por completo.

Ahora, en la sección cultural y de espectáculos de *The Times* los redactores se desesperaban cuando tenían que escribir sobre un hombre: «No le interesa a nadie. ¿Quién quiere ver otra foto de un tipo aburrido?»

En 2010, fui a entrevistar a la mujer que los periódicos de gran formato presentaban como el futuro gran icono feminista: Lady Gaga. Como indicativo de lo rápido que puede cambiar el panorama bajo la influencia de una única figura destacada, la diferencia entre ella y la anterior propuesta de Gran Icono Feminista, Price, no podía ser más abismal.

Price es una chica de clase media que ha llegado a la fama dejándose fotografiar las tetas, y sin nada más que decir –una vez que ha captado la atención– que «A mí a mí a mí a mí a mí a mí, miradme ¡A MÍ! Y a mi iPod Katie Price Boutique Rosa, 64 GB, por 399,99 libras».

Gaga, por otro lado, es una chica de clase media que ha alcanzado la fama al escribir, uno tras otro, tres de los mejores singles del pop del siglo XXI («Poker Face», «Just Dance» y «Bad Romance») y con tanto que contar que ha contratado a un colectivo de artistas multimedia, The Haus of Gaga, que la acompaña en las giras, para poder expresarlo todo. Una entrada para ver a Gaga significaba igualdad gay, igualdad sexual, activismo político, tolerancia, y emborracharse en la pista de baile mientras haces con el cuerpo movimientos imposibles. Y llevando una langosta en la cabeza.

Aunque no se puede hablar de una carrera hasta pasados diez años, el alcance, la escala, el impacto y la determinación de los dos primeros años de Gaga como estrella del pop me emocionan más que cualquier otra artista femenina que haya aparecido desde Madonna. Es más, aunque, como mujer occidental, siempre estaré agradecida a Madonna (jamás habría tenido valor para hacer parapente con el culo al aire, o follar con Vanilla Ice, de no haber sido por el trabajo pionero de Madonna en *Sex*),¹ también hay que destacar que Gaga se dio a conocer a nivel internacional llevando un traje de carne cruda y protestando contra la homofobia del ejército estadounidense cuando sólo tenía veinticuatro años. A los veinticuatro años, Madonna aún trabajaba en un Dunkin' Donuts de Brooklyn.

Y lo que ocurría con Madonna es que, cuando yo era adolescente, siempre... me asustaba un poco. Era estupenda, y sexy, y vestía de un modo asombroso, y yo me daba cuenta de que todas sus canciones sobre el poderío me ayudarían mucho, enterradas en mi subconsciente. Pero no podía sobreponerme al sentimiento de que, si me la tropezaba, me miraría de arriba abajo –vestida con mis botas del mercadillo, una camisa remendada y un sombrero de paja– y pasaría de largo para intentar ligar con Warren Beatty, en cambio.

Y habría hecho bien. En aquel tiempo, toda la conversación que yo podría haber ofrecido a Madonna era despotricar contra el conductor del autobús 512 de Wolverhampton, que me parecía un perverso, y contarle lo sola que estaba y lo mucho que me gustaba «Cool for Cats» de Squeeze. Si yo hubiera sido ella, también habría pasado de largo y me habría ido a follar con Warren Beatty.

Pero precisamente por eso, si yo fuera una adolescente aficionada a la lectura en 2011 y viera a

Lady Gaga, sentiría que todas mis Blancas Navidades habían llegado de golpe. Porque Gaga es una estrella internacional del pop que está al lado de todos los adictos al ordenador, bichos raros, marginados, aspirantes a intelectual y niños solitarios. Si vas a una de sus actuaciones, aunque el ambiente sea de «discoteca» –un bajo machacón, gente bailando enloquecida, pastillas y alcohol–, la audiencia está formada por los chicos más extraños de la ciudad. Chicos con latas de Coca-Cola en el pelo, al estilo del vídeo «Telephone», con eslóganes garabateados en la cara, rodeando con el brazo a *drag queens*, y dobles de Morrissey con gafas y chaquetas de punto. Miran a una mujer que lleva una cita de Rilke tatuada en el brazo («En lo más profundo de la noche, confiésate que morirías si te prohibieran escribir.» Sí. Es una letra bastante pequeña), que toca un piano de cuatro metros de altura, hecho a medida, inspirado en los elefantes con patas de araña de *La tentación de San Antonio* de Dalí, y que canta al amor condenado al fracaso con una metáfora de las películas de Alfred Hitchcock.¹

Y, aunque es indudable que juega con la sexualidad –si no has visto un primer plano de la entrepierna de Gaga en la última semana, es porque no has visto suficiente MTV–, no es la sexualidad animal, directa y confiada de otras estrellas femeninas del pop. Su manera de acercarse a los valores sexuales es examinar la disfunción, la alienación y la neurosis sexual femeninas. Cuando publicó su primer elepé tuvo que enfrentarse a la compañía discográfica, que quería en la portada una imagen de ella demasiado explícita, rozando casi el porno blando.

«Lo último que necesita una joven es otra foto de una estrella del pop llena de aceite, retorciéndose en la arena y masturbándose», dijo. «Tuve que llorar una semana para conseguir que la cambiaran.»

Cuando actuó en la entrega de premios de la MTV en 2009, una lámpara de araña caía en su cabeza y Gaga se desangraba lentamente hasta morir mientras cantaba. El año anterior, Katy Perry había salido de un pastel.

Cuando fui a entrevistar a Lady Gaga, nos caímos estupendamente. Al final de la entrevista, me invitó a ir con ella a una fiesta en un club privado de Berlín.

«¿Has visto *Eyes Wide Shut*? Es algo parecido», me dijo, deslizándose por un pasillo entre bastidores con una capa de tafetán negro, modelo exclusivo de Alexander McQueen. «Pero no me hago responsable de lo que pueda pasar; y recuerda..., usa preservativo.»

Cruzamos Berlín en una caravana de vehículos cuatro por cuatro de cristales tintados –mientras su servicio de seguridad detenía eficazmente a los paparazzi parándose delante de sus coches e impidiéndoles salir–, y acabamos en un complejo industrial abandonado al final de un callejón. Para llegar a la pista de baile recorrimos un laberinto de pasillos y pasamos por delante de una serie de habitáculos tan pequeños como celdas, decorados con toda clase de camas, bañeras, montacargas y cadenas.

«Para follar», explicó un miembro alemán de nuestro séquito, amable pero en cierto modo innecesariamente.

A pesar de lo indudablemente novedoso y extremo que era el escenario, Adrian, el jefe de prensa británico de Lady Gaga, y yo delatamos nuestra nacionalidad en el mismo instante en que comentamos con entusiasmo: «¡Oh, Dios! ¡Se puede fumar aquí!» Nos pareció una perspectiva mucho más apasionante que... un poco de sexo anal.

Éramos un grupo pequeño: Gaga, yo, Adrian, su maquilladora, su guardaespaldas y puede que un par de personas más. Nos dirigimos a la pequeña pista de baile, en una discoteca llena de *drag queens*, lesbianas vestidas de marineros, chicos con camisetas ajustadas, chicas con cuero negro. La música era atronadora. Había un arnés gigantesco colgando encima de la barra. «Para follar.» El mismo alemán amable de nuevo.

Gaga encabezaba nuestro grupo. Creo que, en ese momento, incluso los miembros de Keane¹ se habrían escabullido de allí para entrar en una sala VIP y esperar que alguien les llevara bebidas. En vez de eso –con su capa ondulante, y muy parecida a uno de los Skeksis de *Cristal oscuro*–, Gaga se acercó a la barra y se apoyó en ella con la pose de alguien muy asiduo a los bares. Vociferando «¿Qué queréis tomar?», inició la primera ronda.

«Me encantan los bares cutres de borrachos», exclama Gaga. «En eso soy de la vieja escuela.»

Entramos en un cuartito con un banco de hule –«¡Para follar!», explicó el alemán de nuevo– e instalamos el campamento. Gaga se quitó la capa de McQueen y la tiró en un rincón. No tardé en pisarla, para horror de su maquilladora, que, con sumo cuidado, recogió el tafetán de diez mil libras que tenía bajo los pies. Gaga estaba ahora en sujetador, medias de rejilla y bragas, con los ojos rodeados de lentejuelas.

«¿Sabéis lo que me ha dicho esa chica de la barra?», dijo, tomando un sorbo de whisky y dando una calada al cigarrillo de alguien antes de devolvérselo. «Me ha dicho: “Tú eres feminista. La gente cree que eso significa odiar a los hombres, pero no es así.” ¿No es gracioso?»

Ese mismo día, habíamos hablado de si Gaga se describiría como feminista o no. Como ocurre a menudo con las grandes conversaciones sobre el feminismo, habíamos pasado de unas contundentes declaraciones de emancipación y solidaridad («Soy feminista porque creo en los derechos de la mujer, y en que hay que defender lo que somos, hasta la médula») a filosofar sobre con quién fantaseaba. («En el vídeo de “Telephone”, la chica a la que beso, Heather, vive como un hombre. Y, al gustarme las mujeres, hay algo en una mujer más masculina que me hace sentir más... femenina. Cuando nos besamos, tuve esa sensación de mariposas en el estómago.»)

Habíamos llegado a la conclusión de que era extraño que casi todas las mujeres «rehuyeran» declararse feministas, porque «eso no significa en absoluto que odies a los hombres».

«¡Y justo ahora me dice eso! ¡Y es atractiva!», Gaga sonrió, radiante. Señala a la chica, que parece un grumete andrógino de Jean Paul Gaultier con labios de Cupido. «Preciosa», suspira Gaga.

A las dos de la mañana habíamos bebido muchísimo vodka y Gaga tenía la cabeza en mi regazo. Se me acababa de ocurrir la teoría de que, cuando tienes a uno de tus héroes borracho en el regazo, es el momento de contarle todas las pequeñas tesis que has elaborado sobre su persona.

–Aunque lleves poca ropa –dije con cierta gazmoñería, señalando su sujetador y su tanga–, no lo haces en plan... calientapollas, ¿verdad?

–¡No! –respondió Gaga, con un potente grito de borracha–. Esto no es con lo que los hombres hetero se masturban en casa cuando miran pornografía. No es para ellos. Es para... nosotras.

Y señala la discoteca, hasta los topes de lesbianas moteras y *drag queens*.

Porque Gaga no está ahí para que la follen. Tú no penetras a Gaga. Como ocurre a menudo en la historia del pop, y especialmente con sus mujeres, Gaga no canta para que se acuesten con ella o para dar la impresión de que es eso lo que quiere. Lo que pretende es perturbar, inquietar: gafas hechas con pitillos encendidos, camas que se incendian, trajes fabricados con carne cruda, prótesis construidas con platino, Gaga en una bañera que se desborda... con los ojos dilatados con CGI¹ para que parezca su propio cómic manga. Su iconografía es desconcertante, y pone patas arriba lo que estamos acostumbrados a ver.

El objetivo final de sus canciones no es suscitar el deseo en amantes potenciales, sino analizar con emoción sus sentimientos y contárselos después a sus oyentes: su banda, el ejército de millones de fans de Gaga, que se llaman a sí mismos «pequeños monstruos» y a ella «mamá monstruo», la matriarca de su mundo alternativo. Como mujer, la gran novedad de Gaga no es su teatralidad, talento o éxito, sino el hecho de que haya utilizado éstos para abrir un nuevo espacio a

los fans del pop. Y esto, su faceta de hacer campaña a favor de los gays y de los bichos raros, puede que sea lo más fascinante de ella. Para las mujeres, encontrar un escenario amable, sin prejuicios es tan importante como conseguir el derecho al voto. No sólo necesitamos la legislación correcta, sino también el ambiente adecuado para empezar a descubrir finalmente nuestros cánones... y después, con el tiempo, ciudades e imperios.

En definitiva, creo que va a ser muy difícil oprimir a una generación de chicas adolescentes que ha crecido bajo esta estrella del pop liberal, cultivada y bisexual que lanza fuegos artificiales desde su sujetador y que fue incluida en la lista de la revista *Forbes* como la séptima Celebridad más Influyente del Mundo.

Una semana después de que la entrevistara, una foto muy borrosa de ella, hecha por un fan en aquel club, salió en revistas de todo el mundo. Se podía ver mi exuberante pelo, cardado y sudoroso, justo detrás de ella.

«¡PREOCUPA LA SALUD DE GAGA!», decía el titular, explicando que los que estaban «dentro» del club se habían «preocupado» por la forma de comportarse ella esa noche. Puedo asegurar que esto no es cierto. Estaban tan tranquilos, bailando con ella, sobre el banco de la discoteca, pasándolo mejor que nunca.

He aquí uno de los principales riesgos de la obsesión actual de los medios de comunicación con los modelos femeninos. Aunque es genial que una carrera como la de Gaga sea noticia de portada en todo el mundo, y esté presente en tabloides y revistas fácilmente asequibles –en vez de escondida en libros de texto, fanzines o diminutos locales nocturnos con vino malo, donde sólo tres feministas de la línea dura, que realmente no lo necesitan, puedan encontrarla–, hay una trampa en casi todos los discursos sobre el estado de la mujer contemporánea que ofrecen estas publicaciones.

A saber: los que deciden el contexto editorial de casi todas estas revistas y periódicos son unos cretinos deprimentes y mezquinos que construyen historias ficticias a partir de una serie de fotografías y sucesos que no guardan la menor relación entre sí, y que pagan a unos zánganos ignorantes del sector B de los imperios editoriales multinacionales para que las escriban. Las actitudes que subyacen bajo estas historias de mujeres famosas harían que Kate Millet¹ –o, de hecho, cualquiera que haya leído *Psicología para Dummies*– se llevara las manos a la cabeza y suspirara: «Oh, la humanidad, ¿cómo hemos consentido que nuestra estupidez sea tan obvia?»

Y éste es el giro positivo de la situación. La parte paranoica y desconfiada que hay en mí –la que se levanta a las dos de la mañana, quita el rudimentario tapón hecho con film transparente de una botella de vino abierta hace tres meses e imprudentemente se la bebe entera antes de buscar miniaturas de Malibú– a veces se pregunta si este tipo de periodismo se escribe con una intención más oscura, más decidida.

Porque el tipo de cobertura informativa que se da a nuestras famosas es enormemente reduccionista y dañino.

Aunque en la actitud de los medios de comunicación ante cualquier famoso subyace siempre una especie de regodeo malsano –«Ja, ja, en cuanto muestres el menor signo de debilidad, clavaremos un cincel allí y empezaremos a golpearlo»–, las mujeres famosas sufren esto desproporcionadamente por la excesiva atención que se da a su aspecto.

Un «signo de debilidad» para un hombre famoso es ser infiel, tratar mal a un empleado o estrellar el coche hasta arriba de drogas. Un «signo de debilidad» para una mujer, por otra parte, puede ser una única fotografía poco favorecedora. Las mujeres son ridiculizadas por llevar una sola prenda «equivocada» –y no sólo en la alfombra roja, donde una parte de su «trabajo» es

mostrar una belleza sobrenatural–, y da igual lo ocupadas, preocupadas, infelices o totalmente indiferentes a la estúpida foto de mierda que se sientan.

No, los paparazzi hacen fotos de mujeres que van de compras en vaqueros y con una sudadera, sin maquillar, y consiguen que su mundo parezca a punto de desmoronarse porque esa mañana no utilizaron el secador de pelo antes de salir de casa.

Por supuesto, en el mundo real sabemos que las mujeres que siempre se secan el pelo antes de salir de casa son seres extraños: cualquier madre con una melena corta resplandeciente en la puerta del colegio es objeto de miradas de compasión por parte de las demás madres, que no pueden creer que haya desperdiciado veinte minutos y un montón de fuerza de su antebrazo en repeinarse por algo menos importante que anunciar su compromiso con Kiefer Sutherland en Cannes. Pero, cuando vemos, por ejemplo, una foto de Kate Winslet con una pinta absolutamente normal dirigiéndose a comprar a Waitrose, estamos tan condicionados por las normas del aspecto femenino que marcan los tabloides que incluso la feminista más radical puede reaccionar soltando un «Joder, Winslet, tenías el pelo mucho mejor cuando te hundías con otras mil quinientas diecisiete almas en el *Titanic*. Cepíllatelo un poco, cariño», antes de darse cuenta de pronto y exclamar mirando al cielo «¡SANTO DIOS! ¿En QUÉ me he CONVERTIDO?».

Y eso es sólo mala leche por parecer poco glamouroso. Hay otra coalición entera de juicios basados en meras fotografías –un fotograma, de los veinticuatro por segundodonde parece que el cuerpo de una mujer ha sufrido algún pequeño cambio. Una vez más, entiendo el interés por las estadísticas de las variables físicas: los hombres, preocupados, miden su pito; las mujeres, preocupadas, sus muslos. Lo hacemos todos. Estamos fascinados por nuestros cuerpos, y por los de los demás, pero sin duda es ridículo dar tanta importancia a algo tan pequeño: como dejar caer un yunque Acme¹ sobre la hamaca de un niño. Del mismo modo que William Blake aseguraba ver el mundo en un grano de arena, nosotros imaginamos ver la vida de una mujer en la foto del brazo de Eva Longoria un poco apretado por una camiseta.

Una fotografía de Catherine Zeta-Jones con unos pantalones ligeramente arrugados en la ingle será recibida con una lluvia de titulares «Catherine TRAGONA Jones», y unos editoriales falsamente preocupados por la lucha contra el peso que siempre ha librado Zeta-Jones. Alexa Chung es fotografiada con unos zapatones que hacen sus piernas más delgadas, y de pronto es anoréxica y está al borde de un colapso nervioso. En esas imágenes nunca echan la culpa a la ropa: estúpida ropa demasiado ceñida, o estúpida ropa demasiado holgada. El culpable tiene que ser siempre el cuerpo de la mujer. Lily Allen, Charlotte Church, Angelina Jolie, Fern Britton, Drew Barrymore, Jennifer Aniston, Gemma Arterton, Michelle Obama, Victoria Beckham, Amy Winehouse, Billie Piper, Kerry Katona, Mariah Carey, Lady Gaga, Madonna, Cherie Blair, Oprah Winfrey, Carla Bruni, la Duquesa de York, Sarah Brown: no hay ninguna revista femenina en Occidente que no haya especulado sobre la salud mental y emocional de estas mujeres basándose únicamente en una mala fotografía. He leído más sobre el culo de Oprah Winfrey que sobre el ascenso de China como superpotencia económica mundial. Me temo que no exagero. Quizá China esté convirtiéndose en una superpotencia económica porque sus mujeres no se pasan el día leyendo sobre el culo de Oprah Winfrey. Si supiera más sobre China y menos sobre el culo de Oprah Winfrey, probablemente podría argumentar una causa-efecto directa.

Y la absoluta aleatoriedad de esta dañina e inútil especulación es quizá lo más pernicioso y ridículo de todo. Los periodistas parecen elegir quién les «preocupa» con la aleatoriedad de una habitación llena de gente que sacara nombres de su chistera. He visto fotos de Mischa Barton en una publicación que lamentaba con hipocresía su «constitución inquietantemente esquelética», y, justo al lado, en el mismo anaquel, la misma imagen en otra revista con este pie de foto: «Mischa

Barton celebrando sus nuevas curvas.»

¡Aj! «¡Celebrando sus curvas!» ¿Hay alguna frase más malvada en la prensa del corazón? «Celebrando sus curvas» es, como toda mujer sabe, el modo codificado en que las revistas acusan a una famosa de «parecer más gorda», pero sin que ésta pueda protestar, para que no parezca que desapruedan que las mujeres tengan «curvas». Es una paradoja nefasta y seductora, del tipo que utilizaría la dictadura lavacerebros norcoreana si decidiera suprimir el proletariado utilizando sólo la malicia y una desenfrenada dismorfia corporal.

Así que estas mujeres famosas tienen que pasarse entrevistas enteras contando lo que comen («¡Me encantan las tostadas!») y entablando una relación con la prensa similar a la que existe entre una adolescente en una clínica de trastornos alimenticios y su severa enfermera: teniendo que «demostrar» continuamente que han sido buenas y se han comido todo el pastel de carne, en vez de esconderlo en las mangas de la chaqueta y tirarlo en una maceta cuando nadie mira. Y ¿cómo explicar todas esas alegres fotografías de mujeres en traje de baño en la playa, a las que se describe no como personas «de vacaciones», «trabajando» o «con sus familias», sino en medio de una «lucha» imperecedera con los «problemas de su cuerpo»? Es el «ángulo humano».

«Jennifer Lopez tiene celulitis, ¡Dios existe!», pregonarán junto a una fotografía alevosamente ampliada de los muslos de Jennifer Lopez. «Las famosas... ¡son como TÚ!», vocearán al lado de una foto de cualquier pobre actriz de *EastEnders* con un horrible vaquero que le saque chichas en la cadera, inconsciente, al parecer, de lo alarmante de la situación. Para una lectora femenina no es ningún consuelo ver fotografías de una famosa sacadas con teleobjetivo, y con unos «círculos de vergüenza» rojos alrededor de los muslos flácidos, las estrías de los brazos o la tripa ligeramente abombada. Porque el mensaje final a la lectora –generalmente joven, impresionable y aún ilusionada con el mundo– es que, si fuera una mujer creativa y ambiciosa que trabajara duro, descansara a veces y, de algún modo, se las arreglara para llegar a la cúspide de su carrera y ser tan famosa como esas mujeres en una industria todavía dominada por los hombres, los paparazzi irían tras ella y le harían sentirse tan mal como a Cheryl Cole. Qué situación tan jodidamente deprimente.

He aquí por qué odio el «ángulo humano».

1) No quiero que mis famosos sean más humanos. El arte debería ser un escenario donde uno pudiera reinventarse y suplantarse a sí mismo. No quiero un montón de gente normal arrastrándose por ahí, quejándose de las tasas del agua y de las espinillas. Quiero que David Bowie finja ser invertido y venir del espacio.

2) En el siglo XXI, cualquier mujer que triunfe en el ámbito que sea no necesita «humanizarse». Sin absolutamente ninguna excepción. Ni siquiera Margaret Thatcher. Hemos tardado cien mil largos, lentos y arduos años en salir del patriarcado. Aún quedan lugares en el mundo donde las mujeres no pueden tocar la comida durante la menstruación o son marginadas socialmente por no tener hijos varones. Incluso en la políticamente correcta Norteamérica, o en Europa, las mujeres están tan penosamente representadas en todo (ciencias, política, arte, negocios, viajes espaciales) que si alguna se las arregla para construir un personaje que le permita progresar en el mundo y conseguir aunque sólo sea una fracción del prestigio que los hombres tienen asegurado, quiero con toda mi alma que pueda llevar la frente bien alta. Que siga adelante con su trabajo. Que parezca un poco indómita y distante. Que adquiera misterio, clarividencia y una absoluta y terrorífica invulnerabilidad si lo desea. Cuando el mundo esté invadido de Illuminati amazónicos con rostro de la Thatcher, manipulando el mundo con una mezcla de armas nucleares y chantaje sexual, entonces necesitaremos realmente intervenir y humanizarlos. Mientras tanto, Jennifer Aniston ha

estrenado otra comedia romántica de final feliz. No creo que haga falta desmontar aún su terrorífica máscara de hierro, al preguntarle cuándo tuvo la regla por última vez.

Aunque los modelos femeninos crecen en variedad y en logros mes a mes, hay algo que nos tenemos que preguntar a nosotros mismos. ¿Es lo que leemos o decimos de ellos «reportaje» y «debate»? ¿O son sólo los medios de comunicación mundiales comportándose como unos cerdos?

15. ABORTO

Creo que tengo ovarios poliquísticos. Por eso están haciéndome una ecografía. He ido tres veces al médico de cabecera con los síntomas típicos –acné, cansancio, aumento de peso, interrupción del ciclo menstrual– y me han enviado aquí, a la Unidad de Ultrasonido del Hospital de Whittington.

Sí, con esos síntomas pensarás que estoy embarazada, ¿verdad? Pero hace seis semanas me hice la prueba y dio negativo, y el médico de cabecera me ha enviado aquí. Estoy desayunando dos latas de piña, y lloro cuando veo una triste ardilla en un anuncio. Por supuesto que estoy embarazada. Pero la prueba dio negativo. Y aún estoy dando de mamar. Y no quiero estar embarazada. Así que no lo estoy.

Me tumbo en la camilla. El monitor está en la pared, dispuesto a enseñarme lo que hay dentro. No sé qué aspecto tienen los ovarios poliquísticos, pero imagino que veré círculos, como burbujas de oxígeno. O quizá algo más visceral: racimos; brácteas.

Mientras la enfermera se lava las manos, preparándose, la pantalla del ecógrafo es como la vista desde la cubierta del Halcón Milenario cuando está estacionado. Un espacio oscuro, negro, salpicado de luces. Inmóvil.

Cuando finalmente ponen el transductor en mi estómago, sin embargo, es como el Salto al Hiperespacio: todo el sistema solar ruge de vida. Líneas y espirales y riñones e intestinos. Lunas con asteroides que giran alrededor. Y entonces, justo en el centro –casi inaudible, profunda, escondida–, una estrella de neutrones. Una señal. Un reloj que avanza.

Es un latido.

–¡Estás embarazada! –me dice la enfermera, alegremente. Las enfermeras han debido de aprender que hay que decirlo siempre con alegría. Y lo hacen, por muy pálida que esté la paciente o muy alto que haya gritado «¡Joder!» antes de empezar a temblar.

Está haciendo cálculos, midiendo sobre la pantalla.

–Yo diría que estás de unas once semanas –prosigue, apretando el transductor contra mi estómago.

Ahí está. No hay nada que se parezca a un feto. La curva de la columna, como una desdibujada luna en cuarto creciente. El cráneo, como el casco de un astronauta. Los ojos negros que no parpadean, como una gamba.

–¡Oh, Dios! –le digo al bebé–. ¡Eres una cosita extraña!

Estoy segura de que es mi hijo gay, el que siempre quise tener. Su entrada es tan teatral, con las palmas abiertas y extendidas, diciendo «¡Tachán». Tan repentina. Tan afectada. Un completo apagón para la publicidad previa hasta que pueda hacer su primera aparición así, en televisión; como si fuera el jodido *Parkinson* o algo.

¡Y su suerte! Este niño es claramente afortunado, sólo echamos un polvo sin protección; aquella noche en Chipre, en los veinte minutos que las niñas estuvieron dormidas. Este niño desafiará las leyes de probabilidad toda su vida: romperá la banca en los casinos, y hará amigos millonarios mientras espera para comprarse un sándwich. Encontrará oro la primera vez que cribe la corriente de un río y el verdadero amor el mismo día que decida sentar la cabeza.

–No puedo tenerte –le digo con tristeza–. El mundo va a derrumbarse si te tengo.

Porque ni por un segundo pienso que debería tener este bebé. No tengo ningún dilema, ninguna decisión terrible que tomar; sé con serena certeza que no quiero otro niño ahora, del mismo modo

que sé que no quiero ir a la India, ni ser rubia, ni disparar un arma.

No es eso lo que voy a ser otros tres años: el soporte vital de alguien que llora porque me necesita, y se enrabieta conmigo, y sabe que, cuando está enfermo, lo único que le consuela es apoyar la cabeza en mi estómago y soñar que está en mi interior de nuevo. Mis dos niñas, que llevo hacia atrás delante de mí, como si me inclinara ante ellas, protegiéndolas del viento, observando cuanto hacen como una cámara celosa..., son todo lo que deseo.

Solía temer su muerte –¡El coche! ¡El perro! ¡El mar! ¡El germen!– hasta que comprendí que eso no sería nunca un problema: en la camilla, camino de la morgue, metería las manos en sus costillas, cogería su corazón y me lo tragaría, y volvería a parirlas, para que nunca, nunca se fueran. Haría cualquier cosa por esas niñas.

Pero sólo voy a hacer una cosa por este bebé, tan rápido como pueda, antes de que crezca un poco más.

Le doy las gracias a la enfermera, me limpio el gel del estómago y salgo fuera a hacer una llamada.

En 2007, la columnista Zoe Williams del *Guardian* escribió un artículo admirable y muy lúcido en el que analizaba por qué las mujeres se sentían siempre obligadas a iniciar una conversación sobre sus abortos inducidos con un forzado «Por supuesto, es terriblemente traumático. Ninguna mujer pasa por eso a la ligera».

Continuaba explicando que esto se debe a que, por muy liberal que sea una sociedad, da por hecho, en el fondo, que el aborto es algo «incorrecto»; pero que un estado indulgente debe tomar precauciones legales y médicas para evitar que mujeres desesperadas «hagan un Vera Drake»¹ en un callejón oscuro, empeorando las cosas.

Los abortos inducidos nunca se ven como algo positivo, al contrario de lo que ocurre con cualquier otra operación que remedie un estado que pueda resultar nocivo para tu vida. Las mujeres nunca hablan públicamente de sus abortos mostrando gratitud y alivio. No hay tarjetas con «¡Suerte con tu píldora del día siguiente!». La gente no bromea sobre ello, a pesar de que los mejores chistes son sobre temas polémicos y se ríen de todo, incluyendo el cáncer, Dios o la muerte.

Asimismo, hay que tener en cuenta los distintos grados de «incorrección». Hay «abortos buenos» y «abortos malos», como en la escena de *Brass Eye* en que Chris Morris hablaba sobre el «sida bueno» y el «sida malo». Los hemofílicos que contraían el virus por una transfusión de sangre tenían «sida bueno» y merecían simpatía. Los homosexuales que contraían el virus por una relación sexual fortuita tenían, en cambio, «sida malo», y no había que prestarles la menor atención.

Una adolescente violada que necesita un aborto, o una madre cuya vida peligra por el embarazo tienen un «aborto bueno». No lo comentarán en público, ni esperarán que sus amigos se alegren por ellas, pero estas mujeres seguirán adelante sin quedar apenas estigmatizadas.

En el otro extremo, por supuesto, están los «peores» abortos: abortos reincidentes, abortos en avanzado estado de gestación, abortos de fertilización in vitro, y, lo peor de todo, las madres que abortan. Nuestra visión de la maternidad sigue tan idealizada y es tan sentimental –la Madre generosa que da la vida– que la idea de una madre que más tarde pone límites a su capacidad de nutrir y se niega a dar más vida parece obscena.

Porque las madres tienen que fingir que son cariñosas y protectoras toda su vida, lo sientan o no. Y deberían estar dispuestas –seguimos convencidos, muy en el fondo– a dar y dar y dar, hasta sencillamente agotarse. La mejor madre, la madre perfecta, llevará a término cada niño que

conciba, sin importar el daño o la ruina que esto acarree, porque su amor será lo bastante grande para todo y para todos.

Las mujeres que deciden continuar con embarazos que ponen su vida en peligro —«Los doctores me dijeron que otro embarazo me mataría, ¡pero aquí está el pequeño William!»— se presentan en las revistas como seres admirables; las madres supremas. Son la auténtica personificación de la oxitocina, la hormona del amor y la vinculación afectiva del embarazo que mantiene al mundo lleno de gente.

Las mujeres deberían ser, en esencia, capaces de un amor sacrificado e infinito.

Me cuesta aceptar esta idea. Entre otras cosas, creo en algo muy elemental y, en el sentido teológico, no cristiano. Uno de los grandes dilemas sobre el aborto es tratar de resolver dónde comienza «la vida» del feto, para concluir que, si el aborto se hace antes de que esto ocurra, es un «aborto bueno». Pero, teniendo en cuenta que tanto la ciencia como la filosofía siguen luchando por definir qué es el comienzo de la «vida» ¿no sería mejor plantear la discusión desde un ángulo completamente diferente? Porque si una mujer embarazada tiene control sobre la vida, ¿por qué no debería tener también control sobre la no-vida? Es un concepto que otras culturas comprenden. La diosa hindú Kali es Madre de Todo el Universo y al mismo tiempo Devoradora de Todas las Cosas. Ella es vida y muerte. En Sumeria, Inanna es la diosa del sexo y la fertilidad, pero también puede ser Ereshkigal, la diosa de los infiernos. A un nivel muy elemental, si las mujeres tienen biológicamente el poder de acoger, albergar, nutrir y proteger la vida, ¿por qué no deberían tener también el poder de acabar con ella?

No estoy abogando por aporrear en la cabeza a los niños, ni alentando abortos tardíos; aunque, por otra parte, ninguno lo sea. Lo que me indigna es la idea de que, al tener un aborto, una mujer demuestra ser muy poco femenina y, ciertamente, nada maternal. Que la esencia absoluta de la femineidad y de la maternidad sea sustentar la vida a cualquier precio, sea cual sea la situación.

Mi convicción de la necesidad sociológica, emocional y práctica del aborto se hizo aún más firme después de tener a mis dos hijas. Sólo tras nueve meses de embarazo, un parto, alimentar al bebé, cuidarlo, tenerlo en brazos hasta las tres de la mañana, levantarte con él a las seis, extasiarte de amor y al mismo tiempo anegarte en llanto, entiendes realmente lo importante que es para un niño ser deseado. Cómo la maternidad es un juego en el que debes participar con toda la energía, buena disposición y felicidad posible.

Y lo más importante de todo, por supuesto, es ser querido, deseado y cuidado por una madre razonablemente cuerda y estable. Puedo decir con sinceridad que el aborto fue una de las decisiones menos difíciles de mi vida. No peco de frivolidad al decir que tardé más tiempo en decidir qué encimera ponía en la cocina que si estaba preparada para ser responsable de un futuro ser humano el resto de mi vida, porque sabía que hacerlo de nuevo —comprometer mi vida con otra persona— forzaría al límite, casi con seguridad, mis facultades y la idea de quién soy y quién quiero ser, y lo que quiero y necesito hacer. La idea de que, en una época anterior, o en otro país, podría no haber tenido elección sobre esto, me parece una barbaridad psíquica y emocional.

Como escribe Germaine Greer en *La mujer completa*, «convertirse en madre sin quererlo es vivir como una esclava o como un animal doméstico».

Por supuesto, existía también la posibilidad de que llegara a agradecer la llegada de un tercer hijo. Podría haber nacido, obligándome a descubrir nuevas reservas de energía, dedicación y amor. Podría haber sido lo mejor que me ocurriera jamás. Pero yo, personalmente, no soy jugadora. No gastaría una libra en lotería, así que ¿cómo apostar por un embarazo? Las apuestas son demasiado, demasiado elevadas. No puedo estar de acuerdo con una sociedad que me obligase a apostar cuánto podría amar bajo coacción.

No puedo entender los argumentos antiabortistas que se centran en que la vida es sagrada. Como especie, hemos demostrado hasta la saciedad que no creemos que la vida sea sagrada. La indiferencia con que aceptamos la guerra, las hambrunas, las epidemias, el dolor y la pobreza extrema y crónica, nos muestra que, por mucho que nos engañemos, sólo hemos hecho el menor esfuerzo posible para tratar realmente la vida humana como algo sagrado.

No entiendo por qué entonces, en medio de todo esto, las mujeres embarazadas –mujeres que intentan tomar una decisión racional sobre su futuro y, normalmente, también el de su familia– tienen que sufrir una presión mayor para mantener la vida que, por ejemplo, Vladímir Putin, el Banco Mundial o la Iglesia católica.

Sin embargo, lo que sí considero de verdad sagrado –aparte de mejor para el mundo en general– es intentar que haya el menor número posible de personas desequilibradas y destructivas. Porque, te pongas como te pongas, interrumpir un embarazo a las doce semanas de gestación es infinitamente más ético que traer al mundo un niño no deseado.

Estos niños infelices, no deseados, que luego se convierten en adultos llenos de ira, son los responsables de casi todas las desgracias de la humanidad. Son los que vuelven los Estados salvajes, las calles peligrosas, las relaciones violentas. Si el psicoanálisis ha responsabilizado, hasta cierto punto de un modo brutal, a los padres de los trastornos psicológicos, lo menos que podemos hacer es quitarnos el sombrero ante las mujeres con la suficiente sensatez para no traer al mundo a esas personas difíciles.

Pero, por supuesto, no lo hacemos. En los dos últimos años se han presentado tres proyectos de ley en la Cámara de los Comunes tratando de limitar el acceso de las mujeres al aborto. *The Times* publicó que un «número sin precedentes» de médicos está optando por no realizar abortos, consternados ante el incremento de estas intervenciones.

Una de las mayores razones por las que se mantiene la opinión antiabortista es porque el debate no es más que eso: un debate ideológico, religioso y sociopolítico del aborto. Pocas veces se discute el tema en términos de experiencia personal, a pesar del número récord de mujeres (189.100 en el Reino Unido, en 2009) que se someten a ellos. Se calcula que cada año se practican cuarenta y dos millones de abortos en el mundo, veinte millones en condiciones seguras, con la supervisión médica adecuada, y veintidós millones sin la menor garantía. En todo el mundo, las mujeres están haciendo lo que han hecho siempre a lo largo de la historia: enfrentarse a una posible crisis de cambio o amenaza de vida, para después no volver a mencionarlo nunca. No vaya a ser que alguien cercano, alguien que no sangra ni acaba de tener un aborto, se disguste.

Las mujeres, que siempre odian hablar de los elementos más viscerales del aspecto físico de la reproducción femenina, están demasiado avergonzadas o inseguras ante las posibles reacciones para hablar de su aborto siquiera con amigos o parejas. Se da la curiosa situación de que, aunque casi todos tenemos alguna persona querida que ha pasado por un aborto, las probabilidades de que hable de ello con unos familiares mayores y más conservadores o con algún hombre son remotas.

En consecuencia, tenemos un escenario en el que los antiabortistas analizan el aborto como algo que «otros» hacen por «ahí», en vez de la realidad: que seguramente ha sido un acto tranquilo, racional, bien meditado, que según las estadísticas ha ocurrido muy cerca de casa.

Cuando escribí sobre mi decisión de tener un aborto en *The Times*, me quedé sorprendida ante la respuesta de los lectores: más de cuatrocientos comentarios on-line, y más de cien cartas y correos electrónicos. En general, los que estaban contra el aborto no citaban ninguna experiencia personal de embarazo o aborto, mientras que los que estaban a favor sí lo hacían.

La respuesta que más me sorprendió, sin embargo, fue una carta maravillosa de una columnista muy conocida que decía que, aunque había escrito muchísimas veces sobre el tema, nunca había

mencionado sus propios abortos.

«Siempre tuve miedo de lo que pasaría si lo hacía. Suponía que nadie me lo perdonaría. Pensaba que, de alguna manera, invalidaría mis argumentos.»

Y, como mujer reconciliada con su cuerpo, tengo la sensación de que puedo discutir con cualquiera sobre mi derecho a interrumpir un embarazo. Mi primera concepción, tan deseada, acabó en un aborto natural tres días antes de casarme. Una enfermera muy amable me quitó la manicura de la boda con quitaesmalte, a fin de colocarme una pinza en el dedo para el legrado. Lloré mientras entraba en el quirófano y lloré mientras salía. En ese momento, mi cuerpo había decidido que ese bebé no existiría y había acabado con él. Esta vez era mi cerebro el que había decidido que este bebé no iba a existir. No creo que una decisión sea mejor que la otra. Ambos me conocen. Ambos son igual de capaces de decidir qué es lo correcto.

Quiero acabar con mi embarazo cuanto antes y voy directamente al especialista que me atendió en el último parto. Durante una incómoda consulta de cinco minutos, me señala que el hospital en el que estamos –Saint John & Saint Elizabeth, en Saint John's Wood– es un hospital católico, y que yo acabo de pedir, de hecho, un aborto al Papa.

De nuevo en casa, la búsqueda menos divertida del mundo en Google me recomienda a un especialista en Golders Green, seguido de una «formalidad» en Essex. Hay dos opciones posibles para el aborto en sí: pueden dejarme inconsciente y despertarme cuando todo haya acabado, pero teniendo que pasar la noche en el hospital; o puedo mantenerme consciente, pero volver a casa ese mismo día. Aún estoy dando de mamar a mi hija más pequeña, así que decido mantenerme consciente y volver a casa.

Existe la tercera opción, el «aborto médico», en el que tomas dos pastillas y abortas en casa, pero, investigando un poco, las mujeres que han tenido esta experiencia dicen: «Pasas un miedo horrible. Vas sangrando por la casa durante días. Y existe la posibilidad de que no funcione, y acabas teniendo que pasar por el legrado de todas formas. Vete al hospital y resuélvelo de manera expeditiva.»

La clínica a la que vamos está en Essex, en una zona con ese ligero aire suburbano de intercambios de pareja y burdeles limpios dirigidos por mujeres pechugonas. Supongo que, al ofrecer refugio a las necesidades físicas más vergonzosas de la humanidad, es el lugar perfecto para una clínica abortiva. Su interior me recuerda a un hotel de medio pelo: esa atmósfera de que los «clientes» están metidos en algo turbio y los empleados los vigilan en silencio desde el rellano del piso superior, con los labios fruncidos y gesto de desaprobación.

En la sala de espera, hay cuatro parejas y dos mujeres solas. La mujer más joven es irlandesa; ha llegado por la mañana y, al parecer, según le cuchichea a la recepcionista, cogerá el ferry de vuelta por la noche.

La mujer de más edad aparenta unos cuarenta y muchos años, quizá incluso cincuenta y pocos. Lloro sin hacer ruido. Tiene pinta de ser una mujer que no se lo ha contado a nadie, y que nunca lo hará.

Las parejas guardan silencio, también; han sostenido todas las conversaciones posibles antes de venir. Mi marido tiene los ojos enrojecidos, pero aguanta, como hizo en mis dos partos y cuando tuve un aborto natural. Dejó clara su opinión de todo esto hace años: «Parece tremendamente injusto que, para que nosotros nos reproduzcamos, tú tengas que pasar por toda esa... mierda.»

En la nada romántica conversación que tuvimos cuando le llamé por teléfono nada más hacerme la ecografía, ni siquiera se discutió el tema. Él me dijo: «¿Qué quieres hacer?», yo dije: «No», y él dijo: «De acuerdo.»

Ambos sabíamos lo que sentíamos. Dios, la semana anterior nos habíamos tumbado en la cama

después de pasar el día con unos amigos y su recién nacida: «Tiene esa mirada de estar a mil metros,¹ y parece medio muerta. Se nos olvida toda la atención que necesitan, ¿verdad? Te quedas como... atrapado.»

La enfermera dice mi nombre, y suelto su mano para ir a esa sala. Mientras ando, levito más y más hacia un ataque de pánico y, cual fugaz visión telescópica, sé –fríamente lo sé– que estoy cometiendo un error terrible y tengo que tener este bebé, sea como sea. Pero también sé cómo son los ataques de pánico, y sé que mienten. Todo lo que has pensado antes te ha traído sin dudar hasta aquí, me digo. No es una revelación de última hora. Es sólo miedo. Dile que pare.

No sé cómo pensaba que podía ser esta intervención. Cuando me hicieron el legrado después de mi aborto natural, me anestesiaron llorando y me desperté llorando cuando todo había acabado.

«¿Dónde está el bebé?», seguía preguntando fuera de mí mientras me llevaban a una habitación y me decían, lo más amablemente posible, que me callara. Lo único real que supe de la intervención fueron sus secuelas: dolor, obviamente, y la conciencia de que las hormonas del embarazo me abandonaban poco a poco, llevándose esa sensación de flotar que dan los estrógenos, y haciendo que me sintiera pesada –mi propia gravedad– de nuevo; como cuando te quedas leyendo en la bañera mientras se va el agua.

Esta vez estoy consciente todo el tiempo. Todo es una sorpresa desagradable. Supongo que creía que todo sería muy «clínico»: los doctores haciendo su trabajo, fríamente y con celeridad; una intervención precisa y rápida. Pero mientras estoy tendida en la camilla –soy la última cita del día–, los médicos parecen llevar demasiado tiempo haciendo cosas desagradables para solucionar errores ajenos.

Querías convertirte en médico para ayudar a la gente y sentirte mejor al acabar la jornada, pienso mirándolos, mientras la enfermera me coge la mano. Pero no creo que te sientas mejor al acabar el día. Pareces alguien a quien los humanos han defraudado constantemente.

El aborto no es como había esperado, porque no sólo es doloroso sino también brutal. Me dilatan el cuello del útero a mano, con un instrumento especial. Después introducen un espéculo, y empiezan a practicar el aborto, que parece consistir en deshacerlo todo con una cucharilla. Es estremecedoramente violento. Como romper la yema de un huevo con un palillo, pienso, haciendo la respiración que aprendí para el parto, lo que, desde luego, resulta una broma de mal gusto.

Es muy doloroso..., como un parto, en cinco horas. El analgésico no ha hecho efecto, pero protestar por el dolor, teniendo en cuenta lo que haces, parece un despropósito. Aun cuando no creas que debes sentir dolor, percibes en el ambiente que quienes te atienden piensan lo contrario.

«Lo estás haciendo muy bien», dice la enfermera, apretándome la mano con fuerza. Es amable, pero es obvio que se está poniendo el abrigo, deseando salir por la puerta. Puede oler el fin de semana. Ya está lejos.

El médico utiliza un *vacurette* para aspirar el útero, una sensación exactamente igual a como imaginas que sería que te aspiraran el contenido del útero. Por culpa de eso, luego paso varios meses retrasando la compra de un aspirador manual Black & Decker.

Todo el proceso ha durado quizá siete minutos; ha sido rápido, pero el deseo de que todos esos instrumentos y esas manos se alejen de ti, y permitan que todo se cierre de nuevo, y sane, es inmenso. Lo que quieres es que todo el mundo TE DEJE EN PAZ. Todo el mundo.

El médico apaga el aspirador. Lo vuelve a encender, y remata la operación: igual que cuando aspiras el salón, terminas, y luego decides darle una última pasada a los cojines del sofá, aprovechando la ocasión.

Finalmente, acaba y suelta un involuntario «¡Ahhhh!» mientras retira la mano.

–¡Ya está! –dice con sonrisa firme–. ¡No ha sido tan horrible! ¡Se acabó!

Luego mira el recipiente que contiene todo lo que había en mi interior. Intrigado por algo, llama a su colega.

–¡Mira eso! –dice, señalando con el dedo.

–Ja, ja, ja. ¡Qué raro! –contesta el otro.

Ambos se ríen; luego se llevan el recipiente, y ellos se quitan los guantes y empiezan a lavarse. La jornada ha terminado.

No quiero preguntar qué han visto. Tal vez hayan detectado que era gay incluso en esta fase tan temprana.

El pensamiento más optimista es: quizá tuviera alguna deformación horrible, y yo hubiese acabado abortando de cualquier forma.

El pensamiento más horrible es: quizá algo estuviera luchando por mantenerse con vida, quizá esté agotando su último resquicio de buena suerte mientras yo estoy aquí tumbada, sintiéndome blanca como el papel por fuera, y roja y negra por dentro, como la carne pasada. Esto es lo peor. Lo más horrible. Ojalá esos médicos se hubieran callado.

Cuando te llevan a la sala contigua, «la sala de recuperación», te tumbas, envuelta en un albornoz, en un sillón reclinable. Te dan una revista y una bebida fría. Hay una maceta con una palmera en la esquina. Parece el peor *remake* posible del vídeo «Club Tropicana» de Wham!

La chica irlandesa se marcha a los cinco minutos; tiene que coger el autobús, para coger otro autobús, para coger el ferry de vuelta a casa. Camina dolorida. Es a todas luces evidente que no debería haber tenido que venir a otro país para volver a encarrilar su vida. Me gustaría saber si los jueces irlandeses han visto alguna vez una mujer tan pálida como ella, contando billetes de cincuenta en la recepción, en un país donde no conoce ni un alma, para luego ir sangrando todo el camino desde Essex hasta Holyhead. Me gustaría saber si su padre aprueba la ley porque piensa que no le afecta a ella, y si odiaría esa ley si supiera que sí lo hace y la ha traído hasta aquí.

La mujer mayor, que lloraba silenciosamente en la sala de espera, sigue llorando. Es como si todas, en algún momento, nos hubiéramos puesto de acuerdo para simular que no estamos aquí, así nadie se tropieza con su mirada. Sólo leemos revistas hasta que pasan los cuarenta minutos de «recuperación» y la enfermera dice: «Puede irse.»

Y nos vamos, con mi marido conduciendo peligrosamente porque esta agarrando mi mano fuerte, muy fuerte; y yo digo: «Creo que voy a utilizar el sistema anticonceptivo Trident», y él dice: «Sí», y me aprieta la mano todavía más fuerte. Y así terminó ese día.

Teniendo en cuenta el tema, parece extraño decir que éste es el final feliz, pero lo es.

En todos los artículos que he leído sobre el aborto inducido siempre queda un sabor amargo al final. Por muy pro femenina que sea la publicación, existe la necesidad de decir que el aniversario del aborto se recuerda siempre con dolor; el cumpleaños del bebé marcado por un repentino ataque de llanto.

El discurso es que, aunque una mujer se diga racionalmente que no podía tener ese bebé, hay una parte de ella que no lo cree, que sigue recordando calladamente al bebé que debía haber nacido. El cuerpo de las mujeres no entrega tan fácil, tan silenciosamente a sus hijos, es el mensaje. El corazón siempre lo recordará.

Esto es lo que espero. Pero no es lo que ocurre. De hecho, pasa todo lo contrario. Me quedo aguardando a que lleguen la pena y la culpa prescritas; estoy mentalizada, sacando pecho, preparada, pero nunca aparecen. No lloro cuando veo ropita de bebé. Cuando mis amigas anuncian embarazos, no me siento celosa ni deprimida. No tengo que recordarme que algunas veces hay que hacer una cosa «mala» por una «buena» razón.

En realidad, es al revés. Cada noche que duermo de un tirón, agradezco la decisión que tomé. Cuando mi hija pequeña deja los pañales, me siento aliviada de que no haya un tercero detrás. Cuando vienen amigos con algún recién nacido, agradezco enormemente haber tenido la opción de no pasar por eso de nuevo; y de que dicha opción no implicara acabar sobre la mesa de la cocina de una amiga, después de que los niños se fueran a dormir, rezando para no coger una infección ni morir desangrada antes de volver a casa.

Comento esto con unas amigas, después de tomar unas copas, y están de acuerdo conmigo.

–Paso por delante de los parques pensando: «Si hubiera seguido con el embarazo, seguiría sentada en ese banco, gorda, deprimida, hecha polvo y esperando que mi vida volviera a empezar» –dice Lizzie.

Rachel es, como siempre, más directa:

–Es una de las cuatro mejores cosas que he hecho en la vida, después de casarme, tener a mi hijo y conseguir un presupuesto cerrado para rehabilitar el loft.

Supongo que me hicieron creer que mi cuerpo, o mi subconsciente, estaría enfadado conmigo por no haber tenido el bebé. Y que además su opinión sobre el tema sería, en cierto modo, superior, más «natural», más moral, que la decisión racional que mi ser consciente había tomado. Que las mujeres estaban hechas para tener hijos, y cada uno que no llega a término ha de ser recordado y llorado con arrepentimiento, pues no existe el perdón para algo así.

Pero lo único que vi –y lo único que veo ahora, años después– es la historia de millones de mujeres intentando reparar un error que podría destruirlas, y después seguir adelante tranquilas, agradecidas, silenciosas. Lo que veo es que puede ser una acción que sólo tenga buenas consecuencias.

16. INTERVENCIÓN

Tengo treinta y cinco años, y acumulo décadas con la misma indiferencia con que acumulaba semanas cuando era niña. Soy más decidida, y más tolerante con mis emociones, pero estos logros parecen haberse consumado a costa de mi piel, que ha adquirido la textura ligeramente quebradiza del tafetán. Quizá el colágeno que absorbe la piel vaya al corazón, pienso, arrastrando un dedo por mi brazo y viendo, fascinada, cómo la piel se cuartea a su paso. Extiendo crema de coco en las estrías y éstas desaparecen. Horas después, vuelven a estar ahí.

Mi piel empieza a estar... necesitada.

No es la única parte de mi cuerpo que está sufriendo cambios. Las resacas tienen ahora una cualidad siniestra, depresiva. El incómodo giro de noventa grados entre los dos tramos de la escalera me da dolor de rodillas. Mis pechos empiezan a necesitar unos sujetadores con varillas que sean sus guardaespaldas, necesito a todas horas un equipo de seguridad. Estoy muy lejos de sentirme agotada, ni siquiera cansada, pero no se me ocurre ponerme a bailar en cualquier momento, como me pasaba a menudo antes.

Estoy un poquito más interesada en sentarme que antes.

Las primeras grandes advertencias de la mortalidad comienzan a llegar. Los padres de la gente empiezan a tener enfermedades. Los padres de la gente empiezan a morir. Vamos a funerales, y a entierros, donde digo palabras de consuelo a mis amigos, aunque en mi fuero interno me consuele pensando que la muerte sólo afecta a la generación anterior. Un suicidio, un infarto, cáncer, son cosas que les ocurren a las personas mayores que yo. No han traspasado los límites de mi generación, por el momento.

Pero observo a la gente de edad que llora en el cementerio, en la iglesia, en el crematorio (que parece extrañamente una sauna municipal), a fin de aprender sobre el futuro. Pronto seré yo quien tenga que enfrentarse a esas horribles despedidas.

Pronto, también, me miraré las manos y comprenderé que son las manos de mi abuela, y que el anillo que ha brillado todos estos años se ha convertido, sin que yo hiciera nada, en una antigüedad. He dejado de ser realmente joven. Todavía habrá un período de plenitud, una década más o menos de equilibrio, y luego lo siguiente que pasará es que empezaré a ser vieja. Eso será lo siguiente.

Un mes después estoy en una entrega de premios en Londres.

Aquí es donde se reúne la flor y nata de la industria de los medios de comunicación, para celebrar una fiesta, antes de volver a la rutina de ser la flor y nata de nuevo.

En el exterior, hay un semicírculo de fotógrafos que iluminan la puerta de entrada con sus flashes epilépticos. Intentar cruzar esa puerta cuando no eres alguien que quieren fotografiar es una experiencia complicada y embarazosa; es vital hacerlo con un paso despreocupado, humilde pero vivaz, transmitiendo el mensaje: No soy Famosa. Dejad de apuntarme. Podéis ignorarme tranquilamente.

Si te equivocas en el andar y muestras demasiada seguridad, sufrirás la terrible indignidad de que treinta fotógrafos levanten a medias la cámara cuando te acerques, y luego vuelvan a bajarla defraudados al darse cuenta de que no eres Sadie Frost. A veces, incluso te gritan.

«Me has hecho perder mi jodido tiempo», me chilló en una ocasión uno, mientras yo avanzaba con un abrigo de imitación de piel que, casualmente, parecía demasiado real. Desde entonces he

aprendido que es mejor llevar una trenca. Los paparazzi no se preocupan por alguien con una trenca. Una trenca es segura.

Estoy dentro, y nunca había estado en un lugar con tanta gente importante. Su poder emanaba un suave zumbido, como el motor de un BMW, amortiguado por la buena calidad de su ropa. Las telas eran gruesas y estaban bien cortadas. Los abrigos eran de Prada, Armani, Dior. Piel de becerro en bolsos y zapatos; crema de manos con vetiver y pétalo de rosa. Toda la habitación olía a opulencia. Encarnaban el tranquilo y sólido privilegio inglés. Yo había esperado todo eso.

Pero lo que no había esperado eran las caras: las caras de las mujeres. Los rostros de los hombres eran lo que cabía imaginar; famosos o no famosos, los hombres parecen..., bueno, eso, hombres. Hombres de cuarenta, cincuenta y sesenta años. Hombres con dinero, bien cuidados, sin grandes preocupaciones. Hombres que pasan las vacaciones en un lugar donde el sol está asegurado, y a quienes les gusta la ginebra.

Pero las mujeres: oh, las mujeres parecen todas iguales.

Las pocas veinteañeras o de treinta y pocos no contaban. A esa edad parecen normales. Pero, cuando se acercan a los treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, empiezan a aparecer los primeros rasgos de homogeneidad. Labios que no se deterioran como sería de esperar, labios que parecen inflarse hacia arriba y hacia fuera, de forma ilógica, con el mohín de Elvis. Frentes brillantes, estiradas. Algo indefinible, pero definitivamente extraño en las mejillas y en la mandíbula. Ojos estáticos muy abiertos, como si estuvieran en Harley Street¹ y acabaran de ver su última factura.

Es como si sus criadas de Europa del Este les hubieran lavado y planchado el vestido, el abrigo y la cara, todo al mismo tiempo. Como si en el lavadero, a las once de la noche, las caras de estas mujeres durmieran colgadas de perchas de palisandro, rociadas con aroma de verbena.

Cuando miro a mi alrededor, recuerdo aquella escena de *El sobrino del mago* en que Polly y Digory encuentran un comedor de gala donde una corte entera, docenas de reyes y reinas, todos coronados, se sientan alrededor de una mesa convertidos en piedra por arte de encantamiento.

Mientras los niños recorren la mesa, las caras pasan poco a poco de una expresión «amable, feliz, amistosa» en un extremo, a una zona intermedia de angustia, inquietud y desconfianza; y acaban, en el extremo de la derecha, en unas personas cuyos rostros son «los más terribles: hermosos, pero crueles».

Y a esto se asemejan las mujeres. Si exceptuamos que ellas no parecen ni crueles, ni frías ni calculadoras.

A medida que avanzas por las décadas —desde las felices y despreocupadas veinteañeras hasta las grandes damas de cuarenta, cincuenta y sesenta—, las mujeres de la sala sólo parecen cada vez más asustadas. Ser tan privilegiadas como ellas y tener su seguridad, y, aun así, pasar por unos tratamientos tan dolorosos y caros, da la impresión de una sala llena de miedo. Miedo femenino. Adrenalina que las ha llevado a un cirujano y a una enfermería repleta de caras vendadas.

No sé qué les asustaba exactamente —que sus maridos las dejaran, que las mujeres más jóvenes las desbancaran, que las cámaras del exterior las juzgaran, o únicamente la decepción, silenciosa y extenuada, del espejo del baño por la mañana—, pero todas parecían aterradas. Habían gastado miles y miles de libras para parecer, en sentido real y figurado, petrificadas.

Así que ése fue el día en que finalmente comprendí, en lo más profundo de mi ser, que hacerse la cirugía estética no era ni sensato ni acertado. Me fijé en los resultados y me parecieron tanto malsanos como aborrecibles. Porque no sólo daba la sensación de que esas mujeres habían hecho algo muy radical, empujadas obviamente por el miedo, sino que sus maridos y parejas y hermanos e hijos y amigos varones parecían extrañamente inconscientes de eso. Ellos no se lo habían hecho.

Estaban al lado de ellas, vivían con ellas, pero era obvio que en un mundo completamente diferente. Algo les duele, les duele profundamente, a estas mujeres; algo que sus hombres se han sacudido de encima. Como ya he dicho, del mismo modo que puedes detectar si eres víctima del machismo preguntando «¿Es esto educado?», puedes detectar si se está ejerciendo alguna presión social misógina sobre las mujeres preguntando tranquilamente «¿Lo hacen también los hombres?».

Si no lo hacen, es posible que estés ante lo que las feministas exaltadas llaman «una auténtica mierda».

Porque el verdadero problema es que todos nos estamos muriendo. Todos nosotros. Cada día las células se debilitan y las fibras ceden y el corazón se acerca más a su último latido. El coste real de vivir es morir, y nosotros gastamos los días como si fuéramos millonarios: una semana aquí, un mes allí, alegremente desperdiciados hasta que sólo nos quedan dos monedas en los ojos.

A mí, personalmente, me gusta el hecho de que vayamos a morir. No hay nada más estimulante que levantarte por la mañana y decir «¡GUAU! ¡ESTO ES LO QUE HAY! ¡ESTO ES LO QUE HAY REALMENTE!».

Te ayuda a enfocar las cosas de maravilla. Te hace amar apasionadamente, trabajar intensamente, y darte cuenta de que, dada la situación, no tienes tiempo para sentarte en el sofá en bragas y ver *Homes Under the Hammer*.

La muerte no es una liberación, sino un incentivo. Cuanto más centrado estás en tu muerte, mejor vives la vida. Mi arenga típica en la última ronda de copas (después de aquella en que lamentaba que cerrasen la maravillosa freiduría de Tollington Road; la que hacía los huevos encurtidos) es que los humanos aún creen en la vida después de la muerte. Creo sinceramente que es el mayor problema filosófico con el que se enfrenta el mundo. Incluso las personas que se declaran abiertamente no religiosas, piensan que van a encontrarse con su abuela y con su perro, Crackers, cuando finalmente la palmen. Todo el mundo cree que va a conseguir un arpa.

Pero creer en el más allá niega por completo tu existencia actual. Es como una insidiosa y destabilizante enfermedad mental. Detrás de cada día, de cada acción, de cada palabra, piensas que en realidad da igual si la has jodido porque siempre podrás arreglarlo en el paraíso. Harás las paces con tus padres, te convertirás en una persona mejor y perderás esos kilos que te sobran en el cielo. Y aprenderás francés. ¡Al fin y al cabo, te sobrarán tiempo! ¡Es la eternidad! ¡Y tendrás alas, y siempre brillará el sol! Así que, realmente, ¿a quién le importa lo que hagas ahora? Esto no es más que una deslucida sala de espera donde sólo estarás veinte minutos, en los que no tendrás alas y estarás obligado a ir de un lado para otro, andando, como los cerdos.

Si nos preguntamos por qué la gente es tan apática e indiferente ante los horrores claramente evitables que se producen en el mundo –hambrunas, guerras, enfermedades, los mares volviéndose amarillos como el pis y llenándose de arandelas de abrir latas y máquinas de fax rotas–, la respuesta es justo ésta. El Cielo. La mayor pérdida de tiempo que se nos ha ocurrido nunca, dejando a un lado los rompecabezas.

Sólo cuando la mayoría de los habitantes de este planeta estén convencidos de que se están muriendo, cada minuto que pasa, empezaremos a comportarnos como seres conscientes, racionales y compasivos. Porque, aunque el atractivo de «ser bueno» sea grande, el terror de caer, imparablemente, en la nada absoluta es mucho más efectivo. Estoy impaciente por que a todos nos llegue El Miedo. El Miedo es mi Segundo Advenimiento. Cuando todas las personas del mundo admitan que van a morir, empezaremos realmente a conseguir algo.

Así es. Sí. Todos estamos muriendo. Nos estamos desintegrando en el vacío, una célula tras otra. Nos estamos deshaciendo como azucarillos en champán. Pero sólo las mujeres tienen que fingir que esto no ocurre. Los hombres cincuentones andan por ahí con la tripa desparramándose por encima del cinturón y una cara como un colchón roto de vagabundo en un paso subterráneo.

Les salen pelos de la nariz y arrugas como desfiladeros y sueltan «¡Uff!» cada vez que se levantan o se sientan. Los hombres envejecen visiblemente, cada día, pero las mujeres se supone que deben parar su declive a los treinta y siete o treinta y ocho años, y vivir los siguientes treinta o cuarenta en una burbuja mágica donde el pelo siga brillante y castaño, la cara tersa, los labios rellenos y las tetas por encima de la tercera costilla. Lamento volver a mencionar esto; las feministas exaltadas siempre damos la matraca con el tema; pero Moira Stuart y Anna Ford fueron despedidas al cumplir cincuenta y cinco años, mientras que Jonathan Dimpleby, de setenta y tres, está convirtiéndose poco a poco en un puto genio tras su escritorio. Como dijo Mariella Frostrup: «La BBC hace que encontrar presentadoras de cierta edad parezca el Santo Grial. Pero lo único que tienen que hacer es revisar la lista de la gente que han despedido.»

¿Por qué las chicas? ¿Por qué no podemos sencillamente desabrocharnos el cinturón, quitarnos los tacones y pudrirnos alegremente como los chicos?

Mi Teoría de la Conspiración Subconsciente sobre la negación de la edad es que las mujeres, como he dicho antes, generalmente empiezan a «no pintar nada» a partir de los treinta y cinco. Es la edad en que la fertilidad decae, y el bótox y los rellenos empiezan a aparecer. Es el momento en que las mujeres se meten en su cuenta de ahorro y empiezan a gastar toda su jubilación en eliminar esos signos del paso del tiempo, y simular que tienen treinta años de nuevo.

Dicho esto, mi Teoría de la Conspiración Subconsciente querría señalar que, por una increíble coincidencia, es precisamente a esa edad cuando la mujer empieza normalmente a tener seguridad en sí misma.

Habiendo dejado por fin atrás, reconozcámoslo, el horror de los veinte años (Te acostaste con Steve. ¡Steve! ¡Steve «Caraconejo»! ¡Tenías un trabajo tan aburrido que te escondiste en un armario y comiste trocitos de papel! ¡FUE EL VERANO DE LAS CULOTES!), cumplir treinta es el punto de partida de lo realmente bueno.

Lo más probable es que te vaya estupendamente en el trabajo. Tienes por lo menos cuatro vestidos bonitos. Has estado en París, has practicado sexo anal, sabes cómo represurizar la caldera y puedes recitar trozos de *La tierra baldía* mientras preparas un cóctel de whisky.

Qué extraño resulta entonces que, cuando tu cara y tu cuerpo empiezan a mostrar las señales (arrugas, flaccidez, canas) de que vas a empezar a dar patadas en el culo a la prepotencia e intolerancia de los zoquetes, te veas presionada a... eliminarlas. Da la impresión de que, en realidad, aún eres un poco torpe y maleable, y de que estás totalmente dispuesta a que te la juegue alguien un poco más listo y mayor que tú.

Yo no quiero eso. Quiero una cara llena de arrugas y cansancio y una dentadura color crema que, con franqueza, digan a la gente estúpida y venal: VETE A LA MIERDA. Quiero una cara que diga arrastrando las palabras (a ser posible con la voz de James Cagney, aunque Cagney de *Cagney & Lacey*¹ también serviría): «He visto más niños pequeños testarudos/jefes taimados/desfiladeros escarpados/coreografías complicadas de Parappa the Rapper²/grandes cantidades de dinero de los que tú jamás verás, majo. Así que levanta el culo de mi silla y tráeme un sándwich de queso.»

Las arrugas y las canas son el modo de decirte la naturaleza que no te acuestes con cualquiera, el equivalente a las franjas amarillas y negras de una avispa, o a las marcas en el abdomen de una araña viuda negra. Las arrugas son tu arma contra los idiotas. Las arrugas son tu señal «NO TE ACERQUES A ESTA MUJER SABIA E INTRANSIGENTE».

Cuando me haga «mayor» (cincuenta y nueve años, calculo que a los cincuenta y nueve años uno es mayor), pienso correr por la ciudad con una melena blanca de más de medio metro de anchura, como una de las Mujeres Salvajes de Wongo,¹ GRITANDO que puedo sentir cómo mis células

mueren y pidiendo copas dobles que me ayuden a olvidarlo. No me gastaré cincuenta mil libras en teñirme el pelo, subirme las tetas, rehacerme la cara y fingir que soy una lozana pastorcilla virgen, en busca de mi primer revolcón en la feria de las novias.

Porque en el aspecto de esas mujeres hay un mensaje tácito. Las mujeres que han tenido la aguja, o el cuchillo, parecen decir: «Mis amigos no son mis amigos, mis hombres son pusilánimes y muy poco de fiar, el trabajo de mi vida no vale nada, tengo cincuenta y nueve años y las manos vacías. Sigo tan indefensa como el día en que nací. ADEMÁS, me he gastado todo el dinero del yate en mi culo. Se mire como se mire, he fracasado en la vida.»

Pero ¿qué pasa con la cirugía estética? Aunque es fácil criticar a las mujeres que se han gastado treinta mil libras en una mala intervención, y ahora parecen astronautas que experimentaran la fuerza G en un túnel de viento, hay otras mujeres –famosas a las que no podemos nombrar, porque nos demandarían, PERO TODOS SABEMOS QUIÉNES SON que se han hecho otra clase de intervenciones mucho más caras y sutiles. Su aspecto es... joven, plétórico, radiante. Asombroso. Un asombroso que vale miles y miles y miles de dólares. ¿Seguro que las intervenciones sutiles están bien? No intentas aparentar veintisiete años. Sólo intentas tener unos asombroooooosos cincuenta y dos años. En muchos sentidos, sugerir un código moral contra la cirugía estética es algo de una vaguedad surrealista. Al fin y al cabo, según parece, dejamos de discutir sobre la moralidad del tráfico de armas hace años; y eso que hablamos de matar personas, en algunos casos de un modo espantoso. En la cirugía estética, en cambio, hablamos de mujeres un poco regordetas que quieren que su nariz se parezca a la de Reese Witherspoon; algo que casi todos estaríamos de acuerdo, estoy segura, no está al mismo nivel que volar la pierna de un huérfano somalí.

Pero la cuestión es que no son sutiles. Nos seguimos dando cuenta. Todos comentamos la «buena» intervención tanto como si hubiera sido «mala». Seguimos viendo que el Tiempo, al acercarse a ellas, pareció dar un viraje brusco hacia la derecha y dejó sus rostros sin marcar. Seguimos notando un escote de treinta y tantos sobre un corazón de cincuenta y tantos. Y, aunque parezca natural, sabemos... sabemos porque podemos ver la fecha en el calendario, y en nuestro propio rostro, que no es real. Que es una negación del hecho de que nos estamos muriendo. Un desvío inquietante y esencial de la percepción. Que sólo, sólo, sólo las mujeres están en la conspiración. NO HAY NADA «SUTIL» EN PARECER DRÁSTICA, ILÓGICAMENTE MEJOR, MUCHO MEJOR QUE LOS DEMÁS.

Suspiro. Verás, me encanta el artificio y la fantasía y el escapismo tanto como a cualquiera; me encanta el travestismo y el maquillaje y la reinención y las pelucas y la simulación e inventarte a ti mismo desde la nada todas las veces que sea necesario. Todos los días, si quieres. Cuando finalmente acabe este debate, debería permitirse a las mujeres que tuvieran el aspecto que les diera la gana. Que el patriarcado deje en paz mi cara y mis tetas. En un mundo ideal, nadie criticaría jamás a las mujeres por su aspecto, fuera el que fuera; aunque pareciera que «llevo una pinza sujetapapeles debajo del pelo para tener la cara así de tensa». La cara de una mujer es su templo.

Pero todo esto partiendo de la base de que la apariencia de las mujeres debe ser divertida, alegre y creativa, y decir cosas asombrosas de nosotras como seres humanos. Aunque sea una *drag queen* de un metro ochenta –tambaleándose por el centro de Birmingham a las cuatro de la mañana, con zapatos de órdago y barra de labios de un centímetro de grosor– que haya tenido que sentir dolor y que gastarse un montón de dinero, y esté negando TOTALMENTE la realidad (es decir, que tiene pene), no lo habrá hecho por miedo. Al contrario, el valor que eso supone está fuera de escala.

Pero que las mujeres vivan con miedo a envejecer, y utilicen trucos caros y dolorosos para ocultárselo al mundo no dice nada bueno de nosotros como seres humanos.

Oh, hace que parezca como si unos tipos nos hubieran creado para que lo hiciéramos. Hace que parezcamos unas perdedoras. Hace que parezcamos cobardes. Y eso es lo último que somos.

Eso es lo último, ultimísimo que somos.

EPÍLOGO

Londres, octubre de 2010

Así que ¿sé ya cómo ser mujer? Lo más fácil y humilde sería decir: «No. No, ¡todavía no tengo la clave! Sigo siendo la misma idiota desastrosa y bienintencionada que era a los trece años. Soy aún un chimpancé con vestido ante el portátil, pegando fuego a las sartenes, cayéndome por las escaleras, metiendo la pata y sintiéndome por dentro como un niño inseguro. ¡Soy un bufón! ¡Una subnormal! ¡Una estúpida!»

Porque, por supuesto, todavía hay situaciones en las que no sé cómo ser mujer. No he tenido que enfrentarme a hijos adolescentes, ni a pérdidas familiares, ni a la menopausia, ni a quedarme sin trabajo. Sigo sin saber planchar, ni hacer cuentas, ni conducir un coche; y, para ser sincera, tampoco tengo el cien por cien de seguridad de cuál es «la derecha» y cuál «la izquierda» en una emergencia. Cuando voy de copiloto, soy responsable de un montón de juramentos y de giros chirriantes de ciento ochenta grados. Aún hay un millón de cosas que me quedan por aprender. Mil millones. Millones de millones. En términos de cuánto podría mejorar, apenas he nacido todavía. Aún soy un huevo.

Pero, por otro lado, desconfío del hábito femenino de airear deliberadamente tus propios defectos. No me refiero a una respuesta ligera y despreocupada frente a un cumplido: «¿Perdido peso? No. Es que estamos en una habitación más grande de lo habitual, querida.» «¿Crees que mis hijos están bien educados? Les he conectado unos pequeños electrodos y, cada vez que se portan mal, aprieto el botón de “niño malo” en mi bolsillo.» Eso está bien.

No, estoy hablando de esa actitud típica de las mujeres como de que lo estamos... haciendo mal si no somos un poco neuróticas. De que somos un poco brutas, mandonas y poco femeninas cuando estamos contentas.

El modo en que las mujeres sienten que no son seres bienintencionados haciéndolo lo mejor que pueden, sino, por el contrario, una lista interminable de problemas (gorda, peluda, zarrapastrosa, granujienta, maloliente, cansada, poco sexy y con un suelo pélvico chungo, para colmo) que hay que resolver. Y eso, dedicándole una gran cantidad de tiempo y dinero –quiero decir una gran cantidad de tiempo y dinero. ¿Has visto lo que cuesta la depilación láser?–, puede que un día, dentro de veinte años, podamos por fin sentarnos con los pies en alto y decir: «¡Nueve minutos hoy, casi lo consigo!»

Antes de, por supuesto, volver a empezar el desalentador, implacable e ingrato programa al día siguiente.

Así que si se me preguntaran: «¿Sabes ya cómo ser mujer?», mi respuesta sería: «Bueno, a decir verdad, creo que sí.»

Porque si todas las historias de este libro revelan una sola cosa, es ésta: que no hagas ni caso. Que no te preocupes por todos esos supuestos «problemas» de ser mujer. Que te niegues por completo a verlos como problemas. Sí, cuando descubrí con entusiasmo el feminismo, la acción que suscitó en mí fue... encogerme de hombros.

Al final, casi todo lo que pensaba sobre mi futuro el día que cumplí trece años resultó una pérdida total de tiempo. Cuando me imaginaba de adulta, lo único que veía era un ser delgado, competente y tranquilo, para el que las cosas... se limitaban a ocurrir. Una especie de princesa sofisticada con tarjeta de crédito. No sabía lo que era el desarrollo personal, o seguir mis

intereses, o aprender grandes lecciones de la vida o, lo más importante, descubrir qué se me daba bien para intentar ganarme la vida con ello. Suponía que esas cosas vendrían acompañadas de otros adultos que, llegado el momento, me explicarían qué hacer, y que no debía preocuparme realmente por ellas. No me preocupaba lo que iba a hacer.

Lo que sí me preocupaba, y pensaba que tendría que trabajar duro para conseguirlo, era cómo debía ser. Creía que todos mis esfuerzos tenían que centrarse en ser fabulosa, más que en hacer cosas fabulosas. Pensaba que mis grandes tareas eran descubrir mi «Modo de Amar» a través de cuestionarios del *Cosmopolitan*, hacerme con un buen fondo de armario, aprender a pasar el día con tacones y pintalabios, encontrar un perfume que me definiera, planificar cuándo tener un hijo, y aprender a ser una fascinante reina del sexo, pero sin adquirir fama de putilla. Teniendo al mismo tiempo que perder, de algún modo, un montón de rasgos de mi carácter que habrían acabado con mi manto de «fingir ser una mujer ideal»: hablar demasiado rápido, caerme, discutir, emitir olores, enfadarme, emocionarme con la idea de la revolución, y querer ser estrella invitada en *El show de los teleñecos*, con un guión en el que Gonzo se enamorara de mí. Aunque *El show de los teleñecos* se hubiera acabado siete años antes.

Creía que en cuanto fuera delgada, bella, elegante, serena y refinada, todo lo demás vendría solo. Que el verdadero trabajo de mi vida no era una carrera profesional, sino yo misma. Que si me esforzaba en ser agradable, el mundo me adoraría, y entonces sería recompensada.

Por supuesto, esta presunción de que las mujeres deben sólo «ser», mientras que los hombres salen y «hacen», ha sido considerada un rasgo perjudicialmente ligado al sexo. Los hombres salen y hacen cosas –libran guerras, descubren países nuevos, conquistan el espacio, siguen las giras de *Use Your Illusion I y II*–, mientras que las mujeres les animan a hacer cosas más importantes, y luego hablan largo y tendido de lo ocurrido: como Ena Sharples y Minnie Caldwell¹ frente a una botella de cerveza negra.

Pero no estoy segura de que «ser» sea algo innato en la mujer, de que vengamos así programadas. Volviendo a mi anterior argumento, el de las conjeturas sobre «lo femenino» llegando hasta nosotras después de haber sido «perdedoras» durante mucho tiempo, se me ocurre que, cuando has pasado milenios sin que te permitan hacer nada, tiendes a ser autocrítica, analítica y reflexiva porque es lo único que puedes hacer realmente, aparte de a) estar buena y b) encerrarte en ti misma.

¿Se habrían pasado los personajes de Jane Austen hablando páginas y páginas sobre las relaciones de su círculo social si hubieran tenido un poquito más de control sobre sus propios destinos? ¿Se preocuparían las mujeres tanto de su aspecto, y de a quién le gustan, si éste no continuara siendo el principal punto para valorarlas? ¿Le daríamos tanta importancia a nuestros muslos si nosotras, como sexo, en lugar de los hombres tuviéramos casi toda la riqueza del mundo?

Cuando pienso qué era lo que me aterraba de ser mujer a los trece años, todo se reducía a las princesas. No creía que me fuera a costar mucho ser mujer; algo que da miedo, pero que obviamente se acaba consiguiendo. Lo malo es que pensaba que de algún modo, por arte de magia, mediante un esfuerzo psíquico sobrehumano, tendría que transformarme en una princesa. Así es como me enamoraría. Así es como tendría amigos. Así es como el mundo me trataría bien. Los libros; las películas de Disney; la mujer más famosa del mundo cuando yo era niña: la princesa Diana; aunque hubiera otros modelos a mi alrededor, el ataque directo de princesitis del que es objeto cada niña se abre camino hasta su corazón de un modo silencioso y dañino.

En la última década, la reacción posfeminista contra las princesas ha sido la creación de princesas «alternativas»: las valerosas chicas de *Shrek* y de las nuevas películas de Disney, que

llevan pantalones, hacen kung-fu y salvan al príncipe. Es posible que, como reacción a la vida y muerte de Diana, las princesas hayan tenido que volver a ser configuradas, y ahora todas sabemos que ser una verdadera princesa no sólo tiene que ver con deambular por castillos, siendo muy hermosa y muy noble. Tiene que ver con trastornos alimenticios, soledad, *mixtapes* de Wham!, follar por ahí, comenzar una batalla campal contra la familia real y, finalmente, ejercer una increíble fascinación sobre los que conspiran para matarte.

Es interesante señalar que, desde la muerte de Diana, ha disminuido el interés de las mujeres por llegar a ser princesas de verdad. Las princesas han perdido gran parte de su aceptación. Cuando el Príncipe Carlos estaba en edad casadera, las mujeres de todo el mundo le dirigían miradas pervertidas: como si fuera un cruce entre James Bond y el Príncipe Azul. Y cuando Diana se casó con él, mujeres de todo el mundo suspiraron por su vestido, su anillo, sus diamantes y su vida de ensueño.

Cuando el Príncipe Guillermo anunció su matrimonio con Kate Middleton, por el contrario, las mujeres coincidieron en sus sentimientos: «Pobrecilla. ¡Santo Dios!, ¿sabrá dónde se mete? Una vida de escrutinio, maledicencia, paparazzi haciendo fotos de sus muslos y especulando sobre su estado mental. Te lo regalo, querida.»

No, ahora el sueño de las mujeres que siguen asentadas en el «ser», más que en el «hacer», es convertirse en una WAG. Cásate con un futbolista y tendrás la riqueza, el glamour y los privilegios de una princesa (además de la aceptación implícita de que tu poderoso marido va a engañarte y te tienes que aguantar), pero sin que nadie espere de ti que seas además recatada, honorable y exquisita en un banquete. Las WAG son las princesas del siglo XXI.

Pero, ya seas una WAG vestida de Dolce & Gabbana en Mahiki, o Ariel con su cola de pez en el fondo del mar, las metáforas sobre «princesas mujeres» siguen siendo las mismas. El control residual que tienen sobre la capacidad femenina para imaginarse su futuro es subrepticamente dañino.

¿Y qué tienen de malo las princesas? Bueno, sé por propia experiencia que mi mayor alivio al hacerme adulta fue abandonar de una vez por todas la idea de que podría ser o llegar a ser una princesa algún día. Aceptar que sólo eres una mujer normal, que vas a tener que espabilarte, trabajar duro y ser amable para conseguir las cosas es, una vez superada la dolorosa desilusión de tu apabullante normalidad, increíblemente liberador.

Nombraré mis características de no princesa; el reconocimiento de cada una de ellas supuso un terrible momento inicial de tristeza y sentimiento de pérdida.

1) No sé cantar. Reconocerlo fue muy doloroso para mí: todas las princesas cantan. Se supone que todas las mujeres son capaces de cantar. Tranquilizan a los pájaros de los árboles en cuanto empiezan a hacer trinos. Por el contrario, yo sueno como un gigantesco camión de dieciséis ruedas justo antes de estrellarse contra un control de carretera de la policía. HONK HONK. SCRIIIIICH. «Oh, Dios mío... nadie saldrá vivo de ésta.»

2) No tengo un sabor dulce, como el pastel o la miel. No sabes la cantidad de libros guarros que leí que me hicieron creer que, cuando un hombre te lo chupaba, estaba saboreando una piruleta de fresa. La primera vez que alguien me comentó –como algo bueno, la verdad– que yo sabía como un «delicioso pastel de carne», me pasé dos horas llorando histérica. ¿Qué tipo de producto cárnico, sudoroso y trotón era yo? Se suponía que yo debía ser como un tiramisú allí abajo..., algún tipo de paraíso dulce, cremoso; unas natillas. No un copioso plato principal de campesinos. Un cerdo asado. Pero, por supuesto, somos señoras animales carnosas y sudorosas, todo pelo y umami. Por supuesto, no sabemos a *mousse* de fresa... como lo haría una princesa.

3) No va a adorarme ningún hombre poderoso, con espada y escudo, que cambiará mi vida si me caso con él. Porque ese hombre es Aragorn, hijo de Arathorn, y no existe. Yo no quiero ningún macho alfa bruto y patriarcal, ningún hombre de acción que me trate como «su mujer». Cuando P. J. O'Rourke dijo: «Ninguna mujer soñó jamás que alguien vestido como un liberal la arrojaría sobre la cama y la violaría», quise gritar: «¡Habla por ti, querido! Estás muy poco cualificado para juzgar. ¿Cuándo estuviste por última vez en All Bar One¹ con tus Spanx, presumiendo de culo?» En el mundo actual, esta idea trasnochada de qué hace a los hombres deseables para las mujeres es absurda y obsoleta: como demuestra el hecho de que normalmente sea gente de más de cuarenta años la que habla de ello. Para casi todo el mundo por debajo de esa edad, vivimos en una época en la que realmente lo que hace a un hombre «alfa» es evitar peleas (el sistema legal es un coñazo, además de caro), ser divertido (estamos sentados sobre cincuenta años de anécdotas increíbles. Si hasta ahora no has descubierto un par de técnicas para contar un chiste, entonces eres un retrasado) y, además, saber cómo reinstalar el Adobe AIR cuando se cae el Twitter en tu portátil. Hablando en nombre de todas mis amigas, lo que queremos es un loco de la informática, educado y gracioso, con el que podamos quedarnos en casa, poniendo a parir a todos los gilipollas y esperando que se hagan las patatas asadas. Al cual, obviamente, le gustemos tanto que a menudo recorra el salón a cuatro patas croando: «Tengo que acostarme contigo ahora mismo o me volveré literalmente loco.» Comparado con esto, el Príncipe Azul parece un completo idiota.

4) Las princesas nunca van en pandilla. No tienen colegas. Jamás quedan con amigos. Las princesas nunca pasan el día recorriendo el Museo de Historia Natural con sus hermanas, discutiendo cuál es su piedra o mineral favorito (el mío es una pieza de peridoto que llegó hasta aquí en un meteorito. El de Weena es un feldespato: «Es sensual»). Las princesas nunca se sientan con un par de príncipes en la terraza de un pub en una fría tarde de otoño, poniendo sus canciones favoritas de los Beatles por orden de preferencia. Las princesas nunca salen con un par de familias amigas, se emborrachan un poco y acaban corriendo desnudos alrededor de un árbol, mientras sus hijos miran disgustados desde una ventana del piso de arriba. Las princesas no animan un día aburrido en la oficina jugando a «Soy Burt Reynolds». (Se elige una persona para que sea «él». Ellos tienen que pensar en un famoso. Los demás jugadores tienen que preguntar por turnos lo que se les ocurra para averiguar la identidad del famoso, hasta que finalmente alguien pregunta: «¿Es Burt Reynolds?» Siempre es Burt Reynolds. Se puede jugar durante horas.)

En cualquier caso, a los dieciséis años se me ocurrió una nueva idea. No quería ser una princesa. Las princesas eran aburridas. Me encantaban los artistas, en cambio. Eran los tipos con los que había que salir. Quería ser una musa. Me moría por ser una musa. Ser tan increíble que alguna banda compusiera un tema sobre mí; o algún escritor escribiera un personaje basado en mí; o algún pintor me pintara en un lienzo tras otro, con mis diferentes estados de ánimo, que colgaran en todos los museos del mundo. O incluso un bolso. Jane Birkin inspiró un bolso. Yo, sin embargo, me habría conformado con ver mi nombre en una bolsa de plástico del Superdrug.

No era la primera chica ambiciosa que pensaba que ésta era la manera de abrirse camino en la vida. En una entrevista en *Please Kill Me*, Patti Smith, sin lugar a dudas diosa feminista, contó cómo, cuando crecía en New Jersey, «lo más fascinante del mundo era llegar a ser la amante de un gran artista. Lo primero que hice cuando me marché de casa (mudarme a Nueva York y) fue hacerme amante de (legendario fotógrafo) Robert Mapplethorpe».

Por supuesto, al final, cuando Mapplethorpe resultó ser muy gay, a Smith no le quedó otra opción que ponerse a escribir *Horses*, y convertirse en la mujer con bigote¹ que más ha influido en el mundo. No tuvo más remedio que empezar a producir.

Inspirándome en Smith, cuando empecé a ir a fiestas después de los conciertos, me quedaba dando vueltas, beoda, intentando parecer tan misteriosa que alguien se viera obligado a escribir un tema sobre lo fascinante que era. Como Lady Fonz, pero sexy. Y cuando este plan fracasaba miserablemente, y no había canciones que hablaran de mí, y yo estaba aún más bebida, dejaba de andarme con rodeos: regañaba medio borracha a los amigos que tocaban en bandas por no immortalizarme en una canción.

«No tiene por qué ser un gran single», les decía, de lo más razonable, con el pitillo al revés. «No soy tan exigente. Podría ser el primer tema del álbum. O también el último, supongo, el que parece un himno. Que diga en el estribillo que nada va a ser igual, ahora que me conoces. Venga, cuánto tiempo te costaría, ¿cinco minutos? Escribe un tema sobre mí. ESCRIBE UN TEMA SOBRE MÍ. ¡INSPIRADO EN MÍ, GILIPOLLAS!»

No era sólo por egoísmo. «Sería bueno para las mujeres en general que escribieras algún tema sobre alguien como yo», les explicaba, noblemente, mientras pedían un taxi desde el móvil. «Todas las canciones sobre chicas hablan de alguna modelo aburrída que conoció Eric Clapton, o de alguna groupie con “tristeza interior”. ¿No piensas que las mujeres estarían más contentas si Layla tuviera un estribillo entero hablando de cómo Eric Clapton miraba a Patti Boyd¹ cuando ésta intentaba trepar la valla del parque, borracha, para recuperar un zapato que había tirado allí por una apuesta? Estarías abriendo nuevos caminos, hombre..., musa-sabia, sería tan revolucionario como ¡la introducción sónica de la guitarra eléctrica! ¡ESCRIBE UNA CANCIÓN SOBRE UNA CHICA BOCAZAS! ¡ESCRIBE UNA CANCIÓN SOBRE MIIIIÍ, GILIPOLLAS!»

Con el paso de los años –y mis amigos negándose insistentemente a escribir una novela o un musical del West End sobre mí–, fui haciéndome a la idea de que no era ninguna musa. Las chicas como yo no inspiran a la gente.

No tengo pasta de musa, me dije, tristemente, el día que cumplía dieciocho años, mirando a un mundo en el que nada estaba inspirado por mí. «No soy una princesa. No soy una musa. Si voy a cambiar el mundo, no va a ser por apoyar a una organización benéfica contra las minas antipersona con una diadema, o por inspirar el próximo *Revolver*. Sólo “ser” no es suficiente. Voy a tener que hacer algo.»

Y en el siglo XXI, ser una mujer que quiere hacer algo no es difícil. En cualquier otro momento de la historia, las mujeres occidentales que hacían campaña en favor de algún cambio se arriesgaban a acabar en la cárcel, al ostracismo social, a la violación y la muerte. Ahora, sin embargo, las mujeres occidentales podemos sacar a la luz cualquier cambio que deseemos escribiendo unas cuantas cartas un poco fastidiosas mientras escuchamos Radio 4 y nos tomamos una taza de té.

Cualquiera que sea el futuro que queramos, nadie tendrá que morir por ello. Aunque sigamos gritando en esencia «¡Arriba el morado, el blanco y el verde!», ahora podemos vestirnos del color queelijamos, aunque el morado, el blanco y el verde «desentonen». No tenemos que arrojarnos a los pies de ese caballo.

Únicamente con ser sinceras sobre quienes somos realmente, tenemos media batalla ganada. Si lo que lees en revistas y periódicos te hace sentirte incómoda o una mierda, ¡no los compres! Si te sientes vejada por la diversión colectiva que ocurre en un *topless*, ¡avergüenza a tus compañeros! Si te sientes presionada por la idea de una boda muy cara, ¡ignora a tu suegra y vete corriendo al

registro civil! Y si piensas que un bolso de seiscientas libras es algo indecente, en vez de decirte como una valiente «sólo tengo que fundir mi tarjeta de crédito», di tranquilamente «la verdad es que no me lo puedo permitir».

Hay tantas cosas, en todos los sentidos, que no nos podemos permitir y a las que, sin embargo, nos resignamos suspirando para estar integrados y sentirnos «normales». Pero, desde luego, si todo el mundo está, de algún modo, demasiado preocupado para decir cuál es su situación real, entonces hay una nueva experiencia comunal que todo el mundo mantiene en secreto demasiado avergonzado para decir: «No penséis que soy un friki, pero...»

En cualquier caso, todo esto no sólo es sobre y para las señoras. Si la liberación de la mujer llega a hacerse realidad –como la lenta e imparable gravedad de los cambios sociales y económicos lo sugiere–, será también estupenda para los hombres. Si yo fuera el patriarcado, estaría francamente entusiasmado con la idea de que las mujeres consiguieran al fin la igualdad de oportunidades. Seamos sinceros, el patriarcado tiene que estar hecho polvo a estas alturas. Han sido cien mil años sin tener poco más que un descanso para merendar: los hombres se han agotado gobernando el mundo. Han llevado sus fuerzas al límite.

Ante la opción, entonces, de algún tipo de horario flexible –las mujeres dirigiendo el mundo la mitad del tiempo–, el patriarcado podría finalmente levantar un poco el pie del acelerador; tomarse esas vacaciones de las que lleva años hablando; acabar de ordenar el cobertizo de una vez por todas. El patriarcado podría pasar algún duro fin de semana jugando al *paint-ball*.

Porque no es que el feminismo exaltado quiera quitar el control a los hombres. No nos estamos peleando por el mundo entero. Solamente por nuestra parte. Los hombres no tienen que cambiar ni una sola cosa. Por lo que a mí respecta, los hombres pueden seguir haciendo lo que quieran. No tienen que dejar nada. Mucho de lo que están haciendo –iPads, los Artic Monkeys, esos nuevos acuerdos sobre armas nucleares entre Estados Unidos y Rusia– es genial. Y son divertidos, y soy amiga de muchos, y son buenos para acostarse con ellos, y están guapísimos con uniformes de la Segunda Guerra Mundial, o dando marcha atrás en estrechas plazas de aparcamiento.

No quiero que los hombres se marchen. No quiero que dejen lo que están haciendo.

Lo que quiero, en vez de eso, son algunas leyes de mercado drásticas. Quiero ALTERNATIVAS. Quiero VARIEDAD. Quiero MÁS. Quiero MUJERES. Quiero que las mujeres tengan más del mundo, no sólo porque el mundo sería más justo, sino también porque sería mejor. Más emocionante. Reordenado. Reinventado. Tenemos que conseguir que los ovarios digan: «Siiií, me gusta este mundo. Llevo mucho tiempo aquí, mirando. Pero... lo retocaría un poco así. Porque estamos juntos en esto. Todos somos, ya sabes, los Muchachos.»

Así que, al final, supongo que el título de este libro es poco acertado. Durante todos estos años de tropiezos, humillaciones y sorpresas, pensaba que lo que quería era ser mujer. Ser una increíble amalgama de Germaine Greer, Elizabeth Taylor, E. Nesbit, Courtney Love, Jilly Cooper y Lady Gaga. Encontrar algún modo de dominar todas las artes arcanas del ser femenino, hasta llegar a ser un modelo mágico de perfección de todas las cosas que me habían confundido y frustrado al principio, en mi cama, en Wolverhampton, a los trece años. Una princesa. Una diosa. Una musa.

Pero, con el paso de los años, me he dado cuenta de que lo que realmente quiero ser, en resumidas cuentas, es un ser humano. Sólo un ser humano productivo, honrado, tratado con cortesía. Uno de «los Muchachos». Pero con un pelo realmente asombroso.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me reuní por primera vez con mi agente, Georgia Garret, y me preguntó qué quería hacer, me oí decir: «¡Quiero escribir un libro sobre feminismo! ¡Un libro divertido pero polémico sobre feminismo! ¡Como *La mujer eunuco*, pero hablando en broma de mis bragas!»

Me quedé tan sorprendida como ella; había ido a proponerle una especie de calcetín navideño «Come, reza, postales graciosas de gatos»,¹ y/o mi proyecto a largo plazo de una versión gay de *Oliver!*² Pero, por culpa de su entusiasmo instantáneo («¡Perfecto! ¡Escribe ese libro! ¡Ya!») y de mi convencimiento de que, si escribía un libro, estaría en mi derecho de fumar, acabé escribiendo *Cómo ser mujer* en una fulgurante nebulosa de cinco meses. Fumé un montón. Al final, mis pulmones parecían dos calcetines llenos de arena negra. Pero, mientras estuve metida en faena, ella fue quién más ánimos y diatribas me inspiró, y se lo agradezco desde el fondo de mi corazón destrozado por el tabaco.

Mi maravilloso editor, Jake Lingwood, y todo el equipo de Ebury fueron igual de «¡Uuuuh!» durante todo el proceso, incluso cuando hice campaña para poner en la portada del libro mi barriga desparramada por encima de una mesa, con «Así es la barriga de una mujer REAL». Gracias, chicos. Sobre todo por el dinero. Me lo gasté en una cocina nueva y un bolso. ¡Sí! ¡Feminismo! ¡Uuuuh!

Gracias a Nicola Jeal, Louise France, Emma Tucker, Phoebe Greenwood y Alex O'Connell de *The Times*, que hicieron gala de una paciencia cálida y sexy el verano en que las llamé una y otra vez para decir: «¿Me perdonáis la columna de esta semana? Estoy escribiendo un libro sobre FEMINISMO, por el amor de Dios, no intentéis ENCADENARME al RECUENTO DE PALABRAS QUE HE PACTADO EN MI CONTRATO, no me deis la tabarra con el Hombre», aunque todas eran mujeres de lo más razonables e insistían en que me tomara ese tiempo libre.

Mi familia fue, como siempre, una fuente de risas y diversión, y fantástica a la hora de llevarme al pub cuando estaba demasiado estresada, insistiendo en que me emborrachara y fingiendo después que todo el mundo se había olvidado la cartera en casa. Mis hermanas –Weena, Chel, Col y Caz– son las feministas más acérrimas a este lado de Greer, y estuvieron siempre ahí para impedir que mi entusiasmo por el proyecto se enfriara, recordándome especialmente cuánto le gustaba a Carl Jung azotar a la gente con un paño de cocina hasta que le asestaban un puñetazo. No sé por qué me resultaba eso tan inspirador, pero era así. Y mis hermanos –Jimmy, Eddie y Joe– son también mis hermanas en «La Lucha», excepto cuando me tiran al suelo gritando: «¡Es hora de hacerte picadillo!»

Gracias eternas al temible Alexis Petridis, quien, aunque me pasé un verano entero llamándole por teléfono, llorando: «¡Creo que este libro es imposible, Alexis! ¡Escríbelo por mí, Alexis! ¡Aunque seas una parte del patriarcado!», jamás me dijo que él también tenía un trabajo, y que no me entendía nada por lo mucho que gimoteaba.

Y a las mujeres de Twitter –Sali Hughes, Emma Freud, India Knight, Janice Turner, Emma Kennedy, Sue Perkins, Sharon Horgan, Alexandra Heminsley, Claudia Winkleman, Lauren Laverne, Jenny Colgan, Clare Balding, Polly Samson, Victoria Coren y sobre todo la formidable y sin duda aterradora Grace Dent– que me recordaban a diario que hay montones de mujeres divertidas y bien documentadas, y que realmente necesitaba poner el listón muy alto si quería competir con ellas. Gracias también a las Mujeres Honorarias de Twitter –Dorian Lynskey, Martin Carr, Chris Addison, Ian Martin, David Quantick, Robin Turner, David Arnold– por ser los

mejores compañeros de oficina imaginarios del mundo; y especialmente a Jonathan Ross y Simon Pegg, por sus citas increíbles. Y a Nigella, cuyo comentario me hizo gritar de alegría.

Lizzie y Nancy, os quiero, tesoros, y siento mucho que mami tuviera que estar lejos todo el verano, pero la verdad es que el tío Eddie juega mucho mejor con vosotros a Mario Kart; y en cuanto os enseñe a decir «¡Maldito seas, Patriarcado!» siempre que os caigáis, seré la mejor de las madres.

Finalmente, me gustaría dedicar este libro (como si estuviera en un escenario o algo parecido, a punto de tocar «Paradise City», en vez de tecleando en un portátil sin que nadie me vea) a mi marido, Pete Paphides, el feminista más exaltado que he conocido jamás, hasta el punto de que fue él quien me enseñó lo que es el feminismo, o lo que debería ser, al menos: «Ser todo el mundo educado con todo el mundo.» Te quiero mucho, mi amor. Y *fui* yo quien rompió aquel pomo de la puerta trasera. Me caí sobre él cuando estaba borracha y quería ser Amy Winehouse. Ahora lo puedo admitir.

1. Elmer Fudd, personaje de dibujos animados que, vestido de cazador, siempre persigue a Bugs Bunny. Zola Budd, famosa atleta sudafricana que corría siempre descalza. (*N. de la T.*)

1. En el original, *zoo* («zoo») rima con *you* («tú»). (*N. de la T.*)

1. *Bush*, en el original, significa tanto «maleza» como «vello del pubis». (*N. de la T.*)

[2.](#) Personaje de *Días felices*, serie norteamericana emitida entre 1974 y 1984. (*N. de la T.*)

1. Juego de palabras entre *Wank*, «hacerse una paja», y *Walk*, «caminar». (*N. de la T.*)

1. *Gutter*, en el original, rima con *Agutter*, el apellido de la actriz. (*N. de la T.*)

[2.](#) Dos series de televisión de la BBC. (*N. de la T.*)

1. Magazine televisivo que se emitió en Channel 4 entre 1993 y 2007. Su traducción sería «Eurobasura». (*N. de la T.*)

1. Acrónimos que designan una serie de prácticas y aficiones sexuales. MLFS: Mother I Like To Fuck (Madre que me gustaría follarme); DILFS: Dad I Like To Fuck (Padre que me gustaría follarme); BDSM: Bondage and Disciplin, Sadism and Masoquism (Bondage y disciplina, sadismo y masoquismo); A2A: Ass to Ass (Culo con culo). (*N. de la T.*)

1. Programa concurso de la BBC en que compiten miembros de la misma familia pero diferente generación. (*N. de la T.*)

1. Dos revistas para chicos adolescentes. La primera es la de mayor tirada en Gran Bretaña. (*N. de la T.*)

1. Cadena inglesa de *fast food*. (N. de la T.)

[1.](#) Andrea Dworkin, feminista radical conocida por su crítica a la pornografía. (*N. de la T.*)

1. Serie de televisión británica, cuyo protagonista, Jim Bergerac, es un agente del Foreign Office. *(N. de la T.)*

2. Marca de alimentos que comercializa un tipo de encurtido muy popular en el Reino Unido. (*N. de la T.*)

1. Personaje de cómic británico que representa a un vaquero del Oeste. (*N. de la T.*)

1. Bebida alcohólica. (*N. de la T.*)

2. Subgénero de rock alternativo que surge en Gran Bretaña a principios de la década de 1990. (*N. de la T.*)

1. Cadena de supermercados del Reino Unido. *(N. de la T.)*

[1.](#) Programa concurso de la televisión británica. (*N. de la T.*)

[1.](#) Marca de tinte del Reino Unido, famosa por sus colores atrevidos y radicales. *(N. de la T.)*

[1.](#) *El hombre con el niño en sus ojos. (N. de la T.)*

2. Squeeze, grupo musical británico que saca su segundo álbum, *Cool for Cats*, en 1979. (N. de la T.)

1. Nombre comercial de una lámpara de mesa, icono del diseño británico, que permite ajustar el ángulo de luz sin mover la base.
(N. de la T.)

1. Juego de palabras entre *Navel*, «ombigo», y *Naval Officer*, «oficial navab». (*N. de la T.*)

1. *China en tu mano. (N. de la T.)*

1. Año de las serpientes. (*N. de la T.*)

[1.](#) Programa infantil de la BBC que se emite desde 1958. (*N. de la T.*)

1. Scooby Doo, estrella de los dibujos animados de Hanna Barbera Production, es un gran danés que se dedica a resolver misterios; Scrabby Doo es su sobrinito. *(N. de la T.)*

1. *Herbie Goes Bananas*, cuarta película de Herbie, un Volkswagen escarabajo, que fue traducida al castellano como *Herbie, torero*. La expresión *goes bananas* significa «perder la chaveta, volverse loco». (N. de la T.)

2. *Gap*, además de ser una importante empresa textil estadounidense, significa «hueco». (*N. de la T.*)

[1.](#) Actor porno estadounidense. (*N. de la T.*)

2. La traducción sería «minino», lo que explica las bromas que hace a continuación. (*N. de la T.*)

1. Johnny y Lulu son dos personajes de la serie *Hospital General*. (N. de la T.)

[2.](#) Véase la nota 1 de la página 34.

3. Vag, diminutivo de vagina; Barb, sinónimo de mujer de aspecto y modales masculinos; Val, mujer independiente y de carácter irritable. (*N. de la T.*)

1. Situado en el mar de las Dunas del planeta Tatooine, Saarlac es una criatura que se alimenta de los enemigos de Jabba el Hutt en *El retorno del Jedi*, episodio VI de *La guerra de las galaxias*. (N. de la T.)

[2. *El jardín de medianoche*, novela infantil de Philippa Pearce \(1958\). \(N. de la T.\)](#)

3. Punta más meridional de la península de Kintyre, en el sudoeste de Escocia. Paul McCartney le dedicó una canción en 1977.
(*N. de la T.*)

* En *Lost in Translation* hacía esta pregunta: «¿Hay algo que justifique no acostarse con Bill Murray en un viaje a Japón?», a la que cualquiera con un poco de sentido común respondía: «No, siempre hay que acostarse con Bill Murray cuando viajas por Japón.»

1. Popular grupo musical británico-irlandés. (*N. de la T.*)

2. *Jugs* en el original. Una *Jug Band* utiliza instrumentos fabricados con cualquier cosa. (*N. de la T.*)

1. Jefe sajón que estableció el reino de Kent en el siglo V. Mago de *Harry Potter*. (N. de la T.)

[1.](#) Famoso cómico británico, que era muy corpulento. (*N. de la T.*)

[2. *The Two Ronnies*](#): show de la BBC presentado por Ronnie Barker y Ronnie Corbett, entre 1971 y 1987. (*N. de la T.*)

3. *El espantapájaros y la señora King*, serie de televisión norteamericana cuyos protagonistas eran un ama de casa y un espía.
(N. de la T.)

4. Campeones olímpicos de patinaje artístico en 1984. (*N. de la T.*)

1. Además del diminutivo de Barbara, significa «pulla, comentario mordaz». (*N. de la T.*)

1. Famosa cadena de productos electrónicos e informáticos. (*N. de la T.*)

[2.](#) Programa de entrevistas de la BBC dirigido por Terry Wogan entre 1982 y 1992. *(N. de la T.)*

[1.](#) Autobiografía del actor, publicada en 1971. (*N. de la T.*)

2. Famosas tertulias de un grupo de escritores, críticos y periodistas en el Hotel Algonquin, en la década de 1920. Entre sus miembros estarían Robert Benchley, Robert E. Sherwood, Alexander Woollcott y Dorothy Parker, de los que Caitlin Moran habla a continuación. (*N. de la T.*)

1. *The Music Man* (1962), película basada en un musical de Broadway. (N. de la T.)

2. David Bowie se inspira en el poeta beat Richard «Lord» Buckley y su poema *The Nazz*, que habla de un personaje lleno de magnetismo, basado en Jesús de Nazaret. (N. de la T.)

1. Frank Bough, presentador británico de *Breakfast Time*, entre otros programas, que fue despedido de la BBC por un escándalo de sexo y drogas. (N. de la T.)

1. Una de las Spice Girls. (*N. de la T.*)

2. P. Diddy, rapero, coreógrafo, actor y productor musical estadounidense, también conocido como Puff Daddy, Largebaby y Puffy. *(N. de la T.)*

[1.](#) *Helter Skelter*, además de «tobogán», es una canción de los Beatles. (*N. de la T.*)

[1.](#) Activista británica (1872-1913), militante del sufragio, que murió atropellada por el caballo del rey Jorge V. (*N. de la T.*)

1. Conocida periodista británica, columnista de *The Guardian*. (N. de la T.)

1. Presentador y periodista británico especializado en temas automovilísticos. (*N. de la T.*)

1. Presentadora británica del programa de viajes *Wish You Were Here*. (N. de la T.)

1. «Defcon», palabra técnica utilizada por el ejército estadounidense para medir el estado de emergencia. *(N. de la T.)*

[1.](#) Fundador del concurso de Miss Mundo. (*N. de la T.*)

[1.](#) Programa de arqueología de la BBC. *(N. de la T.)*

* A los no iniciados les parecerá que este último modelo cubre por completo, pero sólo ofrece una tira fina y negra de un lado a otro de la sección media. Como si tu área reproductiva hubiera sido víctima de un terrible crimen y fuera entrevistada en *Six O'Clock News* con la identidad oculta.

1. La isla de Jersey y los pequeños archipiélagos de Écrehous y Minquiers, dependencia de la corona británica en el Canal de la Mancha. (*N. de la T.*)

1. Juego de palabras: *bra* en inglés significa «sujetador». (*N. de la T.*)

2. Brest en inglés se pronuncia igual que *breast*, «pecho». (N. de la T.)

1. Yosemite Sam o Sam Bigotes, caricatura de los Looney Tunes, pistolero malhumorado enemigo de Bugs Bunny y del Pato Lucas. *(N. de la T.)*

1. Conocida marca de lencería. (*N. de la T.*)

[1.](#) Modelo británica. (*N. de la T.*)

1. Revista semanal de música, fusionada en el año 2000 con su «rival», la *New Musical Express*. (*N. de la T.*)

1. La autora juega con los dieciséis años y las dieciséis *stones* que pesa, que equivalen a poco más de cien kilos. (*N. de la T.*)

[1.](#) Músico irlandés muy comprometido en la lucha contra el hambre. (*N. de la T.*)

[2.](#) Demarcación construida por las comunidades judías. *(N. de la T.)*

1. En el original *Fatso*, que, además de «gordura», es una película noruega de 2008 cuyo protagonista es un gordo friki y asocial de un barrio marginal. (*N. de la T.*)

[1.](#) Hospital privado londinense muy conocido por sus tratamientos de desintoxicación de drogodependencias. *(N. de la T.)*

2. El hotel más singular y exquisito de Hollywood, testigo de romances apasionados, grandes peleas y borracheras históricas de las estrellas del cine y de la música. *(N. de la T.)*

1. Se refiere a la estación de metro Kensington Olympia. (N. de la T.)

1. Seudónimo que Mick Jagger y Keith Richards utilizaban para aparecer como productores de sus discos. (*N. de la T.*)

2. Octavo álbum de los Rolling Stones, y el primero producido enteramente por el grupo. Lanzado en 1967, se convertiría en uno de los más controvertidos de la banda. (*N. de la T.*)

1. Fundación Pide Un Deseo. (*N. de la T.*)

1. Conocido escritor y periodista. (*N. de la T.*)

1. De la película *Romancing the Stone* (*Tras el corazón verde* en España y *Dos bribones tras la esmeralda perdida* en América Latina). *Bromance* se forma con las palabras *brother* y *romance*, y alude a una relación de amistad muy intensa y no sexual entre dos o más hombres. (*N. de la T.*)

1. Conocida tienda on-line donde pueden comprarse una gran variedad de productos. (*N. de la T.*)

1. Aerosoles de pimienta. (*N. de la T.*)

1. El Rolling Cheese Festival se celebra cerca de Gloucester el último lunes de mayo. (*N. de la T.*)

1. Cómico, escritor, actor y presentador famoso por su humor negro y seco. (*N. de la T.*)

[1.](#) Conocida marca de galletas de avena. (*N. de la T.*)

1. En el original *birds*, que, además de «pájaros», significa «chicas». (*N. de la T.*)

2. [Escritora y periodista inglesa, conocida militante feminista. \(N. de la T.\)](#)

1. Emmeline Pankhurst (1858-1928), una de las fundadoras del movimiento sufragista británico. Su hija Christabel (1880-1958) fue también una importante activista del feminismo. *(N. de la T.)*

2. Canción escrita por Bob Dylan del disco *John Wesley Harding* (1967), y la que más veces ha cantado en directo. (N. de la T.)

[3](#). Véase la nota 1 de la página 160.

1. Mujeres jóvenes con un comportamiento social tradicionalmente asociado al mundo masculino. *(N. de la T.)*

[2.](#) Presentadora de radio y televisión. (*N. de la T.*)

1. Traducción literal de *It's boiling my piss*, expresión que significa «estar furioso». (N. de la T.)

[1.](#) Conocida organización benéfica dedicada fundamentalmente a enfermos de sida y otras enfermedades de transmisión sexual.
(N. de la T.)

2. Nombre televisivo de Andrea Huftika Reah, presentadora de la televisión británica lesbiana y católica. (*N. de la T.*)

[1.](#) La ciudad desnuda. (*N. de la T.*)

1. En aquella época se empleaba el cloruro de mercurio para blanquear la piel, algo devastador tanto para la piel como para la salud. (*N. de la T.*)

[1](#). Véase la nota 2 de la página 86.

1. «Demasiadas lágrimas (para una mujer hermosa).» (*N. de la T.*)

[1.](#) El Doctor Who, misterioso extraterrestre que explora el tiempo y el espacio; protagonista de una serie de televisión británica.
(N. de la T.)

2. «The Bony King of Nowhere», subtítulo de la canción «There There» del grupo Radiohead. (*N. de la T.*)

[1.](#) Gran parque en las afueras de Londres. (*N. de la T.*)

1. Barrio deprimido al norte de Londres. (*N. de la T.*)

1. Revista satírica quincenal. (*N. de la T.*)

1. Trovador que se une a los *Merry Men* («alegres compadres») de Robin Hood. (*N. de la T.*)

[1.](#) Famoso club privado del Soho. *(N. de la T.)*

1. Cadena de comida rápida. (*N. de la T.*)

1. La autora juego con las palabras *catwalk*, «pasarela», y *twatcat*, una mezcla de *twat*, «coño» y *walk*, «paseo». (N. de la T.)

2. Cadena de pubs ingleses. (*N. de la T.*)

1. Baile alrededor de una barra vertical. (*N. de la T.*)

1. Serie televisiva emitida en Estados Unidos entre 1989 y 1998. George Costanza era uno de los cuatro protagonistas. (*N. de la T.*)

1. En el original *filth and fun*, alusión a Filth and Fun Cabaret Radio 1, de la BBC. (N. de la T.)

1. En el original, *Fairy Circle*: grupo de setas que crece en círculo y que, en el folklore europeo, se asocia a la aparición de hadas, elfos y brujas. En castellano recibe el nombre de «corro de brujas». *Fairy*, además de «hada», significa «marica». (*N. de la T.*)

[1.](#) Se refiere al festival de ópera de Glyndebourne, que se celebra en una mansión campestre en East Sussex, Inglaterra. (*N. de la T.*)

1. Programa de la televisión británica sobre el mundo del motor, en clave de humor. (*N. de la T.*)

1. Firma inglesa de productos para higiene femenina. (*N. de la T.*)

1. Grandes almacenes que combinan alta calidad y precios inteligentes. *(N. de la T.)*

1. *The Wombles*: personajes peludos y de nariz puntiaguda de una conocida serie de televisión. (N. de la T.)

1. Tipo de baile. (*N. de la T.*)

2. Mark Berry, «Bez», bailarín y percusionista de la banda Happy Mondays. *(N. de la T.)*

1. [The Amazing Mr. Blunden](#): película de misterio dirigida por Lionel Jeffries en 1972. (N. de la T.)

[1.](#) Presentador de televisión y columnista británico. (*N. de la T.*)

1. Popular protagonista de la serie *Only Fools and Horses* de la BBC. (N. de la T.)

1. *Salad* significa «ensalada». (N. de la T.)

1. Personaje creado e interpretado por el cómico australiano Barry Humphries, que representa a una ama de casa ostentosamente vestida, mordaz y ególatra. (*N. de la T.*)

[1.](#) Músico y actor británico, vocalista y guitarrista de Slade. Nacido en Walsall, a pocos kilómetros de Wolverhampton. (*N. de la T.*)

1. Una de las revistas femeninas más leídas del mundo. (*N. de la T.*)

[1.](#) Político laborista británico ya retirado. Es el presidente de la coalición Stop the War, y, según numerosas encuestas, el político más popular del país. *(N. de la T.)*

1. Deporte femenino parecido al baloncesto, muy popular en Inglaterra y los países de la Commonwealth. (*N. de la T.*)

1. Alprazolam: ansiolítico, antipánico y antifóbico. (N. de la T.)

* Por desgracia, la respuesta es casi siempre: «Hace cuatro años, en una increíble tienda *vintage* de Rotterdam que lamentablemente se quemó en un incendio y en la que, en cualquier caso, no te habrían dejado entrar»; aunque todavía no he perdido la esperanza de que se limiten a señalar Mark && Spencer y digan: «Ahí. Hace diez minutos.»

1. Presentadora de radio y televisión. (*N. de la T.*)

[1.](#) Película británica de 1948, basada en el cuento de Hans Christian Andersen. (*N. de la T.*)

1. Bebida isotónica. (N. de la T.)

1. Wilfred Owen (1893-1918), considerado el principal poeta de la Primera Guerra Mundial. Murió en el frente una semana antes de acabar la guerra. (*N. de la T.*)

1. Personaje de la serie *Cheers*. (N. de la T.)

[1.](#) Versión de la popular canción infantil que cantaba Hugh Laurie en la temporada IV de la serie británica *Blackadder*. (N. de la T.)

1. Choclatinas de Cadbury. (*N. de la T.*)

2. Juego de palabras entre *crisp*, «crujiente», y *Christmas*, «Navidad». (N. de la T.)

1. Compañía británica que vende frutas, verduras y toda clase de alimentos, amén de juguetes y cosas para la casa, únicamente por internet. (*N. de la T.*)

2. Myra Hindley e Ian Brady: pareja de asesinos en serie que perpetró sus crímenes en el Reino Unido en la década de 1960. (N. de la T.)

1. Cadena de tiendas especializadas en el bebé y la mujer embarazada. *(N. de la T.)*

[2.](#) Magazine televisivo de Channel 4 en la década de 1990. *(N. de la T.)*

1. Tiendas especializadas en artículos premamá, para bebés y niños. *(N. de la T.)*

1. En el original, la comparación es entre un PPE (Politics, Philosophy and Economics) –carrera de élite– en la prestigiosa Universidad de Oxford, y un 2:1 –nota mínima para hacer un posgrado– en la Universidad de Montford, Leicester. (*N. de la T.*)

1. Término que describe a una madre joven, atractiva, capaz de recuperar su figura rápidamente tras el parto y con buena posición económica, como Liz Hurley o Victoria Beckham. (*N. de la T.*)

1. Serie de televisión de la BBC para niños en edad preescolar. (*N. de la T.*)

2. Personaje de dibujos animados que representa a un bombero. (*N. de la T.*)

1. Mujer de negocios británica conocida como *superwoman* por compaginar su carrera profesional en las altas finanzas con su vida familiar con seis hijos. (N. de la T.)

[1.](#) Conocida como la «Pamela Anderson» de Inglaterra. (*N. de la T.*)

[1.](#) La prensa británica seria. *(N. de la T.)*

1. Serie de televisión británica que satiriza la vida política inglesa. (*N. de la T.*)

1. *Corrie*, o *Coronation Street*, serie de televisión británica que retrata la vida de los residentes de esa calle. (N. de la T.)

1. *Wives and Girlfriends*. Acrónimo –utilizado inicialmente en los tabloides británicos– para referirse a las mujeres y novias de los futbolistas famosos. (*N. de la T.*)

[1.](#) Libro de fotografías con textos de Madonna que acompañaba su álbum *Erotica*. (N. de la T.)

1. Lady Gaga ha señalado que, en un verso de «Bad Romance», cita varias películas de Hitchcock: *Psicosis*, *Vértigo* y *La ventana indiscreta*. («I want your Psycho, your vertigo shtick, want you in my rear window...»). (N. de la T.)

1. Banda inglesa de rock alternativo. (*N. de la T.*)

1. Computer Generated Imagery: imágenes generadas por ordenador. *(N. de la T.)*

1. [Escritora, feminista y activista bisexual. \(N. de la T.\)](#)

1. La Corporación ACME es una empresa ficticia en el universo de los Looney Tunes. Sus productos son de mala calidad y casi siempre fallan. *(N. de la T.)*

[1.](#) *El secreto de Vera Drake*, película de Mike Leigh sobre una mujer de clase humilde que practicaba abortos clandestinos en el Londres de la década de 1950. (N. de la T.)

1. En el original, *Thousand Yard Stare*, mirada inerte, perpleja y perdida de personas que han sufrido una experiencia traumática. La frase se originó en el ámbito militar.

1. Calle de Londres famosa por sus consultorios privados de dentistas, cirujanos y médicos. Harley Street, en el Reino Unido, es sinónimo de «atención médica privada». (*N. de la T.*)

1. Serie de televisión norteamericana protagonizada por dos mujeres policía. (*N. de la T.*)

2. Uno de los primeros videojuegos musicales. Su protagonista es un perro rapero. (*N. de la T.*)

1. *Las mujeres salvajes de Wongo*, película estadounidense de serie B de 1958. En la isla de Wongo viven dos tribus: una de mujeres bellísimas y otra de hombres fornidos, cada una de las cuales desconoce la existencia de la otra... (*N. de la T.*)

1. Personajes de la serie británica *Coronation Street*. (N. de la T.)

1. Cadena de bares cuya idea inicial era que las mujeres se sintieran menos intimidadas que en los pubs si querían beber algo a solas. *(N. de la T.)*

1. La compañía discográfica quiso quitar la pelusa del bigote de Patti Smith en la portada de *Horses*, pero ella se negó. (N. de la T.)

1. Ex mujer de George Harrison y de Eric Clapton, al que inspiró su tema «Layla». (*N. de la T.*)

1. Alusión al *best-seller* norteamericano *Eat, Pray, Love*, de Elizabeth Gilbert. (*N. de la T.*)

2. Famoso musical basado en la novela *Oliver Twist*, de Charles Dickens. (*N. de la T.*)

Título de la edición original:
How To Be a Woman

Edición en formato digital: mayo de 2013

© de la traducción, Marta Salís, 2013

© Caitlin Moran, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2782-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es